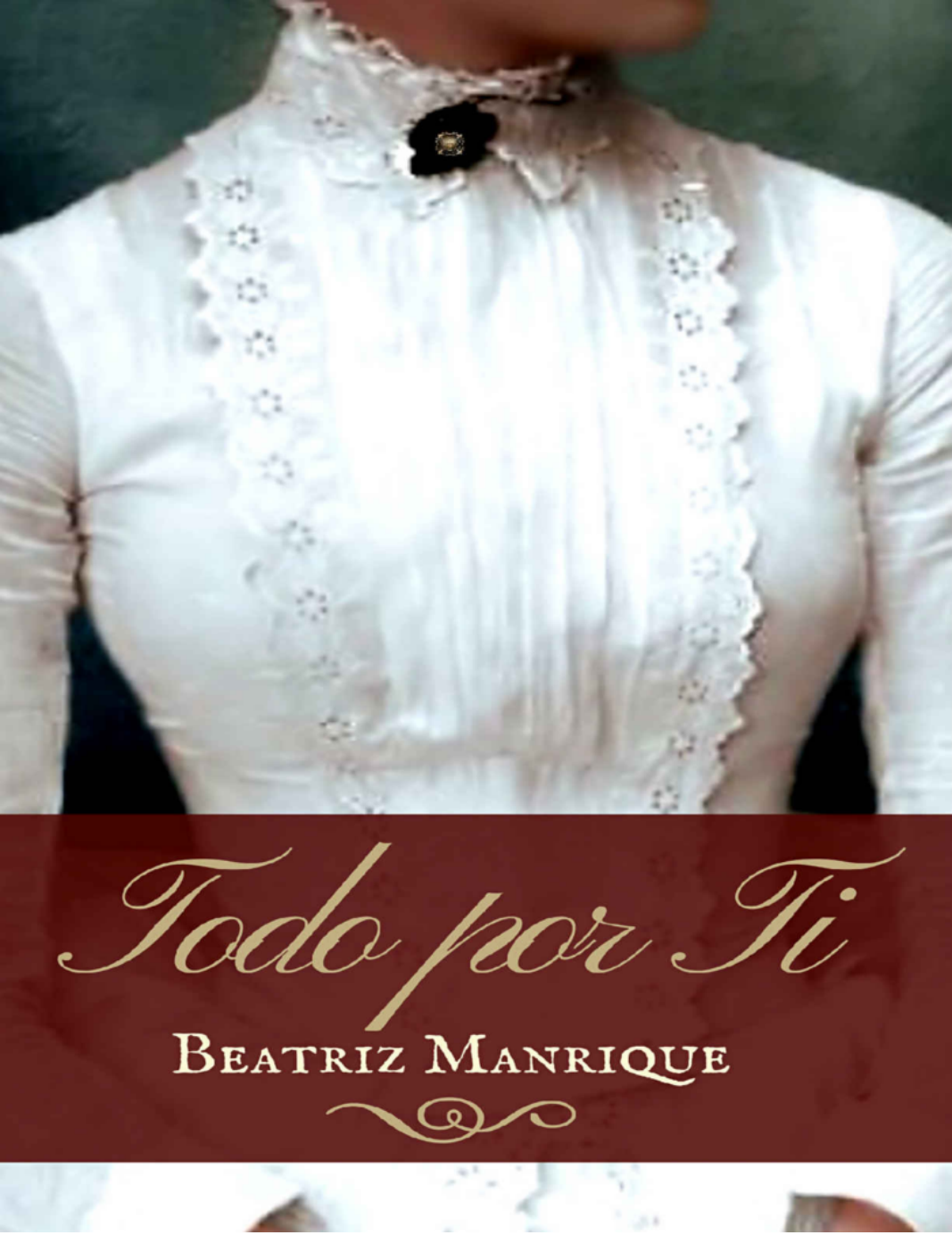

Todo por Ti

Beatriz Manrique

TODO POR TI

BEATRIZ MANRIQUE

© Todos los derechos reservados
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: Todo por ti

Copyright © 2018 —Beatriz Manrique Martín

Primera edición, noviembre 2018

Contacto: bmanriquemartin@gmail.com

Gracias por comprar esta novela.

A nuestra pequeña estrella.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Índice
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Epílogo
Nota de la autora
Bibliografía
Agradecimientos

La autora

Otras novelas de la autora

Prólogo

Domingo, 24 de abril de 1864

Alburquerque, Badajoz

JAMES

El terreno, ubicado a las afueras de la villa de Alburquerque, se encontraba cerca de la frontera del país vecino, Portugal. Se trataba de una explotación agroganadera rica y extensa, en la que predominaba la típica vegetación de la dehesa extremeña: encinas, alcornoques, pastos y matorrales. Su capacidad podía albergar hasta mil cabezas de ovejas, cerdos y vacas. Disponía además, de diez hectáreas de olivos con una producción mínima de cinco mil litros anuales de aceite de extraordinaria calidad y no tenía problemas de abastecimiento, ya que numerosos arroyos, estanques naturales y pozos se distribuían a lo largo y ancho de la propiedad junto a canales de riego y viejas acequias.

James detuvo su montura al llegar a la cima de la colina al tiempo que palmeaba el cuello de su caballo y recuperaba el aliento. Entonces echó una mirada a la finca que se extendía a su mirada fijándose en las lejanas siluetas de los edificios.

La vivienda principal era de estilo rústico, ya que se había construido con materiales de piedra y madera, tenía un amplio camino empedrado en la entrada y, como era habitual en ese tipo de construcciones, las dependencias inferiores de las zonas comunes y de recibimiento se disponían en torno a un patio central mientras las numerosas alcobas destinadas al descanso se distribuían en la planta superior.

La vivienda contaba además con una surtida bodega en el nivel inferior, así como de varios cuartos destinados al guardado y mantenimiento de víveres.

Próximas a la casa señorial, se repartían algunas de las viviendas destinadas a los empleados y a las familias de los guardeses. También había una pequeña ermita, un guadarnés, varias cuadras, pajares y diversos abrevaderos junto a las perreras con sus propios bebederos.

Elevó la vista y observó el majestuoso vuelo de un águila a través del azulado cielo. No era extraño verlas. Así como tampoco a buitres y especies de caza menor como liebres, conejos, patos y perdices.

James desmontó y abrió la talega de la silla. Sacó una bota de vino y bebió un largo trago. No tenía por costumbre beber en exceso, pero ese día tal vez debiera embriagarse para tratar de sobrellevar esa rabia. Una rabia que se había instalado angustiosamente en su pecho. Sonrió con ironía. No solo rabia. También decepción y dolor. Quería arrancarse ese amor del corazón. ¿Amor? Sí, aún lo sentía. Todas aquellas emociones pesaban demasiado para convivir juntas en su interior. Detuvo la mano en su frente. Le iba a estallar la cabeza.

Entonces guardó la bota en la talega, ató las riendas de su caballo a una rama y se sentó a la sombra de un alcornoque. ¿Eso era el amor? ¿Aquel devastador pesar que parecía envenenarle el alma y que le robaba el aire de los pulmones? ¿Aquel desmedido sentimiento de desconsuelo? ¿De dolor enconado en su pecho?

Tragó con fuerza al percibir una inexorable congoja arañando su garganta. Se sentía tan lastimado como si hubiese recibido una paliza, pero la única verdad era que lo había engañado, que lo había utilizado, que lo había traicionado. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había menospreciado la honestidad de sus sentimientos de aquel modo? ¿Acaso no había demostrado él la sinceridad de su afecto? ¿No la había tratado lo mejor que sabía? ¿No la había colmado de promesas y atenciones?

—¡Necio! ¡Todo ha sido una mentira! Se ha burlado de ti —se dijo poniéndose en pie de golpe.

Se dirigió a su montura, sacó la bota de vino de la talega y mientras bebía de nuevo se juró que jamás permitiría que una mujer volviera a tener el poder de herirlo de aquella forma... ni de ninguna otra.

—James, tu padre solicita tu presencia en el despacho —dijo su madre alcanzándolo antes de que saliera de la casa.

Él la miró con desconcierto.

—¿Sucede algo, madre? —preguntó al reconocer cierta inquietud en su rostro.

Su madre dibujó una ligera sonrisa con la intención de tranquilizarlo.

—No, pero tu padre precisa hablar contigo de un asunto. Es importante. No lo hagas esperar, por favor —musitó sosteniéndolo del brazo al tiempo que los dos se encaminaban hacia el despacho.

James resopló.

—¿Sigue empeñado en mi ingreso en la Academia de Caballería de Valladolid? —preguntó con cierta frustración. Ante su silencio la observó con interés—. ¿Madre?

—No, James. No se trata de eso —aseguró ella a la vez que llegaban al despacho.

Entonces su madre llamó antes de abrir la puerta, lo empujó con suavidad hacia el interior de la estancia y cerró la puerta a su espalda quedándose fuera con una celeridad que, cuanto menos, le sorprendió.

James arrugó la frente. El proceder de su madre era de por sí extraño, pero le bastó una mirada al semblante de su progenitor para saber que algo grave ocurría.

—¿Padre? —inquirió con inseguridad.

El hombre fijó su oscura mirada en él antes de dirigirse hacia la esquina de la que colgaba el enorme retrato de su bisabuelo. James lo observó con estupefacción cuando accionó algo que hizo que el cuadro se despegara de la pared seguido de un chirrido similar al que haría cualquier vieja puerta al abrirse. No tenía conocimiento de que

existiera nada parecido en la finca.

—Entra —ordenó su padre con apremio dejando al descubierto de su mirada un enorme hueco—. Y no emitas sonido alguno veas lo que veas o escuches lo que escuches, ¿entendido? —preguntó con severidad.

James contempló a su padre con preocupación.

—Explíqueme qué sucede —exigió con gesto confuso.

—No hay tiempo. ¡Entra, James! —ordenó en un tono de voz que no admitía réplica alguna.

Él obedeció. A continuación, su padre cerró la puerta del cuadro y él se acomodó como pudo en aquella especie de prisión. Notó aire entrando por la parte inferior. Entonces observó varios huecos de una anchura tan considerable a ambos lados de la pared que cualquier rata de campo podría pasar sin dificultad por ellos. Además, el olor que se filtraba por esos respiraderos no era agradable. Irguió la cabeza todo lo que le fue posible y descubrió unos diminutos agujeros por los que se podía contemplar la parte del despacho en la que se hallaba la mesa. Su padre permanecía sentado tras ella en una actitud de tensa espera. No entendía nada. ¿Qué diantres ocurría? James comenzó a transpirar ante la ansiedad por saber. Unos minutos después se escuchó una breve llamada.

—Adelante —dijo su padre con calma—. Tome asiento, por favor.

Él esperó con nerviosismo, pero cuando pudo ver a la persona que se sentó frente a su padre se quedó sin aliento.

—¿Me ha ordenado llamar, señor? —preguntó ella con respeto.

James observó la escena con intranquilidad. Catalina. Tez canela. Cabello oscuro. Enormes ojos almendrados que lo volvían loco cuando se posaban en él con picardía. Labios que le hacían perder la cordura. Una sonrisa que derretía su voluntad. Una voz que aceleraba las pulsaciones de su corazón. Preciosa. Dulce. Gentil. Apasionada. Vestía el uniforme de las doncellas que servían en la residencia y hacía unos meses que mantenían una relación con suma discreción, a pesar de que ambos eran conscientes de los innumerables inconvenientes a

sortear en el futuro.

—Así es. ¿Qué edad tiene? —preguntó su padre con voz serena.

Ella parpadeó con confusión.

—Diecinueve años, señor —contestó con suavidad.

Su padre la observó en silencio durante un par de segundos.

—Me asombra que a su edad se maneje con semejante habilidad en el arte de las meretrices. ¿Cuánto quiere? —preguntó su progenitor con brusquedad.

—¿Cóm… ¿Cómo dice? —tartamudeó ella encogiéndose ante su padre.

James encajó la mandíbula con firmeza y apretó con fuerza los puños, no obstante se mantuvo en silencio y a la espera de su respuesta.

—Conozco a las mujeres de su calaña. No pierda el tiempo ni me lo haga perder a mí. Diga su precio y acabemos cuanto antes con esta pantomima —exigió con dureza.

Catalina lo observó con indignación antes de que su expresión se tornara burlona para absoluta sorpresa de James. No así para sorpresa de su padre que se mantuvo impasible ante ella.

—¿Cuánto ofrece el señor? Medítelo bien —dijo relajándose sobre el asiento con gesto pensativo—. Debe ser una cantidad importante porque su joven cachorro come de mi mano y hará por mí cuanto le pida. Usted lo sabe y yo lo sé. De ser de otro modo ya me habría echado con lo puesto. —Posó la mano sobre su estómago acariciándolo con malévola intención—. Pero no está dispuesto a perder a su heredero. ¿Me equivoco? —inquirió esbozando una sonrisa.

El sudor comenzó a descender por las sienes de James al tiempo que tragaba con suma dificultad y la sangre comenzaba a recorrer sus venas con rapidez.

—¿Insinúa que está en estado de buena esperanza? —preguntó su padre sin perder la compostura.

Ella sonrió como una gata a punto de saltar sobre su almuerzo.

—Pudiera ser… bastaría que lo insinuase para que él lo creyera. ¿Y bien? ¿Cuánto cuesta su hijo? —Sonrió de nuevo antes de suspirar con sorna—. A pesar de su carencia en ciertos asuntos de alcoba es un aprendiz aventajado. Le confieso que me resultará difícil alejarme de un joven con unos atributos tan… considerables —apuntó con sarcasmo.

Su padre inspiró poniéndose en pie.

James observó a Catalina sin poder creer que aquellas palabras hubiesen sido pronunciadas por su boca. De la joven que amaba y decía amarlo. De la joven que en aquel momento mostraba una cara que él jamás hubiese sospechado que poseía.

—No es más que una ramera —siseó su padre con los labios apretados.

Catalina entrecerró los ojos.

—Cuidado con lo que dice o le saldrá caro. Más todavía —señaló ella irguiéndose con calma—. Era un halago hacia su hijo. Debería sentirse orgulloso —agregó—. ¿Cuánto ha dicho que ofrece? —insistió con voz dura un instante después.

James comenzó a sentir arcadas. No supo si debido a los olores que se filtraban por los respiraderos o a lo que estaba escuchando.

—Prepare el equipaje y regrese en una hora. La cantidad que encontrará en esta mesa será de su agrado y más que suficiente para partir de inmediato. No vuelva a entrometerse en la vida de mi hijo o la próxima vez no seré tan benevolente —añadió con severidad.

Catalina se abstuvo de sonreír, aunque su gesto de satisfacción fue evidente.

—Como ordene, señor —comentó con ironía antes de marcharse.

Su padre inhaló con firmeza antes de dirigirse al cuadro y accionar la pequeña manivela ubicada bajo el marco que lo abría.

James salió sin más dilación aflojándose la corbata mientras caminaba por la estancia tomando aire con fuerza.

—Era la única forma de desenmascararla ante ti —murmuró su padre a la espera de su reacción.

James fijó su vista en él.

—Organice mi ingreso en la Academia de Caballería cuanto antes —dijo con seriedad—. Y padre, entréguele una buena suma que le permita mantenerse hasta que encuentre otro empleo. No quiero sentirme responsable de su indigencia —masculló encaminando sus pasos hacia la salida con rapidez.

Su padre asintió con la mirada al tiempo que entrelazaba sus manos a la espalda.

—¿Estás bien, James? —inquirió con preocupación.

—Lo estaré —aseguró saliendo del despacho.

Viernes, 24 de abril de 1874

Residencia de los condes de St. Merryn, Londres

MADELINE

—Agradecida, condesa —murmuró Madeline con la vista baja.

La condesa de St. Merryn hizo un vago gesto con la mano. Era una mujer ociosa que delegaba la diaria supervisión del servicio en la señora Perkins, y aunque las decisiones en última instancia eran tomadas por ella, ciertamente solían estar influenciadas por el parecer del ama de llaves.

—Señora Perkins, ocúpese de que reciba el pertinente salario al finalizar el servicio de la cena —murmuró con un deje de fastidio.

La mujer asintió brevemente antes de instar a Madeline a salir del

salón con premura. Ella soltó el aire con alivio una vez cerraron la puerta a sus espaldas. Entonces ambas caminaron en silencio hasta llegar a la cocina.

La señora Perkins era una mujer robusta, de maneras severas, rictus serio y lengua afilada. Su sola presencia intimidaba al servicio y cuando su atención se centraba en alguien en concreto era aconsejable mantener la boca cerrada.

—Sube a tu habitación, prepara el equipaje y baja para ayudar con el servicio a las seis —ordenó con diligencia.

—Enseguida, señora Perkins —murmuró Madeline antes de subir a toda prisa por las escaleras traseras.

Una vez hubo llegado a su cuarto, cerró la puerta y se apoyó en ella con los ojos cerrados. Sentía deseos de reír y llorar al tiempo. Posó la mano derecha sobre su boca para contener un grito de euforia. Se marchaba. De aquella casa. De aquel empleo que detestaba. De la ciudad. Del país. Lejos de Philip St. Merryn. Lejos de todo lo que le era conocido. Se marchaba a España. A Madrid. Le aterrada de un modo vertiginoso. Y aún así, la ansiedad por tomar el vapor era casi tan imperiosa como el temor que sentía ante la llegada de ese momento. ¿Había perdido el juicio? Iba a emprender un viaje sola hacia un país en guerra. Sin nadie que pudiera acompañarla. Sin nadie que pudiera auxiliarla de ser preciso. Un viaje que cambiaría el rumbo de su vida. Una oportunidad que no debía desdeñar.

Madeline se dirigió al pequeño armario, lo abrió, buscó sus dos maletas, las posó sobre la cama y comenzó a guardar en ellas sus escasas pertenencias con celeridad. Abandonaba la servidumbre. Hacía unas semanas que había tomado la decisión. Ya no había vuelta atrás. Cuando hubo vaciado el armario, llevó la mano al bolsillo de su falda y cogió la pequeña carta que mantenía oculta. Por extraño que pareciera, llevarla junto a ella durante esos días y tocarla en los momentos de indecisión le había otorgado valor y firmeza a su determinación... No la había olvidado. La marquesa de Andrada, lady Gallagher, Charlotte, su amiga de la infancia, había mantenido la promesa que le hiciera el día de su boda antes de partir hacia España

con su esposo. Desdobló el papel y leyó nuevamente las líneas con premura al tiempo que la emoción empañaba su mirada.

Madrid, 15 de abril de 1874

Querida Madeline,

Espero que a la llegada de esta misiva te encuentres bien y sigas deseando reunirte conmigo en Madrid. Si durante este tiempo hubieses cambiado de parecer no sientas apuro en comunicármelo, aunque debo reconocer que me entristecería en el caso de que así fuera.

Madeline, esta es una ciudad fascinante, bulliciosa, escandalosa, y a pesar de que el país está en guerra, la capital es segura. Los españoles son personas cercanas y alegres. Las costumbres, e incluso la indumentaria, cuanto menos curiosas y la gastronomía, aunque de sabores contundentes, deliciosa. Me he habituado a tomar chocolate, una práctica que se realiza con asiduidad entre la población matritense por las mañanas y las tardes. Debo reconocer que su consumo es un placer, sobre todo en los días más fríos o lluviosos. Hay un Café que visito con frecuencia en el que lo sirven de un modo exquisito; el Café Suizo[i]. Confieso que nos imagino degustando una taza de chocolate en unas pocas semanas mientras escribo estas líneas. ¿Puedes imaginarlo tu también, Madeline?

Mi castellano ha mejorado de forma considerable gracias al personal del servicio con el que practico el idioma a diario, y aunque aún no puedo conversar con ellos con la fluidez con la que me gustaría, el entusiasmo de sus ademanes cuando intentan hacerse entender me hace sentir bien recibida y aceptada en esta casa.

La aristocracia de Madrid no dista demasiado de la de Londres. Priman las apariencias, los falsos halagos, las buenas maneras y el dejarse ver para ser visto, no obstante me han acogido con cordialidad, aunque con evidente sorpresa. En ocasiones, durante las veladas a las que asisto en compañía de mi esposo, tengo la impresión de ser observada con suma curiosidad, pero no juzgada por la premura con la que se ha producido nuestro enlace. No obstante, ambos somos conscientes de los variados

rumores que circulan al respecto e intentamos ignorarlos con desinterés con el único objeto de acallarlos cuanto antes.

Mi primera noche a solas con mi esposo fue terrible. Es un hombre odioso que parece disfrutar provocando mi enojo, sin embargo hemos llegado a un acuerdo beneficioso para los dos; yo cumplo con todas mis obligaciones sociales con buen talante sin entrometerme en su vida, y él a cambio, no me exige relaciones conyugales ni me prohíbe salir sin su compañía. ¿Puedes creerlo, Madeline? ¡Libremente! ¡Salgo libremente sin la obligación de obtener su permiso con anterioridad! Ese impensable gesto por su parte ha tornado dichosa mi estancia en Madrid.

A pesar de vivir bajo el mismo techo nuestros caminos apenas se cruzan durante el día. No puedo aseverar que su trato hacia mí sea inapropiado en las veladas a las que asistimos juntos, incluso podría señalar que es un trato correcto, debo agregar que distante, sin embargo soy consciente de que una fría cordialidad entre nosotros es bastante conveniente, teniendo en consideración nuestra situación e intereses.

¿Sabes que llevo la cuenta de las veces que me ha sonreído con franqueza desde que llegamos a la ciudad? Cinco, Madeline. ¡Y sospecho que al menos dos de esas sonrisas fueron irónicas! De cualquier forma, mientras se mantenga alejado de mí no me importa que apenas me dedique una sonrisa, aunque es muy aficionado a exhibirlas por doquier cuando me alejo de su presencia. ¿Te he comentado que es un hombre detestable? No obstante, y siendo honesta con la verdad, es innegable que posee alguna cualidad interesante cuando olvida comportarse como el grosero que es, incluso estoy dispuesta a admitir que disfruto de su compañía en dichas ocasiones. No demasiado, pero las disfruto.

¡Madeline, soy tan dichosa! Cada noche antes de retirarme a dormir rezo para que continúe ignorando mi presencia hasta el día en el que reciba mi herencia y podamos abandonar Madrid. Porque en cuanto leas esta carta embarcarás en el primer vapor hacia España, ¿verdad? No pretendo presionarte de ninguna forma, pero lo harás, ¿no es cierto?

He anotado en el dorso la dirección del palacete en el que resido. Viaja a Madrid lo antes posible, por favor, y contáctame sin dilación en cuanto llegues a la ciudad.

Te adjunto varias tarjetas de visita que yo misma he escrito con tu nombre. Es obvio que la dirección no existe, pero de ese modo sabré que has llegado en cuando Julio, el mayordomo, me entregue una de ellas. Las visitas suelen realizarse de tres a seis de la tarde, pero he dado orden de que todas las tarjetas de visita de ciudadanos ingleses me sean entregadas de inmediato a cualquier hora del día, aunque sea fuera del horario establecido de visita.

Estoy ansiosa por volver a verte y tan convencida de que lo conseguiremos que apenas puedo esperar, Madeline. Las dos viviremos la vida que queramos vivir. Juntas. Libres e independientes. En Boston o en cualquier otra ciudad en la que decidamos instalarnos.

Con afecto tu amiga que te espera,

Charlotte Gallagher.

Madeline no pudo evitar la sonrisa que dibujó su boca. Era curioso descubrir todas las contradicciones que ocultaban las palabras de Charlotte. ¿Era o no su esposo el demonio que le había asegurado antes de partir? Y si ese hombre en realidad le otorgaba libertad, no se entrometía en su vida diaria y no la importunaba en su alcoba... ¿Cómo podía ser un demonio? Desde luego, y como ella misma había escrito, ese tipo de trato era más que beneficioso. Es más, ¿por qué dedicaba buena parte de la carta a hablar de él si lo consideraba detestable? Y lo más insólito, ¿por qué contaba las ocasiones en las que le sonreía con franqueza?

Madeline arrugó la frente con intriga mientras doblaba la carta y la guardaba en el bolso de mano en el que permanecían las tarjetas de visita que Charlotte le había enviado.

Entonces inspiró hondo antes de comprobar que no había olvidado nada importante. En el armario solo permanecían colgados dos sencillos trajes de viaje que semanas atrás había encargado a una modista. La mujer confeccionaba trajes y vestidos a precios bastante módicos, de modo que se decidió a encargar un par con la intención

de alternarlos durante el viaje. Utilizaría el azul oscuro para salir de aquella casa cuando finalizase el servicio de la cena. Echó un último vistazo, colocó el traje de color burdeos en una de las maletas, las cerró y las posó bajo la cama.

Tres horas después…

Madeline permanecía sentada en su cama con las manos cruzadas sobre el regazo y sus maletas en el suelo. Observó el uniforme que, escasos minutos antes cubriera su cuerpo, doblado con pulcritud a su lado. Sabía que no olvidaba nada en aquella habitación, pero ante su propia inquietud se levantó y volvió a revisar el armario y los cajones interiores. Mientras esperaba para salir de aquella casa comenzó a respirar con fuerza. Sentía pavor e incertidumbre hacia su futuro. Las manos le temblaban. Tomó asiento de nuevo, cogió su pequeño bolso y enlazó las manos sobre él. Miró a su alrededor con impaciencia. Entonces escuchó los atronadores e inconfundibles pasos de la señora Perkins por la vieja madera del corredor. Se puso en pie y alisó su falda cuando la mujer llamó a su puerta.

—Adelante —dijo simulando calma.

La señora Perkins observó la estancia con rapidez antes de posar su inquisitiva mirada verde en ella.

—¿Está preparada, señorita Esterly?

Madeline asintió con la vista.

—He dejado aquí el uniforme, pero si lo prefiere puedo llevarlo al cuarto de la lavandería antes de marcharme —sugirió con voz serena.

El ama de llaves la observó con detenimiento.

—No será necesario. Alguna de las doncellas se encargará mañana. Podría pasar la noche aquí y partir al alba —propuso con gesto serio.

—Se lo agradezco, pero prefiero coger el tren esta noche, si no

supone ningún inconveniente —agregó manteniendo a raya su inquietud.

—En absoluto —murmuró la mujer sacando un sobre del bolsillo de su falda—. Esta es la parte del salario que le corresponde del mes trabajado junto a una carta de referencia firmada por la condesa —dijo entregándoselo.

Madeline lo tomó y lo guardó en su bolso de mano.

—Gracias, señora Perkins.

—¿No comprueba el salario?

—Usted jamás se ha equivocado con el salario de los empleados —contestó al tiempo que percibía la satisfacción en el rostro de la mujer ante su breve cumplido.

—Le aseguro que tiene lo que le corresponde. Ni más ni menos, señorita Esterly —dijo con voz pausada—. Permítame decirle que ha cumplido su labor en esta residencia con eficiencia. Me complacen las jóvenes que saben cuál es su lugar y no suponen mayores problemas. Como usted —señaló.

Madeline tragó saliva, aunque mantuvo la compostura.

—Agradecida por sus palabras, señora Perkins.

La mujer asintió con levedad.

—La acompañaré a la salida —anunció de repente.

Madelinte tomó sus maletas y, durante los minutos que duró el recorrido hasta llegar a la puerta trasera, siguió al ama de llaves en silencio. Una vez llegaron, la señora Perkins la miró y señaló el coche de los condes de St. Merryn con la mano.

—El señor Harris la acompañará a la estación de tren. —Madeline la contempló con sorpresa—. No me parece correcto que una joven como usted camine sola a estas horas de la noche —concluyó con seriedad.

—Yo… se lo agradezco, pero no es preciso, señora Perkins...

—No haga que pierda la paciencia discutiendo, señorita Esterly

—dijo interrumpiéndola con gesto severo—. El señor Harris habrá regresado en apenas media hora. Los condes no percibirán su ausencia. —La observó con intensidad—. Y, señorita Esterly, aplaudo su decisión de marcharse antes de que la condesa la eche a rastras como sucedió con la última doncella que se encamó con su hijo. No me mire como si pretendiera a asesinarla —agregó al advertir el terror en su mirada—. ¿Creía que no lo sabía? Conozco todo lo que ocurre bajo las paredes de esta casa, pero usted ha sido la menos ambiciosa y la más discreta de todas —apuntó arqueando una ceja al tiempo que Madeline apartaba la vista sintiéndose avergonzada—. No entiendo en qué ha podido beneficiarla perder la honra con un hombre que solo la ha utilizado para su propio placer, y al que además, poco le importa lo que pueda sucederle. ¿Sabe que se marcha?

—No —musitó ella con la cabeza baja antes de levantar la vista con un gesto de culpabilidad.

—Ahora entiendo su prisa por partir esta misma noche. Supongo que cuando regrese de madrugada y la busque en su habitación lo descubrirá. —La señora Perkins sonrió a medias al tiempo que abría la portezuela del coche instándola a subir—. Espero no volver a verla. Que tenga un buen viaje, señorita Esterly —dijo con su habitual gesto de severidad.

Madeline la miró en mudo agradecimiento durante unos segundos.

—Gracias, señora Perkins. Le aseguro que no volverá a verme. Adiós.

La mujer asintió con brevedad antes de que ella entrara en el coche sosteniendo sus maletas.

Capítulo Uno

Viernes, 2 de junio de 1876

Afueras de Córdoba

James abrió los ojos sintiéndose desorientado. Apenas podía pensar con claridad. Le dolía la cabeza, el abdomen e incluso sentía náuseas. Intentó levantarse del catre, pero fue incapaz de conseguirlo. Se mareó al hacerlo. Jadeó con frustración. ¿Qué diablos le habían suministrado? ¿Lo habían narcotizado? Respiró durante varios segundos concentrándose en sí mismo. Confusión. Malestar. Imposibilidad para controlar los movimientos de su cuerpo. Visión distorsionada. Sin duda, aquellos síntomas eran propios de una toma excesiva de narcóticos.

Extrañas imágenes comenzaron a aparecer en su mente. Voces. Alguien llamaba su atención al tiempo que tocaba su rostro. El tono de su voz era amable. ¿Qué preguntaba? Risas. ¿Qué había respondido él? Gimió con frustración. No conseguía recordar nada de lo sucedido la noche anterior con nitidez. Le invitaban a tomar algo. Él se negaba, pero ellos insistían mientras lo forzaban sosteniendo su rostro. ¿Era la misma persona que había preguntado antes? Suaves golpes en su mejilla para que reaccionara. Nuevas risas. James cerró los ojos intentando ver sus rostros, pero en su cabeza solo veía una sucesión de borrosas imágenes que iban y venían sin sentido alguno.

¿La utilización de narcóticos significaba que la situación había empeorado? Era probable. ¿Cuántos días habían transcurrido? En ese momento no tenía la capacidad de recordar de forma lúcida. Había perdido la noción del tiempo. Miró hacia la ventana enrejada. Por la intensidad de la luz dedujo que era media mañana. ¿Cuántas formas de escapar había ideado ya? ¿Cuántas veces lo había intentado? No importaba. En todas había recibido una pequeña paliza. Sí, pequeña. Porque si había algo de lo que estaba seguro era de que podían haberlo matado en cada uno de sus miserables intentos, sin embargo

se limitaban a reducirlo o cansarlo mientras él luchaba y agotaba sus fuerzas. Una vez lo conseguían siempre lo dejaban en paz. James volvió a cerrar los ojos. Sin embargo, no lo maltrataban, excepto cuando él mismo provocaba el maltrato en su empeño por huir.

Las condiciones de su cautiverio no eran excesivamente malas. No lo mantenían atado. Permitían que se asease cada día. Le proporcionaban medicamentos y vendas para que pudiese curar sus contusiones. Lo alimentaban. No le faltaba el agua para beber, y ese hecho debería ser de gran alivio, puesto que el bochorno del verano comenzaba a ser insoportable durante las horas centrales del día. Lo querían vivo. Estaba convencido. Ignoraba con qué propósito, pero era evidente que muerto no les era de ninguna utilidad, no obstante aquel encierro… Apretó los puños y gritó con furia en su interior. ¡Perdería el juicio!

Se incorporó a medias y consiguió permanecer sentado. Apoyó la cabeza en la pared y enfocó su mirada en la puerta de la habitación. Estaba hecha de dura y maciza madera. Lo sabía porque el día anterior se había destrozado las manos golpeándola en un ataque de rabia. Las contempló. Al parecer alguien había curado sus heridas, aunque aún se observaban evidencias de violencia en ellas. Por suerte no se había roto nada, sin embargo los nudillos le dolían de un modo horroroso cuando hacía algún movimiento brusco.

Escuchó el canto de algunos pájaros. Cuando miraba por la ventana lo único que sus ojos divisaban era un mar de olivos. ¿Seguía en Córdoba? No lo sabía con certeza. Lo que sí sabía era que aquel lugar estaba apartado y dejado de la mano de Dios. Podría gritar hasta desgañitarse que nadie acudiría en su auxilio… Abrió los ojos al oír unos pasos. Escuchó el pesado cerrojo. La puerta se abrió. James mantuvo la mirada fija en la salida. El deseo de escapar nunca lo abandonaba, incluso en ese momento en el que apenas podía sostenerse en pie, su primer impulso fue intentar huir.

El hombre que entró era de estatura media, fornido y, como todos los demás, cubría la mitad de su rostro con un pañuelo anudado a su nuca. Sus ojos eran oscuros y su cabello castaño peinaba varias

canas. Soltó una risita al tiempo que lo observaba con detenimiento. A continuación, otro hombre entró y posó sobre la mesa la bandeja que portaba antes de volver a salir sin mirarlo siquiera.

—Está hecho una porquería —dijo con diversión el otro.

—¿De veras? No me había percatado —murmuró con ironía—. ¿Qué narcótico habéis utilizado?

El hombre cogió una silla, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas.

—Eso no importa —dijo apoyando los brazos sobre el respaldo—. ¿Por qué no se relaja un poco y nos facilita su cautiverio a todos?

James inspiró.

—¿Quiénes sois? —Silencio—. ¿Dónde estamos? —insistió—. ¿Por qué me retenéis?

El hombre soltó la respiración con un deje de aburrimiento.

—¿Por qué insiste en preguntas que sabe que no voy a responder? ¿Puede moverse?

James lo miró durante unos segundos. Odiaba sentir que no tenía el control sobre nada, aún menos sobre la movilidad de su cuerpo.

—No —murmuró.

—Fue su culpa que anoche se nos fuera la mano —comentó en tono acusatorio—. ¿Tiene hambre? ¿Sed? ¿Necesita el orinal? ¿Que lo lleve al excusado?

Sería denigrante que alguien tuviera que ayudarlo a llegar al excusado.

—No —contestó de nuevo con fastidio.

El hombre se acercó a él y cogió sus manos para observarlas. James apretó los labios para impedir emitir sonido alguno cuando lo forzó a abrir y cerrar los dedos.

—Tuvo suerte de no partirse los dedos. Esta noche le traeré algún ungüento para la hinchazón de los nudillos —murmuró.

James arrugó la frente.

—¿Por qué?

—Órdenes —respondió sentándose en la silla de nuevo.

—¿De quién?

—¿No se cansa de hacer las mismas preguntas día tras día?

—No.

El hombre soltó una risotada.

—Si continúa así, acabará por despertar mi simpatía, condesito. Incluso podríamos cultivar una buena amistad —añadió en tono burlón.

James sostuvo su mirada sin parpadear.

—No lo creo.

El hombre abrió los brazos en un gesto de conciliación.

—No lo tenemos atado como si fuera un perro. No lo tratamos mal a menos que nos obligue. No lo privamos de comida ni de bebida. ¿De qué se queja? Todo lo que le ha ocurrido hasta ahora se lo ha buscado usted mismo, pero antes de lo que piensa comenzará a comportarse como un corderito —agregó con un guiño.

James lo observó con fijeza.

—¿Pretendéis narcotizarme a diario? —preguntó sin amilanarse.

El hombre se levantó de la silla.

—Volveré más tarde con la cena —murmuró sin contestar su pregunta—. Trate de comer algo cuando pueda caminar.

James volvió a mirar la luz que se filtraba por la ventana enrejada con extrañeza.

—¿Qué hora es?

—Las dos y media. Si necesita ir al excusado grite. Ya conoce las reglas —apuntó saliendo de la estancia.

James contempló la puerta cerrada durante varios segundos. No era de su agrado descubrir que había dormido bajo los efectos de los narcóticos durante medio día. Después se miró las manos. Estiró y

cerró los dedos con lentitud acostumbrándose al malestar. Quizá pudiese coordinar todos los movimientos de sus extremidades al anochecer, al menos lo suficiente como para intentar escapar por sus propios medios de nuevo.

***

Viernes, 15 de mayo de 1874

Residencia de los marqueses de Andrada, Madrid

JAMES

Observó su reloj de bolsillo. Las once y diez de la mañana. Probablemente Alonso ya estaría en el club… o en cualquier otro lugar.

Desde que regresara de Londres era improbable encontrarlo en su hogar a la luz del día. Había un buen motivo para ello. Su esposa. Su reciente y manipuladora esposa. Una arpía de lo más vil según sus propias palabras. James no podía cuestionar el razonamiento de su amigo, pues el modo en el que la joven había logrado contraer nupcias con él, desde luego no había sido el más adecuado. Sin embargo, aquella desafortunada situación era irónica, pues del buen funcionamiento de aquel enlace de cara a la vida pública dependía el rumbo que pudiera tomar el país. La discreción y el silencio de la marquesa de Andrada era primordial para sus intereses políticos, y aunque su amigo Carlos sostenía que ella era digna de confianza, él aún no se había formado una opinión concluyente sobre su carácter. Sobraba decir que la opinión de Alonso quedaba descartada en aquellas circunstancias, aunque en realidad su opinión no importaba, lo único que importaba era que nadie pudiese relacionar su viaje a Londres con el futuro ingreso de don Alfonso[ii] en la Academia Militar de Sandhurst, aún menos que llegase a oídos de los carlistas. Esto último era fundamental.

Volvió a mirar su reloj. Las once y veinte.

Hacía más de cinco minutos que aquella mujer paseaba frente al palacete de su amigo Alonso con indecisión. Vestía un sencillo traje de color burdeos y su sombrero caía hacia la izquierda en una postura algo más ladeada de la que debiera. En honor a la verdad la prenda casi se había desprendido de su cabello, aunque ella parecía no haberse percatado. Era forastera, el color de su cabello dorado, y a pesar de su aspecto fatigado, su apariencia era interesante. Por lo general, él se sentía atraído por mujeres morenas de rasgos llamativos y curvas exuberantes, pero era innegable que aquella mujer de facciones delicadas era atractiva. Portaba dos maletas y a juzgar por su expresión de confusión mientras observaba la fachada del edificio estaba perdida. Dejó una de sus maletas a sus pies y sacó un papel de su bolso. Después observó alternativamente el trozo de papel y la residencia situada frente a ella.

James estuvo tentado a salir de su coche, caminar los pasos que los separaban y ofrecerle su ayuda. Era evidente que buscaba una dirección y que no parecía estar segura de haberla encontrado, sin embargo permaneció donde estaba contemplando todos y cada uno de sus movimientos.

Se dirigía al club cuando la vio junto al palacete mirando todo cuanto la rodeaba con extrañeza. Sin pensarlo demasiado, le había ordenado a su cochero que se detuviese a una distancia prudencial y, aunque en primera instancia su apariencia fue la responsable de su interés, lo que en realidad incrementó su curiosidad fue su comportamiento.

En ese momento ella comenzó a guardar el papel en su bolso, pero el paso de un coche junto al suyo la ocultó de su visión durante unos segundos. James reconoció el escudo familiar en una de las puertas del carruaje. Entonces se acercó aún más a su ventanilla para observar con detalle todo lo que aconteciese a continuación. La joven seguía sin decidirse a tirar de la campana que había junto a la verja de la entrada principal. No fue necesario que lo hiciera. El coche de Alonso paró y de él descendió una atolondrada marquesa de Andrada.

James observó con estupefacción los ahogados gritos de sorpresa que ambas mujeres emitieron al verse, seguidos de risas, abrazos, más risas, nuevos abrazos e incluso algunas lágrimas que se dispusieron a contener antes de comenzar a dar saltitos de alegría como si fuesen dos niñas. Sonrió imperceptiblemente. Sí, dos niñas. Dos niñas que parecían muy felices de verse. Entonces se dispuso a ordenar a su cochero que prosiguiera el camino hacia el club al tiempo que contemplaba como la marquesa miraba hacia un lado y otro de la calle con rapidez, cogía las maletas de la joven y la empujaba con premura hacia el interior de su coche.

James sacó la cabeza por su ventanilla.

—Fabián, siga a ese coche —dijo señalando el coche de la marquesa de Andrada.

—Como ordene, ilustrísima.

El trayecto no fue demasiado largo. Minutos más tarde el coche se detenía en la Puerta del Sol, frente al Hotel París. James observó a las mujeres bajar y desaparecer tras la puerta principal del edificio. Arqueó una ceja. Estaba convencido de que esa joven no podría permitirse un alojamiento como aquel en la ciudad. Incluso para alguien como la marquesa de Andrada sería descabellado hospedarla allí teniendo en cuenta el precio a pagar de las habitaciones. Sobre todo, si esa suma salía de los bolsillos de su amigo Alonso.

Esperó un tiempo prudencial, abrió la portezuela y descendió del coche.

—Espere aquí, Fabián —dijo con celeridad.

Su cochero asintió con la mirada.

James cruzó la plaza y se dirigió al lujoso hotel con paso firme. Allí trabajaban personas que le debían algunos favores y empleados que, a cambio de unos buenos reales, comerciaban con la información con discreción y sin remordimiento alguno.

El portero abrió la puerta. Lo saludó con respeto al reconocerlo. Él le devolvió el saludo a la par que entraba en la fastuosa sala de recibimiento. Después encaminó sus pasos hacia el mostrador, donde

un hombre de mediana edad se acercó a atenderlo con premura en cuanto divisó su figura.

—Ilustrísima, buenos días. Es un placer saludarlo.

—Buenos días, Mauricio. Hace unos minutos han entrado dos mujeres —comentó sin dilación.

El conde de Valdetorres le había comprado información en varias ocasiones, por lo que el conserje acercó el oído.

—Así es, ilustrísima. La marquesa de Andrada y una joven inglesa de rango inferior. Usted dirá —murmuró en voz baja.

—¿Conoce a la marquesa?

El conserje asintió con seriedad.

—El escandaloso enlace del marqués de Andrada en Londres es la comidilla de la ciudad, como sin duda usted ya sabe —apuntó sin atisbo alguno de socarronería—. La marquesa estuvo interesándose por el importe del alojamiento hace algunas semanas —agregó en un tono de voz más bajo.

James escuchó sus palabras con actitud impasible. Quizá esa información le fuese de utilidad a Alonso. Cuanto menos, era curioso que la marquesa se interesase por el alojamiento del hotel más caro de la ciudad cuando residía en uno de los palacetes más envidiados de Madrid.

—¿La joven que la acompañaba es inglesa?

El conserje asintió con la mirada.

—El acento inglés es inconfundible, ilustrísima. Además, ambas han discutido en su idioma durante el registro —explicó con serenidad.

—¿Qué clase de discusión? —preguntó con interés.

—Nada grave. La joven expresó su desacuerdo a hospedarse en un lugar tan… excesivamente acomodado —señaló con ironía—, pero la marquesa atajó sus protestas con rapidez.

—Preciso el nombre de la joven —comentó James llevando la

mano al bolsillo interior de su chaqueta.

Mauricio observó su gesto con satisfacción.

—Un minuto, ilustrísima —musitó acercándose al libro de registro. Acto seguido, cogió un pequeño papel, una pluma y anotó algo antes de volver junto a él—. Aquí tiene —dijo deslizando el papel bajo su mano sobre el mostrador. James lo guardó en el bolsillo exterior de su chaqueta—. La marquesa ha pagado una habitación para ella durante una semana —concluyó en voz muy baja.

—Gracias, Mauricio —comentó entregándole una buena suma de reales con disimulo.

—Siempre es un placer hacer negocios con usted, ilustrísima —dijo el conserje esbozando una sonrisa.

James asintió con un gesto de la mirada.

—Preciso que mantenga vigilada a la joven. Cualquier detalle puede serme de utilidad. Como de costumbre confío en su discreción —apuntó fijando su mirada en el hombre.

—Pierda cuidado —murmuró el conserje con seriedad.

—Adiós, Mauricio.

—Adiós, ilustrísima.

James salió del hotel, caminó hasta su coche, le ordenó a Fabián retomar el camino hacia el club y subió sin más dilación. Un vez dentro desdobló el papel y leyó el nombre escrito en él.

Srta. Madeline Esterly.

James pronunció su nombre en un susurro. Era todo cuanto necesitaba para que sus hombres comenzaran a indagar.

***

MADELINE

Madeline observó la habitación con asombro. El papel de la pared era de un suave color albaricoque. Las cortinas de zaraza, que se extendían desde el techo hasta el suelo, repetían el color y junto al castaño del mobiliario ayudaban a transmitir una atmósfera de confortable comodidad, a pesar de las dimensiones de la estancia. El blanco de la colcha y de los cojines de la cama con dosel, así como el azul del tapizado de los sillones y de la silla del tocador formaban el contrapeso de los tonos más cálidos. El ventanal era enorme, y a juzgar por la luminosidad que se filtraba a través de él, al aspecto de calidez de la alcoba aumentaría con la luz solar. Era una habitación impresionante. No podía creer que estuviese alojada en el hotel más lujoso de Madrid. ¡Ella podría vivir media vida con lo que Charlotte había pagado por una semana de estancia!

—¿Te gusta?

—Charlotte, es demasiado. Debería hospedarme en cualquier otro lugar —protestó de nuevo sentándose en la mullida cama—. ¿Y si tu esposo lo descubre? Podrías tener dificultades con él. Es una cantidad enorme por una semana de hospedaje.

Charlotte negó sentándose a su lado.

—Alonso no descubrirá nada. He pagado la habitación con mi dinero, no con el suyo. Además, es mi deseo que te alojes en este hotel —señaló esbozando una enorme sonrisa—. Me parece increíble que al fin estés aquí, Madeline. ¡Tenemos tanto que planificar y concretar! —exclamó con entusiasmo—. Esta semana te mostraré la ciudad, visitaremos la Casa de Fieras, el Museo de Pintura y Escultura, pasearemos por el Parque del Retiro, iremos al Paseo del Prado, tomaremos chocolate en el Café Suizo... ¡Oh! Y tenemos que renovar tu vestuario. Acudiremos al salón de madame Petibon[iii] o quizá al de madame Honorine. También tenemos que buscar una buena zona de Madrid en la que puedas vivir y... —Entonces Charlotte calló y cogió sus manos con afecto—. Discúlpame. La felicidad por tu llegada me ha nublado la mente, Madeline. Has realizado un gran viaje a solas y yo no hago más que parlotear sin consideración ni medida. Se te ve fatigada —apuntó observando su semblante con atención.

Madeline sonrió. Era cierto. Estaba agotada.

—No te preocupes, Charlotte —musitó—. Es que me siento abrumada por todo lo que dices, pero estoy feliz de estar junto a ti en la ciudad —murmuró con alivio.

Charlotte guardó silencio unos segundos más.

—¿Has tenido algún contratiempo durante el viaje que no me hayas mencionado? —preguntó con súbita alarma.

Madeline negó con su cabeza.

—En absoluto. Sin embargo no negaré que ha sido un viaje plagado de dudas, incertidumbre y ansiedad por nuestro futuro. Yo solo poseo mis manos para trabajar y tú estás casada con un hombre poderoso. ¿Realmente crees que llegado el momento tu esposo te dejará marchar, Charlotte? —apuntó con preocupación.

Charlotte apartó la vista antes de componer una sonrisa llena de confianza.

—Mi esposo será el hombre más dichoso que exista sobre la faz de la tierra cuando me marche y solicite la anulación. Casi tanto como yo —aseguró fijando sus ojos en los suyos—. Escucha, Madeline, estás fatigada por el viaje y todo lo que representa. Me marcharé para que puedas descansar y, si te parece bien, regresaré para el almuerzo en un par de horas. Me han comentado que el hotel dispone de un servicio de cocina excelente —agregó con una ligera sonrisa—. Entonces hablaremos con serenidad de todo lo que te inquiete.

—¿Y tu esposo? ¿No notará tu ausencia?

Charlotte negó con la cabeza.

—No hasta esta noche en la que tenemos previsto acudir al Circo de Price —contestó al tiempo que abría su bolso para mostrarle un programa—. La duquesa de Sesto y marquesa de Alcañices, una de las damas más populares de la sociedad, ha organizado una función de caridad a beneficio de los pobres. Su esposo mantiene una estrecha relación de amistad con el mío. De ahí su decisión de obsequiarme con su grandiosa compañía esta noche —apuntó elevando la vista al cielo

con sorna.

Madeline sostuvo el programa entre sus manos para leerlo.

CIRCO DE PRICE (Recoletos)

Representación extraordinaria el 15 de Mayo próximo, a beneficio de los pobres de la parroquia de San José, y de la parroquia de San Sebastián, bajo el amparo de las Excmas. Señoras Marquesa de Alcañices y Condesa de Heredia Spínola.

PROGRAMA

Director: II Signore Giuseppe Castriglio.

Primera parte. Sinfonía.

I. Presentación de la compañía Benalúa.— 2.0 Juegos malabares por el notable diplomático (Finoty) (D. Pedro Agar).— 3.0 El mono y el perro sabio, presentados por D. Antonio Soriano.— 4.0 Tonino y Pepino(Clowns), D. F. Soriano y Marqués de Castri11o.— 5.0 Caballo alta escuela Baucher (Marqués de Bogaraya).— 6.0 Volteo y trabajo en paneati por Julio y su hermana Jullieta Benalufi.

DESCANSO

Segunda parte.

I. El alambre maravilloso, por Eugenio (E. de la Escosura).— 2.0 Equilibrista en el trapecio, por Piti y Pita (D. P. Corredor y J. Gardiner).— 3.0 Presentación de los dos mágicos caballos en libertad (Marqués de Bogaraya).— 4.0 Los tres trapecios. Trabajo ejecutado por Julio y Eugenio, copia exacta de Leotardy con red.— 5.0 Batuda general de toda la compañía. Trampolín.

Nota. — Las localidades estarán a disposición del público en Contaduría y en las oficinas del Excmo. Sr. Marqués de Alcañices, calle Alcalá, 74.

—¿Ha cambiado algo con tu esposo desde que me escribiste? —preguntó Madeline devolviéndole el programa.

—Nada. Y es maravilloso que así sea —señaló con celeridad—.

¿Has conseguido entenderlo todo sin problema? —inquirió con asombro.

Madeline la observó con curiosidad.

—Mi abuela se revolvería en su tumba si no fuese así —dijo con voz queda—. No intentes desviar mi atención con ese programa o el idioma, Charlotte. —La amonestó sujetando su mano—. ¿Tu matrimonio con ese hombre es en realidad como me lo describiste en la carta?

Charlotte suspiró dándose por vencida.

—Sí, Madeline. Alonso… —titubeó unos segundos—, no me ha puesto una mano encima y me permite disfrutar de toda la libertad que deseo siempre y cuando mi comportamiento social sea ejemplar.

—Pero… —La animó Madeline.

Charlotte compuso un gesto de fastidio.

—Por lo general su sola presencia me resulta irritante, a pesar de que nos ignoramos todo cuanto nos es posible, pero en otras ocasiones su conducta es extrañamente cordial. Me aturde lo impredecible de su comportamiento. —La miró con gesto pensativo—. Cuando es capaz de mostrarse atento, amable o caballeroso me confunde porque me descubro disfrutando de su compañía. —Suspiró con cierta irritación —. Me desconcierta y ni yo misma sé porqué —confesó cabeceando.

Madeline la observó con diversión.

—¿Te resulta atractivo?

Charlotte carraspeó.

—No —dijo con firmeza apartando la mirada.

Madeline sonrió.

—Te resulta atractivo —aseguró con sorna.

Charlotte resopló.

—Quizá un poco. Solo en las ocasiones en las que se comporta como un verdadero caballero —señaló encogiéndose de hombros.

Madeline entrecerró los ojos.

—¿Continúa enfadado?

—Sí… aunque eso ya no me inquieta —apuntó Charlotte en voz baja.

Madeline arrugó la frente.

—¿No te inquieta que tu esposo siga enfadado contigo?

—No. —Dejó escapar un hondo suspiro—. Me preocupa mucho más permanecer a solas con él… —Parpadeó haciendo una mueca—. Dejemos de hablar de mi esposo. Lo único importante en este momento es que estás aquí, Madeline. —Se levantó sin dilación—. Refréscate y descansa. Regresaré más tarde —apuntó llegando hasta la puerta con una vitalidad y rapidez que Madeline envidió.

Ella asintió con una expresión de agradecimiento.

—Gracias, Charlotte —murmuró.

Ella hizo un vago gesto con la mano.

—Descansa —repitió saliendo de la estancia.

Madeline se echó sobre la cama estirándose con pereza. Aquella habitación era un sueño. Los cojines desprendían un sutil aroma a lavanda y el colchón era tan grande, mullido y cómodo que la sensación de sopor la invadió al instante.

Resolvió hacer lo que Charlotte le había sugerido. Descansaría un poco y se asearía más tarde antes de reunirse de nuevo con ella. Además, no había prisa alguna por deshacer su escaso equipaje. Notaba el estómago un poco revuelto, pero estaba convencida de que algunas horas de tranquilo descanso la ayudarían a recomponerse con rapidez. Sí. Era justo lo que necesitaba. Descansar unas horas amparada en la seguridad de aquella lujosa habitación.

Capítulo Dos

Lunes, 5 de junio de 1876

Afueras de Córdoba

James escuchó varios pasos. Alguno de su captores se acercaba. Conocía las reglas. Debía situarse junto a la pared frente a la puerta para ser visto en cuanto se abriera, sin embargo él nunca obedecía. Permaneció sentado en la cama con una pierna flexionada sobre ella con evidente indolencia.

La puerta se abrió. Su *amigo,* el grandullón, entró portando la bandeja de la cena. Rio al observarlo. A James no le pasaron desapercibidos los platos y cubiertos de más de la bandeja, tampoco las armas que sostenían los dos hombres que se apostaron a cada lado de la puerta. Como era habitual todos cubrían sus rostros con un pañuelo anudado a la nuca.

—¿Cuándo acatará las normas, condesito?

James lo miró con fijeza.

—¿Esta noche voy a disfrutar de su compañía durante la cena? —inquirió sin hacer el menor intento por cambiar su postura.

—Qué observador. Venga, siéntese a la mesa. Me gustaría mantener una conversación con usted —dijo con actitud serena.

James enarcó una ceja. Aquello era interesante. ¿Una conversación cuando jamás había respondido ni una sola de sus preguntas? Se levantó con desmedida lentitud mientras desafiaba la paciencia del grandullón con su actitud.

—Mi nombre es James. Pruebe a pronunciarlo. Seguro que si lo intenta lo consigue —apuntó con sarcasmo tomando asiento frente a él.

James escuchó su ahogada risa bajo la tela del pañuelo.

—Esto va a ser divertido —murmuró el hombre observándolo con manifiesta sorna.

—¿Sobre qué quiere conversar? —preguntó James componiendo un gesto aburrido.

—¿Recuerda que hace unos días le dije que pronto comenzaría a comportarse como un corderito? Pues ese momento ha llegado. —James lo observó en silencio—. ¿No quiere saber cómo?

Se encogió de hombros.

—Sigo esperando que diga algo que capte mi interés —señaló con calma.

—¿Habéis oído muchachos? Al condesito no le parece interesante lo que tengo que decirle. —Los hombres que había junto a la puerta apuntándolo con sus armas rieron por lo bajo—. No es preciso que hable. Solo escuche con atención—. James se cruzó de brazos—. Desde este instante acatará las normas. Permanecerá tranquilo y dejará de agredir a mis hombres con la intención de escapar. Es usted inteligente. Sabemos que se percató desde el principio que tenemos la orden de mantenerlo con vida. —Se echó hacia adelante para acercarse a él—. Pero que tengamos la orden de no matarlo no implica que no podamos hacerlo en defensa propia. Entiende lo que le digo, ¿verdad?

James sonrió de mala gana.

—A la perfección —contestó con despreocupación.

—Para que lo entienda mejor le ofreceremos un aliciente —masculló.

James permaneció cruzado de brazos hasta que otro de los hombres apareció junto a la puerta sosteniendo el cuerpo inerte de una mujer. James se irguió de golpe cerrando los puños con fuerza.

—Vuelva a sentarse —ordenó su captor con autoridad.

—¡Vete al infierno maldito hijo de perra! —siseó con fiereza apoyando las manos en la mesa en su intento por mantenerlas lejos de su cuello.

—¿He captado su atención por fin? ¿Le parece entonces que lleguemos a ese acuerdo? —inquirió con seriedad—. Permanezca tranquilo y ella no correrá peligro. Continúe dificultándonos su custodia y ella lo pagará. Es sencillo, y como bien dije antes, es usted un hombre inteligente.

—Dejadla aquí —exigió con severidad.

El grandullón lo miró fingiendo pensar.

—Creía que era usted un caballero, condesito. ¿Se da cuenta de que puede arruinar la reputación de la señorita con su petición? —preguntó con sarcasmo.

—Dejadla aquí —repitió con los labios apretados.

—¿Qué os dije muchachos? He ganado la apuesta. ¿Veis como el condesito es capaz de ser razonable? Solo hay que empujarlo hacia el camino correcto. Permanezca donde está —dijo con dureza levantándose—. Llévala a la cama —ordenó al hombre que la sostenía.

James observó con ansiedad el cuerpo inmóvil de la mujer.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó con una mirada asesina mientras contenía a duras penas el impulso de golpearlos a todos como un demonio.

—Narcóticos. Ya conoce los efectos. Mañana por la mañana hablaremos de nuevo. Intente que coma o beba algo cuando despierte. Y condesito, recuerde que su seguridad depende de su comportamiento —añadió con lentitud antes de marcharse.

James corrió hacia la cama mientras escuchaba el sonido del pesado cerrojo de la puerta al cerrarse a su espalda. Cayó de rodillas frente a ella antes de cerciorarse de que inhalaba aire con regularidad y encontraba el pulso de su muñeca. Entonces se sentó en la cama y la sostuvo junto a su pecho con fuerza. Un nudo se apostó en su garganta asfixiando su propia respiración mientras acariciaba su rostro. La culpabilidad, la preocupación y el miedo lo inundaron de un modo atroz.

«Dios mío, ¿qué he hecho?», pensó con angustia comprobando de

nuevo su respiración.

—Madeline, lo siento. Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento —susurró con desesperación junto a su mejilla acunándola junto a su pecho sin cesar.

***

Lunes, 8 de junio de 1874

Residencia de los marqueses de Andrada, Madrid

JAMES Y MADELINE

Madeline se apoyó junto a la verja de la casa. Hacía unos minutos que había comenzado a transpirar de un modo copioso. Le costaba respirar con normalidad. No se sentía bien. Se sujetó instintivamente el vientre al tiempo que veía acercarse a un par de doncellas en su dirección con premura.

—¿Le sucede algo, señorita? —preguntó una de ellas dejando su cesta de la compra en el suelo.

Negó con su cabeza.

—No me encuentro bien —musitó sin apenas levantar la vista del suelo.

Entonces un agudo dolor sacudió su bajo vientre. Madeline se dobló sobre sí misma mordiéndose la lengua para contener el grito que pugnó por escapar de sus labios.

«No, no, no, por favor», pensó con alarma al percibir una súbita y caliente humedad entre sus piernas.

—Ayuda —pidió con voz ahogada cuando un nuevo calambre la obligó a permanecer doblada.

De repente las ruedas de un coche se detuvieron a unos metros de

las doncellas.

—¡Caballero! ¡Ayuda, por favor! —gritó una de las doncellas.

Madeline observó los elegantes zapatos de un hombre unos segundos después.

—¿Qué le sucede?

—No lo sabemos. La vimos contraerse de dolor hace unos instantes —contestó una de las doncellas.

Madeline se vio de súbito en los brazos de aquel hombre.

—Soy amigo de los marqueses de Andrada —murmuró al tiempo que la posaba en el interior de un lujoso coche—. ¡A la consulta del doctor Melgar! ¡Rápido, Fabián! —gritó con voz firme cerrando la portezuela—. Tranquila, pronto estará en buenas manos.

Madeline apenas lo observó. Cerró los ojos apoyando la frente sobre la cortina de la puerta al tiempo que se sostenía el vientre con las manos como si de ese modo pudiese evitar lo que sabía que estaba ocurriendo. Después emitió un profundo quejido al sentir una sucesión de cruentas convulsiones. La caliente humedad descendía por sus piernas sin pausa. Madeline comenzó a llorar de forma entrecortada.

James apretó los labios sin saber qué hacer para aliviar su sufrimiento. Ella parecía ajena a todo cuanto sucedía a su alrededor. Se mantuvo en silencio escuchando sus lastimeros sollozos. El trayecto solo duró unos minutos, pero a él le pareció interminable.

—¡Avise al doctor, Fabián! —vociferó cuando el coche se detuvo —. ¿Puede caminar, señorita? —Ella negó con su cabeza sin dedicarle mirada alguna—. Voy a sostenerla para llevarla a la consulta.

Madeline asintió con los ojos llenos de lágrimas. James salió del coche, se dirigió a la portezuela tras la que ella se apoyaba, la abrió y la tomó en brazos. Se disponía a correr cuando el doctor Melgar llegó siguiendo a su cochero.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé, Martín —contestó con voz controlada.

—Al consultorio. Rápido —ordenó guiándolo con premura.

James siguió a Martín y la posó con cuidado sobre la camilla cuando él se lo indicó. Ella se hizo un ovillo sobre sí. Fue en ese momento cuando distinguió la enorme mancha de sangre que se extendía por su falda. Parpadeó con incredulidad. Él también tenía la manga del brazo derecho de la chaqueta manchada con restos de oscuro color carmesí.

—Preciso que salgas, James —murmuró Martín concentrado ya en su paciente al tiempo que sacaba medicamentos y utensilios de un armario acristalado.

James la miró una última vez antes de salir sin decir nada.

***

—Esto la ayudará a descansar y también calmará el dolor —murmuró Martín administrándole una cantidad de láudano. Ella continuaba sollozando en silencio, pero consintió—. Ha sufrido una interrupción natural de la gestación. ¿Sabía que estaba en estado, señorita? —Ella asintió apartando la mirada—. ¿Puede decirme dónde puedo localizar a su esposo?

—Soy viuda —contestó Madeline en un apagado susurro.

Martín acercó un taburete de madera y se sentó frente a ella.

—Mis condolencias... ¿Cuál es su nombre?

—Madeline —dijo ella tras unos segundos de silencio.

—¿Puede proporcionarme el nombre o la dirección de cualquier otro familiar, Madeline?

Ella negó con la cabeza.

—Me trasladé a Madrid hace poco. No tengo ningún familiar aquí —contestó conteniendo los sollozos.

El doctor la observó con curiosidad durante unos segundos.

—Madeline, el sangrado puede continuar durante varios días más —murmuró con seriedad—. Cuando remita debo reconocerla de nuevo

para comprobar que no queden restos que puedan provocar infecciones que agraven su salud, pero debe permanecer en absoluto reposo mientras tanto. ¿Entiende?

Martín se percató de que ella parecía no prestarle demasiada atención mientras permanecía con la mirada ausente.

—¿Ha sido mi culpa? ¿He hecho algo que…?

—No —aseguró Martín interrumpiéndola—. No ha sido culpa suya. Esta clase de pérdidas son impredecibles —murmuró intentando tranquilizarla.

Ella señaló la cruz de plata que colgaba de su cuello.

—¿Es una cruz de Caravaca?

—Sí —dijo Martín desabrochándose la cadena para mostrársela.

Él no era demasiado creyente, pero había sido un regalo de su madre, de modo que la llevaba colgada al cuello en deferencia a ella.

—Mi abuela poseía una igual —musitó Madeline al tiempo que las lágrimas volvían a descender por sus mejillas—. Era de oro, pero mi madre tuvo que empeñarla. —El doctor posó la cruz y la cadena en su mano—. No. No pretendía que… —protestó ella.

—Solo sosténgala y descanse un poco —sugirió Martín con amabilidad.

—Gracias —musitó ella cerrando los ojos mientras se llevaba la mano con la cruz al pecho.

Martín se puso en pie y salió de la sala. El cochero de James permanecía sentado en la sala de espera. Lo observó con extrañeza.

—¿Su ilustrísima sigue aquí? —preguntó.

El cochero asintió.

—En su despacho, doctor —contestó de inmediato.

Su consultorio constaba de tres habitaciones para atender a los enfermos, una sencilla sala de espera y un pequeño despacho donde los familiares de los pacientes más ilustres solían aguardar. Se dirigió a otra de las habitaciones, donde Joaquín, uno de los practicantes[iv],

se afanaba en la esterilización de los utensilios que había utilizado para coser la herida del mentón de una niña que había llegado justo antes de que el auriga de James entrara solicitando sus servicios con desmesurada premura.

—¿Algún contratiempo, Joaquín? —preguntó.

El joven negó con la mirada.

—Solo ha necesitado tres puntos y conseguí que se le pasara el llanto cuando le ofrecí unos cuantos de los caramelos de violeta del tarro —explicó con suficiencia.

Martín asintió. Los caramelos de violeta eran infalibles para contener el llanto de los más pequeños por muy dolorosa que fuese la lesión con la que llegaban a su consulta.

—Bien. Cuando finalices con la esterilización, toma el maletín y visita a doña Concha y a don Felipe. También sería conveniente visitar a don Ignacio para comprobar el vendaje de la fractura de su brazo.

—Como diga, don Martín —murmuró el joven componiendo un gesto de entusiasmo, puesto que aquella sería la primera vez que realizaría las visitas sin su supervisión.

Martín mantuvo un gesto imperturbable. El joven tenía diecinueve años, aprendía rápido y era minucioso en el desempeño de sus funciones. Asimismo conocía el proceso para las curas de doña Concha y don Felipe, pues lo había acompañado durante la última semana en su recorrido diario.

—Cuando regreses infórmame del estado de cada uno de los pacientes. Y antes de marchar no olvides comprobar que dispones de todo lo necesario en el maletín —agregó simulando seriedad.

—Pierda cuidado, don Martín —dijo Joaquín.

Martín salió de la sala y se dirigió a su despacho sin más dilación.

James aguardaba sentado, pero se levantó de inmediato al verlo entrar.

—¿Qué le ocurre? —preguntó.

Martín tomó asiento tras su mesa invitándolo con un gesto de la

mano a sentarse de nuevo frente a él.

—Ya sabes que me debo al secreto profesional, James. No estoy autorizado a compartir el estado de los pacientes salvo a familiares directos —aclaró con suficiencia.

James clavó su mirada en él con irritación.

—He visto el sangrado de su falda. Me hago una idea de lo que le ha sucedido —apuntó. Martín le devolvió la mirada en silencio sin dar su brazo a torcer—. ¿Puedes decirme al menos cómo se encuentra?

—¿La conoces? —preguntó Martín en lugar de responder.

—Es amiga de la esposa de Alonso —respondió con gesto adusto.

Martín arrugó la frente. ¿Aquella joven era amiga de Charlotte, la esposa de su sobrino? Ella le había dado a entender que estaba sola en la ciudad.

—Me ha comentado que es viuda y que llegó hace poco a Madrid —reveló en voz baja.

¿Viuda? James mantuvo la mirada sobre Martín con seriedad. Por lo que sabía de los primeros informes recibidos, Madeline Esterly nunca había contraído nupcias. Ni antes de llegar a Madrid ni mucho menos después.

—Lo único cierto es que llegó hace poco a la ciudad —dijo James cruzándose de brazos.

—¿La has investigado? —inquirió Martín esbozando una pequeña sonrisa. En esa ocasión fue James quien permaneció en silencio. No fue necesario que se lo confirmara. Martín conocía el *modus operandi* de James casi tanto como el de Alonso. Ambos eran similares en ese aspecto—. Ya lo imaginaba —murmuró con un atisbo de sorna—. Ha sufrido una crisis de llanto. Le he administrado un poco de láudano para calmar el dolor y sus nervios, pero de cualquier modo, necesita permanecer en reposo durante los próximos días, además de una serie de cuidados. —A Martín también le preocupaba el cuadro de tristeza y sentimiento de culpa que había manifestado. No creía conveniente para su estabilidad emocional que permaneciese sola, sin embargo no

lo mencionó ante James—. Si no me proporciona el nombre de otra persona que pueda ocuparse de ella daré aviso a Charlotte.

James lo observó con gesto pensativo.

—Tengo la impresión de que no quiere que se sepa lo que le ha sucedido. Estaba junto a la residencia de Alonso cuando la encontré —aclaró poniéndose en pie—. Le dije que era amigo de los marqueses de Andrada, pero ni aún así hizo el menor intento por mencionar su relación de amistad con Charlotte —señaló con intriga.

Martín cabeceó.

—Precisa un mínimo de asistencia —recalcó de nuevo—. Yo puedo proporcionársela durante el resto del día, pero deberá regresar a su hogar al anochecer. De otro modo tanto su reputación como mi honorabilidad podrían quedar en entredicho...

—Lo sé —dijo James interrumpiéndolo—. Si no te proporciona el nombre de nadie más yo me ocuparé de ella —agregó con serenidad entrelazando las manos a su espalda.

—¿Tú? —inquirió Martín con sorpresa—. ¿Por qué?

—¿Un acto de bondad por mi parte? —preguntó arqueando su ceja.

Martín soltó una risita.

—Si no te conociera lo suficiente pensaría que te preocupa el bienestar de la joven más de lo quieres dejar entrever —murmuró con suspicacia.

—Pero me conoces lo suficiente para suponer que no es más que un simple acto de bondad —insistió James.

Martín lo miró con curiosidad.

—¿Qué has pensado?

—Enviaré a un par de doncellas a su hogar para que se ocupen de ella. De ese modo nuestra honorabilidad permanecerá intacta si se niega a reconocer su amistad con Charlotte.

—Me parece bien —dijo Martín irguiéndose—. Conoces la

dirección de su hogar, ¿cierto? —indagó antes de abrir la puerta.

—Esperaré aquí —murmuró James.

Martín salió de la estancia soltando una risita que molestó sobremanera a James.

***

Madeline abrió los ojos con pesadez. Seguía en la habitación del consultorio. Sola. No le molestaba, incluso prefería que fuese así. No se movió, sin embargo posó la mano en su vientre con pena. Percibía una gran vacío en su interior, pero ya era tarde para arrepentirse. La única responsable de la pérdida de su bebé había sido ella. No lo había querido. Había maldecido su concepción cuando supo que estaba encinta unos días antes de emprender su viaje hacia Madrid. Había llorado con desconsuelo al imaginarse dando a luz. Para ella aquel embarazo únicamente había representado un inconveniente, un problema. Un enorme problema que no haría sino complicar su nueva vida. El miedo la había embargado. Miedo al rechazo, a ser juzgada con desprecio, miedo a que Charlotte pudiera darle la espalda cuando más la necesitaba. Temor al futuro de engaños que debería tejer a partir de entonces... Sus ojos se anegaron en lágrimas. Su egoísmo había tenido un merecido castigo. Lo había perdido. Y su pérdida le dolía de un modo insoportable. Poco importaba ya que se hubiese acostumbrado a hablar con su bebé o que hubiese comenzado a imaginar su rostro con cierta ilusión. Cerró los ojos mientras las pesadas lágrimas volvían deslizarse por sus mejillas. Se había ido. El corazón de su bebé ya no latía en su vientre. Era su culpa. No se había cuidado lo suficiente. No lo había amado lo suficiente. Y ahora que él no estaba lo único que sentía en su lugar era una amarga tristeza. Volvió el rostro abriendo los ojos... se sobresaltó al ver el perfil de un hombre.

Permanecía frente a la ventana mirando hacia el exterior con gesto serio. La luz de los rayos del sol lo atravesaban arrancado

destellos rojizos de su cabello. Era alto y su presencia imponente. Apenas se había fijado en él cuando le prestó auxilio, pero supo que era el mismo hombre por las oscuras manchas carmesí que distinguió en la manga de su chaqueta. ¿Quién era? Su indumentaria clamaba a gritos que era un hombre con posibles. Le había dicho que era amigo de los marqueses de Andrada, pero ella se había mantenido en silencio para evitar comprometer a Charlotte de algún modo. Entonces él la miró. Madeline sostuvo su mirada. Ese hombre conocía su secreto. Ese hombre sabía que había perdido a su bebé. ¿Quién era? ¿Por qué continuaba allí? ¿Por qué no se había marchado tras llevarla al consultorio?Permanecieron sin decir nada durante varios segundos. A continuación, él se apartó de la ventana.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó en voz baja acercándose.

—¿Dónde está el doctor? —inquirió Madeline con cierta hosquedad.

James se sentó en el taburete de madera frente a ella. Lucía un aspecto pálido, tenía los ojos hinchados a causa del llanto, las mejillas húmedas y un gesto de tristeza en la mirada devastador. No sabía porqué, pero la desvalida apariencia de aquella mujer lo conmovía en extremo.

—Ha salido para atender a un paciente. Me ofrecí a vigilar su descanso hasta que regresara —expresó con voz pausada.

Ella lo miró con recelo. Ese hombre emanaba tanta seguridad en sí mismo como frialdad. No había rastro alguno de compasión o consuelo en aquella mirada gris que la observaba con tanta atención. Tampoco la quería.

—¿Por qué?

—El doctor no creía conveniente que permaneciese a solas en su estado —argumentó sin dejar de contemplarla.

Entonces Madeline fijó la vista en las manchas carmesí de su chaqueta. Fue un error hacerlo porque no pudo impedir su reacción. Nuevas lágrimas brotaron de sus ojos azules antes de que volviera el rostro para que él no las viera descender por su piel. ¿Por qué no se

marchaba? ¿Por qué no la dejaba en paz? ¡No quería tener a ese hombre junto a ella! ¡Ni a nadie! ¡Quería estar sola!

James maldijo en silencio al percatarse de lo sucedido. Una falta de tacto imperdonable por su parte. Se reprendió con dureza. Debió haberse desprendido de la chaqueta en el despacho de Martín. Lo hizo en ese instante y le dio la vuelta a la prenda para ocultar las manchas de sangre de la vista de ella.

—Lo lamento —musitó en voz baja.

Ella permaneció con el rostro vuelto.

—¿Qué lamenta?

—Su pérdida —contestó con sinceridad.

Madeline lo miró de golpe sin importarle que viera sus lágrimas.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es James. Como le dije soy amigo de los marqueses de Andrada, en realidad del marqués de Andrada. —Ella permaneció en silencio—. Y si no me equivoco, usted es amiga de su esposa —añadió con intención.

Silencio.

—Márchese —ordenó Madeline—. No sé quién es, no entiendo porqué permanece aquí y no tengo la obligación de hablar con usted —murmuró con voz ahogada.

James se mantuvo impasible.

—Tiene razón —dijo en tono conciliador—. No está obligada a conversar conmigo, sin embargo no puedo marcharme. Le di mi palabra al doctor Melgar —agregó mintiendo con suma tranquilidad.

Madeline inspiró hondo con los ojos brillantes.

—No es necesario que permanezca en esta habitación. Cuando el doctor regrese pagaré sus honorarios y me marcharé —expuso con los labios apretados.

—Debe permanecer en reposo —señaló James con serenidad.

Madeline parpadeó con aturdimiento. Aquel hombre continuaba

oponiéndose a sus deseos con inusitada condescendencia.

—¿Por qué no abandona esta habitación y deja de importunarme? ¿Qué es lo que pretende? —inquirió con una chispa de angustia en su mirada.

—Solo que se deje ayudar —contestó.

—¿Por usted? —inquirió con incredulidad.

—Así es.

—¿Por qué? —insistió sin entender.

—Porque por alguna razón que desconozco, y que usted está en su derecho a salvaguardar —agregó con estudiada lentitud—, no quiere que la marquesa de Andrada conozca lo que le ha sucedido, pero está sola, precisa ayuda y a menos que acepte la mía, el doctor Melgar la avisará cuando regrese. Y si no lo hace él lo haré yo —aseveró sin piedad.

Madeline volvió el rostro de nuevo. Lo ignoró con deliberación durante más de diez minutos, pero él no se dio por aludido, de hecho se cruzó de brazos esperando con paciencia una respuesta.

—¿Qué clase de ayuda? —preguntó ella al fin sin mirarlo.

—Enviaré a dos doncellas a su hogar para que se ocupen de usted hasta que se reponga, si le parece bien —agregó en un intento de ganarse su confianza.

—Ese gesto me endeudaría con usted. ¿Qué espera a cambio? —inquirió con desconfianza posando sus ojos sobre él de nuevo.

—Nada —aseguró con seriedad.

—¿Nada?

—Nada en absoluto —repitió con voz clara—. Cuando el doctor Melgar regrese no volveré a importunarla con mi presencia. Él se ocupará tanto de su traslado como de asesorar a las doncellas con los cuidados que precise.

—¿Por qué me ofrece su ayuda?

—¿Por que no? —contraatacó él.

Madeline se mantuvo en silencio fingiendo sopesar durante un par de minutos aquella propuesta sin sentido.

—De acuerdo —murmuró con el objeto de deshacerse de él. No tenía intención alguna de aceptar su ayuda. Solo quería que la dejara a solas—. ¿Podría marcharse ahora?

James apenas sonrió.

—No hasta que el doctor regrese —murmuró con testarudez.

Madeline le dio la espalda. ¿Habría intuido su estratagema? Era probable, aunque al menos no volvió a molestarla con su conversación. Cuando el doctor llegó los escuchó intercambiar algunas palabras en voz baja con brevedad. Una vez dejó de escucharlos se volvió, pero él ya no estaba. Solo el doctor Melgar permanecía en la habitación junto a ella.

Cuatro días más tarde James recibió una nota de mano de una de sus doncellas con una única palabra escrita: *Gracias.*

Capítulo Tres

Lunes, 5 de junio de 1876

Afueras de Córdoba

James permanecía sentado en el suelo con las piernas flexionadas y la vista clavada en Madeline mientras la luz del quinqué proyectaba bailantes sombras sobre su cuerpo. Hacía horas que la observaba. Hacía horas que se atormentaba mientras pensaba qué decirle cuando despertara al tiempo que la culpabilidad lo corroía por dentro. ¿Cómo podría explicarle que la había puesto en peligro cuando ni él mismo sabía cómo lo había hecho? ¿Cómo podría expresarle cuán profundamente lamentaba que se viera en aquella situación? Había tratado de recordar sin descanso todo lo ocurrido durante el tiempo que estuvo narcotizado, pero su mente se negaba a rememorar con claridad los hechos de aquella noche.

No obstante, la única explicación viable que justificase la presencia de Madeline en aquel lugar era que hubiese pronunciado su nombre, que hubiese hablado de ella. ¿Por qué? ¿Qué lo habría llevado a mencionar su nombre? Apoyó la frente en las palmas de sus manos con angustia. Estaba aterrorizado. ¿Por qué la habían secuestrado? ¿Qué pretendían reteniéndola? ¿Qué querían conseguir de él? ¿Por qué a través de ella? Horribles pensamientos sobre Madeline a manos de aquellos hombres aparecían en su cabeza torturándolo sin cesar. Perdería la cordura. Enloquecería si no pudiese protegerla de ellos. Si algo le sucediera… ¡Los mataría! ¡Por Dios que los mataría a todos antes de dirigirse hacia el mismo infierno por propia voluntad!

Ella se movió.

James se puso en pie de inmediato para arrodillarse a los pies de la cama.

Madeline abrió los ojos. Parpadeó varias veces. Se sentía desorientada. ¿Por qué se sentía así? Volvió a cerrar los ojos. Se sentía

débil. Cansada. Extraña. El cuerpo le pesaba. Se esforzó en despertar. Miró hacia un lado y vio la figura de un hombre a su lado. Lo observó unos segundos con temor. Después con confusión. Tenía barba y el cabello más largo de lo habitual.

—¿James? —preguntó con inseguridad.

—Sí, Madeline… Tranquila —dijo cuando ella intentó incorporarse sin que pudiera hacerlo sola.

—¿Qué me sucede? ¿Dónde estamos? —balbuceó con cierta alarma. La cabeza le daba vueltas. Entonces recordó a las mujeres que la habían abordado al salir de su hogar. Se habían acercado con el propósito de mostrarle un papel con una dirección escrita que no lograban encontrar… no recordaba nada más. ¿Por qué se sentía tan indispuesta? ¿Tan aturdida? James no parecía James. ¿Qué estaba ocurriendo?—. ¿Qué ocurre, James?

—Te han narcotizado, pero los efectos irán remitiendo poco a poco —contestó él con gesto serio.

¿Narcotizado? ¿La habían narcotizado? ¿A ella? ¿Por qué? ¿Quiénes? ¿Con qué intención? No entendía nada. Le dolía la cabeza. No podía pensar con claridad.

—Tengo calor —dijo tratando de desabrocharse los botones del cuello de su blusa.

No pudo conseguirlo. Los dedos de sus manos temblaban. No parecían dispuestos a ayudarla con esa sencilla tarea.

—Yo lo haré —musitó él, sin embargo no acercó sus dedos a su cuello hasta que ella asintió con la mirada—. ¿Tienes sed?

Madeline notaba la garganta, la boca y los labios secos.

—Sí —respondió.

James se apresuró a servir un vaso de agua fresca del botijo que había sobre la mesa en cuanto desabrochó los primeros botones de la blusa.

—Intenta incorporarte con cuidado —aconsejó una vez estuvo a su lado de nuevo.

Madeline se irguió con lentitud con su ayuda. Un fugaz mareo la asaltó. Cerró los ojos un instante al tiempo que apoyaba las manos en el colchón.

—¿Este malestar finalizará pronto? —preguntó en voz baja.

—Finalizará pronto —repitió él en voz baja—. Bebe un poco de agua —dijo acercando el vaso a sus labios.

Él tenía una expresión tensa y preocupada. No era nada tranquilizador ver a James así. Entonces Madeline se fijó en sus manos. Numerosas magulladuras y hematomas las cubrían.

«¿Qué te ha ocurrido, James?», pensó mientras bebía en pequeños sorbos.

—Gracias —musitó apoyando la espalda en la pared.

James se alejó para posar el vaso en la mesa sin decir nada. Madeline lo siguió con la vista. Él se quedó allí, mirando hacia el suelo con una máscara de seriedad cubriendo su rostro de una forma inquietante.

—Lo siento, Madeline —murmuró con sumo pesar.

Madeline contuvo el aliento con sorpresa.

—James —susurró—, no entiendo nada... y estoy asustada —reconoció en un murmullo—. ¿Podrías abrazarme, por favor?

¿Sería inapropiado abrazarla? ¿Aún en aquella situación? Ella continuaba bajo los efectos de los narcóticos, pero ¿qué importaba? Las buenas maneras no conseguirían que su temor se aplacara y él también necesitaba abrazarla. No porque estuviera asustado. No. Sino porque estaba aterrorizado. Aterrorizado como nunca antes lo había estado en su vida. Se acercó a la cama, se sentó junto a ella y la rodeó con sus brazos con toda la entereza que pudo reunir.

—Gracias —dijo ella junto al cuello de su camisa.

—Dios Santo, Madeline… —musitó junto a su cabello aprisionándola con más fuerza.

Ella notó la angustia en su voz y su preocupación en la súbita fuerza de su abrazo. Lo abrazó con firmeza. Permanecieron varios

minutos así, reconfortándose el uno al otro. En silencio. Después él apartó de su rostro un mechón suelto de su cabello cuando elevó el rostro para mirarlo.

—¿Te sientes mejor? —inquirió con un deje de inquietud.

—La cabeza ha dejado de dar vueltas —confesó con una leve sonrisa.

—Bien —murmuró él.

Entonces Madeline observó la estancia. Era una habitación pequeña, aunque la ventana enrejada era grande en comparación. Estaba abierta y por ella entraba algo de aire fresco de forma intermitente. Una mesa con tres sillas, un viejo mueble con cajones y un aguamanil con un espejo ovalado, una jarra y una jofaina de cerámica blanca completaban la escasa decoración.

—¿Qué hora es? —preguntó con curiosidad divisando la noche estrellada tras la ventana.

—Creo que más de media noche —contestó James sin dejar de sostenerla.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

Él titubeó unos segundos.

—Ocho días —murmuró—. ¿Cuándo viste a Charlotte por última vez?

¿Ocho días? Madeline intentó recordar la última vez que se habían visto antes de responder.

—Hace tres días —dijo con inseguridad—. Se pasó por la sombrerería para recoger unas capotas —aclaró.

—¿Cuándo crees que percibirá tu ausencia?

—No lo sé, quizá en una semana —auguró ella.

—¿Y la esposa de Martín? ¿O tus empleadas?

Madeline soltó el aire.

—Es posible que piensen que he enfermado, aunque confío en que Malena acuda a mi hogar para cerciorarse.

—Lo hará. Estoy convencido que incluso se lo mencionará a Martín —dijo James con seguridad.

Madeline levantó la vista, pero la bajó al marearse de nuevo. Sí, esperaba que Malena sospechase lo antes posible, puesto que el día anterior a su desaparición no había mostrado síntoma alguno que indicase que estuviese pronta a enfermar. Confiaba en el instinto de protección de la esposa de Martín. Había transcurrido casi un año desde que comenzara a trabajar para ella y dos meses desde que le entregara una copia de las llaves de la nueva sombrerería. Estaba segura de que, una vez hubiese cerrado la tienda, se dirigiría a su hogar e incluso como había apuntado James, se lo mencionaría a Martín cuando no consiguiese verla… Una nueva inquietud se abrió paso en su mente. ¿Cómo podrían relacionar su desaparición con la de James? Él hacía dos meses y medio que había partido de Madrid. Al menos, eso era lo que Charlotte le había comentado durante una conversación…

—¿Dónde estabas cuando te capturaron, James? —preguntó con curiosidad.

—En Córdoba —respondió él sin vacilar.

—¿En Córdoba? Pero Charlotte me dijo que… —Madeline calló de golpe.

—¿Qué estaba en mi finca? ¿En Alburquerque? —preguntó. Ella asintió—. Les dije a Carlos y Alonso que me ausentaría una temporada. Un ardid para que no husmearan en mis asuntos —confesó en voz baja.

—¿Estamos en Córdoba? —inquirió con sorpresa.

Hasta ese momento ella había creído que se encontraban en algún lugar de Madrid.

—A juzgar por el paisaje que nos rodea, sí —contestó él.

Madeline guardó silencio unos segundos.

—¿Puedo preguntar por qué te encontrabas en Córdoba?

James se pasó la mano por el rostro con cansancio.

—Buscaba a alguien —dijo con dureza al tiempo que dejaba de abrazarla y se ponía en pie—. ¿Tienes apetito? —inquirió esquivando su mirada.

Madeline lo contempló con desconcierto. Era evidente que él no quería proseguir con aquella conversación… Había dejado de abrazarla. Se había alejado de ella.

—Un poco —dijo con un hilo de voz.

James se encaminó hacia la mesa y cogió una bandeja que posó sobre la cama, después cogió el enorme botijo de agua para depositarlo en el suelo antes de sentarse frente a ella.

—Los platos no son muy elaborados, pero saben bien —musitó retirando los paños de hilo que cubrían las viandas. Madeline observó lo que creyó que eran huevos revueltos con tomate, alcachofas con manteca, queso cortado en porciones y un cuenco con compota—. Evitan traer cuchillos o cualquier otro utensilio que pueda utilizar como arma —agregó partiendo una hogaza de pan con las manos—. Como ves solo platos y cucharas. Nada afilado, ni siquiera tenedores. Creo que los vasos son en deferencia a ti puesto que nunca los habían traído antes…

—James. —Lo interrumpió ella posando su mano sobre la suya en un impulso—. Todo se solucionará —musitó antes de capturar su mirada con la suya.

James tragó saliva con la boca cerrada.

—No temo por mí. Temo por ti —reconoció apretando su mano.

Madeline inspiró.

—Nos encontrarán —aseguró ella—. Si Alonso o Carlos fracasaran en el intento, tal vez Valeria… —musitó observando sus manos unidas.

James arrugó la frente al pensar en la joven hermana de Malena. Al parecer la niña tenía el don de la visión, y aunque su increíble habilidad se comentaba lo menos posible por respeto a la familia, él era bastante escéptico al respecto.

—¿En realidad crees que Valeria podría sernos de ayuda? —inquirió con incredulidad.

Madeline asintió con la cabeza.

—Ayudó a Martín. ¿Por qué no a nosotros? —preguntó llevando su mano hacia la cuchara. La dejó sobre el plato cuando fue consciente de que no podía dominar el temblor de sus dedos. Miró a James con apuro—. Me temo que deberá ayudarme a cenar, ilustrísima —dijo pronunciando el trato formal.

James asintió con la mirada. Al parecer ella no se había percatado, pero él sabía que en unas horas su mente volvería a estar completamente lúcida. Entonces su trato hacia él volvería a ser el acostumbrado. Rígido, reservado y distante.

***

Lunes, 6 de julio de 1874

Café Suizo, Madrid

JAMES Y MADELINE

—En esta ocasión convido yo —apuntó Madeline con terquedad.

Charlotte la miró con irritación.

—He sido yo quien ha insistido en almorzar en el Café antes de que regreses a la sombrerería, Madeline —protestó con un gesto de disgusto.

—¿Por qué siempre tenemos que discutir por el dinero? —inquirió ella con fastidio.

—¿Por qué tienes que ser la persona más testaruda y que menos se deja ayudar del universo? —masculló Charlotte con ironía.

¿Que no se dejaba ayudar? La imagen de un hombre de fríos ojos

grises acudió a su mente de forma involuntaria. Él la había acusado de algo similar... Desechó su imagen de su pensamiento de inmediato.

—¿Te parece insignificante toda la ayuda que me has prestado, Charlotte? Porque gracias a tu generosidad tengo una vida con la que hace unos meses no me habría atrevido ni a soñar. No le debo obediencia ni servidumbre a nadie. Soy la dueña de un negocio que comienza a prosperar nuevamente gracias a ti y a todas las señoras a las que le recomiendas visitar mi tienda. Vivo en una casa sola, y créeme, que después de trabajar como doncella eso es un lujo para mí. Visto prendas que antes lavaba y planchaba para otras. Soy independiente y procedo como quiero sin la obligación de dar explicaciones de mis actos. —Tomó aire con agitación—. Así que si decido convidar a la mujer que me ha proporcionado esta vida me gustaría que, por una vez, dicha mujer se callara y aceptara mi ofrecimiento, puesto que gracias a ella tengo la fortuna de poder permitírmelo, y además, quiero permitírmelo —apuntó con decisión —. ¿Sería demasiado pedir que te mantuvieras al margen cuando traigan la cuenta?

Charlotte parpadeó con asombro. Varias veces. Madeline no acostumbraba a mostrar su genio, pero lo tenía.

—No, supongo que no sería demasiado pedir —murmuró algo avergonzada—. Pero me gustaría señalar que estás desarrollando unos humores que me inquietan, Madeline —expuso esbozando una pequeña sonrisa con diversión.

Madeline entornó los ojos.

—Ni una palabra más, Charlotte —advirtió con gesto adusto.

Charlotte exhaló un fingido suspiro de derrota.

—De acuerdo —musitó en tono conciliador.

Minutos más tarde abandonaban el Café, aún atestado de personas que finalizaban sus almuerzos, al tiempo que se cruzaban con otras que llegaban para degustar el consabido café de sobremesa.

—Te acompañaré a la sombrerería —comentó Charlotte localizando con la vista la llegada de su cochero al otro lado de la

calle.

—La sombrerería está cerca. Y no insistas, no es necesario, Charlotte —concluyó con celeridad al adivinar un gesto de protesta en su rostro.

Charlotte entrecerró los ojos.

—Como gustes —dijo haciéndole una seña a su cochero—. ¡Oh! Mira, Madeline —musitó de repente señalando hacia el Café de Fornos[v].

Madeline miró con extrañeza hacia el Café situado enfrente. La calle era un hervidero de gente a esas horas, por lo que no supo con exactitud qué había llamado la atención de Charlotte con semejante celeridad.

—¿Qué? —inquirió con extrañeza.

—¿Ves a los dos hombres que están despidiéndose en la esquina del Fornos?

Madeline contuvo el aliento de golpe. Era él. Había preguntado a las doncellas que la habían atendido en su hogar acerca de su identidad con cierta indiferencia, sin embargo no había obtenido respuesta alguna por parte de ellas. Se habían limitado a cumplir el encargo de atenderla como les había indicado el doctor Melgar sin prestarse a la conversación más allá de asuntos banales. Madeline estaba convencida que por expresa orden de él… El doctor tampoco le había aclarado su identidad durante sus visitas de reconocimiento y ella no se había atrevido a mencionarlo sospechando que existía una relación de amistad entre ellos.

Solo sabía su nombre. James. Que conocía a Charlotte, que era amigo de su esposo, o eso le había hecho creer, y que era un hombre adinerado. Solo bastaba contemplarlo. La calidad de las prendas de su traje era evidente.

—¿Quiénes son? —inquirió sin dejar traslucir su interés.

—El bajito no lo sé, pero el otro es el conde de Valdetorres. Amigo de mi esposo —aclaró Charlotte acercándose—. ¿No te parece

soberbio? —preguntó en voz baja sin dejar de contemplarlo.

—¿Qué?

Charlotte rio.

—Te ha dejado sin aliento, ¿verdad? —inquirió con socarronería —. Te aseguro que corta la respiración de todas las damas de la sociedad en todas y cada una de las veladas a las que asiste —recalcó con énfasis—. Es uno de los hombres más codiciados del mercado matrimonial —explicó junto a su oído.

Madeline lo observó estrechar la mano de su contrario con firmeza al tiempo que pronunciaba algunas palabras con vehemencia. Todo en él transmitía control, autoridad, incluso severidad.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—James Armendáriz de Seoane O´Murlain. Madre irlandesa, padre español —reveló Charlotte con rapidez.

—¿Irlandesa? —preguntó con curiosidad.

—Eso tengo entendido —murmuró Charlotte—. La combinación ha resultado impresionante.

—Sí, supongo que tiene un aspecto peculiar —dijo con voz queda.

Charlotte la miró con sorpresa.

—¿Solo peculiar? —inquirió componiendo un gesto de incredulidad.

Madeline la observó unos segundos.

—¿Te… interesa de algún modo? —preguntó con incomodidad.

Charlotte parpadeó antes de sonreír.

—¡No! ¡Es amigo de mi esposo! —Charlotte carraspeó—. Aunque Alonso no sea realmente mi esposo, ni yo lo considere como tal —puntualizó con altanería—, no tengo la intención de ser una adúltera. ¿Cómo se te ocurre? —inquirió reprendiéndola con diversión.

Madeline se ruborizó a pesar de sí misma al tiempo que Charlotte la miraba con extrañeza.

—Bueno, no sería descabellado pensar… quiero decir que teniendo en cuenta la clase de matrimonio que… —suspiró con apuro —, no sé, me ha parecido…

—No, Madeline. —La interrumpió Charlotte para su tranquilidad —. James no despierta en mi el tipo de interés que has imaginado. Solo digo que es un hombre con una apariencia agradable —apuntó sacándola del aprieto—. De hecho lo sostengo, soberbio —señaló tras unos segundos con un guiño juguetón.

Madeline puso los ojos en blanco al tiempo que Charlotte reía con travesura.

—Tienes razón. Es soberbio —repitió ella claudicando antes de esbozar una pequeña sonrisa.

Entonces como si hubiese percibido que lo observaban, él ladeó el rostro hacia el Café Suizo y las localizó con la vista. Se tocó el ala de su sombrero en un mudo saludo hacia Charlotte que ella devolvió con un gesto de su cabeza antes de que sus ojos grises se posaran en los suyos sin que en su semblante apareciera ademán alguno que diera la impresión de conocerla o reconocerla.

—Ahora se acercará —murmuró Charlotte.

Madeline tragó saliva con los labios cerrados. Por supuesto que se acercaría. Cualquier caballero que se preciara de serlo y se encontrase en la calle o paseo público con una dama conocida debía saludarla y acompañarla durante unos minutos sin ofrecer su brazo, a menos que la dama en cuestión estuviese enferma o fuese una anciana. Eran consabidas normas de cortesía que se respetaban entre la aristocracia, pero ella no era uno de ellos… No tenía que acatarlas, no tenía que aguardar que se acercara.

—Debo regresar a la sombrerería, Charlotte —dijo con apremio.

—¿Almorzamos aquí de nuevo pasado mañana? —preguntó con un gesto de sorpresa ante su rápida partida.

—De acuerdo —contestó—. A la misma hora —agregó despidiéndose con un gesto de la mirada antes de que él cruzara la calle.

Madeline comenzó a alejarse con lentitud. Era una huida en toda regla, pero no quería que el conde de Valdetorres lo percibiese o que Charlotte sospechase algo… Resopló. Un conde ni más ni menos. Un maldito noble. Menos sentido tenía aún la ayuda que le había prestado. Los de su clase nunca ofrecían nada sin esperar obtener algo a cambio. Nunca. Ella lo sabía bien. Estaba convencida de que trataría de sacar provecho de la situación de algún modo. ¿Pero cómo? Solo se le ocurría una forma. Apretó las manos con fuerza. Los hombres como él buscaban únicamente su satisfacción. Se creían intocables. Poderosos ante una mujer sola. Incluso con el derecho o la libertad de expresar cualquiera de sus deseos amparándose en su posición de superioridad. Ellos no temían las consecuencias de sus actos porque tanto el perjuicio como el desprecio siempre recaía sobre la mujer.

Se hizo a un lado para dejar paso a un anciano que avanzaba apoyándose en su bastón antes de regresar a sus pensamientos.

Ella había dicho que era viuda, pero sospechaba que el doctor no la había creído. ¿Lo habría comentado con el conde? Frunció el cejo con disgusto. ¿Qué le importaba a ella? ¡Que ambos pensaran lo que quisieran! La opinión que pudiesen forjarse dos desconocidos sobre la decencia de su carácter, moral u honradez, no debía afectarla. Ella era una mujer libre que no debía explicaciones a nadie. Solo había cometido un error en su vida ¡uno!… y bien que lo había pagado con la pérdida de su bebé. Respiró hondo cuando la emoción embargó sus ojos de repente. Cómo pudiesen juzgarla dos desconocidos era el menor de sus problemas. Era una mujer respetable y no permitiría dar la impresión de que no lo era. Tampoco tenía porqué excusarse por su vida pasada. Le debía su nueva vida a Charlotte y solo ante ella respondería. Suspiró con angustia… Cuando hallase el valor para contarle el verdadero motivo que la había llevado a trasladarse a Madrid.

Se restregó los ojos para eliminar los restos de emoción y se concentró en caminar más aprisa al escuchar el lejano sonido de la campana de una iglesia dando la hora.

En unos minutos llegó al pasaje de Murga[vi], donde había

alquilado una antigua sombrerería, que apenas había precisado reformas más allá de unas cuantas estanterías acristaladas y un nuevo mobiliario. A la propietaria, una anciana de firme carácter y maneras afables, no le había supuesto ningún inconveniente que ella no dispusiera del respaldo de padre, hermano u esposo alguno cuando le ofreció la renta de tres meses con antelación, y aunque habían sido necesarias varias horas de negociación, finalmente habían llegado a un acuerdo económico justo para ambas. La transacción se había llevado a cabo sin contratiempos y la suma pagada ante notario al día siguiente... Un joven viandante le sonrió y tocó su gorra al cruzarse con ella. Ella le devolvió el gesto con la vista. Los españoles eran gente curiosa, pues solían devolver las miradas con muestras de simpatía. Ese proceder seguía llamando su atención, no obstante había comenzando a habituarse a aquellos ademanes sin experimentar tanto recelo ante ellos. Charlotte no había exagerado en su descripción. El pueblo llano era alegre, pícaro y bullicioso.

Una vez hubo llegado a la puerta de la sombrerería, sacó las llaves de su bolso y la abrió. La campanilla sonó al entrar. Estaba segura de que Rosario, la joven que había empleado hacía unas pocas semanas para que la ayudara en el taller, no tardaría en llegar.

Se desprendió de su propio sombrero y se dirigió a la trastienda para dejarlo en un armario junto a su bolso. La campanilla sonó de nuevo alertándola de la entrada de Rosario o quizá de alguna clienta.

Madeline se detuvo junto al mostrador con una expresión de tensa desconfianza.

—¿Me ha seguido?

—Sí —contestó él al tiempo que se quitaba el sombrero y miraba con curiosidad a su alrededor—. Acompañé a la marquesa de Andrada a su coche y después la alcancé. Fue sencillo teniendo en cuenta su forma de caminar, a pesar de su abrupta marcha —apuntó con calma.

Madeline lo miró boquiabierta. No solo se permitía el lujo de confesar que la había seguido sin el más mínimo reparo, sino que además criticaba su forma de caminar haciéndole notar que sabía que se había marchado con el objeto de eludir su presencia. ¿Quién se

creía ese hombre que era?

«Un maldito conde», se recordó.

—¿Qué quiere? —inquirió cruzándose de brazos a la par que alzaba el mentón en un gesto de desafío.

James clavó sus ojos en ella. No se fiaba de él. Era natural, incluso razonable.

—Creo recordar que le dije que nada, señorita Esterly —contestó acercándose al mostrador.

Ella echó un paso atrás, aunque sus ojos no se separaron de los suyos.

—¿Con qué intención me ha seguido entonces?

—Para cerciorarme que está restablecida.

Ella arqueó una ceja con suspicacia.

—No veo el motivo por el que deba preocuparle mi salud. ¿Acaso no fue evidente que estoy repuesta cuando sus doncellas regresaron? ¿No se lo ha referido el doctor Melgar? —preguntó con ironía.

James apenas sonrió.

—Fueron mis doncellas quienes me lo refirieron —aclaró con voz pausada—. Debería confiar más en el doctor Melgar. Le aseguro que su discreción, en cuanto a la privacidad de sus pacientes, es absoluta. —La amonestó con sencilla serenidad.

Se miraron en silencio unos segundos. Ella con ofuscación. Él con una tranquilidad desquiciante.

—¿Qué busca? —siseó Madeline a quemarropa.

—Un sombrero —murmuró él sin alterarse lo más mínimo.

Madeline lo miró con confusión.

—¿Qué?

—Un sombrero —repitió sin atisbo alguno de burla en su semblante—. ¿Tendría la amabilidad de asesorarme?

Ella inspiró para mantener la compostura al tiempo que

rememoraba las doce normas de los buenos comerciantes. De hecho, la hoja de dichas normas permanecía colgada en la pared de la trastienda desde que la antigua propietaria la colgase. Según le había comentado la anciana, aquellas reglas se heredaban de padres a hijos entre los comerciantes matritenses, y si las seguía con el rigor que el negocio requería, este le reportaría amplias ganancias.

Madeline las había memorizado todas:

1.La calidad de un artículo se recuerda durante mucho más tiempo que el precio que se ha pagado por él.

2.El camino que conduce a la riqueza es el del trabajo y la honradez.

3.Compra lo que necesitas y nada más. Las existencias acumuladas son dinero perdido.

4.Nunca gastes un dinero que no hayas ganado todavía.

5.La sonrisa franca atrae a la clientela.

6.Vé tú a buscar al cliente. No esperes a que te busque él.

7.El que cesa de anunciar su tienda porque las ventas flaquean, mata al caballo porque cojea.

8.El que engaña a otro, se engaña a sí mismo.

9.Nunca atribuyas a tus mercancías virtudes que no tienen. Tarde o temprano el cliente se dará cuenta y no volverá.

10.Más vale no vender que vender a mal pagador.

11.Quien deja un negocio bueno en busca de otro mejor, hace mal cambio.

12.Un cliente satisfecho, hablará bien de tu negocio a una persona; pero un cliente insatisfecho, hablará mal de tu negocio a diez personas.

En ese momento él era un cliente. Uno muy beneficioso desde el punto de vista comercial. Madeline se repitió la última de las reglas, aunque obvió la quinta con premeditación.

—Por supuesto —dijo descruzándose de brazos—. ¿Tiene alguna preferencia en cuanto a color, tamaño u abalorios?

James fingió pensarlo.

—Es un obsequio para una dama de gustos volubles, pero por lo que he podido observar, en esta época siente cierta predilección por los sombreros de tonos claros.

Madeline le dio la espalda y rebuscó entre las estanterías acristaladas antes de disponer sobre el mostrador cuatro elegantes sombreros de paseo con diferentes abalorios, lazos y flores.

—Estoy convencida de que cualquiera de ellos complacerá a la dama —dijo Madeline con diligencia.

«Su amante, sin duda», pensó con rapidez.

James observó los sombreros.

—¿Le importaría probarse el de las flores blancas y amarillas? —preguntó de repente.

Madeline le sostuvo la mirada.

—Por supuesto —dijo colocándose la prenda de una forma ladeada.

—Sí, ese le complacería —musitó él observando la prenda con gesto pensativo—. ¿Podría probarse este otro? —Madeline posó el sombrero en el mostrador para coger el de las plumas celestes que había indicado—. ¿Los confecciona usted? —preguntó con curiosidad.

—Así es. ¿Y bien? ¿Ha decidido? —inquirió tras unos segundos de impaciencia.

James asintió al tiempo que ella se desprendía del sombrero.

—Pagaré los dos y enviaré más tarde a alguna de mis doncellas para que los recoja, si no tiene inconveniente —agregó con gesto adusto.

—En absoluto, ilustrísima —dijo ella con intención.

Él arqueó una ceja.

—¿Ha estado preguntando por mí, señorita Esterly?

Ella enrojeció un poco.

—Desde luego que no —contestó manteniendo la calma en su tono de voz—. La marquesa de Andrada mencionó quién era cuando la saludó.

—¿Justo antes de que huyera? —contraatacó con ágil serenidad.

Ella ocultó una mueca de disgusto.

—¿Acaso debería? Debía regresar. Como ve, tengo un negocio que atender —añadió cambiando el rumbo de la conversación mientras cogía los sombreros que él había descartado para devolverlos a la estantería.

James contempló sus movimientos en silencio.

—¿Cuánto le debo?

—Nada —contestó ella volviéndose—. Considérelos un obsequio en agradecimiento a su preocupación por mi salud con el deseo de que complazcan a la dama —murmuró con un deje de sarcasmo.

James la observó con curiosidad.

—Insisto —dijo.

—Yo también —señaló sin apartar la vista de su rostro.

James asintió con la mirada.

—Le comentaré a mi madre dónde los he adquirido —dijo poniéndose su sombrero ante el fugaz gesto de sorpresa que ella exhibió—. ¿Para quién pensaba que eran si no? —inquirió con cierta sorna—. Adiós, señorita Esterly.

—Adiós, ilustrísima —dijo con seriedad.

En ese instante la campanilla sonó dando paso a su empleada.

—Buenas tardes —murmuró él con cortesía al cruzarse con ella antes de salir.

—Buenas tardes —musitó la muchacha con recato.

Rosario se acercó al mostrador con rapidez una vez hubo salido.

—¿Ha visto a ese hombre, doña Madeline?

Madeline no pudo evitar sonreír ante la estupefacción del rostro de la joven.

—De hecho lo he atendido, Rosario —apuntó con diversión—. Se trata del conde de Valdetorres, y si su madre queda complacida con estos sombreros, quizá consigamos una nueva clienta. ¿Podrías ir a la

trastienda y traer unos saquitos de esencias mientras preparo las cajas? Una de sus doncellas los recogerá más tarde.

Rosario se apresuró a obedecer.

—¿Los de flores de jazmín, lavanda o gardenias? —preguntó.

Madeline lo pensó unos segundos.

—Uno de jazmín y otro de gardenias. Gracias, Rosario —apuntó ella.

La muchacha asintió antes de desaparecer de su vista.

Madeline se agachó y cogió dos cajas cilíndricas de diferentes tamaños junto a dos trozos de suave papel de seda del armario que hacía de mostrador. Perfumar las cajas con saquitos de aromáticas flores era un detalle que la clientela solía apreciar por su originalidad y una inconfundible seña de su sombrerería. Depositó un trozo de papel de seda en una de las cajas, después tomó el sombrero de las plumas celestes y lo colocó con cuidado antes de envolverlo con los extremos del delicado papel… ¿Serían un presente para su madre? ¿O en realidad lo serían para su amante? Madeline resopló. ¿Y qué le importaba a ella la verdadera identidad de la destinataria de aquellos sombreros?

Capítulo Cuatro

Martes, 6 de junio de 1876

Afueras de Córdoba

Madeline abrió los ojos. James. Estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. A su lado. Bajo la ventana. ¿Habría estado velando su sueño? Esbozó una sonrisa con tristeza. Parecía dormitar, por lo que permaneció inmóvil para evitar cualquier sonido que pudiese perturbar su descanso. Debían dolerle todos los huesos, sin embargo había insistido en cederle por completo la cama después de la sencilla cena. Ahora, mientras la breve luz del amanecer comenzaba a filtrarse por la ventana y con la mente lúcida al fin, Madeline fue consciente de todo. De su situación. De la de James… De repente, el temor que él había confesado sentir la noche anterior se tornó tan terrorífico en su cabeza que cerró los ojos con fuerza para desecharlo de su pensamiento al tiempo que rezaba una oración con toda la fe que pudo reunir. Rezó y rezó con el deseo de permanecer a salvo junto a él mientras las preguntas se agolpaban sin sentido en su mente. ¿Quienes los retenían? ¿Por qué? ¿Qué querían de ellos? ¿Qué les sucedería? No entendía nada. Aquella situación era irreal. Volvió a abrir los ojos. La imagen de James inundó su vista. Tenía el cabello más largo de lo que acostumbraba y una poblada barba que ocultaba la mayoría de su rostro. Por más que lo contemplaba no parecía él y sin embargo, era él... soberbio. Se amonestó en silencio. Había transcurrido mucho tiempo desde que Charlotte lo describiera de esa forma.

«Casi tanto desde que lo vieras por primera vez», se dijo.

La noche anterior le había pedido un abrazo. Y durante todo el tiempo que había percibido la calor de sus brazos rodeando su cuerpo se había sentido bien, segura, protegida. En realidad, no había estado tan confusa ni tan desorientada como para no ser consciente de de su petición. Soltó la respiración. La única verdad era que había pedido aquel abrazo porque lo había necesitado. Y lo había deseado exhibiendo una actitud impropia por su parte, no obstante podía excusarse en los supuestos narcóticos que le habían suministrado para

proceder de semejante modo ante él.

La distancia con James era una de sus reglas, y una que se recordó, no debía romper por su propio bienestar. Durante esos años había resultado sencillo mantenerla, pues no era habitual que coincidieran con frecuencia, y cuando lo hacían solía ser en compañía de otras personas. Además, el trato de James hacia ella siempre había sido correcto, incluso más que el de ella misma, si cabe. Las diferencias entre ellos se respetaban, y aunque se mostraban cordiales el uno con el otro cuando era necesario, permanecían alejados, muy alejados… Él abrió los ojos y ladeó el rostro. Ella tragó saliva con la boca cerrada. Se miraron sin decir nada durante varios segundos. James tenía profundas sombras bajo los ojos y un constante rictus de preocupación en el rostro que no le pasó desapercibido a Madeline. Entonces supo que no había descansado.

—¿Se encuentra bien? —musitó él.

Ella asintió irguiéndose. Varios mechones rozaron su mejilla. Se tocó el moño medio deshecho y se miró su traje arrugado al tiempo que se negaba a imaginar el desastroso aspecto que presentaría ante su vista.

—Si… yo… —titubeó—, lamento mi comportamiento anoche, ilustrísima. Sé que fue inapropiado, pero estaba desorientada y…

—Señorita Esterly. —La interrumpió él pasándose la mano por los ojos en un gesto de sumo cansancio—. Su reacción no fue inapropiada, fue natural. Estaba asustada —señaló antes de erguirse apenas estirándose—. Si le parece aceptable, me gustaría que en estas circunstancias nos permitiésemos cierta relajación, Madeline. Ya tenemos suficientes problemas como para, además, tratar de medir nuestras reacciones o la forma en la que nos dirigimos el uno al otro en cada momento.

Ella lo sopesó unos segundos.

—Me parece aceptable, James —dijo ella pronunciando su nombre al tiempo que sellaba de esa forma el acuerdo.

Él asintió con la mirada.

—No tardarán en llegar —musitó con seriedad—. Cuando lo hagan colócate a mi espalda —ordenó clavando la vista en la suya—. No contestes a sus provocaciones y no hables a menos que te pregunten —agregó haciendo una mueca de molestia a la par que se llevaba una mano al hombro.

Madeline advirtió el gesto.

—Debe dolerte todo el cuerpo —murmuró—. Estírate como gustes. Antes no lo has hecho por estar en mi presencia.

—Gracias —dijo sin apenas mirarla.

Madeline apartó la vista. Era lo menos que podía hacer para otorgarle algo de intimidad. Se dirigió a la ventana y contempló el exterior. Olivos. Una inmenso olivar apareció ante su mirada. Nada se escuchaba, solo el ocasional graznido de algún pájaro y el cantar de algunas chicharras.

—No hay forma de que nadie nos encuentre aquí, ¿verdad? —preguntó con angustia.

Madeline notó su presencia junto a ella.

—No lo creo —dijo él con honestidad.

Ella se volvió, pero al comprobar que lo tenía tan cerca decidió alejarse unos pasos. James se percató, por lo que también puso distancia física.

—¿Qué te sucedió en las manos? ¿Qué te hicieron?

James miró las magulladuras de sus manos.

—No fueron ellos. Fui yo —confesó con voz clara.

Madeline lo miró con sorpresa.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Perdí la calma. Golpeé la puerta con todas mis fuerzas. —Sonrió apenas—. Y fue… reconfortante. Descargué parte de la frustración que sentía.

—Podrías haberte fracturado —murmuró ella.

—Supongo que sí —dijo con voz queda observando como ella se colocaba los mechones tras las orejas—. Madeline, hay un aguamanil ahí —señaló—. Sé que es incómodo, pero tendremos que habituarnos a la situación cuanto antes.

Ella lo miró con inquietud.

—¿Crees que permitirán que permanezcamos juntos? —preguntó con inseguridad.

—No lo sé, pero trataré de que así sea —aseguró intentando aparentar sosiego—. Si lo prefieres puedo mirar por la ventana mientras te arreglas el cabello.

—Te lo agradecería —murmuró ella apartando la vista con apuro.

James apoyó los brazos en las rejas mientras escuchaba el sonido del agua al caer en la jofaina. Después de unos minutos ella le dijo que podía volverse. Había humedecido su cabello y lo había trenzado en un moño bajo que había sujetado con varias horquillas. También se había lavado el rostro, pues tenía las mejillas sonrosadas. Por extraño que pareciera le había parecido mucho más guapa despeinada, quizá por ser la primera vez que la veía de ese modo.

—¿Puedo tirar el agua por la ventana? —inquirió ella.

—Hasta ahora nadie se ha quejado —dijo con un atisbo de sorna —. Solo hay tierra bajo la ventana —agregó.

Madeline se acercó a la ventana con la jofaina y arrojó el contenido fuera.

—Mi turno —murmuró él cogiéndola de sus manos.

—Oh… disculpa —dijo soliviantándose antes de darle la espalda mientras observaba el mar de olivos por la ventana.

—No me molesta que me mires, Madeline —añadió echando nueva agua de la jarra en la jofaina al tiempo que contemplaba su figura a través del espejo del aguamanil.

—Aún en estas circunstancias, preferiría que respetásemos nuestra intimidad todo lo posible y mantuviésemos cierto decoro —

murmuró ella sin mirarlo.

James guardó silencio unos segundos.

—Por supuesto —dijo quitándose la arrugada camisa.

Después hundió las manos en el agua, se salpicó el rostro, el cabello y se humedeció el torso y las axilas. No había jabón, pero aquella era una rutina diaria que le permitía disfrutar de la sensación de sentirse limpio. Se secó con la toalla y se peinó con las manos el cabello y la barba mirándose en el espejo. Por lo general se aseaba todo el cuerpo, pero con ella allí era inviable. Luego cogió con los dedos una porción del tarro de bicarbonato de sodio, lo restregó sobre sus dientes con un dedo y se enjuagó la boca.

—Voy a tirar el agua, Madeline —anunció acercándose con la jofaina en las manos.

Ella se volvió para apartarse. Entonces se percató de su torso desnudo. James contuvo una sonrisa al percatarse de su expresión granate al tiempo que tiraba el agua. Madeline se sentó en la cama con las manos en su regazo y la vista gacha.

James volvió a dejar la jofaina en el aguamanil antes de abrir el primer cajón del único mueble que había para coger una sencilla camisa. Estaba arrugada, pero limpia. Era irónico que le proporcionaran ropas limpias dadas las circunstancias. Se puso la camisa, la abotonó e introdujo los faldones en su pantalones antes de sentarse en una de las sillas de la mesa.

—Siento haberte incomodado, Madeline. No volverá a suceder —dijo con la vista clavada en ella.

Madeline levantó la mirada.

—¿Cuándo piensas que aparecerán? —preguntó con desasosiego omitiendo reconocer que la vista de su torso la hubiese perturbado de algún modo.

—Pronto —dijo él—. Trata de controlar el temor.

—Será difícil no demostrarlo —reconoció con cierto bochorno.

—Lo sé. —Él se pasó las manos por el rostro—. También será

difícil para mí —murmuró con gesto adusto.

Se miraron en silencio con intranquilidad. Entonces Madeline se levantó y comenzó a caminar con las manos en las caderas.

—No quiero que me alejen de ti —confesó de repente deteniéndose.

—Yo tampoco —dijo él.

Ella inspiró con fuerza manteniendo su ojos fijos en los suyos.

—¿Qué hacemos aquí, James? ¿A quién buscabas en Córdoba? ¿Qué relación puede tener conmigo? —preguntó de repente.

Él apartó la vista hacia un lado.

—No estoy seguro de que la persona a la que buscaba esté relacionada con lo que nos está sucediendo —respondió sin aclarar nada.

—¿Quién es esa persona, James? —Él permaneció en silencio—. ¿Acaso no confías en mí? —preguntó con indignación.

James suspiró.

—No se trata de confianza, Madeline. Intento averiguar cómo debo proceder para protegerte o evitar perjudicarte —dijo con seriedad.

—¿Y crees que manteniéndome en la ignorancia me ayudas?

—De momento, sí.

Ella resopló con irritación.

—Permíteme comunicarte que tu razonamiento es absurdo, que disiento y que me molesta. En ese orden —apuntó cruzándose de brazos—. ¿Tu captura tiene algo que ver con tus actividades para el rey? —James arqueó una ceja con curiosidad—. ¿Crees que desconozco que fuiste agente del rey antes de que llegara a serlo?

James hizo una mueca.

—Supongo que he subestimado tu amistad con Charlotte —murmuró—. En realidad fui agente de la causa alfonsina no del rey —aclaró con voz pausada.

—¡Es lo mismo! —exclamó ella con exasperación—. ¿Nuestra situación tiene algo que ver con tus actividades? —insistió.

—No exactamente.

—¡James! —gritó ella por lo bajo con frustración al tiempo que sus ojos azules lo reprendían—. Necesito saber porqué estamos aquí —siseó con enfado.

Entonces escucharon unos pasos acercándose.

—Ya vienen —dijo James tensándose de inmediato al tiempo que se erguía.

Madeline se apresuró a posicionarse a su espalda como le había indicado. Entonces cogió una de las manos de James para darse valor. Él entrelazó sus dedos con los suyos sin volverse a mirarla.

—Tranquila —murmuró apretando su mano.

Respiró hondo y se controló a sí mismo sujetando la mano de ella. No podía permitirse perder la calma. El bienestar de Madeline dependía de su actitud. No debía olvidarlo.

La puerta se abrió.

—Buenos días, condesito —dijo el grandullón apoyándose en el marco de la puerta—. Ya sabía yo que hoy acataría las normas. Señorita —dijo con burlona cortesía observando a Madeline—. Por favor, tomen asiento.

James asesinó al hombre con la mirada antes de instar a Madeline a tomar asiento. Seguidamente lo hizo él.

—Excelente —murmuró el grandullón. Después cogió la bandeja de la cena de la noche anterior y se la entregó a uno de los hombres apostados junto a la entrada antes de sentarse frente a James—. Las manos donde pueda verlas. Usted también, señorita —advirtió con dureza.

James y Madeline posaron las manos sobre la mesa.

El hombre soltó una risita.

—Le encantaría poder estrangularme, condesito. Lo veo en su

mirada —dijo en tono jocoso—. ¿Se encuentra indispuesta, señorita? ¿Mareos? ¿Náuseas? ¿Dolor de cabeza?

Madeline levantó la vista.

—No.

—¿El condesito la ha tratado como corresponde?

—Por supuesto —contestó con más serenidad de la que sentía.

—Bien. Desayunarán, almorzarán y cenarán juntos, pero el resto del tiempo permanecerán en habitaciones separadas...

—No —dijo James con los labios apretados.

El hombre se rascó la sien mirándolo con gesto pensativo.

—A alguien como usted debería importarle la reputación de la dama. De cualquier forma, son órdenes. No nos creen problemas y recibirán un trato adecuado. No tema por ella. Ya le dije anoche lo que debe hacer —apuntó arqueando una ceja.

James apretó las manos sobre la mesa.

—Dormirá aquí —ordenó con autoridad.

El hombre soltó otra risita.

—¿Olvida de nuevo que no es usted quien decide las normas? —James mantuvo su vista sobre él con gesto amenazante—. Lo consultaré siempre y cuando a la señorita le parezca apropiado —agregó mirando a Madeline con socarronería. Ella asintió con la mirada—. ¿Quiere que le cuente algo? Es la primera vez que no trata de escapar o agredir a alguno de mis hombres en el intento —dijo como si James no estuviese presente—. Me complace el efecto —titubeó buscando la palabra adecuada—, calmante que su presencia suscita en nuestro condesito.

—Su nombre es James —musitó ella.

Madeline se arrepintió en cuanto las palabras escaparon de su boca.

James encajó la mandíbula con fuerza al tiempo que la miraba de reojo. Sus ojos parecieron ordenarle que se mantuviera en silencio.

—Así que la gatita tiene garras —murmuró el hombre con diversión—. Condesito, tendrá problemas en el futuro si no la doma a tiempo.

James lo miró con rabia mientras se mordía la lengua. Madeline simplemente enrojeció al tiempo que uno de los hombres que permanecían junto a la puerta reía por lo bajo.

—No provocaré problema alguno si ella permanece aquí —insistió James.

—No es posible. —Lo miró entrecerrando sus ojos—. Entiendo su dilema y su preocupación, pero créame, ella será tratada con el debido respeto. Lo único que usted tiene que hacer es facilitarnos su custodia. Véalo como un acto de fe si así lo prefiere. Confíe en nosotros y nosotros confiaremos en usted.

James cruzó una tensa mirada con Madeline. Ella asintió con la cabeza tragando con nerviosismo.

—Si osáis ponerle una sola mano encima... —Dejó la frase inconclusa con una mirada asesina.

El hombre rio.

—No sea tan dramático. Que pase con el desayuno —dijo de repente dirigiéndose a uno de los hombres de la puerta. Un instante después una mujer morena con el rostro cubierto con un pañuelo como el resto de hombres entró portando una bandeja—. Ella y otra de nuestras mujeres se encargarán de velar por usted —explicó mirando a Madeline—. Espero que su trato hacia ellas sea impecable tanto por su bien como por el del condesito, señorita.

Madeline volvió a asentir en silencio al tiempo que observaba a la mujer. Ella clavó sus ojos en James en un gesto que a Madeline le pareció abiertamente desafiante antes de que dejara la bandeja en la mesa.

—Gracias —dijo James sin apartar la vista de ella.

—Regresaré por ella en media hora —apuntó la mujer sin dedicarle una sola mirada a Madeline.

Entonces el grandullón se levantó de la silla y la siguió hacia la salida.

Madeline soltó el aire una vez abandonaron la estancia al tiempo que escuchaba el sonido del cerrojo en la puerta. James se levantó con brusquedad y comenzó a caminar con suma inquietud. Ella lo observó sin decir nada. La energía de su actitud había cambiado. Fruncía el cejo más de lo usual. Miró la bandeja con confusión. Un plato de rebanadas de pan tostado, una alcuza, un salero, un cuenco de tomates maduros triturados, otro de mantequilla y un tercero con terrones de azúcar junto a dos tazas de café sin leche. Nada de cuchillos, solo dos cucharillas.

—Desayunemos, James —murmuró llamando su atención.

James se acercó con un rictus tan severo en el rostro que ella no supo cómo reaccionar. Parecía tan disgustado e inmerso en sus pensamientos que ella decidió permanecer en silencio por cautela.

Desayunaron con apremio, puesto que en la habitación no había reloj alguno que pudiese orientarlos del paso del tiempo.

—Ten cuidado con ella —musitó él de pronto tras beber de su taza de café.

—¿La conoces? —preguntó al recordar la mirada desafiante que la mujer le había lanzado.

James arrugó la frente.

—Me ha recordado a alguien —dijo con seriedad.

—¿A quién?

—A mi primera amante —contestó él fijando sus ojos en ella. Madeline apartó la vista con bochorno—. Ella tenía diecinueve años, yo diecisiete. Mi padre urdió una treta para desenmascararla ante mis ojos y lo consiguió. Sucedió hace más de diez años. Fin de la historia.

Madeline observó lo que quedaba de su rebanada de pan. El apetito la abandonó de súbito. No, no era cierto. Lo cierto era que se le había cerrado el estómago ante las palabras de James. Lo miró con suma inquietud, incluso con un atisbo de decepción.

—¿La utilizaste?

James esbozó una sonrisa airada.

—Fue ella quien me utilizó a mí, Madeline —respondió modulando cada palabra.

Ella inspiró manteniendo la compostura.

—¿Crees que se trata de ella?

James la miró entrecerrando los ojos.

—No lo creo. Estoy convencido —aseguró—. Mantente lo más alejada posible de ella—ordenó levantándose.

Si aquella situación era de por sí intimidante, que además una amante de James la custodiara, era una complicación de una condición embarazosa. Madeline decidió ignorar el tono autoritario de su voz, ya que dadas las circunstancias, él estaba consiguiendo mantener a raya sus emociones de una forma admirable.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó ella.

—Catalina —respondió James sin titubear.

«¿Qué sucedió?», pensó.

—¿Existe algún motivo por el quisiera vengarse de ti? —indagó con inseguridad.

James la miró con seriedad.

—No tiene ningún motivo para vengarse de mí —recalcó colocando las manos en sus caderas—. Trabajaba como doncella en la casa principal de la finca que mi familia posee en Alburquerque —comenzó—. Aunque éramos muy jóvenes planeamos fugarnos para casarnos asumiendo el riesgo de que mi padre pudiera desheredarme cuando lo descubriera…

—No tienes porqué contármelo si no quieres —dijo Madeline interrumpiéndolo a media voz.

James continuó hablando sin desviar la vista de ella.

—No le dije que mi abuelo había dispuesto una pequeña fortuna a mi nombre, así como una de sus propiedades en Galway, que debía

recibir al cumplir los dieciocho años. Lo tenía todo pensado. —James inspiró—. Solo debíamos seguir ocultando nuestra relación durante unos meses más, después dispondría de los medios necesarios para casarnos y trasladarnos a Irlanda. Quería sorprenderla —sonrió cabeceando. Madeline fijó la vista en sus manos entrelazadas mientras escuchaba—. Pero ante la posibilidad de contraer nupcias con un hombre venido a menos y sin fortuna propia, prefirió aceptar la suma que le ofreció mi padre para que me abandonara sin una sola palabra.

Madeline elevó la vista tras unos segundos.

—Lo siento, James —murmuró con honestidad.

—Yo no —repuso él—. Era joven y necio. Con el tiempo habría sido consciente de mi error.

—¿Qué sucedió con ella? —Se aventuró a preguntar.

Madeline apartó la vista de nuevo ante la censura que divisó en los ojos de James. Ella no tenía derecho a hacer esas preguntas y él no estaba en la obligación de responderlas.

—Mi padre le entregó una buena suma para que pudiera mantenerse hasta que encontrara otro empleo. No hubo discusiones ni escándalos. No había vuelto a verla hasta hoy —concluyó dándole la espalda al tiempo que observaba a través de la ventana.

Entonces nuevos pasos se escucharon acercándose.

—Ven aquí, Madeline —ordenó—. Debemos situarnos frente a la puerta en la parte más alejada de la habitación para que puedan vernos en cuanto la abran —dijo colocándose donde decía.

Ella se acercó, pero en esa ocasión no se posicionó a su espalda, sino a su lado. Tampoco tomó su mano. Él tampoco lo hizo.

—Me mantendré todo lo alejada de ella que pueda —prometió sin mirarlo.

—Bien —dijo él con la vista fija en la puerta.

—Nos veremos de nuevo en unas horas, ¿verdad, James? —preguntó dejando traslucir su temor en aquellas palabras.

James tomó su mano para infundirle todo el valor y la seguridad

que él fingía sentir.

—Juro por Dios que echaré abajo esa maldita puerta si no es así, Madeline —prometió en voz baja.

***

JAMES Y MADELINE

7 de julio de 1874

Los sombreros han sido recibidos con agrado. Me temo que ha ganado una nueva clienta, señorita Esterly.

J. A.

7 de julio de 1874

Me satisface la noticia, ilustrísima. Será todo un honor disponer de una mujer como su madre entre mi clientela.

M. E.

20 de julio de 1874

Buenos días, señorita Esterly

Preciso un nuevo sombrero. Me es imposible acudir a su sombrerería, pero enviaré a una doncella a media mañana. En esta ocasión conozco las preferencias de la dama. Sombreros originales de colores llamativos. También gusta de las plumas más que de cualquier otro abalorio. Confío en su criterio. Mi doncella abonará el importe.

Considero que el detalle de perfumar las cajas es un gran acierto.

¿Podría depositar una bolsita de flores de jazmín? La dama en cuestión adora ese aroma.

J. A.

20 de julio de 1874

Buenos días, ilustrísima

Espero que a la dama le agrade el sombrero escogido. He tratado de ceñirme fielmente a los gustos mencionados.

He aromatizado la caja con una bolsita de flores de jazmín como ha solicitado.

M. E.

27 de julio de 1874

Buenas tardes, señorita Esterly

¿Recuerda el último sombrero que adquirí? ¿Sería posible que confeccionara uno igual pero con plumas blancas?

J. A.

27 de julio de 1874

Buenas tardes, ilustrísima

Lo tendré preparado pasado mañana a primera hora. ¿Tiene alguna preferencia a la hora de aromatizar la caja en esta ocasión?

M. E.

27 de julio de 1874

Agradecido, señorita Esterly.

En esta ocasión dejo a su libre disposición la aromatización de la caja. Enviaré a una doncella.

J. A.

30 de julio de 1874

Buenas tardes, señorita Esterly

La dama ha quedado muy complacida con la prenda. Visitará su sombrerería en breve.

J. A.

30 de julio de 1874

Buenas tardes, ilustrísima

Es un verdadero placer saber que la dama ha quedado complacida.

M. E.

Capítulo Cinco

Martes, 6 de junio de 1876

Afueras de Córdoba

James respiró hondo mientras mantenía a raya su ansiedad a la par que escuchaba los conocidos pasos acercándose. La puerta se abrió y el grandullón entró en la estancia seguido de Madeline y de un hombre que depositó la bandeja con la cena sobre la mesa antes de regresar a su posición junto a la puerta.

—He consultado su propuesta, y puesto que la señorita no tiene inconveniente, podrá pasar la noche en esta habitación.

James se esforzó en ocultar el inmenso alivio que lo inundó.

—Gracias —musitó clavando sus ojos en los de él con un gesto de vago agradecimiento.

—Si continúa comportándose así podrá disfrutar de pequeñas concesiones —recalcó posando con manifiesta intención la vista sobre Madeline—. Buenas noches... No duden en llamar si necesitasen ir al excusado —agregó con sorna saliendo de la estancia.

Madeline bajó la vista soliviantándose. Los ojos de James siguieron al hombre con irritación. Sabía que había dicho aquello para incomodarla, quizá con el objeto de disuadirla de dormir en aquella habitación junto a él. Las mujeres solían ser muy pudorosas en cuanto a esos asuntos del cuerpo.

Se acercó a ella de inmediato. Madeline vestía un nuevo atuendo; una sencilla blusa celeste con manga abultada al codo y una falda de fina tela azul sin el consabido polisón. Ambas prendas más apropiadas que su regio traje para soportar las elevadas temperaturas del día.

—¿Estás bien?

—Sí… ¿Y tú?

James asintió mientras retiraba una silla y la invitaba a sentarse.

Habían dispuesto de una hora para almorzar, sin embargo durante todo el tiempo, habían estado sometidos a una estricta vigilancia, de modo que solo habían podido intercambiar un par de palabras. Una vez finalizaron el almuerzo *Catalina* se había apostado en la puerta preguntando con diversión si la señorita ya había comido. Entonces Madeline se había levantado cruzando una mirada de despedida con él antes de salir acompañada de ella y dos hombres más.

El resto de la tarde James había hecho un esfuerzo sobrehumano por permanecer sereno mientras esperaba que oscureciera. El transcurrir de las horas había sido desesperante. Ahora, después de toda una noche y un día de constante preocupación, la tensión acumulada estaba provocando que le doliera todo el cuerpo.

—¿Alguien ha tratado de importunarte? —inquirió con inquietud tomando asiento junto a ella en la mesa.

—No. Me han confinado en una habitación de trastos viejos junto a esta. Es más pequeña, pero al menos tiene ventana y está limpia —aclaró—. De tanto en tanto, las mujeres echaban un vistazo en la habitación. No he entablado conversación con ninguna ni ellas conmigo, excepto cuando me trajeron esta ropa. Me he mostrado dócil y tranquila, pero las ganas de gritar me ahogaban, James. —Lo miró con angustia—. No sé si podré resistir esto —confesó con desasosiego.

—Podrás, Madeline —aseguró él.

Ella esbozó una débil sonrisa.

—No soy tan fuerte como tú —murmuró.

James capturó su mirada.

—Eres más fuerte que yo —señaló tomando sus manos con las suyas—. No has perdido la calma, no has llorado, no has gritado, no has perdido los nervios ni has sufrido un ataque de histeria. Has mantenido el control todo el tiempo. Yo lo perdía cada día, Madeline —reconoció en voz baja.

Madeline cabeceó. No podía creer lo que escuchaba. Él siempre se mostraba seguro, imperturbable, siempre proyectaba aquel aura de confianza que solía exhibir con firmeza. Observó con atención las

magulladuras de sus manos. Aquellas lesiones atestiguaban su arrebato de furia días atrás, pero ni siquiera ante la evidencia podía imaginar a James perdiendo el dominio de sí mismo, aún menos la entereza.

Entonces él soltó sus manos y observó la cena.

—¿Cenamos, señorita Esterly? —inquirió con un breve brillo de sorna con la intención de serenarla.

Madeline dibujó una media sonrisa.

—Por supuesto, ilustrísima —respondió mirándolo.

Entonces James se dirigió al aguamanil, echó agua de la jarra en la jofaina, se lavó las manos y las secó en la toalla. Ella se levantó y lo imitó. Después se sentaron a cenar. Sopa de lechugas. Albondiguillas en salsa con pan. Flan de frutas. Del agua del botijo, ninguno de los dos abusó.

Una vez terminaron de dar buena cuenta de las viandas se instaló la incomodidad entre ellos, ya que el ineludible momento de decidir cómo dormir había llegado.

—Intenta descansar, Madeline —dijo él apoyándose en el respaldo de la silla.

Madeline contempló la cama. Luego a él. Estaba fatigado. Muy fatigado. Bastaba con observar su rostro. Ella sabía que no era justo que tuviese que pasar la noche sentado en aquella silla o en el suelo, de nuevo.

—Tú lo necesitas más que yo —musitó.

—No te preocupes por mí —dijo con voz cansada.

—De modo que tú puedes preocuparte por mí, pero yo no puedo hacerlo por ti… ¿Es eso lo que me estás diciendo?

James se cruzó de brazos echando el cuello hacia atrás.

—Solo hay una cama —apuntó como si ella no lo hubiera notado.

—Creo recordar que fuiste tú quien sugirió que debíamos relajar el trato en esta situación —argumentó Madeline.

—Y tú quien dijo que, aún en estas circunstancias, respetásemos nuestra intimidad todo lo posible. No quiero incomodarte más de lo indispensable, Madeline —añadió con condescendencia.

Ella resopló.

—James no quiero discutir. Ve y descansa, por favor —pidió en voz baja—. Yo lo haré mañana.

—¿Estás proponiendo que nos turnemos la cama cada noche?

—Sí —dijo ella encogiéndose de hombros.

—No.

—¿Por qué? —preguntó con exasperación.

—Porque no podría dormir sabiéndote en el suelo o sentada en alguna de estas incómodas sillas —respondió restregándose los ojos con pesadez.

Madeline lo observó con atención. Estaba agotado, pero no daría su brazo a torcer. No se tumbaría en la cama mientras ella estuviera sentada en aquella silla... ¡Por el amor de Dios! Ese hombre necesitaba descansar. Y ella también.

—De acuerdo —dijo irguiéndose.

—Bien —musitó él estirando las piernas antes de cruzar un tobillo sobre el otro creyendo que ella había claudicado.

—Vamos a la cama —musitó. James la miró con tanta perplejidad que Madeline apartó la mirada con bochorno—. Si pretendemos resistir necesitamos dormir —argumentó con indecisión.

—¿Estás segura? —inquirió él observándola con curiosidad.

—No, pero al parecer es el único modo de que descanses —dijo entrelazando sus manos con nerviosismo.

—Gracias —musitó él sin desviar la vista de sus ojos.

—No hay porqué darlas —murmuró.

James se levantó e hizo un gesto con la mano.

—¿Qué lado prefieres?

La cama estaba situada junto a la pared. En ese lado se sentiría aprisionada entre la pared y el cuerpo masculino, pero teniendo en cuenta la envergadura de James, era obvio que ese lado sería más incómodo para él que para ella.

—Junto a la pared —dijo descalzándose.

Luego, puso sus zapatos en el alféizar exterior de la ventana y se tumbó sobre la cama mirando hacia el techo. No sabía dónde poner las manos. Las colocó sobre su regazo. Era embarazoso. Para él también lo era, pues lo escuchó carraspear antes apagar la lámpara y descalzarse. Posó sus zapatos junto a los suyos en el alféizar y un instante después, Madeline percibió como se hundía el colchón bajo su peso a su lado. Trataron de no rozarse, pero debido a la estrechez de la cama resultó una tarea imposible.

A menos que quisiera echar a James de la cama tendría que habituarse al roce de su hombro, de su brazo, de su cadera, de su pierna...

Él soltó el aire con frustración.

—Madeline, tampoco podré dormir si te noto tan rígida a mi lado —masculló sin mirarla.

—Lo siento. Es que es…

—Incómodo —dijo finalizando la frase por ella—. Lo sé, pero cierra los ojos e intenta descansar, por favor.

Madeline cerró los ojos como él había sugerido y trató de conciliar el sueño, pero tras varios minutos de vano intento, los abrió. Entonces, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, ladeó el rostro. Contuvo la respiración. Era la primera vez que tenía su semblante tan cerca del suyo. Él permanecía con los ojos cerrados y respiraba de forma regular. Parecía dormir.

—James —susurró—. ¿Duermes?

—No —musitó.

Madeline se mantuvo callada unos segundos.

—James.

—¿Qué?

—Estaba pensando que… Nunca te agradecí que me ayudaras cuando más lo precisaba —murmuró de golpe.

James ladeó el rostro. Se miraron con fijeza. Sus rostros tan cerca que podían percibir sus respiraciones.

—Sí lo hiciste. Me escribiste una nota —apuntó recordando la misiva que le había entregado su doncella unos días después de la pérdida de su bebé.

Madeline bajó la vista.

—No confiaba en ti —confesó en voz muy baja.

—Lo sé.

—¿Por qué me prestaste ayuda?

—Porque la necesitabas. Hubiese hecho lo mismo por cualquier mujer en tu situación, Madeline —agregó restando importancia a su gesto.

—Gracias de todos modos, James —musitó con sinceridad.

—De nada.

Ella ladeó el rostro y miró el techo de nuevo.

—Madeline —susurró James tras unos minutos.

—¿Qué?

—¿Por qué no confiabas en mí?

Ella soltó la respiración.

—Porque eras un desconocido, porque recelaba de tus intenciones y porque eras un hombre, James. —Respiró antes de tomar la palabra de nuevo—. Estaba sola. Asustada. Me había trasladado a Madrid hacía poco y no conocía a nadie, excepto a Charllotte. Además, me preocupaba su reacción cuando descubriese mi estado, puesto que era mi único apoyo en el país.

James lo comprendió todo al instante.

«¿La utilizaste?». La pregunta que le había hecho sobre Catalina

esa mañana se repitió en su mente cobrando un nuevo significado.

—El padre de tu bebé pertenecía a la nobleza, ¿verdad?

Madeline tragó saliva.

—Sí.

James cerró los ojos y apretó los labios ante la idea que se apostó en su cabeza.

—¿Te forzó?

—No, yo… —titubeó unos segundos—, fue por voluntad propia. —James la miró esperando que prosiguiera—. Hacía poco tiempo que mi madre había fallecido cuando viajé a Londres para trabajar como doncella. Él… —pensó como proseguir—, se percató de mi tristeza. Se mostraba amable, solícito, siempre me arrancaba alguna sonrisa y yo estaba tan necesitada de afecto que… —Inspiró—. Me entregué, y cuando fui consciente de la equivocación que había cometido ya era demasiado tarde para enmendar mi error. Quise romper la relación, pero él se negó. Amenazó con echarme con lo puesto y me aseguró que se encargaría de impedir que encontrase un empleo respetable en cualquier casa de la ciudad. Entonces me reencontré con Charlotte y me ofreció una vía de escape. —Sonrió apenas—. Seguirla unas semanas más tarde a un país en guerra, a un país extraño, al país de mi abuela. —Calló unos segundos—. Llegué a Madrid, perdí a mi bebé y apareciste tú...

—Pensaste que quería coaccionarte de alguna forma.

No era una pregunta sino un pensamiento expresado en voz alta.

—Sí.

—Jamás he obligado a una mujer a compartir mi cama de ningún modo, Madeline —murmuró con el objeto de evitar malentendido alguno al respecto.

Madeline inspiró.

—En aquella época habría desconfiado de cualquier hombre que me hubiese prestado la ayuda que tú me proporcionaste —dijo ella con apuro.

James contempló el techo en silencio.

—Gracias por confiar en mí —susurró—. ¿Por qué me lo has contado, Madeline? —indagó con curiosidad.

—Tú has sido sincero acerca de la identidad de Catalina. Es lo justo —agregó.

—Podría haberte mentido —dijo él.

—Te tengo por un hombre honesto. Espero que no lo hayas hecho —musitó ella con cierto recelo.

—No lo he hecho —aseveró.

Permanecieron en silencio unos minutos.

—¿Qué piensas, James?

—¿Sobre qué?

—Sobre mí ahora que conoces mi secreto —murmuró.

James ladeó el rostro.

—¿Mi opinión sobre ti debería ser diferente? Mírame, Madeline. —Ella lo hizo con incertidumbre—. Mi percepción sobre ti no ha cambiado, ¿entendido?

El alivio recorrió el cuerpo de Madeline al escucharlo.

—Entendido.

—Ahora intentemos descansar —musitó él cerrando los ojos.

***

Jueves, 20 de agosto de 1874

Café Suizo, Madrid

MADELINE

Madeline tomó un poco de su sorbete de limón.

—¿Cómo pudiste creer que te daría la espalda, Madeline? —preguntó Charlotte amonestándola en voz baja—. ¿En serio pensaste que no lo comprendería? Eres mi amiga. No sé si sentirme ofendida —añadió agrandando los ojos—. No olvides que conocí al pomposo de Philip St. Merryn. Ese arrogante estirado. Nunca me gustó —aseveró —. Se aprovechó de ti. Si lo tuviera frente a mí le daría una patada en sus…

—¡Charlotte! —exclamó Madeline.

—En sus nobles y preciadas partes bajas —finalizó con voz airada antes de beber de su botellita de agraz[vii].

—Fue una relación consentida, Charlotte —murmuró con arrobo.

—Pero cuando quisiste romperla te amenazó —apuntó con irritación—. ¡Oh, Madeline! Si me lo hubieses dicho no habría permitido que continuaras trabajando en la casa de los St. Merryn.

Madeline mantuvo la mirada gacha.

—Tenías tus propios problemas, Charlotte… —Suspiró—. Eso no es todo —musitó armándose de valor mientras levantaba la vista—. Unos días antes de embarcar a España supe que estaba encinta. —Charlotte parpadeó con sorpresa—. Lo perdí unas semanas después de llegar a Madrid —confesó apartando la vista.

Charlotte la miró en silencio durante varios segundos.

—Madeline —dijo tomando una de sus manos—. Lo lamento —dijo con sincero pesar en voz baja—. ¿Por qué no acudiste a mí? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Estás bien? —preguntó tras unos segundos.

Madeline sintió que el peso que cargaba se aligeró un poco aliviando parte de su culpabilidad ante la reacción de Charlotte.

—Tenía miedo. Me preocupaba lo que pudieras pensar —confesó aún más abrumada.

Charlotte la observó con incredulidad.

—Voy a fingir que no he escuchado lo que has dicho. ¿Qué creías que iba hacer? ¿Juzgarte? —inquirió—. ¡Por Dios, Madeline, soy la persona menos indicada para juzgar a nadie! —exclamó en voz baja. Tomó aire para serenarse—. Aún no me has respondido —dijo en un tono más amable—. ¿Cómo estás?

Madeline la miró con seriedad.

—Bien, aunque en ocasiones sigo sintiéndome responsable, a pesar de que el doctor que me atendió, el doctor Melgar, me explicó que no es así —señaló.

Charlotte agrandó los ojos.

—¿El doctor Melgar? ¿Martín Melgar? —preguntó Charlotte con extrañeza.

Madeline asintió.

—Sí. ¿Lo conoces? —inquirió con alarma.

Charlotte tomó otro sorbo de su peculiar botellita de agraz.

—Es tío de mi esposo —respondió con desconcierto—. ¿Cómo llegaste a su consultorio?

—¿Tío de tu esposo? —repitió con confusión—. ¿Cómo es posible?

Las dos se miraron con evidentes gestos de aturdimiento en sus rostros.

—No sé demasiado de su historia familiar, excepto que es un bastardo del abuelo de Alonso. Han sido escasas las ocasiones en las que hemos coincidido, pero en todas me ha parecido un hombre de trato agradable —apuntó.

Madeline suspiró.

—Charlotte…

Charlotte la miró con suspicacia al reconocer el gesto dubitativo de su expresión. Había algo más.

—¿Crees que en este punto de la conversación debería pedir una bebida más fuerte? —inquirió con fingida solemnidad.

Su pregunta consiguió arrancarle la primera sonrisa a Madeline desde que tomaran asiento en el Café.

—Fue el conde de Valdetorres quien me auxilió y me llevó a la consulta del doctor Melgar.

Charlotte la miró con incredulidad.

—¿James?

Madeline asintió con la vista.

—Sabía que nos conocíamos y… es complicado explicarte esto —dijo sin saber cómo proseguir.

Charlotte la miró con atención.

—Inténtalo. —La animó.

Madeline tomó aire.

—Cuando comencé a sangrar me encontraba junto a tu casa. —Charlotte abrió la boca para replicar—. Déjame terminar. Iba a visitarte con la intención de que me acompañaras al pasaje de Murga para mostrarte la sombrerería cuando comencé a sentirme mal y me dobló aquel espasmo de dolor… no recuerdo bien lo sucedido después

—añadió—. Unas doncellas se acercaron y de repente apareció él, me cogió en brazos y me introdujo en su coche. Cuando quise darme cuenta estaba en el consultorio del doctor. Me dijo que era amigo de tu esposo y que sabía que existía una relación de amistad entre nosotras.

Charlotte la escuchaba con sumo asombro.

—¿Eso sucedió antes o después de que lo viéramos en el Café de Fornos?

—Antes —contestó.

—¡Madeline! —exclamó con desconcierto.

Ella hizo un gesto con su mano para que la dejara continuar.

—No admití que nos conocíamos, pero él insinuó que se pondría en contacto contigo a menos que aceptara su ayuda, así que...

Charlotte alzó la ceja con interés.

—¿Qué clase de ayuda? —inquirió interrumpiéndola.

Madeline soltó la respiración.

—Envió dos doncellas a mi casa para que se ocuparan de mí, ya que necesité de varios días de reposo para recuperarme.

Charlotte resopló con irritación.

—¿Y por qué diantres no confirmaste que nos conocíamos?

—Ya te lo he dicho. Me preocupaba lo que pudieras pensar de mí y además no quería comprometerte de ningún modo —confesó con una mueca de culpabilidad.

Charlotte entrelazó sus manos sobre la mesa.

—Entonces James y Martín saben lo que te sucedió, que somos amigas y que no querías que yo lo supiera —dijo con calma.

Madeline asintió de nuevo.

—Lo siento.

Charlotte suspiró.

—Madeline, soy consciente de que hemos estado muchos años sin tener contacto, pero yo no he cambiado y sé que tú tampoco. Por favor, en lo sucesivo confía en mi persona de la misma forma que cuando éramos pequeñas —pidió clavando sus ojos en los suyos.

—¿Podrás disculparme?

Charlotte sonrió a medias.

—Por supuesto que sí, sin embargo me inquieta que James supiera quién eras —confesó fijando sus ojos en los suyos.

—Por más que lo he pensado no se me ocurre cómo pudo saberlo,

Charlotte. Nunca antes nos habíamos visto ni mantenido ningún tipo de trato.

Charlotte apartó la vista con gesto pensativo, después de un instante la miró con resolución.

—Te ha investigado —murmuró en voz baja.

Madeline abrió la boca con sorpresa.

—¿Qué?

—Te ha investigado —repitió con más seguridad.

—¿Crees que es un agente? ¿Como tu esposo?

Charlotte entrecerró los ojos.

—Sin duda. Debemos proceder con celo. Nadie puede sospechar que pretendemos abandonar el país cuando reciba mi herencia, Madeline. Es más, nadie puede sospechar que voy a recibir una herencia —recalcó—. Aún menos mi esposo. Mal que me pese podría evitarlo de saberlo a tiempo —masculló con intranquilidad.

Madeline asintió con la mirada.

—Me ha visitado en un par de ocasiones, Charlotte —dijo mientras ella bebía de nuevo.

Charlotte se atragantó.

—¿James te ha visitado? —inquirió con alarma después de toser un poco.

—Ha visitado mi sombrerería. Para comprar sombreros —señaló agrandando los ojos—. No a mí —agregó con incomodidad. —¿Te preocupa?

—¿Debería preocuparme? —contraatacó Charlotte.

Madeline negó sin titubear.

—En absoluto. Su trato siempre ha sido intachable y desde un punto de vista comercial —respondió con seriedad.

Charlotte compuso una mueca de desconfianza.

—Cuídate de James, Madeline. Desconocemos qué lo ha motivado a investigarte.

Capítulo Seis

Miércoles, 7 de junio de 1876

Afueras de Córdoba

Madeline se mantuvo rígida al despertar. Apretó los labios y silenció el gemido que surgió de su boca cuando su corazón comenzó a palpitar de un modo tan veloz y ruidoso que temió que James lo escuchara.

«No despiertes, no despiertes», pensó con bochorno.

Todo su cuerpo se apoyaba en el masculino. Una de sus piernas permanecía doblada sobre su cadera. Sus senos aplastados sobre su torso. La cabeza debajo de su cuello. Su mano sobre su hombro… Madeline comenzó a respirar con dificultad. Era consciente de su abultada hombría junto a su pierna, del peso de uno de sus brazos sobre su espalda, del otro rodeando su cintura, de su mano abierta descansando sobre la curva de su trasero... ¡De su trasero!

Madeline trató de controlar el ritmo de su respiración.

—¿Vas a sufrir un ataque de pánico? —inquirió él con voz soñolienta.

Madeline se olvidó de respirar.

—Sí —musitó sin atreverse a moverse.

—Bien.

¿Bien? ¡¿Bien?! ¡¿Qué significaba eso?! ¿Y por qué no hacía algo para liberarla de aquella situación? ¿Seguiría dormido? ¿Estaría hablando en sueños? Su mano no se había movido ni un centímetro de su trasero. Si estuviese despierto y fuese consciente ya la habría apartado o se habría apartado, ¿verdad? Madeline comenzó a moverse hacia un lado con cuidado…

—Madeline. —Ella dio un respingo—. No te muevas —susurró

con voz ronca—. Espera que despierte.

¡¿Que no se moviera?! ¡¿Que esperara a que despertase?! El estómago de Madeline se contrajo. ¡A ese ritmo iba a morir de vergüenza antes de que despertara! ¡Y al parecer él no tenía prisa por despertar!

—James, tienes la mano sobre mi trasero —murmuró con pudor sin elevar la vista.

—Y tú la pierna junto a mi… —Madeline apartó su pierna antes de que finalizara la frase—. Cadera —murmuró con decoro quitando la mano.

Entonces ella apartó el resto de su cuerpo aplastando el brazo que James aún mantenía sobre su espalda.

—Lo siento —musitó ella cuando él se quejó.

James se pasó la mano por el rostro, pero continuó con los ojos cerrados.

Madeline lo contempló en silencio, después miró hacia la ventana. Comenzaba a amanecer. ¿Cuánto tiempo necesitaba ese hombre para despertar?

—James.

—Mmmm.

—Despierta. Vendrán pronto —susurró.

James abrió un ojo y miró hacia la ventana abierta.

—Necesito unos minutos —murmuró mientras doblaba un brazo bajo su cabeza con serenidad.

Madeline se escurrió por los pies de la cama. Entonces se dirigió al aguamanil y observó a James a través del espejo con incredulidad antes de echar agua en la jofaina. Introdujo las manos y se lavó el rostro. Después se secó y se miró en el espejo; su rostro aún exhibía un delator color granate. Sus ojos volaron de nuevo hacia la figura de James. Ella había estado a punto de estallar de vergüenza mientras él continuaba durmiendo con tranquilidad. Se quitó las horquillas con turbación para deshacer su maltrecha trenza. Luego se peinó la

abundante cabellera rubia con los dedos. Necesitaba un cepillo con urgencia. Humedeció los largos mechones y trenzó su cabello con agilidad antes de enroscarlo sobre su cabeza y asegurarlo con las horquillas con graciosa habilidad. Después se restregó los dientes con el bicarbonato de sodio y se enjuagó la boca. Entonces miró a James y se encontró con sus ojos grises fijos en ella a través del cristal.

Madeline enrojeció de nuevo.

—Buenos días —musitó él.

—Buenos días —dijo ella apartando la vista.

James se sentó en la cama y se desperezó sin dejar de observarla. Madeline cogió la jofaina y se dirigió a la ventana para arrojar el agua. Luego volvió sobre sus pasos y la devolvió a su lugar. No lo miró en ningún momento.

James suspiró.

—Hablemos, Madeline.

—¿Sobre qué? No es necesario —agregó con celeridad.

—Yo creo que sí. —Madeline lo miró de soslayo—. Es natural que hayamos amanecido abrazados en una cama tan estrecha —dijo—. Sabía que sucedería esto, pero no pienso disculparme. Tú fuiste quien insistió —señaló culpándola con calma.

Ella abrió la boca con asombro.

—¡No era mi intención que amaneciésemos así! —siseó con irritación.

James se encogió de hombros.

—¿Tan desagradable ha sido?

—¡No! —Ella calló abruptamente—. No es apropiado.

James se levantó.

—Sea o no apropiado lo único que sé es que necesitábamos descansar. Y eso hemos hecho —murmuró acercándose—. Descansar —apuntó cogiendo la jarra del agua.

Madeline se dirigió a la cama para interponer distancia física, se

sentó y clavó la mirada en la ventana. Escuchó el sonido del agua mientras él se aseaba. ¿La estaría mirando como había hecho ella unos instantes antes a través del espejo? ¿Durante cuánto tiempo la habría observado mientras se arreglaba el cabello? Rechazó las súbitas preguntas de su pensamiento.

Levantó la vista con cautela e intercambió una nueva mirada con James a través del espejo al tiempo que él se humedecía el cabello y se peinaba con los dedos.

—Sé que no has procedido de ninguna forma que merezca una disculpa por tu parte. Tampoco pretendía que te disculparas, sin embargo podrías tratar de entender mi desconcierto —murmuró entrelazando sus manos sobre su regazo con recato.

James carraspeó, se dio la vuelta y se cruzó de brazos.

—¿Qué es lo que te desconcierta con exactitud?

Madelinte titubeó antes de tomar la palabra, pero si no lo decía no podrían solucionarlo.

—Despertar sintiendo… todo tu cuerpo —contestó ruborizándose de nuevo.

James se mantuvo callado unos segundos sopesando su respuesta.

—No puedo evitar que sientas todo mi cuerpo al amanecer en una cama como esa, Madeline —dijo arqueando una ceja—, al igual que tampoco puedo impedir sentir el tuyo. Soy un hombre. —Ella agrandó los ojos con alarma—. Esta noche dormiré en el suelo —dijo lacónicamente.

Madeline resopló.

—¡Por supuesto que no dormirás en el suelo! —exclamó con irritación irguiéndose.

James entrecerró los ojos. Ahora el desconcertado era él. Tanto por su respuesta como por su cambio de humor.

—¿No?

—¡No! —Ella rehuyó su mirada—. Solo quiero dejar claro que no pretendo provocarte —dijo tragando saliva con la boca cerrada—, de

ningún modo.

James recordó la conversación mantenida la noche anterior al tiempo que la contemplaba con seriedad.

—Yo no soy como él, Madeline. —Ella levantó la vista de golpe —. Conmigo estás a salvo.

Madeline soltó la respiración sintiéndose una persona horrible. Desde luego que él no era como Philip, sin embargo le resultaba difícil controlar los fantasmas del pasado cuando la acechaban de improviso como le había sucedido al despertar.

—Lo sé. Es que esta situación, el cautiverio… tengo los nervios a flor de piel —agregó excusándose.

James asintió sentándose en una silla.

Madeline tomó frente a él.

—No pretendía ofenderte —musitó con un gesto de arrepentimiento en su rostro.

—No me has ofendido —dijo él sin acritud.

Entonces comenzaron a escuchar el sonido de los conocidos pasos por el corredor, cruzaron una nerviosa mirada, se pusieron en pie y se colocaron frente a la puerta.

***

Madeline se giró hacia la mujer que la había acompañado al excusado. No era Catalina, sino la otra. Una mujer joven, también morena y de cautivadores ojos oscuros.

—¿Podría traerme alguna labor que me hiciera más agradable el transcurrir de las horas? —preguntó.

—¿Qué tipo de labor?

—Costura, bordado —sugirió.

La mujer la miró.

—Veré qué puedo conseguir —dijo saliendo.

Madeline observó la estancia mientras el cantar de las chicharras se intensificaba en el exterior. Aquel sería un día caluroso. Se sentó en una silla junto a una vieja mesa. La utilidad de ese cuarto sin duda alguna era el guardado de muebles. El día anterior había estado demasiado asustada y nerviosa para husmear, pero en ese momento se levantó y miró bajo las viejas sábanas que cubrían el mobiliario. Varias cómodas, un escritorio, dos perchas de pie, tres mesitas de diferentes formas, un armario, un mueble estantería y dos veladores. Apoyó el oído junto a la desconchada pared. No se escuchaba nada. ¿Qué estaría haciendo James? ¿Cómo se entretendría él?

Volvió a sentarse a la espera de que la mujer regresase. Lo hizo al cabo de unos minutos acompañada de Catalina. Ambas dejaron sobre la mesa un centenar de prendas; pantalones, camisas, faldas, chaquetas…

—¿Sabe zurcir? —inquirió la mujer a la par que Catalina salía de la estancia sin mirarla. Nunca lo hacía. Evitaba mirarla a toda costa.

—Bastante bien —respondió.

Madeline tuvo la impresión de que la mujer sonreía bajo el pañuelo que ocultaba su rostro.

—Ya puede comenzar.

—¿Y él? —inquirió.

—¿Él? ¡Oh! Se refiere al condesito —dijo en tono burlón—. Dudo que él sepa zurcir —agregó con socarronería.

—Gusta de la lectura. Si hubiera algún libro en este lugar… —dijo en voz baja.

La mujer entrecerró los ojos.

—Preocúpese por usted, no por él.

—Se lo agradecería —insistió Madeline enfrentando su mirada.

Entonces Catalina entró en la estancia portando una caja de costura de madera que depositó en la mesa mientras la ignoraba con deliberación.

—He sacado todas las tijeras —murmuró dirigiéndose a su compañera—. Si quiere coser, tendrá que utilizar los dientes para cortar el hilo.

La mujer la miró.

—¿Le supone algún inconveniente? —preguntó arqueando una ceja.

—No —contestó Madeline.

Entonces las dos salieron sin decir nada dejándola a solas. Madeline sostuvo la mesa y la arrastró junto a la ventana para ver mejor. Cogió una silla y se sentó. Acercó la caja, la abrió y buscó en el interior algún dedal. Encontró tres de diferentes tamaños. Se los probó. Por suerte uno de ellos encajó en su dedo corazón. El costurero contenía bobinas de hilo de diversos colores, dos alfileteros, agujas, cintas para medir, un abridor de costuras, una cajita con tizas de sastre y otra con imperdibles. Cogió al azar la primera prenda; una falda roja que inspeccionó con la vista. Solo tenía el dobladillo descosido. Enhebró una aguja con hilo rojo y comenzó a coser.

Una hora más tarde la mujer morena entró portando un botijo de agua fresca y un vaso que depositó en la mesa. Madeline levantó la vista con brevedad.

—Gracias —dijo al percatarse de la amabilidad de su gesto mientras continuaba cosiendo.

La mujer cogió una silla y se sentó frente a ella para inspeccionar el dobladillo de la falda que había arreglado.

—Cose muy bien. Los pespuntes no se perciben —dijo alabando su trabajo.

—Gracias —musitó Madeline de nuevo.

—Me han dicho que regenta una sombrerería —murmuró intentando iniciar una conversación.

—Así es —contestó con sosiego.

—Usted no es española —aseguró con voz queda.

—Soy inglesa —respondió bajo la atenta mirada de la mujer.

—Habla bastante bien nuestro idioma.

Madeline levantó la vista.

—Mi abuela era española. En su presencia no permitía que habláramos en inglés —explicó buscando la bobina de hilo blanco del costurero—. Era importante para ella que lo aprendiéramos.

La mujer la observó con interés.

—¿Como se llama?

Madeline intuyó que lo sabía, aún así contestó.

—Madeline. ¿Y usted? —preguntó con rapidez.

Un brillo de diversión brilló en la mirada de la mujer.

—Isabel —dijo con lentitud.

Era mentira, por supuesto.

—Un placer, Isabel —murmuró como si ella no estuviera privada de libertad y esa mujer no tuviera la orden de custodiarla.

—Igualmente —dijo cruzando las piernas bajo la falda de su vestido verde al tiempo que la contemplaba cortar el hilo con los dientes para enhebrar la aguja—. ¿Es amante del condesito? —preguntó con evidente socarronería.

Madeline se sorprendió ante la pregunta.

—No tenemos esa clase de relación —contestó tratando de permanecer calmada.

—¿Qué clase de relación entonces? —inquirió ella interesándose.

Madeline inspiró convencida de que Catalina la había enviado para hacerle aquellas preguntas. Continuó cosiendo.

—Una relación de amistad —contestó con firmeza.

Isabel rio por lo bajo.

—¿Una relación de amistad con ese hombre? Permita que lo dude, Madeline —dijo sin dejar de observarla.

—Es libre de pensar lo que quiera, Isabel, pero eso no cambiará la índole de nuestra relación —señaló con voz sosegada.

—Han dormido juntos —señaló ella.

—Solo hay una cama. La hemos compartido —explicó sin perder la compostura.

Isabel rio de nuevo.

—Podríamos instalar otra aquí. Para que los dos pudieran descansar mejor —agregó fingiendo cortesía.

Madeline se mantuvo impasible.

—Podrían, no obstante mientras se me permita, compartiré la cama con James —apuntó sin dejar de coser.

Isabel la observó trabajar varios minutos más en silencio.

—Llame cuando necesite el orinal o ir al excusado de nuevo —comentó levantándose.

Madeline asintió con la mirada antes de verla marchar.

Entonces inspiró cerrando los ojos. Había mantenido bajo control los nervios. No le había temblado la voz, ni los dedos de las manos al coser. Había respondido con serenidad, incluso honestidad. Sí. Podría hacerlo. Sujetó la aguja con determinación. Podría soportar aquel encierro bajo aquellas condiciones siempre que pudiese pasar tiempo con James.

***

La puerta se abrió de repente sorprendiendo a James. No había escuchado pasos por el corredor, de modo que se mantuvo sentado sobre la cama con las piernas flexionadas y los pies descalzos. Debido al bochorno, también se había desprendido de la fina camisa un rato antes.

Catalina se apoyó en el quicio de la puerta observándolo con intensidad.

—He pensado que quizá le gustara leer un poco —dijo mostrando los libros que sujetaba con ambas manos—. No se mueva de la cama.

James se mantuvo inmóvil a duras penas. Miró hacia la puerta. No había nadie más ahí. Apretó las manos controlando el impulso de escapar de la habitación. Sería tan fácil en ese momento.

—No cometa ninguna estupidez. En realidad no estoy sola y la mujer permanece bajo custodia en otra habitación —apuntó caminando con lentitud—. ¿Va a poner en peligro su vida?

Dejó los libros sobre la mesa y apoyó una de las caderas en ella desafiándolo a moverse con la mirada.

James encajó la mandíbula.

—Gracias por los libros —apuntó con voz sosegada—. Es muy amable por tu parte, Catalina —añadió con una fría mirada.

Los ojos de ella brillaron con satisfacción.

—Me temo que me confunde.

James paseó la vista por su cuerpo. Habían transcurrido más de diez años, sin embargo su voluptuosa figura apenas había sufrido cambios.

—No, me temo que no me confundo —musitó con seriedad—. El paso del tiempo te ha tratado bien.

Ella pareció sonreír bajo el pañuelo.

—Puedo dedicarle unos minutos a un hombre como usted. ¿Quién imagina que soy? —dijo devorándolo con los ojos.

James recordaba aquella mirada. Era la que utilizaba en el pasado cuando quería provocar su ardor.

—Si no es usted Catalina, no es menester mencionarla.

Catalina se soltó unos botones de su blusa amarilla exponiendo una interesante porción de su generoso busto ante sus ojos.

—Al parecer la recuerda bien —ronroneó.

—Bastante bien —dijo James sin apartar sus ojos de ella.

—Es una pena que no desee compartir sus recuerdos de esa mujer conmigo —dijo simulando decepción—. Hoy el bochorno es insoportable, ¿no le parece?

—No más que cualquier día —respondió con voz pausada.

—Para usted es fácil combatirlo sin camisa alguna que le moleste, pero yo no dispongo de la misma fortuna —apuntó desabrochándose un nuevo botón.

James clavó sus ojos en los suyos.

—No esperaba visita y aún menos de una dama —comentó sopesando las intenciones de su comportamiento.

—No se apure. No soy mujer que se escandalice ante la vista del torso de un hombre —dijo con un brillo de diversión.

—No me cabe duda alguna.

Ella suspiró.

—Es una pena, quizá en otras circunstancias… —murmuró sin finalizar su evidente insinuación.

—En otras circunstancias ya me traicionaste —señaló con calma.

Ella se irguió lanzándole una airada mirada.

—Ya le he dicho que me confunde —insistió cruzándose de brazos—. Pero me agradaría saber cómo lo traicionó dicha mujer —dijo presionándolo a continuar.

James sonrió con ironía.

—Baste decir que era una… interesada —apuntó tras unos segundos.

Ella entrecerró los ojos con irritación.

—¿No lo somos todas las personas? —preguntó sin esperar respuesta alguna—. Los de su clase tienden a juzgar a la ligera a los que no son como ustedes—siseó.

—Yo no respondo por los demás. Solo por mí, señorita. Pertenezca a la clase que pertenezca —señaló con severidad.

Ella rio por lo bajo.

—Es sencillo pensar así cuando se nace en la opulencia y se vive sin carencia alguna —dijo con un tono de voz acusatorio.

James calló unos segundos.

—Le concedo la razón. —Ella agrandó los ojos con sorpresa—. Sin embargo, en este caso, no puedo eximir a la dama.

Ella colocó las manos en sus pronunciadas caderas.

—¿Por qué?

—Porque le ofrecí todo —murmuró James sin pudor—. Todo lo que yo era, con más o con menos fortuna, sin embargo lo pisoteó cuando entendió que sería con menos —aclaró con serenidad.

Catalina inspiró con fuerza.

—Tal vez se percatase de su error más tarde —musitó.

—Tal vez… —concedió él—. Aunque poco me importa en caso de que así fuera.

—¿Está seguro?

—Por completo.

Era obvio que ella había intentado descubrir si aún despertaba su deseo, pero continuar donde lo habían dejado una década atrás era impensable para James. No sentía nada por ella. Ni siquiera lujuria, a pesar de ser una mujer con una figura tremendamente deseable. No obtendría nada de él. No obtendría nada de lo que hubiese ido a buscar con aquella treta de los libros. Fuese lo que fuese.

Ella caminó hacia la puerta sin dejar de observarlo.

—Que disfrute de las lecturas —murmuró con voz clara.

Él asintió con la mirada.

—Es un detalle que se haya compadecido de mis horas vacías en esta habitación —señaló con ironía.

Catalina lo contempló con suma intensidad.

—El paso del tiempo te ha tratado excesivamente bien, James —murmuró en voz baja antes de cerrar la puerta con tanta rapidez que le impidió replicar.

James acercó de inmediato la oreja a la pared. Unos minutos

antes de la llegada de Catalina había escuchado voces de personas hablando al otro lado. Había distinguido la voz de Madeline, pero ahora no se escuchaba nada. Ni un leve murmullo. ¿Estaría ella en la habitación de al lado o la habrían llevado a otro lugar?

Se levantó con frustración, caminó hacia la mesa e inspeccionó los libros.

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha de Cervantes, *Trafalgar* de Pérez Galdós, *El doncel de Don Enrique el Doliente* de Larra, *Ivanhoe* de Scott, *Madame Bovary y Salammbô* de Flaubert, ambas en francés, y *El señor de Bembibre* de Gil y Carrasco.

Arrugó la frente.

Catalina. ¿Qué hacía allí? ¿Qué tenía ella que ver con todo lo que estaba sucediendo? ¿Qué relación podría tener con la persona que buscaba cuando lo capturaron? Quizá fuese una mera casualidad, pero su instinto le gritaba que no lo era. Había piezas de ese rompecabezas que debía descubrir.

Cabeceó contemplando las obras. Las había leído todas excepto *Salammbô,* de modo que cogió el ejemplar, se dirigió a la cama, dobló la almohada y lo abrió con la intención de distraer un poco la mente.

Debía reconocerle a Catalina ese pequeño mérito. Al menos podría combatir leyendo el desesperante transcurrir de las horas hasta que pudiera volver a ver a Madeline.

***

Jueves, 27 de agosto de 1874

Café de Fornos, Madrid

JAMES

—¿Una bomba? —preguntó James con seriedad.

Su amigo Carlos dejó la taza de su café en la mesa.

—Eso creyó al principio la duquesa de la Torre. Al parecer, días atrás había recibido una nota anónima que contenía una amenaza de bomba si no cesaban las tertulias. Por fortuna solo se trató de un petardo enorme colocado en una reja del piso bajo de las ventanas —dijo Carlos.

—¿Hubo de intervenir la policía?

Carlos asintió con la mirada.

—Ya sabes que la calle Alcalá es el mayor escaparate de la división de bandos. El ambiente está cada vez más caldeado entre unos y otros —apuntó con inquietud.

La calle Alcalá, al igual que la ciudad, se dividía en bandos puesto que las tertulias a favor y en contra del alfonsismo tenían su máxima expresión en las casas de los duques de Sesto y los duques de la Torre, respectivamente.

La duquesa de la Torre, mujer y señora de alta sociedad, que con la presidencia del duque, su marido, y en especial con la regencia, había llegado a tomar tan en serio su papel de semirreina que mandaba y ordenaba casi como soberana, sobre todo en aquel momento en que el General Serrano[viii] asumía todo el poder, era acérrima contraria de Sofía, la duquesa de Sesto[ix], desde que esta junto con la marquesa de la Torrecilla, proclamaran su apoyo al príncipe Alfonso llevando siempre como distintivo la flor de lis en su indumentaria. Moda que comenzaron a seguir todas las señoras alfonsinas de la ciudad.

Incluso en las corridas de toros, era un entretenimiento más del pueblo observar qué señoras exhibían o no la flor de lis; unas, de brillantes sobre el vestido; otras, de concha de azabache sobre la mantilla.

La división era tan notoria que hasta la servidumbre dejaba entrever el apoyo a sus señores. Se daba el caso, cada vez más a menudo, de riñas y algaradas en la calle de Alcalá, donde vivían en la misma acera las mencionadas duquesa de la Torre y de Sesto, en las

noches en que, por efecto de la aglomeración de coches, ambas tertulias se insultaban y armaban jarana los cocheros y lacayos llegando incluso a tener que intervenir la policía para impedir mayores consecuencias.

—¿Se encontraba Alonso en la tertulia de Sofía?

—No, él y su esposa se encontraban anoche en el Teatro Real. Todos os perdisteis la diversión —señaló Carlos con sarcasmo.

James medio sonrió.

—Al contrario que tú —apuntó con un deje de sorna en su voz.

Carlos puso los ojos en blanco.

—A la servidumbre de la duquesa de la Torre le faltó tiempo para acusar a la de Sofía cuando se esclareció que no se trataba de una bomba. Tanto unos como otros estuvieron a punto de dar con sus huesos en el calabozo cuando el cruce de acusaciones se intensificó —explicó Carlos percibiendo el momento exacto en el que James dejaba de prestarle atención.

Miró a través de la ventana para ver qué había captado su interés con tanta brusquedad. Al otro lado de la acera observó a Charlotte acompañada de una mujer rubia frente al Café Suizo. Observó a James de nuevo. Tenía la vista clavada en ellas de forma imperturbable.

Carlos arrugó la frente con intriga.

—Teniendo en cuenta que jamás acecharías a la esposa de Alonso o a la mía, cuando me cace en un incierto futuro —señaló con sarcasmo—, deduzco que tu interés se centra en la rubia, a menos que te hayas descubierto una filia voyeur. ¿Te la has descubierto? —inquirió simulando una escandalosa sorpresa.

James amonestó con brevedad a Carlos con la mirada antes de volver sus ojos hacia ella. Era la primera vez que el rictus de tristeza que solía acompañarla no estaba presente en su rostro. La primera vez que la veía sonreír de aquella forma franca y despreocupada mientras se despedía de Charlotte como sucedía cada lunes y jueves. En aquel momento había luz en su expresión. Y esa luz lo atrapó. La observó

con suma atención hasta que desapareció caminando entre la multitud al tiempo que el coche de Alonso partía con su esposa en el interior.

—El único voyeur sentado a esta mesa eres tú —señaló con tranquilidad antes de coger su taza de café.

Carlos rio.

—Culpable. ¿Tú no? —inquirió con socarronería—. ¿Quién es ella? —preguntó de inmediato.

James bebió un sorbo de café.

—Nadie a quien debas conocer de momento —respondió con serenidad.

Carlos prendió un cigarrillo.

—Está bien —dijo exhalando el humo—. Haré mis propias averiguaciones sobre la señorita Esterly. —Los ojos de James volaron hacia los suyos con celeridad—. ¿Dispongo ahora de toda tu atención?

—Por completo —contestó dejando la taza en la mesa.

Carlos cabeceó sonriendo.

—¿Qué piensas que puedo saber yo que tú no hayas averiguado ya?

—Carlos… —le advirtió James con tono amenazante.

El condenado escocés permaneció en silencio durante unos segundos mientras le sostenía la mirada con verdadera despreocupación.

—Es huérfana. Soltera. No tiene familia directa en el país. Su madre fue institutriz de Charlotte, de ahí que su amistad se remonte a sus años de infancia en Leicester. Tras la muerte de la madre de Charlotte perdieron el contacto durante algunos años, sin embargo volvieron a reencontrarse en Londres justo antes del enlace de Charlotte con Alonso —señaló—. Abandonó su empleo como doncella para venir a Madrid y montar una sombrerería con la ayuda económica de nuestra estimada marquesa de Andrada —continuó hablando con tono monótono—. Dicha sombrerería se halla en el pasaje de Murga y goza de cierta celebridad entre las damas más

pudientes. Se defiende bastante bien con el idioma porque su abuela era vallesoletana y almuerza con Charlotte al menos dos veces a la semana en el Café Suizo —finalizó antes de dar una calada a su cigarro.

James arqueó una ceja. Carlos no le había descubierto nada nuevo, sin embargó seguía sin entender porqué conocía aquellos datos sobre la señorita Esterly.

—¿Por qué la has investigado?

Carlos lo contempló con diversión.

—No la he investigado —contestó—. Dispongo de una fuente de información fiable e inagotable. Mi prima Anna —apuntó con una mueca—. Ella y Charlotte se cartean con frecuencia. Asimismo, me obliga a mantenerla al tanto sobre la evolución de su relación con Alonso bajo terribles amenazas de muerte si no lo hago —aclaró echando la ceniza de su cigarro en el cenicero.

James observó la expresión de Carlos con curiosidad. Conocía esa expresión. La conocía bien. Demasiado bien.

—¿Qué te guardas?

—¿Por qué la has investigado tú? —inquirió Carlos presionándolo sin sutileza alguna.

—Por nada en especial —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Aspiras a convertirla en tu amante? —indagó.

—No.

Carlos entrecerró los ojos.

—Pero te interesas por ella.

James soltó el aire con fastidio.

—Por su bienestar —señaló.

—¿Por qué?

—No lo sé con exactitud.

Carlos esbozó una sonrisilla burlona.

—No lo sabes con exactitud —repitió sin apartar la mirada de él —, pero sin embargo no nos has mencionado su existencia ni a mí ni a Alonso —murmuró carraspeando.

James enfrentó su mirada con impasibilidad.

—Una mañana la vi junto a la casa de Alonso y sentí curiosidad. Nada más.

—¿Solo curiosidad?

—Sí.

Carlos asintió sin creerlo evidentemente.

—Cuando Charlotte reciba su herencia la señorita Esterly se marchará del país con ella. Es todo cuanto sé —dijo sin perder detalle de la reacción de su amigo.

James lo miró sin parpadear, no obstante descubrir que ella partiría del país en unos meses le provocó una inquietud en el estómago que, por un instante, le sorprendió más de lo debido.

—¿Estás seguro? —preguntó manteniendo el control sobre sus gestos.

—Muy seguro. Me debes un par de tragos por la información. De nada —señaló Carlos con ironía.

Capítulo Siete

Miércoles, 7 de junio de 1876

Afueras de Córdoba

Madeline mantuvo la mirada baja por seguridad. No sabía qué le irritaba más, si saber que Catalina había estado a solas con James o que se hubiese atribuido el mérito de proporcionarle lecturas que pudiesen ayudarlo a sobrellevar u ocupar sus horas.

—¿Madeline?

—¿Si? —dijo sin levantar la vista.

—¿Te ha molestado algo?

—No —contestó sin mirarlo.

James la observó unos segundos.

—Discúlpame, pero tengo la impresión de que sí —murmuró con cautela.

—En absoluto —dijo elevando la mirada.

Hacía unos minutos que habían finalizado la cena, de modo que el incómodo momento de dormir había llegado. Además, esa noche el bochorno era muy intenso; lo que no ayudaba a su buen ánimo.

—¿Qué te preocupa? —indagó él.

—Nada —contestó ella poniéndose en pie—. He cosido todo el día, me duelen los ojos y estoy cansada —murmuró dirigiéndose a la cama.

Se descalzó y, como la noche anterior, colocó los zapatos en el alféizar exterior de la ventana. Luego, se tumbó en la cama entrelazando las manos sobre su vientre al tiempo que clavaba la mirada en el techo.

James la contempló con irónica diversión. Parecía una virgen

preparada y dispuesta para el sacrificio. Entonces él se cruzó de brazos, estiró las piernas y colocó un tobillo sobre el otro con paciencia.

Madeline lo miró de reojo.

—¿No vienes? —preguntó.

—No.

—Creía que esta mañana habíamos solucionado el problema de mi reacción —murmuró con seriedad.

—Y lo solucionamos —declaró James con calma.

Madeline se incorporó hasta quedar sentada en la cama.

—¿Entonces?

James se encogió de hombros.

—Tengo por costumbre no irme a la cama con una mujer enfadada —dijo simulando seriedad.

Madeline agrandó los ojos. ¡No necesitaba conocer sus costumbres! ¡Mucho menos saber con cuántas mujeres se había ido a la cama! ¡Estuvieran o no enfadadas!

—Haz lo que quieras —masculló con irritación tumbándose de nuevo.

James sonrió ante su malhumor. Luego apagó la lámpara y trató de acomodarse en la silla lo mejor que pudo. Después echó la cabeza atrás y cerró los ojos esperando con estoicismo.

Transcurrió un buen rato hasta que volvió a escuchar su voz.

—Fui yo quien le sugirió a Isabel que te proporcionaran algún libro para ocupar tus horas —confesó Madeline a regañadientes.

James arrugó la frente.

—¿Quién es Isabel?

—La otra mujer que me custodia —siseó.

Madeline lo escuchó caminar y descalzarse. Unos segundos después el peso de su cuerpo hundía el colchón al tumbarse junto a

ella. Era absurdo, pero se sentía aprisionada y protegida al tiempo por su figura.

—Gracias por pensar en mí —musitó James en voz baja.

Silencio.

Ella continuó observando el techo.

—De nada —susurró al fin.

Después lo miró de reojo. Él también miraba hacia el techo. Entonces James ladeó el rostro para contemplarla.

—¿Qué más te inquieta?

Ella contuvo la respiración. No podía decirle lo que realmente le inquietaba… ¿o sí?

Madeline a veces tenía la impresión de que se había forjado un extraño vínculo entre James y ella que había transitado por diferentes estados desde que se conocieran; recelo, distancia, respeto, cordialidad, admiración, confianza… Una extraña amistad nacida a raíz de todo lo acontecido alrededor de Charlotte y Alonso, incluso de lo sucedido más tarde con Martín y Malena. Desde luego, una amistad con matices. Arrugó la frente en un gesto pensativo. En un futuro, si tenían la oportunidad de escapar sanos y salvos de aquella situación, no podría ni debería permitirse la libertad de dirigirse a él con tanta franqueza. Eran de mundos diferentes, de clases diferentes. Sus vidas eran muy diferentes.

—Isabel me ha preguntado si somos amantes —murmuró. James permaneció expectante mientras esperaba que continuara—. Le he dicho que no mantenemos ese tipo de relación, aunque no me ha creído.

James asimiló su respuesta.

—¿Por qué piensas que no te ha creído?

Madeline suspiró.

—Porque no me opuse a compartir esta habitación contigo la primera vez que me preguntaron —tibubeó antes de proseguir—, y porque he rehusado dormir en el cuarto en el que me confinan

durante el día, a pesar de que se han ofrecido a instalar una cama allí —finalizó con determinación.

Ese dato llamó la atención de James de inmediato.

—¿Por qué has rehusado? —inquirió notando cierta ansiedad por su respuesta.

—Porque las horas que paso contigo me otorgan el valor necesario para soportar el día, James —respondió con sinceridad.

Él exhaló el aire que había contenido.

—Me complace que hayas rehusado —dijo en voz baja.

«¿Por qué?»

—¿Por qué? —preguntó Madeline sin darse tiempo a recriminarse su deseo de conocer la respuesta.

—Porque durante las horas que permanecemos juntos disfruto de algo de paz —contestó mirándola. Luego apartó la mirada ladeando el rostro—. Estoy convencido de que creen que somos amantes. Al menos estoy seguro de que Catalina lo cree —agregó tras unos segundos de silencio.

Madeline inspiró.

—¿Por qué estás tan seguro? —inquirió con interés.

—He rechazado sus insinuaciones esta mañana —apuntó con indiferencia.

Madeline contuvo un jadeo con sorpresa.

—¿Se te ha insinuado? —preguntó con voz ahogada.

—Descaradamente —contestó él mientras percibía la rigidez de su cuerpo a su lado.

—Oh.

—Varias veces —señaló con intención.

James observó el techo esperando que se decidiera a continuar con la conversación. Ella se tomó varios minutos antes de expresar su curiosidad.

—¿Qué tipo de insinuaciones?

James no se demoró en responder.

—Cuando una mujer se desabotona la blusa frente a la mirada de un hombre es porque espera alguna reacción por su parte —dijo como si estuvieran hablando del tiempo.

Madeline apretó los labios llevándose de forma inconsciente la mano al cuello de la liviana blusa que le habían dado el día anterior, sin embargo la suya permanecía abotonada con sumo recato.

James había estado enamorado de aquella mujer. Habían yacido juntos. Ella lo había provocado esa mañana. Esas certezas se instalaron en su mente intranquilizándola de un modo irracional.

—¿La ha obtenido? —preguntó con temor observando su perfil.

—Por supuesto —contestó él de inmediato.

Madeline miró hacia el techo con brusquedad mientras su corazón seguía latiendo con insólita decepción.

—Esa mujer te traicionó en el pasado. Deberías cuidarte de sus artimañas —añadió a modo de consejo manteniendo bajo control el sonido de su voz.

«Tu confianza en mi deja bastante que desear, Madeline», pensó James con ironía.

—Das por sabida la clase de reacción que ha despertado en mi —susurró en cambio.

—Como tú mismo has dicho cuando una mujer se insinúa ante un hombre espera alguna reacción —dijo con frialdad.

—Que ella haya intentado conseguir una reacción no implica que haya obtenido la reacción deseada, Madeline —confesó sin pudor.

El corazón de Madeline comenzó a latir con afectación.

—¿No? —inquirió en un susurro.

—No. De hecho no ha despertado la reacción que esperaba en mí —aclaró con sinceridad.

—Me alegro… quiero decir que me alegro por ti —aclaró ella con

nerviosa celeridad.

James reprimió una sonrisa al percibir la brusca relajación de su cuerpo a su lado.

—Muy amable por tu parte, Madeline.

—James.

—¿Si?

—Buenas noches —dijo con un tono de voz más suave.

—Buenas noches.

James cerró los ojos con una insistente sonrisa bailando en sus labios. Sabía que Madeline aún no era del todo consciente, pero por irónico que pareciera, el escudo que ella siempre había exhibido ante él, había comenzado a resquebrajarse en dos noches muchísimo más de lo que lo había hecho en los dos años transcurridos desde que se conocieran.

***

James despertó acalorado. Muy acalorado. Sudaba. Copiosamente. Madeline también. Estaban de lado. Abrazados. El rostro de ella pegado a su cuello. La pierna de él sobre sus caderas. Ella se quejó en sueños. Iban a morir abrasados.

Se levantó con cuidado de no despertarla. Se sirvió un vaso de agua del botijo y bebió. Después se quitó la camisa, la dejó sobre una silla y humedeció su rostro, su cuerpo y su cabello con el agua de la jarra que vertió en la jofaina. Se secó con la toalla, se enrolló los pantalones a las rodillas y se dirigió a la ventana para arrojar el agua. Entraba algo de aire, no era demasiado, pero suficiente para intentar combatir aquella intensa calor.

Observó a Madeline con preocupación.

Si él sudaba sin apenas ropa no quería imaginar cómo estaría ella envuelta en aquellas múltiples capas de enaguas y telas. Incluso tenía

el último botón de su blusa abotonado al cuello. Cualquier noche fallecería asfixiada entre sus brazos a merced del maldito pudor o del condenado decoro y él ni siquiera se daría cuenta.

—Madeline —susurró.

—Mmmm.

—Despierta —dijo acariciando su mejilla con delicadeza.

Ella abrió los ojos con modorra.

—¿Estamos en el infierno? —preguntó pasándose un dedo por el cuello de su blusa.

—Casi. Voy a echar el colchón debajo de la ventana.

Madeline asintió levantándose. Se sirvió un vaso de agua que bebió con rapidez mientras él trasladaba el colchón al suelo. Entonces se percató de su espalda desnuda y por un instante envidió no ser hombre. Si ella pudiera, también se desprendería de aquellas sofocantes ropas. Se sirvió otro vaso de agua y comenzó a beber aún adormilada.

—Despójate de la falda y la blusa —dijo él volviéndose.

Madeline se atragantó y comenzó a toser. Debía haber escuchado mal.

—¿Qué has dicho? —preguntó parpadeando.

—Que te despojes de la falda y la blusa —repitió con voz firme.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Has perdido el juicio?

—¿Estás desnuda bajo las enaguas y la blusa? —preguntó arqueando las cejas.

Claro que no, debajo tenía su ropa interior; el corsé, la camisa y los calzones.

—Por supuesto no —murmuró con voz airada.

—Pues quítatelas —ordenó colocando las manos en sus caderas.

—James, tu propuesta no me parece…

—Madeline, estás sudando —dijo interrumpiéndola mientras trataba de razonar con ella.

—Tú también y no lo recalco —apuntó con irritación.

—Además de morir abrasados por nuestras ropas, vamos a morir apestados —dijo entonces con una total falta de tacto. Madeline jadeó con indignación. Mal que le pesara era cierto, pero no era necesario que se lo hiciera notar de un modo tan descortés y brusco—. Aplaudo tu decoro, pero en la situación en la que nos encontramos es de una sandez prescindible. Apuesto a que bajo esa falda hay al menos un par de enaguas —señaló con fastidio. Madeline lo miró con incomodidad. Llevaba dos enaguas; una de filo hilo y otra de abundantes volantes, cuyo propósito no era otro que dar vuelo a las faldas—. Jamás entenderé ese desmedido uso de ropaje —masculló tumbándose en el colchón boca arriba mientras cerraba los ojos y doblaba un brazo bajo su cabeza—. Madeline, deshazte de esas ropas, refréscate como he hecho yo, regresa al colchón e intentemos dormir, por favor.

Madeline se quedó sin habla durante unos segundos ante su orden. Luego recorrió su físico con la vista. ¿Podía una mujer morir por combustión interna? Porque estaba segura de morir abrasada de una forma u otra aquella noche. ¿Por qué tenía que ser tan arrebatador incluso en aquellas condiciones?

Se pasó un dedo por el cuello. Estaba húmedo. Notaba hilos de sudor descendiendo por su espalda. Sí. Era cierto. Tenía calor. Mucha. Y además se sentía ofendida por las palabras de James, a pesar de que pudiera tener razón. Si él creía que el decoro era una sandez prescindible. ¡Al infierno el decoro! Estaba cansada. Los ojos le pesaban tras coser todo el día. ¡Quería dormir! ¡Quería descansar!

—Date la vuelta. ¡Y no se te ocurra hacer ningún comentario más, James! —siseó con voz desdeñosa.

James se dio la vuelta. Entonces sonrió mordiéndose la lengua. ¿Para qué quería que se diera la vuelta si tenía los ojos cerrados para otorgarle intimidad? Decidió mantenerse en silencio para no provocarla. Escuchó el sonido de las ropas mientras ella se desvestía. Después el sonido del agua mientras se refrescaba, incluso le pareció

escuchar un suspiro de satisfacción. Por último sintió su piel junto a la suya. Piel, no ropas. Piel tersa. Piel femenina. James se mantuvo inmóvil cuando sus partes bajas reaccionaron a su contacto mientras ella se acomodaba a su lado.

—¿Contento? —masculló Madeline.

—Mucho. Gracias —dijo.

James rezó porque ella conciliara el sueño con rapidez al tiempo que se tumbaba de lado y le daba la espalda. Entonces Madeline le dio la espalda también. Sus traseros rozándose, sus espaldas apoyadas la una en la otra. James encajó la mandíbula con firmeza. Tal vez hubiese evitado que ella muriera asfixiada esa noche, pero sin duda, él iba a morir de excitación.

***

Viernes, 30 de octubre de 1874

Residencia de los marqueses de Andrada, Madrid

JAMES Y MADELINE

—Sofía descargó toda clase de denuestos sobre los funcionarios —dijo Alonso mirando a James.

Carlos rio por lo bajo.

—Recordándolo ahora parece una escena trágico-cómica. Imagínala insultando con brío a los pobres agentes, a los empleados de la cárcel, y sobre todo, al Gobierno, James —dijo Carlos con un deje de diversión.

James sonrió. Había recibido una nota de Carlos al amanecer convocándolo en la casa de Alonso con inmediatez. Sin embargo, no había podido acudir hasta media mañana por estar solucionando uno de los cabos sueltos acontecidos con Pepe[x] sin que sus amigos lo

supieran.

El día anterior, la policía lo había interceptado a su vuelta de Londres en la estación de tren. El duque de Sesto, quien había viajado con el joven príncipe Alfonso desde París hasta la capital británica, además lo había acompañado durante un par de semanas hasta dejarle definitivamente instalado en la Academia Militar de Sandhurst. Ninguno de ellos había esperado que la policía estuviese al tanto de su regreso y requisase hasta la más pequeña maleta y saco de mano antes de trasladarlo preso al Saladero[xi].

En efecto, el duque de Sesto traía no solo cartas y una proclama, sino además valiosos documentos, entre ellos una ratificación más completa de poderes para Cánovas del Castillo[xii]; pero habiendo hecho el último tramo de viaje con el marqués de Salamanca, éste, al llegar a la estación de Madrid, y apercibido del caso, había preguntado con discreción al ayuda de cámara del duque, Pepe Estrada, y de acuerdo con él, había cogido un maletín de mano del fiel criado que sabía venía algo importante dentro. El marqués de Salamanca lo había ocultado bajo su abrigo, y tras los primeros minutos de bullicioso alboroto entre los pasajeros por el arresto del duque, se había escabullido del vagón sin que se fijaran en su presencia.

El fiasco de los empleados de la cárcel, tras el minucioso registro al que fue sometido el equipaje fue monumental, pero mayor fue la sorpresa de Pepe, quién no se explicaba cómo se había escabullido el cuerpo del delito.

Ante la ausencia de pruebas incriminatorias, la policía no había tenido más remedio que dejarlo en libertad al anochecer.

—Lo importante es que lo liberaron sin más consecuencias —murmuró James.

—Desde luego, no obstante debiste hacernos saber que el marqués de Salamanca se había puesto en contacto contigo para entregarte el maletín —masculló Alonso mientras apoyaba la cadera en la mesa de su despacho.

—¿Y atraer de ese modo la atención sobre mi persona? —preguntó con sarcasmo—. No. A Cánovas y a mí nos constaba que la policía tenía vigilados vuestros movimientos desde que salisteis del Saladero con Sofía —señaló con calma—. Hubiese sido contraproducente.

Alonso resopló.

—Al ayuda de cámara de Pepe por poco le da un pasmo cuando nos fue imposible localizar al marqués de Salamanca una vez fueron liberados y pudo aclarar lo sucedido con el maletín.

Carlos miró a Alonso con socarronería.

—Otro tanto estuvo a punto de sucederle al propio Pepe —apuntó exhalando el humo de su cigarro.

James sonrió con levedad.

—Yo mismo le sugerí a Salamanca que saliera de la ciudad cuando me entregó el maletín. En caso de que la situación se complicara era preferible evitarle problemas innecesarios por su ayuda —agregó con gesto serio.

Carlos se levantó para echar la ceniza de su cigarro en el cenicero de la mesa.

—También podrían haberte detenido a ti —dijo con voz queda.

James lo miró con brevedad.

—Tuve cuidado a la hora de citarme con Cánovas —dijo con indiferencia—. Los documentos ya están en su poder, Pepe en libertad y el príncipe en la Academia. Al final todo ha resultado como planeamos hace meses —murmuró con un sutil gesto de satisfacción en su mirada.

Alonso arqueó una ceja con irritación.

—No todo —señaló con impaciencia.

James cruzó una mirada con Carlos. A ninguno de los dos se le escapó el significado de aquellas palabras. Su matrimonio con Charlotte.

Carlos se acercó a Alonso y palmeó su espalda.

—Todo ha resultado como planeamos con algún pequeño inconveniente. Cierto —apuntó con estudiada calma antes de proseguir—, pero no es un inconveniente irreparable, como bien sabes —dijo en tono conciliador.

Alonso entrecerró sus ojos al mirarlo.

—Ese pequeño inconveniente del que hablas es su esposa —señaló James con seriedad—. Un inconveniente que llegó de tu mano, si no mal recuerdo —comentó con despreocupación.

Carlos lo fulminó con la mirada.

«Te la devolveré, irlandés», dijeron los oscuros ojos del escocés.

—¿No tenías que marcharte a algún sitio? —inquirió en cambio con sarcasmo.

James se puso en pie.

—De hecho, sí. ¿Nos vemos más tarde para almorzar en el Lhardy, caballeros?

Alonso asintió con el ceño fruncido.

—A la hora acordada —apuntó Carlos viéndolo salir del despacho.

James cerró la puerta tras de sí y llegó a la sala de recibimiento.

—¿Se marcha, ilustrísima? —preguntó Julio, el mayordomo de Alonso.

—Así es.

—Permita que lo acompañe a la salida —murmuró con amabilidad.

El anciano lo acompañó a la puerta con suma diligencia.

—Adiós, ilustrísima —murmuró tras abrirla.

James asintió colocándose su sombrero.

—Adiós, Julio —dijo despidiéndose.

Luego cruzó la calle y se encaminó hacia su coche.

—Fabián, caminaré, pero espérame en el Lhardy a la hora de siempre —dijo colocándose su sombrero.

—Como ordene, ilustrísima —murmuró el cochero poniendo en movimiento el coche.

Entonces James se volvió para marcharse y cual fue su sorpresa cuando vio a la señorita Esterly a punto de salir de la casa de Alonso. La vio esbozar una amable sonrisa que le dedicó a Julio antes de pronunciar algunas palabras de despedida. Luego, la puerta se cerró tras ella. James cruzó las manos a su espalda. La observó caminar hacia la calle mientras se enguantaba las manos. Asimismo, advirtió su sobresalto cuando levantó la vista y lo vio a escasos metros.

Madeline apretó los labios con incomodidad.

—Señorita Esterly —dijo él en un tono tan amable que Madeline desconfió de inmediato—, es un placer verla.

Ella lo saludó con la mirada.

—Ilustrísima —dijo con respeto—. Ya me marchaba. Que tenga un buen día —murmuró dando por sentado que él llegaba en ese momento a la residencia de los marqueses de Andrada.

Él levantó una comisura de su boca, aunque Madeline no creía que aquel ademán pudiese considerarse una sonrisa.

—En realidad, yo también me marchaba. ¿Me permite acompañarla?

Madeline lo observó sin habla durante unos pocos segundos. ¿Qué se suponía que podía decir para eludir su ofrecimiento?

—Me dirigía a mi sombrerería —argumentó desafiándolo de forma inconsciente con la mirada.

—Mejor aún. Hacía allí me dirigía —dijo James mintiendo con la mayor tranquilidad al tiempo que la invitaba con un gesto de la mano a caminar.

Madeline arqueó una de sus rubias cejas.

—Como guste. Muy amable —murmuró por lo bajo.

—¿Ha visitado a la marquesa? —preguntó él mientras comenzaban a avanzar.

—Sí. Supongo que usted al marqués —señaló.

—Así es. Me disponía a marchar cuando la vi salir —explicó con voz pausada.

—Qué coincidencia —musitó ella. Se mantuvo en silencio observándolo de reojo—. ¿Precisa un nuevo sombrero para su madre? —preguntó con cierto sarcasmo.

Él la miró.

—No —dijo sin más.

Madeline inspiró. ¿Si aumentara la rapidez de sus pasos para llegar cuanto antes a la sombrerería sería muy evidente que no quería su compañía? Resopló en su mente. Aún quedaba un buen paseo a ese ritmo. No sabía qué tipo de conversación iniciar con él y caminar en silencio se le antojaba violento e incómodo. Al menos para ella, pues a él no parecía importunarle el silencio... Inesperadamente unos niños aparecieron corriendo por la esquina y estuvieron a punto de chocar con ellos. Madeline experimentó una repentina turbación cuando él la tomó del codo para evitar que trastabillara tras el imprudente paso de los chiquillos. Lo observó con inquietud cuando su mano permaneció sobre su codo más tiempo del que ella consideró adecuado.

—Gracias —musitó con la intención de que la soltara.

James asintió con la mirada apartando su mano.

—¿Señorita Esterly?

—¿Sí?

—¿Hay alguna razón por la que le disguste mi presencia?

Madeline tragó saliva con los labios cerrados.

—En absoluto.

—¿Por qué le molesta entonces? —preguntó de forma imperturbable.

Madeline bajó la vista unos segundos. Aquel paseo empezaba a

ser embarazoso además de incómodo.

—No me molesta su presencia —aseguró con la esperanza de que la creyera—. Es que me resulta complicado entablar conversación con alguien como usted —explicó acercándose un poco a la verdad.

James la contempló con extrañeza.

—¿Con alguien como yo?

—De su clase —agregó.

—Sin embargo, tengo entendido que mantiene una relación excelente con el doctor Melgar —señaló con un tono de voz tan sosegado como su paso al caminar.

—Así es —reconoció con estoicismo.

Ella frunció el cejo. ¿Cómo lo sabía él? Era cierto que entre el doctor Melgar y ella se había establecido una respetuosa amistad a lo largo de los meses.

Martín era un hombre de trato amable, fácil. Le resultaba sencillo conversar con él dada su habilidad para relacionarse con cualquier persona, independientemente de su clase social, debido a su profesión. Asimismo, era un hombre atento que se había preocupado por visitarla al menos una vez a la semana después de la pérdida de su bebé. Al principio esas visitas habían tenido un mero objeto clínico, como el mismo Martín le había reconocido, sin embargo después, había comenzado a ser habitual que la invitara a tomar un café o un chocolate en algún Café respetable con el único objeto de departir. Incluso había comenzado a ser usual para ella que se vieran una vez a la semana. Hasta ese momento, Madeline jamás había entablado amistad alguna con un hombre más allá de la permitida cordialidad, aunque eso era lo único que existía entre ellos; una agradable amistad. De hecho, Martín se había encargado de aclarar ese punto para evitar que surgieran equívocos indeseados en su relación.

Precisamente, una de las principales razones por las que ella se sentía tan cómoda en su compañía era la respetuosa naturaleza de su amistad. Con él no tenía que cuidarse. No tenía que esforzarse en aparentar indiferencia, mucho menos preocuparse porque

malinterpretara sus gestos, miradas o sonrisas. Con Martín era sencillo relajarse y comportarse con naturalidad.

¿Por qué sabía el conde de su amistad con Martín? ¿Habría hablado Martín sobre ella a sus espaldas? Frunció los labios. Si se hubiese atrevido a hacerlo lo estrangularía. Compartía con él la suficiente confianza para hacerlo.

«No, Martín no haría eso», se dijo con intranquilidad.

James la observó con interés.

—Eso quiere decir…

—Eso quiere decir que mantenemos una buena relación —dijo interrumpiéndolo con severidad—. Ni más ni menos. Espero que no esté poniendo en tela de juicio la honorabilidad del doctor Melgar, ilustrísima. Sería insultante… y no solo para él —señaló fijando con fiereza sus ojos azules en los suyos.

James sostuvo su mirada con impasibilidad. ¿Estaba defendiendo a Martín? ¿De él? Conocía a Martín, así como el motivo por el que habían comenzado aquellas visitas, aunque él lo hubiese omitido debido al secreto profesional por el que se regía. No obstante, James no podía negar que, de alguna forma, le había sorprendido la cercanía que sabía se había establecido entre ellos durante aquellos meses.

—Por supuesto que no. Hace mucho tiempo que conozco al doctor Melgar y jamás me atrevería a cuestionar su honorabilidad —agregó con sinceridad.

Ella pareció relajarse ante su respuesta.

—Bien —dijo.

—Disculpe si la he ofendido —murmuró él.

—Disculpe si lo he malentendido —apuntó ella.

James carraspeó.

—¿Preferiría que hiciésemos el resto del camino en silencio? —preguntó de repente con cierta sorna en su mirada gris.

Ella suspiró.

—Si no tuviese inconveniente, sí. Y si no le importara caminar más deprisa se lo agradecería —señaló con tal alivio en su rostro que James no pudo reprimir la risa.

Madeline se quedó sin aliento. Aquel era el hombre más impresionante que había visto en su vida, pero cuando reía con naturalidad era sobrecogedor. Arrollador. Una perturbadora emoción se instaló en su vientre alertándola del riesgo. Ya había cometido un error imperdonable con un hombre como él, no podía permitirse volver a cometer otro.

Él hizo un gesto con la mano.

—Marque usted el ritmo, señorita Esterly —dijo modulando cada palabra al tiempo que la miraba con intensidad.

«No me mire así», pensó cuando un nuevo torbellino de sensaciones avasallaron su vientre.

Conocía esa mirada. Había visto lo que prometía esa mirada en infinidad de ocasiones en los ojos de otro hombre. Pero en él era distinta… era peligrosa. Se asustó. No de él, sino de ella. Madeline jamás se había sentido tan turbada, ni había sido tan consciente de su propia feminidad ante la virilidad de un hombre, aún menos había percibido la reacción de su cuerpo con tal inmediatez en el pasado. Soltó la respiración al comprender que lo deseaba. Una mirada. Le había bastado una mirada con un cierto interés físico hacia ella para provocar su líbido. Debía mantenerse alejada de él. Lo máximo posible. Lo antes posible. Durante todo el tiempo posible.

—Espero que pueda mantener mi paso, ilustrísima —dijo comenzando a caminar con premura.

—No lo dude siquiera, señorita Esterly —aseguró con arrogancia amoldándose a su paso con facilidad.

Capítulo Ocho

Sábado, 10 de junio de 1876

Afueras de Córdoba

James abrió los ojos. Contuvo un gemido. Como era habitual, Madeline y él habían amanecido abrazados, pero esa mañana existía una ligera diferencia; Madeline lo tenía aprisionado. Estaban de lado y su rostro permanecía enterrado entre sus senos mientras ella rodeaba su espalda con los brazos, una de sus manos se enredaba en su cabello sujetándolo por la nuca y una de sus piernas se deslizaba sobre su cadera izquierda. Su hombría clamó en cuanto se supo posicionada entre su piernas. Cerró los ojos con fuerza. Cualquier mañana fallecerían. Ella de vergüenza. Él de puro deseo. Contuvo la imperiosa necesidad de sacar la lengua y lamer cada centímetro de la sedosa piel que tenía a su alcance, de pasear los labios por sus abultados senos, de recorrer cada rincón de su cuerpo con los dedos. Por un instante se imaginó hundiéndose en su interior mientras bebía de su boca... Ante esos pensamientos la erección de su miembro aumentó. Contuvo el anhelo de moverse contra ella. Reprimió un nuevo gemido ante la posibilidad de hacerlo.

Había sido una pésima idea animarla a dormir sin las enaguas y el corsé, pues la delicada camisa de seda y los suaves calzones bordados dejaban mucho a la vista y poco a la fantasía cuando podía verla a la luz del día. Sus manos abarcaron su trasero por instinto. Frenó las ganas de estrechar los dedos en la deliciosa redondez. Se contuvo… como hacía siempre, como hacía cada día, como hacía cada tormentosa noche y cada dolorosa mañana. Entonces ella se movió. Su erección palpitó ante aquel inocente roce. Él creyó desfallecer cuando Madeline volvió a moverse contra sus abultadas partes bajas. Supo que pronto despertaría. Unos minutos después percibió la rigidez de su cuerpo y escuchó el acelerado latir de su corazón junto a su oreja. Casi al instante la notó contener la respiración. A continuación, como cada amanecer, James cerró los ojos y fingió dormir.

—Oh, Dios mío. —El susurro escapó de la boca de Madeline antes

de que pudiera detenerlo.

«No despiertes, no despiertes, no despiertes», pensó en una suplicante cantaleta.

James la tenía aprisionada. Sus brazos rodeaban su espalda manteniéndola pegada a su cuerpo. Su rostro se apoyaba en sus senos. Sus manos sobre su trasero y su libidinosa hombría junto a su… Una inesperada humedad se expandió por su feminidad soliviantándola en extremo. Cerró los ojos y apretó los labios conteniendo un jadeo. Observó sus cuerpos entrelazados. Percibía su pausada respiración sobre la piel de su cuello. Era bochornoso amanecer de aquella forma con él. Impúdico, obsceno, indecente…

«Y excitante», pensó a su pesar.

Levantó la pierna de su cadera, soltó el cabello masculino, despegó los brazos de su cuerpo y, con cuidado de no despertarlo, rodó hacia un lado con rapidez. Madeline se mantuvo expectante sobre el suelo cuando él suspiró, sin embargo se tumbó boca arriba y continuó durmiendo. Madeline soltó el aire con alivio. Las dos últimas noches James había echado el colchón sobre el suelo, lo cual facilitaba la fuga de sus brazos cada mañana. Asimismo, la pesadez con la que dormía se había convertido en su fiel aliada, gracias al cielo.

Se irguió y contempló el cuerpo masculino mientras ceñía el corsé a sus formas y anudaba los cordones en el delantero. No es que ella quisiera devorarlo con los ojos, pero al parecer sus ojos sí que querían. Además estaba dormido, solo en esas ocasiones podía permitirse la licencia de comérselo con la vista. ¿Cómo podía un noble como él tener unos brazos tan masculinos? Era absurdo. ¿Sería por la esgrima? Eran fibrosos y firmes; su torso amplio, nervudo y sólido. Tenía marcados abdominales y piernas vigorosas. ¿Practicar esgrima a diario moldeaba el cuerpo de los hombres de aquella forma? ¿Tal vez cabalgar a caballo? ¿O sería su naturaleza?

Madeline se colocó las enaguas sin dejar de observarlo de forma hipnótica. Trató de no fijarse en su hombría, pero le fue imposible pasar por alto aquella enorme… protuberancia. Apretó las piernas amonestándose a conciencia, se dio la vuelta con infinito sofoco y se

dirigió al aguamanil. Necesitaba refrescarse. Necesitaba dejar de observarlo. Necesitaba dejar de imaginar situaciones pecaminosas.

Se colocó la sencilla blusa sin abotonarla y se abrochó la falda. Entonces vertió agua en la jofaina sin hacer ruido, se salpicó el rostro y se pasó las húmedas manos por la nuca y el nacimiento de los senos. Al recordar el rostro de James sobre ellos el bochorno le coloreó las mejillas. Respiró durante unos segundos calmándose. Levantó la vista y volvió a recorrer su silueta a través del espejo. Su traicionero cuerpo volvió a reaccionar ante su físico. Nuevas e indecentes imágenes acudieron a su mente.

«¡Por Dios, Madeline, compórtate con respetabilidad!», se reprendió.

Se deshizo el maltrecho moño, hundió de nuevo las manos en el agua y se peinó con los dedos antes de trenzarlo y sujetarlo sobre su cabeza con las horquillas. A falta de cepillo o polvos dentales, cogió una porción de bicarbonato de sodio del tarro que había sobre el aguamanil y lo restregó sobre los dientes con un dedo antes de enjuagarse la boca. Luego, se secó con la toalla los restos de humedad y comenzó a abotonarse la blusa con celeridad.

—Buenos días.

Madeline dio un respingo.

—Buenos días —dijo con voz aguda.

Madeline cruzó los ojos con los suyos a través del espejo mientras terminaba de abrocharse.

—¿Te ocurre algo, Madeline? —preguntó él con voz ronca.

Ella carraspeó aclarándose la garganta.

—No. Es que me he atragantado —dijo mintiendo con el objeto de dar una explicación plausible a su tono de voz.

James la contempló con gesto soñoliento hasta que la blusa estuvo abotonada en su totalidad. Luego se dio la vuelta y estiró los brazos sobre el suelo por encima de su cabeza. Madeline se imaginó mordisqueando aquella espalda firme e incluso aquellos redondeados

glúteos durante unos interminables segundos.

«¡Madeline, por la Purísima Virgen María mantente como ella!», pensó censurando sus pensamientos.

—James —dijo con voz estrangulada.

—Mmmm.

Madeline volvió a carraspear para aclararse la garganta.

—¿No piensas levantarte?

—Aún no.

«Tengo una erección que dominar», pensó con fastidio.

—¿Y si vienen?

—Entonces me levantaré —contestó sin moverse.

«Y mi erección se marchitará».

Madeline cogió la jofaina, pasó juntó a él, tiró el agua por la ventana, volvió a dejarla en el aguamanil, corrió una silla y se sentó junto a la mesa. Observó los platos vacíos de la cena de la noche anterior; sopa de pan, tortilla de guisantes con jamón y crema de vino como postre.

Pensar en los platos de la cena era más seguro que seguir fantaseando con el formidable cuerpo de James. Lo miró de reojo. Él no mostraba síntoma de pudor alguno, incluso a veces, Madeline pensaba que se exhibía ante ella con deliberación. Era una conjetura ciertamente descabellada, pues la única razón plausible para que se desvistiera sin sobrepasar la fina línea del decoro, era la calor. Sí, la calor... ¡María Santísima! ¿Qué clase de ejercicio practicaba ese hombre para mantenerse así? Madeline entornó los ojos. Se suponía que las mujeres no podían tener ese tipo de pensamientos, ni debían sentirse afectadas por la virilidad de los hombres, tampoco disfrutar de la vista de la anatomía masculina, ni experimentar deseo carnal, aún menos mostrarlo si querían ser tratadas con el debido respeto, ni encontrar placer ante su cercanía...

Madeline volvió a resoplar audiblemente.

—¿Qué te sucede, Madeline?

«¡Levántate, ponte la camisa, desenróllate los pantalones y ocúltate de mi vista de una maldita vez!».

—¿Cómo puedes permanecer ahí tumbado con semejante tranquilidad? —inquirió con un deje de disgusto.

«Porque si me levanto te echaré sobre la mesa y… imaginar eso no le ayuda nada en absoluto a tu erección, James», pensó reprendiéndose con sosiego.

—No tengo nada mejor que hacer… ¿tú sí? —inquirió con ironía —. El grandullón me dijo que hoy se retrasarían con el desayuno.

Madeline entrecerró los ojos ante su respuesta.

—¿Por qué?

—No lo sé. No tiene por costumbre obsequiarme con sus explicaciones —agregó en un tono demasiado burlón para él.

—¿Y no se te ha ocurrido decírmelo? —inquirió ella con fastidio.

—No.

—¡James!

Él ladeó su cuerpo para observarla con curiosidad.

—¿Qué? —Madeline resopló de nuevo, se levantó y comenzó a caminar con las manos en las caderas—. ¿Por qué estás tan irritable?

—No estoy irritable —siseó ella paseando de un lado a otro de la habitación con gesto adusto.

—Lo estás —masculló antes de tumbarse de nuevo y reír por lo bajo.

Madeline se detuvo con gesto airado.

—¿Hay algo que te parezca gracioso?

«Sí, tú», pensó.

—Nada en absoluto —dijo él.

—Entonces tu buen humor carece de sentido —señaló.

«¿Estás buscando pelea, Madeline?», pensó con sarcasmo.

—Que amanezcamos vivos y salvos cada día es suficiente motivo de alegría, ¿no te parece? —señaló con fingida calma.

—Desde luego —dijo ella sentándose de nuevo.

Madeline comenzó a tamborilear sus uñas sobre la madera de la mesa.

—¿Hay algo que te inquiete, Madeline? —preguntó él con suma paciencia al cabo de unos minutos.

—Todo me inquieta, James —siseó ella.

—Define todo —dijo presionándola un poco.

—Toda la situación de nuestro cautiverio —aclaró ella en un murmullo.

—Entiendo.

«No, no lo entiendes. Me siento acorralada. ¡Y tú ni siquiera te das cuenta! ¡Porque si te dieras cuenta lo evitarías, te comportarías como el caballero que eres e impedirías que me sintiera como una descarriada por tu culpa!», pensó a regañadientes.

—James.

—¿Sí?

—¿A quién buscabas en Córdoba?

Esa sola pregunta bastó para que su erección por fin comenzara a desvanecerse entre sus piernas. Meditó la conveniencia de su respuesta antes de responder.

—A una mujer.

Madeline agrandó los ojos por la sorpresa.

—¿Es importante para ti encontrarla? —inquirió.

—Sí.

Madeline soltó la respiración con inquietud. Después guardó silencio unos minutos encajando aquella respuesta.

—¿Por qué?

James emitió un suspiro.

—Porque sabe algo que preciso descubrir —respondió sin revelar la causa.

—¿No me confiarías el motivo? —Se aventuró a preguntar ella.

James calló unos segundos.

—No —contestó al tiempo que se levantaba y arrastraba el colchón hasta subirlo a la cama.

Madeline apartó la vista con gesto ofendido.

—No se trata de desconfianza, sino… —James inspiró y exhaló aire—. Es un motivo personal, Madeline —murmuró al fin acercándose al aguamanil.

Ella bajó la mirada con gesto serio. De hecho, le dio la espalda mientras él se aseaba. Estaba enfadada. Él lo supo por la rigidez con la que enderezó la columna y cuadró los hombros. Cuando hubo acabado, se secó con la toalla y cogió la camisa que había dejado colgada sobre el respaldo de la silla la noche anterior. Comenzó a abotonarse sin perder a Madeline de vista.

—No deberías estar aquí, Madeline —dijo en voz baja.

Ella levantó la vista de golpe. Sus ojos azules llamearon con enojo.

—¿Y por qué estoy aquí, James?

Él sostuvo su mirada.

—Por mi culpa. Es lo único que necesitas saber —masculló con calma.

—Es lo que tú crees que necesito saber —apuntó ella desafiándolo—. No lo que debería saber.

James se cruzó de brazos. En cierta forma tenía razón, pero no podía arriesgar su integridad física por satisfacer su curiosidad.

—Tienes razón —concedió.

Madeline imitó su cruce de brazos.

—¿Tan grave sería que me dijeras el motivo por el que buscas a esa mujer? Ni siquiera te estoy preguntando sobre su identidad —

señaló con severidad.

—Te pondría en peligro —dijo sentándose frente a ella.

—¡Ya estoy en peligro! —exclamó con gesto molesto.

—Más aún —recalcó alzando una ceja.

—No te consideraba un egoísta, James —dijo ella atacándolo con desfachatez.

«Si sigues buscando pelea, quizá la encuentres y no precisamente la que intentas provocar, Madeline», pensó estudiando el gesto de enfado de su rostro.

—¿Egoísta porque trato de protegerte de cualquier modo que esté a mi alcance? —preguntó sin perder la serenidad.

—¡No necesito que me protejas! —gritó ella por lo bajo antes de erguirse—. ¡Necesito que confíes en mí! ¡Que me cuentes lo que ocurre! —masculló con fiereza.

—Confío en ti, pero prefiero mantenerte al margen —aseveró contemplándola con seriedad.

—No seas hipócrita, James —murmuró con fastidio—. No confías en mí. No inventes excusas que no favorecen tu imagen ante mis ojos precisamente. Está bien. No importa —dijo encaminándose hacia la cama donde tomó asiento con dignidad—. Creía que en esta situación nos teníamos el uno al otro, pero ya veo que solo me tengo a mí misma —concluyó elevando el mentón.

James entrecerró los ojos. ¿Estaba tratando de presionarlo de alguna forma emocional?

«Interesante, señorita Esterly. Juguemos», pensó con malicia.

—Me tienes, Madeline —dijo con una evidente doble intención que no supo si ella entendió del todo. Lo que sí supo era que su respuesta la había tomado por sorpresa.

Ella inspiró con fuerza antes de devolverle la mirada sin titubear.

—Si fuera así te apoyarías en mí y no te comportarías como un cavernícola sobreprotector —dijo con resolución.

James posó una mano sobre su boca para contener una sonrisa y arrugó la frente simulando pensar.

—Curioso argumento. Cavernícola sobreprotector —repitió con lentitud—. Has dicho eso, ¿verdad?

Los azules ojos de Madeline brillaron con rebeldía.

—Sí, cavernícola sobreprotector —repitió modulando cada palabra—. En base a tu comportamiento no puedo definirte de otra forma —aseguró.

—¿Cavernícola por…? —inquirió animándola a continuar.

Madeline recogió el guante.

—Cavernícola porque hace su santa voluntad sin tener en cuenta mis pensamientos, deseos o inquietudes, ilustrísima —aclaró ella sin titubear—. Y sobreprotector porque se cree con el derecho a juzgar lo que debo o no debo saber cuando nuestra situación es la misma. Soy una mujer adulta, no una niña —aseveró—. No preciso protección, sino saber a qué me enfrento. —Lo contempló con dureza—. Le creía diferente, pero no es más que uno de los tantos hombres que se consideran superiores a las mujeres —apuntó sin parpadear.

«Es buena, señorita Esterly», pensó James con admiración.

Entonces se puso en pie y cruzó las manos a su espalda como si fuese un profesor preparándose para dar una clase.

—No acepto sus argumentos, señorita Esterly. Si hiciera mi santa voluntad le aseguro que entendería con meridiana propiedad la definición de cavernícola que, con tanta amabilidad me ha adjudicado. Como usted bien sabe al igual que yo —continuó—, siempre he respetado sus pensamientos, deseos, inquietudes y límites —señaló con intención—, aunque hayan estado enfrentados a los míos en infinidad de ocasiones —apuntó con descaro al tiempo que ella agrandaba los ojos con sorpresa—. Miento. La única ocasión en la que no respeté sus deseos fue el día que nos conocimos en pos de su salud —dijo sin añadir nada más en lo relativo a aquella circunstancia cuando el rostro de ella se ensombreció—. Acepto en cambio, el término sobreprotector, aunque con matices. Me considero absoluto

responsable de su estancia en este lugar —dijo abarcando la habitación con sus manos—. Y no, no compartimos la misma situación. En primer lugar porque yo la provoqué, al contrario que usted, de modo que seguiré actuando como considere conveniente para que pueda salir de aquí sana y salva cuanto antes —inspiró antes de continuar—. Y en segundo lugar, porque la única forma de que esos hombres la liberen radica precisamente en su desconocimiento sobre mis actividades o mis pretensiones. Le recuerdo que pueden narcotizarnos en cualquier momento para cerciorarse. En tal caso, y aunque me enfurezca saberlo, no podría protegerla de un modo físico, por lo que lo único que la protegería de ellos sería la ignorancia. Por último, y aunque le pese, yo soy un hombre y usted una mujer como bien ha señalado. —Madeline se removió sobre el asiento con intranquilidad—. Créame, soy consciente cada noche y, especialmente, cada mañana. —Ella apartó la mirada sonrojándose hasta la raíz—. No estoy dispuesto a perjudicarla más de lo que ya lo he hecho. En cuanto a su percepción de que me creía diferente no estoy seguro de poder rebatirla con el rigor que merecería por ser una opinión subjetiva, no obstante desde el humilde conocimiento que tengo sobre mi persona, creo que estoy en disposición de asegurar que soy diferente a los hombres, o quizá debería decir nobles, que haya podido conocer. —Tomó aire antes de continuar—. La razón radica en que he crecido bajo las directrices de una madre que no permitía que nadie la infravalorara por su condición de mujer y rodeado de cuatro hermanas menores que me instruyeron en el respeto al género femenino. Créame, jamás se me ocurriría sentirme superior por el simple hecho de haber nacido hombre —concluyó mirándola con intensidad.

Madeline tragó saliva con los labios cerrados. Varias veces.

—Se ha explicado bastante bien —reconoció a regañadientes.

James alzó una ceja.

—Presumo que me conoce lo suficiente como para saber que no me gustan los malentendidos —señaló con voz pausada—. Si considera que hay algo de mi argumento que no se sostenga de una forma firme o convincente, es su turno de réplica.

«Atrévete, Madeline. Lo estoy deseando», pensó con ironía.

Ella entrelazó las manos sobre su regazo. Luego lo enfrentó con la mirada exhibiendo una seguridad mayor de la que él esperaba.

—Considero que estamos en tablas, ilustrísima. Tanto su posición como la mía son válidas y respetables. Entiendo la postura de su razonamiento e imagino que, de igual modo, usted goza de inteligencia suficiente para comprender la mía.

James sonrió con sarcasmo.

—¿Ahora pone en duda mi grado de inteligencia, señorita Esterly?

Madeline le devolvió la sonrisa con ironía.

—De hecho, creo que acabo de señalar que confío en su inteligencia, ilustrísima.

«Tu cuidado discurso no es más que eso, sin embargo debo admitir que tu elocuencia tiene su mérito», pensó Madeline con gesto airado.

James la contempló con sus fríos ojos grises evaluando su actitud.

—¿Te sientes mejor después de discutir?

Ella entrecerró los ojos.

—No hemos discutido. Hemos intercambiado pareceres —apuntó con suficiencia.

James enarcó una ceja.

«Hemos discutido de una forma calmada y civilizada, Madeline. Es lo que querías y lo que has obtenido», pensó con sarcasmo.

—Me satisface que no seas como esas personas que pierden los nervios durante un intercambio de pareceres —agregó entonces fingiendo indiferencia.

Madeline captó la sutileza de inmediato. Había dicho *personas* no *mujeres*. No cabía duda de que se sentía cómodo dominando la conversación. Tampoco tenía dudas de su habilidad verbal, puesto que había sido *víctima* y testigo de la misma unos minutos antes. Era un

gran contrincante. Ella apretó los labios. ¿Por qué le sorprendía? Quizá no era tan arrebatado ni manifestaba sus emociones de un modo tan vehemente como el esposo de Charlotte. No, de hecho no era arrebatado. James era comedido, aunque expresivo a su manera. Siempre le había extrañado de él su calmada y controlada actitud. Ahí radicaba el peligro de su personalidad. Madeline no sabía porqué detectaba la amenaza en la serenidad de su trato, pero así era. Así había sido desde el principio.

—Y yo me alegro de que tú no seas de esas personas que no conciben intercambiar puntos de vista debido a su rango social.

Cruzaron una mirada llena de nueva tensión. Entonces escucharon los conocidos pasos acercándose por el corredor. Ambos se situaron el uno junto al otro frente a la puerta con evidente disgusto.

Entonces James ladeó el rostro y acercó los labios a su oído.

—Me has llamado cavernícola, Madeline. Algún día te lo haré pagar —prometió en un sosegado susurro.

Madeline mantuvo la vista clavada en el frente, sin embargo su corazón palpitó tan fuerte que amenazó con escalar por su garganta y salir por su boca, no solo por sus palabras, sino por el efímero roce de sus labios sobre su piel.

***

Sábado, 19 de febrero de 1876

Residencia del conde de Valdetorres, Madrid

JAMES

La tormenta rugía con menos fuerza a esa hora del atardecer, sin embargo había sido un día desapacible, gélido y lluvioso. El aullar del viento aún se escuchaba golpeando los cristales a su paso por la calle.

James dejó sobre la mesa su lectura y alejó la lámpara. No porque le disgustara la historia, sino porque había estado leyendo gran parte de la mañana y sentía la vista algo cansada. Se restregó los ojos y se puso en pie para observar a través de la ventana. Estaba desierta, excepto por un coche que se situaba frente a su casa. Intentó distinguir el escudo que había en la portezuela, pero no lo reconoció. Entonces escuchó a su mayordomo pidiendo permiso para entrar.

—Adelante —dijo con distracción sin dejar de observar el coche con curiosidad.

—Ilustrísima, un lacayo me ha entregado esta misiva hace un momento. Dice que es urgente. Espera respuesta.

James se acercó y leyó la nota.

—Di al lacayo que iré de inmediato —anunció—, y ordena que preparen mi coche, Germán —agregó sin dilación.

El joven mayordomo asintió antes de salir.

James volvió a leer la nota con intriga mientras caminaba hacia la ventana. Un instante después vio salir al lacayo, subir al coche y alejarse. Observó la dirección escrita en el reverso. Conocía a la mujer, aunque dudaba que se hubiese cruzado con ella más de una docena de veces en toda su vida. Le intrigaba que solicitara su presencia cuanto antes, puesto que no habían cultivado amistad y le constaba que no formaba parte del círculo con el que se relacionaba su madre. De hecho, sabía que hacía años que se había alejado de la vida social. Aquella petición despertaba su curiosidad.

Una breve llamada precedió la entrada de Germán.

—El coche está preparado y el auriga esperando sus órdenes, ilustrísima —murmuró entregándole el gabán y su sombrero.

James asintió.

—Gracias, Germán —dijo tomando las prendas para dirigirse a la salida.

***

—Ilustrísima, sígame por favor —pidió el ama de llaves que lo había recibido al llegar a la residencia de la viuda condesa de Altamira.

James siguió a la mujer en silencio. Hacía algo más de diez minutos que esperaba en una acogedora sala de recibimiento, y a pesar del aspecto sosegado que transmitía, sentía cierta impaciencia por descubrir el motivo de su presencia en aquel hogar. La mujer lo condujo a la primera planta, y tras subir las escaleras, avanzó por un lujoso corredor. Al llegar al final del mismo, abrió una puerta y lo invitó a entrar.

—Pase, ilustrísima —murmuró con un gesto de la mano.

—Gracias —dijo él entrando en la estancia.

Debido a la escasa luz natural que entraba a través de la ventana, la habitación se iluminaba con varias lámparas dispuestas en distintos lugares. James no se detuvo a observar más de lo necesario. Su mirada se fijó en la mujer que permanecía incorporada gracias a la ayuda de varios cojines sobre los que se apoyaba. Su cabello, que en otro tiempo fuera dorado, poseía ahora numerosos mechones blanquecinos, aunque permanecía perfectamente recogido en un moño bajo. Su tez, cenicienta. Sus ojos marrones, sin demasiado brillo. Estaba enferma, aún así lo contemplaba con determinación.

—Le agradezco que haya acudido a mi llamada —dijo con una voz más saludable de lo que dejaba traslucir su aspecto—. Tome asiento, por favor —sugirió indicando un sillón situado junto a la ventana.

James obedeció bajo la atenta mirada de la mujer.

—Usted dirá —murmuró con gesto serio.

La mujer no dejaba de observarlo. James tuvo la impresión de que lo hacía con complacencia y disgusto al tiempo.

—Se parece bastante a su padre, que en paz descanse. —Se persignó—. El mismo porte, la misma nariz y la mandíbula —agregó

inspeccionándolo sin pudor alguno.

James sostuvo su mirada.

—¿Conoció a mi padre?

Ella asintió.

—Estuve la mitad de mi juventud enamorada de él. —James guardó silencio por prudencia—. También tiene rasgos de ella; los ojos grises, la forma de los labios y el cabello cobrizo. Le bastó unos meses para que su padre cayera a sus pies.

James continuó mirándola sin saber qué decir. Estaba hablando de su madre. Decidió esperar con paciencia. Su presencia en aquella habitación tenía un motivo y la condesa se lo revelaría cuando estuviese preparada para hacerlo.

—¿Conoce a mi madre? —inquirió con voz tranquila.

—La odié la mitad de mi juventud —respondió la condesa sin remordimiento.

—No sé qué puedo agregar ante eso —dijo él con sinceridad.

La mujer hizo un gesto con la mano.

—Nada. Es su madre. Le debe respeto. —Permaneció en silencio unos segundos—. Hay una historia que quiero contarle. Rememorarla es doloroso. Le rogaría que no me interrumpiese —James asintió con la mirada. Entonces ella tomó aire—. A día de hoy sigo culpando a su tío Niall del mayor error de mi vida; mi esposo —aclaró con brevedad —. Sé que él no fue realmente responsable, pero en ocasiones, me hace sentir bien descargar mi rabia en su figura. Niall O´Murlain —musitó casi para sí—. Mi mente lo recuerda bien. Un joven irlandés rubio, alto y alegre que llegó a Madrid después de viajar por varias ciudades europeas. Su destino no era Madrid, sino Lisboa, no obstante decidió conocer la capital española atraído por las mujeres y la variedad de burdeles. —James carraspeó incómodo. No era necesario que aquella mujer mencionara la pendenciera juventud de su tío Niall. Tanto él como su familia la conocían bien—. Si él hubiese continuado su viaje a Lisboa, quizá mi vida hubiese sido más fácil y menos

denigrante, tal vez feliz —apuntó ella con la mirada perdida. Cabeceó y fijó los ojos en él con intensidad—. En aquella época su padre me pretendía. Yo era joven, ingenua y me sentía dichosa esperando el momento en el que solicitara mi mano, pero entonces conoció a su tío Niall. —Tomó aire— . Floreció la amistad entre ellos durante las semanas que residió en Madrid y sus escandalosas correrías fueron la comidilla de todo buen salón madrileño que se preciara. Debido a las habladurías mis padres descartaron el enlace con el joven conde de Valdetorres y me prohibieron albergar anhelo alguno hacia él, no obstante durante un baile, su padre aprovechó los escasos minutos de soledad que nos proporcionaba la danza para disculparse. Me confió que no estaba preparado para afianzar un compromiso entre nosotros y que ansiaba viajar y conocer nuevas ciudades con su buen amigo Niall antes de tomar el control sobre la responsabilidad que acarreaba su título. Se excusó por dar alas a mis ilusiones y me deseó felicidad con un hombre que pudiera ser digno de mí. —James frunció el cejo. La imagen que tenía de su padre no se correspondía con la que le estaba ofreciendo la condesa de Altamira—. Accedí. Le dejé marchar sin una voz más alta que la otra. En mi ilusa inocencia pensaba que él me añoraría durante el tiempo que estuviese fuera y regresaría para solicitar mi mano... Se parece mucho a Tristán. Sí, demasiado. Más de lo que me gustaría. —Sonrió con pena—. Su padre partió hacia Lisboa y se reunió con Niall. Después viajaron a Londres, Edimburgo, Dublín, y por último su tío lo invitó a pasar una temporada con su familia en Galway. Allí conoció a su madre, Sorcha. Tristán regresó casado con ella un año después. La noticia me destrozó, pero aún más me destrozó saberlo feliz y enamorado de la mujer con la que había contraído nupcias. —James se mantuvo impasible. Era cierto que el matrimonio de sus padres se había llevado a cabo bajo las habituales condiciones, tanto económicas como sociales, que solían establecerse en dichos acuerdos, sin embargo también se había cimentado en los sentimientos—. Mi corazón se partió. Por despecho contraje matrimonio diez meses más tarde con un hombre que mis padres consideraron adecuado para mí. —Hizo un gesto de repugnancia—. El mayor error de mi vida. Un hombre intachable ante la sociedad,

respetado, poderoso, procedente de una familia de alcurnia, sin problemas económicos que precisase solventar a través de un enlace… —Rió por lo bajo con sarcasmo—. No era más que un desalmado, un fornicador adúltero que me arrastró a una vida de humillación y perversión. —James entrecerró los ojos con atención—. Un año después de nuestro primer aniversario de boda comenzó a obligarme a asistir a fiestas clandestinas en fincas aisladas en las que predominaba el alcohol y diversas sustancias que nos ayudaban a relajarnos y disfrutar, al menos eso era lo que ellos decían. Las orgías y el intercambio de parejas eran condiciones que debían aceptarse para poder acceder a aquellas reuniones. Había mujeres de clase alta que acudían bajo la coacción de sus esposos como me sucedía a mí —aclaró—, prostitutas que ganaban en una noche lo que reunían en tres o cuatro meses en los lupanares, sirvientas que se dejaban seducir por el falso lujo y el dinero fácil… ¿Qué piensa?

James tragó saliva con la boca cerrada. Le pareció que ella estaba siendo bastante sincera por lo que decidió responder de la misma forma.

—Lamento que se viera obligada a practicar la clase de sexo que no quería experimentar. ¿Por qué accedía?

Ella arqueó la ceja. Le gustó la franqueza de su respuesta.

—Me golpeaba. Nunca en el rostro, se cuidaba de no dejar marcas que pudieran delatar su verdadero carácter. Me menospreciaba, me insultaba, me gritaba que mi única utilidad era proporcionarle placer, ya que no conseguía concebir. Yo me sentía humillada, avergonzada, incluso responsable de la violencia de su comportamiento hacia mi persona. Por aquel entonces, la máxima de mi vida consistía en que nadie descubriera lo que me obligaba a hacer en aquellas fiestas. Me sentía sucia, poca mujer, peor esposa por no ser capaz de engendrar… En algún momento comencé a beber. Bastante —apuntó—, con la única intención de no recordar nada o recordar lo menos posible de aquellos bacanales que se organizaban cada dos o tres meses. De esa forma era más sencillo enfrentarme a mi vida diaria. Entonces quedé encinta. —Ella hizo una mueca de desprecio—.

No le importó que no fuese de él. Fue un varón. Por fin tenía a su heredero. Me dejó en paz durante una buena temporada. Casi cuatro años. Transcurrido ese tiempo volvió a presionarme tras unas fuertes fiebres del niño. Quería otro varón que asegurase que el título continuara en su rama de la familia. Volví a ceder. Había dejado de golpearme. Y no quería que volviera a hacerlo. Yo era una cobarde —reconoció con calma—. Jamás me enfrenté a él o traté de impedir su maltrato. Lo odiaba, sin embargo lo único que ansiaba era que volviera a ignorarme, que volviera a olvidar mi existencia. Volví a quedar en estado. Una segunda, una tercera vez y una cuarta, aunque los perdí a los pocos meses de gestación. Los médicos recomendaron que no volviese a concebir por el bien de mi salud. Eso me devastó. A él lo encolerizó. Solo me quería para engendrar varones que pudieran heredar su patrimonio, puesto que era él quien no podía fecundar nada —dijo con desdén—. Me dejó en paz durante otra temporada sabiendo que mi salud se resentía con sus requerimientos. Durante los años siguientes se centró en la educación de mi hijo Félix. Confieso que no fui una buena madre para él, me desentendí por completo del deber maternal porque de esa forma mi esposo apenas reparaba en mi presencia. —James continuó escuchándola en silencio—. Fui una especie de fantasma para mi hijo durante su infancia. Aún menos intervine en su educación durante su adolescencia. Fue un crápula a imagen y semejanza de mi esposo. Incluso siendo niño ya imitaba el menosprecio que su padre demostraba hacia mí en la privacidad del hogar. Es triste reconocer que lo abandoné a su suerte. Puede que mereciera su trato y su falta de afecto. —Suspiró—. Volví a quedar en estado dos veces más. Ninguno de los embarazos llegó a buen término y en la última ocasión casi pierdo la vida desangrada. Recurrí de nuevo a la bebida para soportar el dolor que me causaban aquellas pérdidas. Mi esposo aprovechaba aquella debilidad a su antojo. Cuando estaba ebria era más sencillo manipularme y arrastrarme a aquellas reuniones en las que él tanto se divertía, pues yo no ofrecía resistencia o emitía protesta alguna. Se preguntará porqué le cuento todo esto.

James asintió con la mirada.

—Intuyo que me lo revelará a su debido momento —murmuró en voz baja.

Ella apenas esbozó una sonrisa.

—Regresemos a su tío Niall. Una noche apareció en una de aquellas reuniones acompañado de dos fulanas. Las conocía. Habíamos coincidido en otras ocasiones. Les pedí que lo dejaran a solas conmigo. No sé con exactitud qué me llevó a insinuarme, pero logré llamar su atención. Lo atraje a una habitación desocupada haciéndole creer que no quería compartirlo con ninguna otra mujer. Había bebido, aunque no lo suficiente como para ignorar lo que hacía. No puedo explicar qué me ocurrió, pero descargué en él toda la furia que había acumulado a lo largo de los años. Ni siquiera recuerdo todo lo que dije ni de todo lo que lo acusé. Estaba ciega de ira, de rabia y dolor. Incluso lo abofeteé —señaló con voz serena—. Su tío pudo haberme devuelto la bofetada, pudo haberse marchado, pudo haberme abandonado con mi demencia en aquella estancia, pero no lo hizo. Permaneció sentado en aquella cama escuchando en silencio todo el veneno que vertí sobre él sin control ni medida. Cuando ya no quedó nada más en mí que vomitar me derrumbé y lloré. Para mi sorpresa su tío se acercó y me abrazó. Por absurdo que sea me dejé abrazar, y por irónico que parezca, ha sido el único abrazo recibido por un hombre que no me ha causado repulsión hasta el día de hoy. —James apartó la vista unos segundos asimilando el relato—. Antes de salir por la puerta me ordenó que no saliera de aquella habitación. Prometió que me ayudaría. Le creí. No sabía cómo podía ayudarme ni porqué querría hacerlo, pero le creí. —James elevó la mirada con suma atención esperando que continuara. Ella permaneció con la cabeza gacha durante unos segundos armándose de valor antes de enfrentar su mirada—. Fui la responsable del asesinato de su tío y de su padre aquella noche.

James parpadeó una vez, dos, tres antes de coger aire. Apretó los puños con fuerza.

—Querrá decir de la muerte de mi padre y mi tío —murmuró corrigiéndola—. ¿Iban en su ayuda cuando los caballos se desbocaron

y perecieron en el accidente de coche?

La condesa lo miró con seriedad negando con su mirada.

—Aquella era una noche de tormenta. Ellos se valieron de la ventisca para que sus muertes parecieran un accidente. Y lo consiguieron, pues en todos los salones de sociedad corrió el rumor del desafortunado accidente durante meses.

James se puso en pie de inmediato. No podía creer lo que estaba escuchando. No podía ser cierto. No podía creerlo. Aquella mujer mentía… ¿Por qué lo hacía? ¡Todo aquello debía ser un engaño!

—¿Por qué me lo cuenta ahora? —siseó manteniendo los puños cerrados con fuerza.

—Porque entonces era un niño, pero ahora es un hombre. También porque soy una vieja egoísta que necesita algo de usted. —Cogió una campanilla de la mesita y la hizo sonar—. Por favor, mantenga la calma unos minutos más. Se lo ruego. Después contestaré todas sus preguntas —aseguró.

La puerta se abrió un momento después. El ama de llaves entró con un niño de corta edad que se lanzó a la carrera a los brazos de la mujer sin percatarse de su presencia.

—¡Abuela! —exclamó—. ¿Se encuentra mejor esta tarde? —preguntó con preocupación—. Quise venir a verla, pero la señora Concha me convenció de que debía dejarla descansar.

La condesa acarició el cabello oscuro del niño en un gesto de verdadero cariño.

—¿Qué modales son esos, Álvaro? ¿No has advertido que tenemos visita?

El niño miró alrededor y entonces lo descubrió.

—Disculpe, señor. No lo había visto —dijo sin apartar la mirada de él con un gesto de asombro en el rostro.

—Se trata del conde de Valdetorres. Acércate y estrecha su mano como el caballero que eres —dijo en voz baja la condesa, aunque no lo suficientemente baja para impedir que James la escuchara.

El niño se acercó algo vacilante y estiró su brazo ofreciendo su pequeña mano abierta.

—Es un placer conocerlo, señor —murmuró con extrema solemnidad.

James asintió estrechando su mano con el mismo respeto con el que estrecharía la mano de cualquier hombre en edad adulta.

—Álvaro, regresa más tarde. Su ilustrísima y yo tenemos asuntos de los que conversar —murmuró entonces la condesa de Altamira con voz firme.

El niño obedeció despidiéndose con una tímida sonrisa que alcanzó a su mirada marrón. Cuando la puerta se hubo cerrado tras la marcha del ama de llaves y el niño, James cruzó las manos a su espalda con suma tensión. Un volcán de emociones había comenzado a bullir en su interior, a pesar de que su aspecto ofreciera una falsa apariencia de sosiego.

Entonces la condesa tuvo un fuerte acceso de tos. Posó un pañuelo sobre su boca hasta que remitió.

—Tuberculosis —confesó cuando James distinguió el tono carmesí que detectó en el pañuelo.

Él se acercó y vertió agua de la jarra que había sobre la mesita en un vaso que le facilitó sin mediar palabra. No podía. La ansiedad por saber le estrangulaba la garganta ahogándolo. Respiró hondo un par de veces para controlar la impresión de la que sabía estaba siendo objeto.

—Gracias —murmuró la condesa tras beber y posar el vaso en la mesita de nuevo—. Es mi nieto, hijo ilegítimo de mi hijo Félix. Murió hace dos años a causa de la sífilis, aunque hacía más de siete que apenas manteníamos relación. Pereció sin esposa ni hijos legítimos. La madre del niño es una tenor de poca monta que me lo entregó con un escaso año de edad a cambio de una pequeña fortuna. Marchó a París y por lo que sé allí sigue intentando triunfar en los escenarios. Ninguno de los dos se interesó nunca por Álvaro. Y nadie de la familia se interesará por él cuando yo falte. El título y las propiedades de los

Altamira pasaron a manos de un sobrino de mi esposo cuando mi hijo falleció. —La condesa tomó aire—. Sin embargo, yo heredé esta propiedad de mis padres años después de abandonar a mi esposo. —Calló unos segundos sopesando sus siguientes palabras—. Tras el fallecimiento de su padre y su tío encontré el valor suficiente para marcharme y contarles la verdad sobre mi matrimonio. Ellos me protegieron de mi esposo y de los rumores que circularon a causa de la separación hasta su fallecimiento. Supongo que se sentían responsables por entregarme a semejante crápula. Debí abandonarlo tras el primer golpe, debí acusarlo y mancillar su respetable nombre ante la sociedad a la que tanto apreciaba —agregó con un brillo de emoción tras sus ojos—. La última década de mi vida ha sido plácida y el último lustro incluso feliz, a causa de mi nieto. Recibirá esta casa y una fortuna considerable que he custodiado para él. Me gustaría que fuese su tutor cuando yo fallezca. —James la miró con sorpresa—. No pretendo que finja ser su padre ni que actúe como tal. Soy consciente de que un día usted contraerá matrimonio y formará su propia familia. Solo le pido que lo vigile, que sea el modelo masculino a seguir del que ha carecido toda su vida y que haga de mi pequeño un hombre del que pudiera sentirme orgullosa si pudiese vivir lo suficiente para verlo —tragó saliva antes de continuar—. Lo he observado a lo largo de los años, he vigilado sus pasos y he recibido incontables informes de diferentes personas que han evaluado su carácter tanto en su faceta pública como en la privada. Tengo contactos de lo más sórdidos, créame. Y ninguno ha podido encontrar nada censurable de usted. Nada mezquino o nauseabundo en su vida sexual. —James arqueó una ceja—. Mi partida de este mundo sería mucho más tranquila sabiendo a mi nieto bajo su amparo. Por favor, acepte ser el tutor de Álvaro.

James contempló a la mujer con seria fijeza.

—¿Es consciente de lo que me está pidiendo cuando ni siquiera he asimilado que tanto el fallecimiento de mi padre como el de mi tío pudieran no deberse a un accidente?

—Sí.

James inspiró.

—Quiero los nombres de los hombres que los asesinaron —exigió con severidad.

—¿Aceptará? —preguntó la mujer con una mirada suplicante.

James asintió con un rápido gesto.

—Gracias —musitó ella con inmenso alivio en su mirada.

—¿Quiénes? —preguntó James con más dureza.

—Fueron siete, pero no conozco sus identidades.

James entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabe que fueron siete?

—Porque hubo una persona que lo vio todo y me contó lo sucedido —contestó sin dilación.

—¿Quién es esa persona?

La condesa respiró con profundidad antes de pronunciar el nombre de esa persona y proceder a contarle lo poco que sabía de lo acontecido aquella desdichada noche cuando, cuatro horas después de su marcha, Niall O´Murlain regresó acompañado de Tristán Armendáriz de Seoane con la intención de ofrecerle su protección y sacarla de aquella finca.

Capítulo Nueve

Sábado, 10 de junio de 1876

Afueras de Córdoba

James miró con sorpresa la puerta cuando se abrió. El grandullón lo miró con su habitual sorna al tiempo que apoyaba uno de sus brazos sobre el marco.

—No estaba situado frente a la puerta como sabe que debe hacer —dijo en tono queda.

—No esperaba compañía y no he escuchado sus pasos al caminar —argumentó James con tranquilidad dejando el libro que estaba leyendo sobre la cama mientras se incorporaba.

—Por supuesto que no. He caminado de puntillas —comentó el grandullón con un ademán jocoso—. Hemos pensado que le gustaría asearse. Tiene el baño preparado —anunció de golpe.

James arqueó una ceja con asombro.

—¿Qué se celebra? —inquirió con una expresión de fingida alegría.

El grandullón soltó una risita.

—No lo creerá, pero lo echaré de menos —masculló por lo bajo —. Extienda los brazos —añadió sacando una cuerda del bolsillo de su pantalón.

James entrecerró los ojos con seriedad.

—Si vais a ahogarme con la excusa del baño, ni por un instante pienses que voy a colaborar dejándome atar.

—No complique las cosas, condesito. Hasta ahora su cambio de actitud nos ha beneficiado a todos. Es por precaución. No sea tan desconfiado, hombre —dijo el grandullón con socarronería.

James miró la cuerda con recelo, extendió las manos y encajó la

mandíbula con fuerza al tiempo que se recordaba que lo hacía por Madeline. No ofrecía resistencia por ella. Solo por ella. Solo por su bienestar.

—Así me gusta, condesito. La confianza es muy importante en la consolidación de una relación como la nuestra —murmuró con manifiesta provocación.

James rechinó los dientes.

—Camine. Todo recto. Ahora a la derecha —ordenó el grandullón a su espalda. Llegaron a un patio interior adornado con un centenar de macetas. Era la primera vez que lo conducían por allí, puesto que para ir al excusado tomaban la dirección de la izquierda—. Pare aquí —dijo abriendo una gran puerta situada tras bajar unos pequeños escalones.

James observó la estancia. Se trataba de una cocina espaciosa con un gran hogar y una chimenea en desuso. La tina se situaba en el centro sobre el antiguo suelo empedrado. La habían llenado hasta la mitad. Entonces contó diez cubos más de agua alrededor de ella. Detrás se situaba un biombo de tosca madera. Sobre la vieja mesa había dos barras de jabón y varias toallas dobladas. Distinguió sus verdaderas ropas al lado. También el traje que usara Madeline la primera noche que llegó. ¿Qué significaba aquello? Un nervioso latido se apostó en su cuello, sin embargo se negó a preguntar o a creer en la improbable posibilidad de la libertad.

—Hemos retirado toda la cubertería para evitar su inclinación a buscar cualquier utensilio punzante que pudiese utilizar como arma —comentó el grandullón.

—¿A qué se debe tanta deferencia? —inquirió con sarcasmo.

El grandullón rio.

—¿Ve esa puerta de doble hoja? —James asintió—. Da a otro patio interior. No intente abrirla con el objeto de escapar. Tres de mis hombres están custodiando esa salida desde este momento. Sería una verdadera pena que, llegados a este punto, cometiese una torpeza irreparable —aconsejó con un gesto de advertencia en sus ojos.

Entonces vio entrar a Madeline escoltada por dos hombres y por Catalina. Intercambió una interrogante mirada con él, no obstante mantuvo la entereza. Fue extraño, pero cierto orgullo recorrió su cuerpo al verla actuar de aquella forma.

—Volveremos en una hora —dijo el grandullón soltando sus manos—. Sea un caballero y permita que la dama se asee en primer lugar —agregó con evidente diversión—. Hay cinco cubos para cada uno.

Un minuto después Madeline y él se encontraban a solas. Se miraron en silencio. A esa hora el cantar de las chicharras que se escuchaba a través de la ventana enrejada era muy fuerte a causa de la calor. Sí, hacía calor. Mucha. James comenzó a sudar y no solo a causa de la elevada temperatura del ambiente.

Madeline lo observaba todo con verdadero y notorio bochorno. El silencio aumentó la tensión entre ellos.

—Yo me muero por un buen baño. Decídete, Madeline —dijo presionándola.

Ella detuvo la mirada sobre la bañera con gesto anhelante.

—Con otra persona ni me lo plantearía, pero confío en ti. Sé un caballero y vuélvete, James —murmuró de repente con resolución avanzando hacia el biombo al tiempo que se llevaba las manos a los botones de su blusa.

¿Un caballero? ¡Por supuesto que lo era! ¡Había nacido siendo un maldito caballero. Es más, no era un caballero sino todo un caballero!, se dijo con cierta agitación.

Apretó las manos volviéndose. No obstante, había ocasiones en las que anhelaba no serlo, o al menos, no serlo tan fielmente. ¡Aquella era una de esas ocasiones!

Encajó la mandíbula tragándose su propia frustración, las ganas de resoplar y el deseo de enviarlo todo al infierno. Ante ella era el James de siempre. Debía ser el James de siempre, a pesar del desgreñado aspecto de su cabello, de la incómoda barba y de la tosquedad de su indumentaria… era un caballero. La escuchó a su

espalda mientras él mantenía un férreo control sobre sus emociones y su cuerpo. ¿Por qué de pronto se sentía tan alterado?

«Porque agonizas ante la sola idea de saberla desnuda a tu espalda. Porque matarías por hundirte con ella en esa bañera. Porque te está volviendo loco escuchar el sonido de cada prenda que cae al suelo», se dijo con fastidio.

—¿Y si no fuese un caballero? —susurró antes de que pudiese sujetar la lengua. Una sorprendida y, estaba seguro, nerviosa risita llegó a sus oídos—. ¿Seguirías confiando en mí?

Madeline meditó su respuesta mientras seguía desvistiéndose.

—No te considero un caballero por la condición de tu nacimiento sino por tu forma de actuar —contestó con rapidez.

—¿Eso crees?

Madeline arrugó la frente pensándolo apenas.

—Creo que cuando la gente te observa te juzga como alguien severo porque no sueles acompañar los gestos de cortesía con fingidas sonrisas o falsas muecas de amabilidad, pero lo eres James, eres un caballero.

«¿La gente o tú?», pensó con ironía.

—Para acompañar las muestras de cortesía con sonrisas y variadas florituras Alonso y yo disponemos de Carlos —siseó con ironía. Ella rio por lo bajo ante su comentario—. ¿Has acabado de analizar mi nivel de caballerosidad?

—De momento, sí.

—En ese caso te rogaría que no te demores más. Tenemos una hora y yo también estoy ansioso por un buen baño, Madeline.

Entonces ella advirtió las barras de jabón junto a la mesa tras salir del biombo.

—¡Hay jabón, James! —exclamó con inusitada alegría.

—Lo sé —masculló él.

«Y ahora los guardias que custodian ambas puertas también», pensó esbozando una leve sonrisa a causa de su inusitado entusiasmo

por unas simples barras de jabón, sin embargo no le sorprendió. Las mujeres solían apreciar ese tipo de detalles con más efusividad que los hombres.

—Y huele de maravilla —añadió llevándose una barra de jabón a la nariz—. Mmmm esto es el paraíso —murmuró hundiéndose en la tina de agua fresca.

«Según la perspectiva con la que se aprecie», pensó él con incomodidad ante la reacción de sus partes bajas al escuchar sus suspiros de placer.

Su ritmo cardíaco se aceleró y tuvo que esforzarse por mantener el control sobre su respiración. Escuchaba el chapoteo de Madeline mientras se aseaba a su espalda. Desnuda. Saberlo era un tormento, luchar contra el instinto de echar una ojeada una tortura, contener sus emociones hasta el extremo de que su cuerpo se resintiera un martirio. El olor a flores del jabón llegó hasta sus fosas nasales impregnando la estancia con su fragancia.

—Espero que nos proporcionen un cepillo porque mi cabello estará más enmarañado de lo que ya lo está después del lavado —murmuró ella frotándose el cuero cabelludo a conciencia.

Madeline clavó la vista en la espalda de James. Había algo perverso en aquella situación. Si él se atreviera a volverse podría ver sus senos, pues el agua de la tina solo la cubría hasta la cintura, y ella no podría hacer nada, salvo tratar de ocultarse tras la espuma que comenzaba a descender por su cuerpo posándose sobre el agua. Sin embargo, se sentía extrañamente segura aún hallándose expuesta. Él no rompería su palabra. Lo sabía. Se permitió relajarse, a pesar de la cortante tensión que se había creado entre ellos en ese inusitado ambiente. El aseo era una actividad personal que se hacía en la intimidad. Hacerlo en presencia de otra persona era cuanto menos inquietante, y hacerlo a la espalda de James, cuanto menos excitante. Madeline comenzó a enjabonar su propio cuerpo. En unos minutos se invertirían los papeles. Sería él quien se hallaría desnudo en esa estancia. Gimió al ser consciente de que su cuerpo volvía a experimentar un vivo deseo carnal por James.

«Depravada», pensó de inmediato.

—¿Ocurre algo? —preguntó él con voz ronca.

Madeline apretó los labios con mortificación al percatarse de que la había escuchado gemir.

—Se me han enredado los dedos en el cabello y me he dado un tirón —mintió tragando con dificultad.

Él no dijo nada. Permaneció en aquella actitud de tensa espera. Madeline se frotó con vigor todo el cuerpo una segunda vez con la barra de jabón. La sensación de limpieza era extraordinaria después de varios días de aseo limitado. Hundió la cabeza para desprenderse del exceso de jabón del cabello. Después cogió uno de los cubos que tenía más a mano, se puso en pie y vertió el contenido sobre su cabeza. Repitió el proceso con cuatro cubos más. Luego, salió de la tina, cogió la toalla más grande que había y envolvió su figura con ella. Entonces advirtió el jabón que aún había en los mechones de su pelo.

—¿Me cederías uno de tus cubos de agua, James? Todavía tengo jabón en el cabello.

—Cúbrete con una toalla —dijo él de repente.

—¿Qué? —dijo ella con desconcierto.

—Que te cubras, Madeline —repitió con impaciencia.

—Ya estoy cubierta con…

James se volvió antes de que finalizara la frase. Sus miradas colisionaron unos segundos antes de que él avanzara con rapidez para coger uno de los cubos mientras evitaba recorrer el cuerpo femenino con la vista.

—Inclina la cabeza —ordenó.

Madeline soltó el aire con nerviosismo e inclinó la cabeza sobe la tina sosteniendo con fuerza la toalla sobre sus senos. Tragó con dificultad cuando comenzó a notar los dedos de James sobre su cabellera mientras vertía el agua con lentitud. Sentir su mano manipulando los mechones de su cabello le resultó una experiencia increíblemente erótica y extremadamente relajante al tiempo. Emitió un silencioso suspiro sabiendo su rostro cubierto por la cascada

dorada de su cabello.

—Por Dios, Madeline. ¿Cuánto jabón has utilizado? —inquirió él agachándose para coger otro cubo.

Aquella pregunta cargada de fastidio la sacó de golpe de su absurda ensoñación.

—No lo sé… No es necesario que continúes gastando tu agua —protestó levantando la cabeza.

—No te muevas —volvió a ordenar él posando la mano abierta sobre su cuello.

Madeline obedeció al notar la leve presión que ejerció para que volviera a inclinarse. Cerró los ojos con inquietud al percibir lo que sin duda malinterpretó como una caricia sobre su piel antes de que el agua volviera a caer por su cabeza aclarando su cabello. Madeline se concentró en mantener bajo control el ritmo de su respiración mientras aplastaba sus senos con las manos. ¿Cómo podían aquellos breves roces de los dedos de James perturbarla de un modo tan apabullante? ¿Tan visceral? Él volvió a posar la mano abierta sobre su cuello sujetándolo a la par que se agachaba para coger otro cubo.

—Te quedarás sin agua, James —musitó ella con un hilo de voz.

—No necesito más de dos cubos de agua, pero tu cabello sí —murmuró repitiendo los movimientos de los dedos sobre su cabeza.

Cuando hubo vaciado el cubo, él mismo retorció su cabello para que se desprendiera del exceso de agua. Luego, posó una toalla sobre su cabeza y envolvió su cabellera enroscándola con ella mientras sujetaba el extremo con su mano.

—Ya puedes elevar el rostro —dijo con voz controlada.

La toalla quedó enrollada sobre su cabeza como si fuera una especie de turbante mientras caía enredada con su cabello sobre su espalda. Madeline seguía sujetando la toalla sobre sus senos con firmeza.

Se miraron. Ella tragó saliva con los labios cerrados al tiempo que apretaba la toalla, más aún. James paseó los ojos sobre su rostro empapado y recorrió las formas de su cuerpo ocultas tras la fragilidad

de la toalla con una intensidad que la inmovilizó. Madeline volvió a tragar saliva. Sus fríos ojos grises eran lava plateada en ese instante. Un bochornoso rubor cubrió todo su semblante sin que pudiera evitarlo. Cualquier movimiento se le antojó una provocación en potencia para que James le arrebatara la toalla.

—Gracias —musitó con voz ahogada en un intento de romper el violento momento de tensión que había surgido entre ellos.

—Mi turno —murmuró James en voz baja.

—¿Qué? —preguntó ella casi en un jadeo.

—Mi turno para asearme —dijo él sin dejar de observarla de aquella forma que la paralizaba al tiempo que comenzaba a desabrocharse la camisa con rapidez.

—Por supuesto —dijo ella obligándose a apartar los ojos de su pecho al tiempo que corría a ocultarse tras el biombo.

Una vez se sintió a salvo de su mirada tomó aire con suma fuerza y con mayor silencio. Después comenzó a secarse con celeridad.

James se arrancó la ropa. Estaba tan excitado que dolía. Se introdujo en la tina y sumergió el rostro varias veces. La húmeda frialdad bajó un poco la hinchazón de su hombría. Agradeció el impacto del agua sobre su ardor. Había engañado a Madeline. Su cabello no había necesitado los dos últimos cubos de agua, los había vertido por el simple placer de observarla, de acariciar su piel y tocar su largo cabello unos minutos más. No había podido resistirse. No había querido resistirse. El resultado de su acción había tenido evidentes consecuencias. Ella se había percatado de su deseo y él se había percatado del temeroso deseo de ella. Sonrió. Al menos había conseguido provocar una reacción. Su sutil provocación había obtenido la respuesta que había esperado. Soltó el aire con cierta satisfacción mientras comenzaba a frotar su piel con la barra de jabón que Madeline había dejado sobre la mesa. Entonces la puerta se abrió y Catalina se apostó en el marco observándolo con franco deleite. James enarcó una ceja en silencio. Una considerable cantidad de espuma cubría tanto la superficie del agua como su propio pecho por lo que poco podía vislumbrar de su anatomía.

—¿Ya ha transcurrido una hora? —preguntó sin dejar de restregar sus brazos.

Madeline contuvo el impulso de mirar sobre el biombo para ver quien había entrado. Ante el temor de que fuera un hombre continuó vistiéndose con celeridad.

—En realidad venía para avisar que quedan quince minutos.

Madeline abrió los ojos de forma desmesurada al reconocer la sinuosa voz. ¡Catalina!. Se puso sus medias de seda con rapidez.

—¿Solo quince minutos? Mi aseo acaba de comenzar —dijo James simulando indiferencia.

—¿Tan egoísta ha sido la señorita?

Madeline jadeó con indignación.

—He tenido algunos problemas para aclarar el jabón de mi cabello —siseó con irritación tras el biombo.

La melodiosa risa de Catalina llegó a sus oídos.

—Ya veo que solo ha dejado dos cubos de agua —señaló con malicia.

Madeline apretó los labios con fuerza ante el irónico apunte.

—Se los he cedido yo —dijo James como si fuese habitual asearse frente a Catalina teniendo a Madeline desnuda o semidesnuda tras el biombo.

—¿Necesita ayuda? —inquirió Catalina con sorna.

James la observó con seriedad.

Madeline contuvo el aire a la espera de la respuesta de James.

—¿Tendría la amabilidad de frotar mi espalda? —sugirió con voz queda mostrando la barra de jabón que sostenía en su mano.

Madeline se tapó la boca conteniendo cualquier sonido de desaprobación que pudiese emitir.

Catalina avanzó componiendo una sonrisa.

—Por supuesto, pero no olvide que hay dos hombres junto a la puerta —agregó con sarcasmo—. ¿Le falta mucho, señorita?

—Me demoraré todo el tiempo que precise. Frote con tranquilidad la espalda de su ilustrísima —dijo con mordacidad.

Catalina rio.

—Salga cuando esté preparada —dijo tomando la barra de jabón de la mano de James.

Él se echó hacia delante para permitirle el acceso a su espalda. James sintió sus dedos acariciando su piel de forma lenta, estimulante, incitante.

—Está muy tenso —musitó Catalina deslizando las manos sobre su espalda en rítmicos círculos. Después comenzó a masajear sus hombros—. Relájese —susurró junto a su oído obligándolo a apoyar la espalda sobre la tina mientras descendía las manos sobre su pecho.

James cerró los ojos emitiendo un suspiro. Era agradable sentir el contacto de los dedos de una mujer mientras lo agasajaba al manifestar su deseo por acariciarlo… pero no de esa mujer. Detuvo las manos femeninas con sus propias manos cuando descendieron por su cintura. Catalina rio por lo bajo.

Madeline se abotonó la camisa hasta el escote, se calzó y se asomó por encima del biombo al escuchar la risa de ella. Inspiró con la boca cerrada ante la imagen que descubrieron sus ojos. Catalina tenía las manos bajo el agua, los brazos sobre el pecho de James y su boca junto a su oído. Él permanecía con los ojos cerrados y apoyaba la espalda sobre la tina con aspecto relajado. Observó la escena con inusitada rabia antes de ocultarse tras el biombo de nuevo. Respiró un par de veces para tranquilizarse y cogió su chaquetilla con la manos.

—Ya estoy preparada —dijo con voz serena saliendo.

—Me temo que tendrá que arreglárselas solo —murmuró Catalina con doble intención soltándose de sus manos con suavidad.

James miró a Madeline. Exhibía una expresión que podría parecer, para las personas que no la conocieran, de bochorno, nerviosismo o pudor, sin embargo él la conocía lo suficientemente bien como para saber que además, se trataba de un gesto de enojo que trataba de controlar. Apretaba los labios, tenía las mejillas arreboladas

y evitaba mirarlos con la vista clavada en la puerta abierta al tiempo que sostenía su chaquetilla con ambas manos, con fuerza, como si dependiera de esa prenda para estar a salvo. De nuevo vestía su rígido traje.

«La señorita Esterly ha vuelto», pensó con fastidio.

Se había deshecho de la toalla y su húmedo cabello caía enredado sobre la espalda y sus senos. Advirtió su blusa abotonada solo hasta el nacimientos de sus senos. Su hombría reaccionó de nuevo al contemplarla. Estaba enfadada de un modo que lo desafiaba a intentar apaciguarla. A James se le ocurrieron mil formas diferentes de hacerlo, y en todas, tenía a Madeline desnuda en aquella tina con él. Su hombría reaccionó de nuevo al imaginarlo.

Catalina lo observó. Tras unos segundos entrecerró sus ojos al reconocer el deseo de su mirada. No por ella, sino por Madeline.

—Les diré a los hombres que regresen en media hora —dijo sacando una cuerda de uno de los bolsillos de su falda.

—Gracias —murmuró James mirándola con severidad.

—Extienda las manos —ordenó situándose frente a Madeline.

Madeline ofreció las manos sin soltar la chaquetilla.

Catalina la ató frente a la mirada de James, quien apretó los puños bajo el agua ante el intenso impulso que se adueñó de su cuerpo por levantarse de la tina con el objeto de liberarla. Catalina lo retó con la mirada durante los escasos segundos que necesitó para maniatarla en una especie de represalia contra él por su rechazo.

—Disfrute del baño —murmuró cerrando la puerta tras Madeline.

James se enjabonó el cabello y el cuerpo. Después cogió uno de los cubos y lo vertió sobre su cabeza eliminando los restos de jabón de su pelo. Lo cierto era que al fin comenzaba a disfrutar del baño. Casi había sufrido un pasmo al volverse y ver a Madeline envuelta en aquella fina toalla que insinuaba cada curva de su cuerpo de forma reveladora. Había contemplado sus bonitas piernas, había enloquecido observando la redondez de su trasero y había controlado con una voluntad de hierro el primitivo instinto de arrancarle la toalla, no

obstante lo que casi le había hecho perder el control fue reconocer la lujuria en sus ojos azules. Madeline lo deseaba, quizá no del mismo modo hambriento con el que él la deseaba a ella, pero era innegable que lo deseaba. Su hombría palpitó de nuevo al rememorar ese momento, entonces hundió una de sus manos y la sujetó. Era inconcebible que quisiera satisfacerse en esa situación, pero no dispondría de otra oportunidad como aquella. Bajo el agua no quedarían evidencias de su impúdico acto. Además, disponía de tiempo más que suficiente para aliviarse y descargar la constante tensión que le provocaba la presencia de Madeline. Cerró los ojos y apretó los labios para impedir emitir sonido alguno. Entonces comenzó a mover la mano sobre su miembro dejándose llevar por la excitación al tiempo que imaginaba que era Madeline quien le proporcionaba placer.

***

Madeline se posicionó frente a la puerta al escuchar pasos acercándose. La puerta se abrió. James entró escoltado por el *grandullón*. Si le sorprendió verla en la habitación unas horas antes de la cena no lo demostró, aunque sí la miró con fijeza mientras extendía los brazos para ser desatado. Ella eludió su mirada tras el primer contacto visual.

—Volveré más tarde con la cena —dijo el hombre tras contemplar a uno y otro con sorna.

La puerta se cerró. Madeline se dirigió hacia el aguamanil, sujetó el cepillo que Catalina le había entregado y continuó peinándose frente al espejo mientras ignoraba la presencia de James. Él se sentó frotándose las muñecas en silencio. Tras unos minutos, ella se aventuró a observarlo a través del espejo. Él continuaba mirándola con tranquilidad. Ella volvió a ignorarlo al tiempo que seguía desenredando los numerosos nudos de su cabello.

James se mantuvo en silencio por prudencia. No sabía si Madeline era consciente, pero en las cuatro ocasiones en las que había

cruzado su mirada con él desde que llegara al cuarto lo había asesinado, literalmente. Su enojo había aumentado de forma considerable, aunque James desconocía si era el único responsable de dicha furia. Lo que sí sabía era que la había iniciado al permitir que Catalina frotase su espalda. No lo había hecho con intencionada maldad, sino por frustración sexual, aunque debía admitir que la reacción de celos de Madeline estaba superado sus expectativas. Carraspeó con el objeto de atraer su atención. Ella no le dedicó ni una triste mirada. Estaba enfadada. Muy enfadada. Ni siquiera hacía el menor esfuerzo por ocultar su mal humor. James se mantuvo callado unos minutos más, pero ante su colérico silencio decidió averiguar porqué seguía tan molesta.

—¿Pretendes arrancarte la cabellera, Madeline?

Silencio.

—Tengo nudos —murmuró dignándose a responder tras unos segundos.

—Ya lo veo.

Ella lo observó con seriedad.

—Se te ve complacido —dijo de pronto con un tono de voz acusatorio.

James fijó su vista en la suya sin titubear.

«No imaginas cuánto», pensó con diversión.

—El baño ha resultado relajante —murmuró con voz serena.

«¿Te ha ayudado Catalina con el resto del aseo?», pensó ella con ira.

—Ya lo veo —dijo imitando su respuesta.

James respiró con paciencia y lo intentó de nuevo.

—Creía que para ti también había sido relajante.

«¡Te equivocas! ¡No había sido relajante, sino excitante hasta que apareció Catalina y permitiste que te manoseara en mi presencia!», pensó con rabia.

—Lo ha sido.

—No se te ve muy relajada —comentó arriesgándose a ser asesinado de nuevo por los ojos azules.

Madeline apretó los labios mientras seguía con la tarea.

—No me gusta tener el cabello lleno de nudos —murmuró desafiándolo con la vista.

—Al menos te han proporcionado un cepillo para que puedas peinarte. —Se aventuró a comentar él.

Ella resopló.

—Sí, Catalina ha sido muy amable. Te ha frotado la espalda y después me ha traído el cepillo —dijo con mordacidad.

James estiró las piernas y cruzó un pie sobre el otro mientras un nuevo pensamiento se abría paso en su mente.

—¿Algún problema con ella?

Madeline lo miró con simulada inocencia.

—En absoluto. ¿No me has escuchado? He dicho que ha sido muy amable. Con los dos —apuntó con ironía—. Después de dejarme en la habitación ha vuelto a frotarte la espalda y a continuación ha tenido la deferencia de traerme el cepillo —dijo mostrándoselo con sarcasmo.

James enarcó una ceja. Así que eso era. Creía que Catalina había estado con él durante el resto de su baño.

—¿Eso te ha dicho?

—Eso ha insinuado —contestó ella.

—¿Te molesta?

Madeline dejó de cepillarse y lo miró con fijeza.

«¡Sí! Te creía un hombre sensato y cabal», pensó de forma airada.

—Lo que hagas o no con Catalina, o con cualquier otra mujer —puntualizó—, no es de mi incumbencia. —Volvió a coger un mechón para cepillarlo—. Sin embargo, teniendo en cuenta tus antecedentes deberías ser más cuidadoso.

James la observó con curiosidad.

—¿Mis antecedentes? —inquirió.

—Estuviste enamorado de ella, ¿cierto?

—Cierto. —El corazón de Madeline descendió hasta caer al suelo —. En un pasado muy lejano. Me halaga tu preocupación —señaló entonces James con sarcasmo—. En cambio, que presumas que soy tan idiota como para caer de nuevo en sus redes no me halaga tanto — agregó con lentitud.

Madeline mantuvo la vista gacha.

—No presumo nada. Es lo que me dio a entender cuando me entregó el cepillo —apuntó ella defendiéndose.

James la miró unos segundos.

—No ha estado conmigo, y aunque no sea de tu incumbencia, no me agrada que me creas tan lerdo, Madeline.

Ella soltó el cepillo y se puso en pie para mirarlo de frente.

—Desde luego que no es de mi incumbencia —repitió con la respiración agitada—, pero me preocupa que te seduzca con falsas promesas o te enrede con malas artes, más aún en esta situación. ¡Eres un hombre, James! ¡Y a veces los hombres os dejáis llevar por el instinto y hacéis estupideces por las mujeres equivocadas! No tengo derecho a advertirte, pero… —Tomó aire percatándose de que había dicho más de lo que le correspondía y que, en realidad, no era de su incumbencia—. Lo siento. No pretendía ofenderte. Acepta mis disculpas, James. Es que… estoy nerviosa por algo más que dijo — murmuró con la intención de desviar la dirección de la conversación.

James permitió que se escabullera con *caballerosidad*. No quería presionarla más de lo debido. Ya había dicho suficiente. Al menos de momento. Madeline había demostrado más interés por él en aquellos días que en los últimos años. La coraza bajo la que se había sentido segura y tras la que había vivido con tranquilidad comenzaba a resquebrajarse ante él y eso la alteraba. James era consciente de que él representaba una amenaza, un trastorno que ella pretendía impedir. Precipitarse no lo beneficiaría en absoluto.

—¿Qué te dijo?

Casi sonrió al ver la expresión de alivio que compuso Madeline.

—Que el aseo había sido un obsequio de la persona que nos acompañaría durante la cena.

James se irguió con más celeridad de la que pretendía.

—¿Quién?

—No dijo nada más. Me entregó el cepillo y se marchó. ¿Sabes de quién puede tratarse?

James arrugó la frente.

«Tengo una ligera idea», pensó para sí.

—No, pero desde el principio sospeché que el baño tenía un motivo de peso. Te han devuelto tu ropas y también las que yo usaba cuando me capturaron —aclaró.

Madeline lo observó. Su indumentaria no distaba demasiado de la que utilizaba cada día. Una sencilla camisa, unos pantalones de líneas rectas y unos zapatos humildes.

James hizo una mueca ante su escrutinio.

—Estaba de incógnito, Madeline —señaló arqueando una ceja.

Ella lo miró con contrición.

—Lo sé. —Volvió a tomar asiento frente al aguamanil con una extraño rictus—. James, siento de veras mi actitud. No volveré a entrometerme —murmuró tomando el cepillo para continuar desenredando su cabello encontrando de aquella forma una nueva excusa para ignorarlo.

Entonces él se acercó.

—Préstame el cepillo.

Ella lo miró con desconcierto.

—¿Qué?

—El cepillo, Madeline. —Ella se lo entregó con confusión—. Has dejado la mitad de tu cabellera en las cerdas —murmuró con exageración—. Permíteme rescatar el resto de tu cabello —dijo cruzando una adusta mirada con ella a través del espejo.

Madeline observó en silencio como comenzaba a cepillar su cabello desenredando los nudos con cuidado. Se quedó sin aliento. Su

corazón comenzó a galopar de forma desenfrenada. Su estómago se contrajo con inquietud. James estaba cepillando su pelo. Cuanto más lo contemplaba menos podía creerlo. Ese hombre serio y gallardo estaba cepillando su cabello con suma serenidad… y habilidad.

—¿Por qué me miras así? —preguntó tras advertir su mirada.

—¿Así?

—Con tanta sorpresa —aclaró él.

Ella no meditó demasiado su respuesta.

—Porque me estás cepillando el cabello como si ya lo hubieses hecho en otras ocasiones.

James apenas esbozó una sonrisa.

—Lo he hecho en otras ocasiones —dijo sin pudor.

Madeline se negó a preguntar a quién mientras observaba la concentración con la que desempeñaba la tarea. Él también tenía el cabello húmedo, pero aunque algunos mechones habían comenzado a secarse y caían sobre su frente de forma desordenada, lo tenía echado hacia atrás. Su barba cubría parte de su rostro. Madeline a veces sentía la imperiosa necesidad de tocarla. De hecho, pensaba que le favorecía, si eso era posible. ¿Sería suave o áspera? ¿Agradable o desagradable al tacto de sus dedos?

—Ya está —dijo él devolviéndole el cepillo.

Después cogió uno de los libros que había sobre el mueble y se sentó en la silla aprovechando que aún entraba buena luz por la ventana. Tenía que pensar, de modo que el mejor modo de hacerlo era simular que leía.

Madeline dio unas ligeras pasadas más por su cabello. Entonces dejó el cepillo sobre el aguamanil. Decidió coger otro de los libros y se sentó frente a él, sin embargo continuó contemplándolo con cautela.

James sonrió con la vista fija sobre las letras al percibir sus ojos sobre él.

—¿Qué piensas?

—¿Con sinceridad?

James levantó la vista del libro. Madeline pensó que aquellos ojos acerados tenían la capacidad de perturbarla como los de ningún otro hombre cuando se posaban en ella con aquella extremada atención.

—No espero menos —murmuró con franqueza.

—Que te favorece la barba —reconoció en voz baja.

James arqueó una ceja con sorpresa. Después se pasó las manos por ella componiendo una mueca de disgusto.

—Es incómoda y estoy deseando afeitarme —reconoció—, pero gracias por el cumplido.

—Me gustaría tocarla —dijo de repente sin timidez.

—¿Quieres tocarla? —inquirió él con diversión.

—Tu has tocado mi cabello, así que sería justo que yo pudiera tocar tu barba —argumentó con cierta sorna.

James se echó hacia delante ofreciendo su rostro sin dilación.

Madeline enterró los dedos en su barba y los paseó por sus mejillas, su mentón e incluso su cuello con ligereza.

—Gracias —dijo una vez hubo satisfecho su curiosidad.

—¿Qué te ha parecido? —inquirió él con socarronería.

—Más suave de lo que esperaba —contestó ella con resolución.

James sonrió con satisfacción. Luego permanecieron unos segundos en silencio observándose.

—¿Qué más piensas?

Madeline inspiró.

—Que algún día serás un buen esposo que cepillará el cabello de su esposa —dijo con inesperada seriedad.

James entrecerró los ojos.

«¿Quieres decir para una mujer que no seas tú?», pensó con fastidio.

Se recuperó con rapidez de ese revés.

—¿Y tú, Madeline? ¿No piensas contraer nupcias?

Ella apartó la vista con incomodidad. Nunca había desmentido su

viudez porque de esa forma era más sencillo ser respetada como la propietaria de su sombrerería, además de la libertad de movimiento que le proporcionaba ante la sociedad, pero ahora James sabía que nunca había existido tal esposo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque estoy satisfecha con mi vida tal cual es. Ni quiero ni busco nada más —aseveró entrelazando las manos sobre su regazo.

James se apoyó en el respaldo de la silla sin dejar de evaluar sus palabras.

—Quizá el hombre adecuado podría hacerte cambiar de opinión en un futuro.

Ella negó con su cabeza.

—No lo entiendes, James.

—Explícamelo entonces.

—Soy la dueña de mi vida y de mis actos. Gestiono mi sombrerería y mi dinero como quiero. Trabajo sin descanso, pero no le debo obediencia a nadie y mi esfuerzo recae en mi propio beneficio. —Tomó aire antes de continuar—. Siempre había trabajado para los demás hasta que llegué a Madrid y no pretendo volver a vivir bajo ese yugo —apuntó arqueando una ceja—. Me siento libre y soy independiente. Un esposo es una atadura que no estoy dispuesta a aceptar en ningún caso. Representaría la pérdida de todo por lo que he luchado y conseguido en los últimos tiempos.

—Hablas del matrimonio como si se tratase de una soga al cuello —murmuró él con gesto reservado.

Ella lo miró con vehemencia.

—Lo es para las mujeres. Nosotras pagamos con creces ante la sociedad cada mínima equivocación que podamos cometer, sin embargo a los hombres se os disculpan errores de enjundia con una ligereza bochornosa. Tú no lo entiendes porque es a ti a quien obedecen y respetan los demás, James, pero cuando has vivido bajo los preceptos de los demás para poder sobrevivir sin tener a nadie a

quien acudir… —Suspiró controlando sus emociones—. Nunca aceptaré casarme con nadie —sentenció con firmeza.

James no podía rebatir sus palabras con la razón que le hubiese gustado puesto que entendía su perspectiva. Era cierto que la mayoría de los matrimonios eran meras transacciones y las esposas a menudo tratadas como simples propiedades. Las mujeres eran utilizadas como ganado para procrear, para sanear la economía de los hombres con sus dotes o como simples anfitrionas u administradoras del hogar, además ni siquiera tenían libre acceso a la fortuna familiar a menos que sus esposos las autorizaran. Sin mencionar los malos tratos que algunas se veían obligadas a padecer en silencio y que ocultaban por vergüenza.

«Como la condesa de Altamira», se recordó.

Sí, había matrimonios que podían llegar a convertirse en verdaderas prisiones, no obstante, también existían matrimonios bien avenidos, incluso felices como lo había sido el de sus propios padres.

—Charlotte y Alonso son dichosos.

—Y antes de serlo fueron desgraciados —apuntó ella con rapidez.

James hizo un gesto otorgándole la razón.

—Quizá no sea un buen ejemplo debido a las circunstancias bajo las que se produjo su enlace, pero ahora son felices —apuntó—. Martín y Malena también lo son —agregó.

—Tuvieron suerte —insistió Madeline con gesto contrariado—. De cualquier forma no es lo que quiero para mí. ¿Por qué estamos manteniendo esta conversación? —inquirió con un deje de desesperación.

A James le bastó una mirada para entender que ella comenzaba a sentirse acorralada.

—Insinuaste que sería un buen esposo —murmuró James clavando su mirada gris en sus ojos azules.

Madeline inspiró.

—Cuando encuentres la mujer apropiada —comentó ella con más indiferencia de la que sentía.

Imaginar a James contrayendo nupcias hacía que un extraño

nudo de inquietud se apostara en su estómago con insistencia. Sin embargo, tendría que aprender a dominar esa intranquilidad, pues algún día se casaría. Quizá en ese momento le pareciera complicado aceptarlo, pero enfrentarse a esa posibilidad sería infinitamente más sencillo cuando ambos regresaran a la rutina de sus vidas y sus encuentros volvieran a ser tan infrecuentes en el tiempo como espaciados.

—Supongo que sí, aunque de momento no pienso demasiado en el matrimonio —murmuró él con desinterés cogiendo el libro de nuevo—. ¿Te importa que lea un poco antes de que lleguen con la cena?

Ella negó con su cabeza.

—No. Yo también leeré —murmuró ella con cautela.

James guardó silencio mientras analizaba cada palabra y cada uno de los gestos que su expresión había manifestado durante la conversación al tiempo que simulaba leer con suma concentración.

***

Sábado, 26 de febrero de 1876

Teatro Variedades, Madrid

JAMES Y MADELINE

El público estalló en aplausos y vítores al término de la función, sin embargo James estaba demasiado ocupado para aplaudir mientras sostenía los binoculares de nácar y observaba a la señorita Esterly, quien se había unido a la ovación desde el patio de butacas a unos metros de distancia de su palco.

Después de cenar en casa de su madre, esta lo había arrastrado a la calle de la Magdalena, en la acera de los pares, cerca de la plaza de Antón Marín, donde se situaba el pequeño teatro. Quería asistir a la

representación de *Los Pavos Reales* interpretada por los actores Luján[xiii] y Vallés, y puesto que su progenitora había expresado con cierta censura su desagrado hacia las cuatro semanas transcurridas desde la última vez que se vieran, aún residiendo en la misma ciudad, James no había tenido más remedio que ceder para satisfacer su deseo maternal de compañía. Además, había experimentado un repentino sentimiento de culpabilidad, pues tenía previsto marchar durante una larga temporada.

James le entregó los binoculares a su madre cuando esta se los pidió.

No había podido imaginar que, tras instalarse en el palco, divisaría casi de inmediato la silueta de Madeline Esterly a una escasa distancia, menos aún había esperado que los gestos de confianza que su acompañante le prodigara al hablarle al oído le incordiaran de un modo tan intenso o que la sonrisas que ella le dedicara se clavaran como pequeños alfileres en su interior sobresaltándolo. Durante toda la función había resultado extraño, molesto y perturbador contemplar su alegre relajación en compañía de aquel individuo.

«Siempre parece relajada en presencia de cualquier persona que no seas tú», pensó con irritación.

Su madre le devolvió los binoculares con distracción.

Él se había dedicado a observarla con minuciosidad durante la hora transcurrida desde que sus ojos la descubrieran. Su cabello dorado, la armoniosa belleza de su rostro, las sutiles curvas de su delgada figura… No era la clase de mujer que solía atraerle, sin embargo era la mujer que había logrado retener su atención durante los dos últimos años y no precisamente porque ella lo desease. Sonrió con desgana. En realidad, la señorita Esterly se había esforzado en mantener las distancias desde que se conocieran marcando con deliberada sutileza sus diferencias siempre que coincidían.

Debido a los tensos y agitados acontecimientos vividos en el país, James había descuidado su vida personal por completo, no así sus necesidades físicas. Sin embargo, había permanecido tan ocupado atendiendo sus deberes políticos y sociales que había obviado analizar

con detenimiento lo que sucedía con Madeline Esterly cuando se encontraban, no obstante era consciente de la atracción sexual que se había originado entre ellos en alguna ocasión. Él lo había ignorado creyendo que desaparecería, pero no solo no había desaparecido con el tiempo, sino que se había consolidado, quizá en gran medida a causa del deseo no resuelto. Arrugó la frente. Ahora tenía un nuevo problema con ella. Los celos. Nunca había experimentado el sabor de los celos hasta ese instante. Le pareció sorprendente reconocer ante sí mismo el hecho de sentir celos, no obstante sería un error negar la evidencia de sus emociones. No le gustaba ver a Madeline prodigar a otros hombres el trato despreocupado que deseaba para sí. No le gustaba que ese hombre se acercara a ella como si fuese de su propiedad. No. No solo no le gustaba, sino que le fastidiaba. Tampoco le gustaba pensar en la posibilidad de imaginarla desposada con él, mucho menos en su cama. Le irritaba. Y desde luego, no le gustaba mantenerse a la distancia que ella consideraba aceptable y que él siempre había acatado. Frunció el cejo. No sabía a ciencia cierta porqué.

Parte del público se dispuso a abandonar el teatro antes de la siguiente función para permitir el acceso a los nuevos espectadores. Él la vio avanzar entre el gentío del brazo del aquel individuo en dirección al salón de salida.

—Vuelvo más tarde, madre —dijo disponiéndose a abandonar el palco al tiempo que le entregaba los binoculares.

Su madre asintió con descuido, pues a la entrada se había encontrado con dos amigas de su círculo social a las que había invitado a subir al palco. En ese momento, las tres mujeres conversaban animadamente apenas prestando atención a su silenciosa presencia.

James se apresuró a bajar las escaleras para llegar al salón a tiempo de tratar de interceptar a la señorita Esterly.

***

Madeline se abotonó su abrigo hasta el cuello, pues el aire que entraba por la puerta era bastante frío a esa hora de la noche. Sentía unas ganas horribles de llegar a su casa cuanto antes, sin embargo se veía abocada a esperar con paciencia hasta que pudiera marcharse.

—¿Está segura de que no quiere quedarse a la siguiente función? —preguntó la señora Ribas.

Madeline hizo un gesto de negación.

—Lo lamento, doña Graciela, pero el malestar de garganta se ha agudizado. Me temo que estoy enfermando —apuntó con una mueca de disculpa.

Doña Graciela la estudió. Era cierto que el febril brillo de su mirada se había acentuado en las últimas horas y que la joven parecía destemplada.

—Lamento haber insistido sabiendo que no se encontraba bien esta tarde —dijo la mujer excusándose.

Madeline cabeceó.

—He disfrutado mucho de la representación, doña Graciela. Le agradezco que insistiera, pero creo que regresar a casa será lo más beneficioso para mi salud en este momento.

Doña Graciela asintió.

—Espero que mi hijo no se demore en conseguir un coche… ¡Oh! ¿Le importa aguardar unos minutos a solas? He reconocido a una amiga a la que me gustaría saludar —agregó con un gesto de interrogación.

Madeline esbozó una leve sonrisa.

—En absoluto. Vaya —contestó ella animándola.

—Regresaré en unos minutos —anunció doña Graciela marchándose.

Madeline la siguió con la mirada hasta verla llamar la atención de una mujer de edad similar que pareció complacida al verla al otro lado del salón. Ambas mujeres comenzaron a conversar de inmediato.

—Buenas noches, señorita Esterly.

El corazón de Madeline se detuvo para comenzar a palpitar con más rapidez de lo que consideró recomendable al escuchar aquella conocida voz a su espalda. Se volvió con un gesto de sorpresa que no pudo reprimir. Ahí estaba el conde de Valdetorres. Alto, imperturbable, elegante, serio. Arrebatador. Tragó saliva. Su garganta se resintió al hacerlo.

—Ilustrísima… que coincidencia. Buenas noches —murmuró con incomodidad.

James observó sus mejillas arreboladas y el fulgor de sus ojos con extrañeza.

—Espero que agradable —apuntó componiendo una ligera sonrisa—. ¿Se marcha? —inquirió alzando una ceja.

—Así es. Mi acompañante ha ido a buscar un coche.

—¿Me permite sustituir su compañía hasta que regrese?

Madeline titubeó. No quería ser descortés y tampoco se sentía con ánimo de rechazar su cercanía con ingeniosa elegancia. Además del dolor de garganta, había comenzado a padecer un constante martilleo en las sienes. Sabía que no debía haber aceptado la invitación puesto que ya se sentía indispuesta al atardecer, sin embargo sus momentos de ocio eran tan escasos que no había podido resistirse a la simpática insistencia de doña Graciela.

—No es necesario. ¿Ve a la mujer del vestido violeta? —preguntó señalándola con la mano. Él asintió con la vista—. Es la madre de mi acompañante. Regresará en unos minutos. Además estoy convencida de que habrá alguien esperándolo —apuntó con la esperanza de que así fuera.

James cruzó las manos a su espalda.

—Se equivoca. Mi madre y sus dos amigas me han ignorado desde el comienzo hasta el final de la función. Aunque lo parezca no es una queja —confesó con pícara celeridad.

Madeline lo miró sin saber qué añadir. No podía creer que alguien pudiera ignorar su presencia, aunque fuese eso precisamente lo que ella intentaba hacer cada vez que se encontraban. En primera

instancia eludirlo y en segunda ignorarlo sin sobrepasar la línea del decoro.

—Le agradezco su compañía entonces —musitó con reticencia.

—¿Es su prometido?

Madeline parpadeó con confusión. ¿Había escuchado bien?

—¿Cómo dice?

—El hijo de la mujer del vestido violeta. ¿Es su prometido? —inquirió él con gesto estoico.

—¡No! —Madeline carraspeó. Su garganta volvió a protestar—. No —repitió tras el sobresalto—. Quizá doña Graciela albergue alguna esperanza al respecto, pero no… —concluyó en voz baja.

Madeline arrugó la frente. ¿Por qué había preguntado él eso?

—Doña Graciela es la mujer del vestido violeta, supongo —murmuró James con un atisbo de chanza en sus ojos.

Madeline asintió con la vista. ¿Por qué la miraba con ese repentino gesto de satisfacción?

—Doña Graciela y su hijo son los propietarios de una tienda de telas en el pasaje de Murga —aclaró recriminándose en silencio el ofrecerle explicaciones.

Madeline no se sentía bien. ¿Estaban manteniendo una conversación coherente?

James asintió. El alivio lo recorrió desde la raíz del cabello hasta la punta de los dedos de los pies. No estaba prometida. Entonces advirtió con preocupación que el brillo de sus ojos se había acentuado.

—¿Se encuentra bien, señorita Esterly?

Ella apoyó uno de sus hombros en la pared.

—Lo cierto es que no. Dolor de garganta, de cabeza y creo que estoy destemplada —reconoció llevándose la mano a la mejilla.

Sí, tenía fiebre. No cabía duda.

—Espere aquí —ordenó él con resolución antes de alejarse.

Madeline lo observó dirigirse a doña Graciela, presentarse con una educación exquisita e intercambiar algunas palabras con un gesto

encantador en el rostro. Ella sonrió imperceptiblemente. Las mujeres lo contemplaban con franca impresión. Después cruzaron algunas palabras más al tiempo que los tres clavaban sus miradas en su figura. Unos instantes después, el conde de Valdetorres regresaba a su lado esquivando el gentío del salón.

—La llevaré a su casa —anunció con autoridad.

Madeline abrió la boca, luego la cerró.

—No puede llevarme a mi casa —protestó con un hilo de voz.

—¿No? Usted está indispuesta y yo dispongo de un coche junto a la puerta —aclaró—. Además he obtenido el beneplácito de doña Graciela, señorita Esterly.

Ella no lo meditó lo suficiente, puesto que de haberlo hecho habría declinado su ofrecimiento con cualquier excusa, sin embargo ansiaba con tanto fervor llegar a su hogar, desvestirse y meterse en la cama que claudicó.

—Se lo agradezco, ilustrísima. ¿Y su madre? —preguntó al recordarla.

—Habré regresado antes de que finalice la nueva función. Salgamos, señorita Esterly.

Madeline se despidió de doña Graciela con un gesto de la mano en la distancia. La mujer le devolvió el saludo, a pesar de continuar observando al conde de Valdetorres con evidente asombro.

Él la escoltó a través de la multitud hacia la salida, le indicó el camino hacia su coche y antes de subir intercambió algunas palabras con el auriga que ella no logró escuchar bien. ¿Recordaba su dirección? Madeline se acomodó en el mullido interior sintiéndose desconcertada. Él lo hizo a su lado. Debía estar más enferma de lo que imaginaba pues comenzó a temblar en cuanto el coche comenzó a moverse.

—¿Tiene frío?

—En realidad, no —confesó ella.

Entonces él hizo algo inconcebible. Posó la mano en su frente. Madeline lo miró con aturdimiento, aunque permitió el contacto sin

saber muy bien como debía reaccionar.

—Está ardiendo —masculló él frunciendo el cejo.

—Solo necesito llegar a casa y descansar —murmuró ella en voz baja cuando apartó su mano.

Permanecieron en silencio. Madeline apoyó la cabeza en el respaldo. Los ojos comenzaron a pesarle a causa de la suavidad del asiento y el traqueteo del carruaje sobre el empedrado de la calle tras unos minutos de viaje.

—¿Qué le ha dicho a doña Graciela para ganarse su confianza con semejante celeridad?

—Me he presentado, me he ofrecido a llevarla a su residencia a causa del agravamiento de su salud y luego le he prometido que podría verme en el palco junto a mi madre en media hora —señaló él con sarcasmo.

Ella sonrió cerrando los ojos con brevedad.

—No tenía ninguna oportunidad ante usted —murmuró en un descuido.

James observó como el sopor comenzaba a adueñarse de ella.

—¿A qué se refiere?

—Es como un encantador de serpientes cuando se muestra encantador, valga la redundancia —reconoció en un estado de aletargamiento.

James era consciente del poder que ejercía sobre las mujeres cuando se empeñaba. No era vanidad, sino un hecho constatado a lo largo de su vida.

—¿Duda de mi encanto, señorita Esterly? —susurró acercándose.

Ella negó con los ojos cerrados.

—Es arrebatador... incluso bajo su usual gesto de seriedad —murmuró.

James sonrió para sí. Ella respiraba de forma pausada mientras las garras del sueño la atrapaban más y más. ¿Realmente había respondido que era arrebatador?

—¿Y para usted? ¿Soy arrebatador? —musitó aún más cerca.

Ella no respondió. La somnolencia la había vencido.

James la observó con intensidad cuando al cabo de unos minutos ella apoyó la cabeza en su hombro en un estado de absoluto sopor. Esperó unos segundos antes de acomodarla con cuidado sobre su pecho mientras rodeaba su espalda con el brazo. Entonces algo ocurrió. Su corazón comenzó a latir de una forma apresurada e inquietante. Olió su cabello y acarició su textura con los dedos. Era fino y sedoso. Una abrumadora calidez se expandió en su interior. ¿Qué tenía aquella mujer que lo hacía sentirse tan poderoso e inseguro a la vez? ¿Tan mundano y correcto? ¿Tan confiado e intranquilo? La sensación que lo inundó al imaginarla suya le cautivó, no solo por ser la primera vez que sentía algo así en años, sino porque ella dormitaba sobre él con suma relajación, quizá sintiéndose protegida en sus brazos… Sonrió. Él sabía que aquella relajación estaba sujeta a su estado febril, pero aún así se permitió disfrutar del contacto de sus cuerpos, a pesar de las capas y capas de ropa que había entre ellos. Cerró los ojos y la sostuvo con una apabullante satisfacción mientras tomaba una decisión.

El coche se detuvo. El trayecto había finalizado. Entonces James escuchó a su cochero descender mientras se apresuraba a obedecer sus órdenes.

«Cuando regrese nuestra situación cambiará», prometió posando un breve beso sobre su sien.

Al cabo de unos pocos minutos la portezuela se abrió.

Martín colocó las manos en sus caderas ante la imagen de James sosteniendo el cuerpo de Madeline junto al suyo. James puso un dedo sobre sus labios instándolo al silencio.

—Nos hemos encontrado en el teatro Variedades. Está enferma. Tiene fiebre. No podía llevarla a su hogar —murmuró excusándose.

Martín cabeceó sonriendo.

—Mi esposa está preparando una habitación —susurró con un rictus de diversión—. ¿La despiertas tú o lo hago yo? —inquirió en

voz baja.

James pareció titubear.

—Me marcho una temporada. ¿Podrías custodiarla hasta mi vuelta, Martín?

Martín entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Qué significa eso? —preguntó con una abierta y burlona sonrisa mientras se cruzaba de brazos.

«Vas a obligarme a decirlo, ¿verdad?», pensó James con fastidio.

—Significa que pretendo iniciar un cortejo con la esperanza de que me acepte —musitó con resolución—. Ni una palabra —advirtió cuando lo vio componer un gesto de enorme satisfacción en su semblante.

—Ya era hora, James —susurró Martín sin dejar de sonreír—. Ya era hora.

Capítulo Diez

Sábado, 10 de junio de 1876

Afueras de Córdoba

James apartó el plato de la cena. Tenía el estómago cerrado. Madeline tampoco parecía tener demasiado apetito, pues removía la cuchara sobre la sopa de pastas con gesto contrito. Ni las croquetas de arroz, ni siquiera el postre; una olorosa crema al café, conseguía tentarlos.

—¿Crees que Catalina me engañó? —inquirió ella mirándolo.

James se echó sobre el respaldo de la silla. Luego suspiró restregándose los ojos.

—Puede ser. Quizá nos precipitamos al creer que ocurriría algo esta noche.

Ella compuso una mueca de desagrado.

—¿Entonces qué sentido tiene el baño o que nos hayan devuelto nuestras ropas?—siseó en voz baja mientras se desabrochaba los tres primeros botones de su ajustada blusa blanca.

James evitó seguir la dirección de sus dedos con la mirada.

—No lo sé —dijo con honestidad.

Madeline se levantó y comenzó a pasear por la habitación con inquietud.

—Mañana le arrancaré los ojos a Catalina por crearnos falsas esperanzas —murmuró con gesto airado.

James sonrió.

—No lo harás, Madeline.

—No me subestimes, James —siseó ella de repente.

Él se mantuvo impasible.

—Nunca se me ocurriría —murmuró apartando la vista de su rostro.

Entonces ella se sentó a su lado componiendo un gesto de frustración.

—Jamás le he arrancado los ojos a nadie. No creo que supiese hacerlo —confesó con infinita seriedad.

—Ya lo imaginaba —dijo él—. ¿Y una cabellera? —inquirió con condescendencia.

La fingida sugerencia le arrancó una leve sonrisa a Madeline.

—Me temo que tampoco —murmuró con cierta sorna.

James cabeceó con gesto contrariado.

—Lástima —susurró simulando desilusión.

Ella volvió a sonreír.

—¿Tú lo has hecho alguna vez?

—No, pero mi puntería con las armas de fuego es excelente. Y además, soy uno de los mejores espadachines que conocerás jamás.

Madeline arqueó una ceja.

—Afirmar eso es muy presuntuoso por tu parte —dijo ella fijando sus ojos en los suyos.

—Quizá, pero no por eso es menos cierto —apuntó James con serenidad.

Entonces ambos se miraron. Él con extrañeza y ella con alarma al escuchar pasos avanzando por el corredor. Se posicionaron frente a la puerta con expectación. James entrelazó sus dedos con los suyos para incitarla a la calma. Ella respiró hondo antes de asentir con la mirada. Entonces, cuando él percibió la aparente serenidad de su rostro, soltó sus dedos.

Madeline observó con curiosidad a las tres personas que entraron en la estancia; el grandullón, Catalina e Isabel. La expectación se esfumó y su frustración retornó. Miró a James. Él tenía la mirada clavada en Isabel con suma tensión. Miró a Isabel. Esta lo miraba a su

vez con cierta burla.

—Cuánto tiempo, Teresa —dijo él cruzándose de brazos—. Me siento honrado por tu presencia —agregó con ironía.

Madeline los observó con desconcierto. ¿Teresa? Por supuesto sabía que Isabel no era su verdadero nombre... ¿Quién era Teresa? La única persona que conocía con aquel nombre, y desde luego no porque la conociera de forma personal, era la marquesa de Santaella, quien en el pasado fuera amante del marqués de Andrada, el esposo de Charlotte… Madeline agrandó los ojos con asombro ante la posibilidad de que se tratase de la misma mujer. No podía ser. ¿O sí? ¿Sería aquella la mujer que buscaba James? ¿A la marquesa de Santaella? ¿Por qué? ¿Para qué?

Isabel tiró hacia abajo de su pañuelo dejando su rostro al descubierto con gesto divertido. Madeline la observó con renovado interés. Fuese o no la marquesa de Santaella la belleza de esa mujer era indiscutible.

—Creo recordar que la última vez que coincidimos fue en una velada en la que incluso bailamos un vals —señaló ella con cordialidad.

Él entrecerró los ojos.

—Esa no fue la última vez exactamente, aunque ahora que lo pienso, en realidad no llegamos a coincidir —murmuró James con voz pausada.

Teresa rio con sorna.

—Siempre te he comparado con un sabueso, James. —La diversión desapareció de su rostro—. Terco, insistente y molesto —apuntó con dureza.

Madeline contuvo el aliento ante el cambio de actitud que la mujer manifestó de golpe. Era peligrosa. Así lo percibió por su forma de retar a James con sus oscuros ojos. Madeline lo contempló de soslayo. Él no parecía impresionado, ni siquiera preocupado.

—¿Con un sabueso? Qué honor viniendo de ti —puntualizó con

ironía.

Ella arqueó una ceja.

—¿Dónde están tus modales, James? ¿No nos presentas? —preguntó fijando su atención en Madeline.

James apretó los puños.

—Ya conoces a la señorita Esterly. Te tomaste la molestia de traerla para controlarme —dijo con estudiada calma—. Llévatela, Catalina —ordenó de pronto—. La marquesa y yo debemos hablar a solas.

Madeline jadeó con sorpresa. ¿Cuántas veces le había repetido que se mantuviera alejada de Catalina? ¿Y ahora se deshacía de su presencia enviándola con ella? Lo miró sintiéndose herida. ¿Por qué no quería que ella permaneciese allí? ¿Qué era lo que sucedía entre la marquesa de Santaella y él?

James y Teresa se midieron en silencio.

—Obedezca, señorita Esterly —murmuró Teresa sin apartar la vista de él—. El conde y yo tenemos asuntos pendientes que solucionar en la privacidad.

Entonces James la miró.

—Ve, Madeline —dijo con autoridad—. Por favor —agregó en voz baja con más suavidad ante el gesto de dolor que percibió en su mirada azul.

Madeline apartó la vista de él y se dirigió a la puerta con seriedad. Catalina la cogió del codo y, sin más preámbulos, ambas salieron del cuarto.

—Tú también —dijo Teresa posando la mano en el brazo del grandullón.

James detectó la complicidad que escondía el sencillo ademán.

—¿Está segura? —preguntó el hombre con una clara advertencia en su mirada mientras observaba a James.

—El conde se ha asegurado de que confíe en él enviando fuera de

su alcance a la señorita Esterly. Aprecio su gesto y yo se lo devuelvo —explicó fijando sus ojos en los de James.

El grandullón asintió saliendo de la estancia sin cuestionar su orden. Una vez la puerta se cerró Teresa se cruzó de brazos.

—No intentes hacer ninguna estupidez, James —murmuró con mirada amenazante—. Toma asiento, por favor —continúo con extremada afabilidad.

James la observó con gesto imperturbable.

—¿Crees que la pondría en peligro para dañarte? Como bien has adivinado, no —señaló él con sequedad—. Las damas primero —dijo con un falso gesto de cortesía invitándola a sentarse.

Ella cogió una silla y tomó asiento con decoro. James la imitó sentándose enfrente. Teresa permaneció en silencio esperando que tomara la palabra. James permaneció en silencio sopesando la situación.

—Te has tomado muchas molestias por mí. Debiste dejarla al margen de nuestros asuntos, Teresa —agregó con frialdad refiriéndose a Madeline.

Ella entrecerró sus ojos.

—Casi las mismas molestias que tú te has tomado para encontrarme. La habría dejado al margen si no hubieses intentado escapar a diario —señaló ella.

James entrecerró los ojos.

—¿Dónde están mis hombres? ¿Qué ha sido de ellos?

Teresa suspiró con fastidio.

—Están repartidos en dos habitaciones al otro lado de la finca. Han dado algunos problemas, pero se hallan en perfectas condiciones —apuntó alzando la ceja.

James soltó la respiración con alivio.

—¿Qué clase de problemas?

Teresa se encogió de hombros.

—Han intentado escapar en repetidas ocasiones, de modo que me vi en la obligación de narcotizarlos a diario. —James la miró con severidad—. Tranquilo, James. Están bien. En un estado de sosiego —apuntó con deliberada sorna.

James resopló.

—Pudiste narcotizarme como a mis hombres y dejar a Madeline al margen —insistió con los labios apretados.

Ella agrandó los ojos.

—¿Pero qué diversión habría obtenido procediendo así? Además, Catalina quería conocerla —agregó con mordacidad.

James rechinó los dientes. Decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Fue una sorpresa descubrir que no habías abandonado el país —comentó entonces.

Ella compuso una mueca de disgusto.

—Es difícil abandonar el país cuando hay tanta gente buscándote. Preferí ocultarme por un tiempo hasta que se calmaran las aguas.

—Yo te encontré —aseveró con arrogancia.

Teresa soltó una carcajada.

—No te equivoques, James. Permití que me encontraras. Te conduje paso a paso a mi trampa —señaló con altivez.

—Sabía que era una trampa, no obstante precisaba verte. Podríamos seguir con esta lucha de egos durante toda la noche, Teresa, pero aunque me divierte estoy interesado en otro asunto —agregó—. ¿Por qué me has retenido durante estas semanas?

Ella suspiró con una expresión de tedio.

—Necesitaba hacer mis propias averiguaciones. Asimismo, precisaba disponer de la mayoría de mis hombres. Tardé algunos días en reunirlos —aclaró elevando una ceja.

James fijó sus ojos en los de ella con suma seriedad.

—Preciso los nombres de los asesinos de mi padre, Teresa —

exigió con voz dura.

Ella enfrentó su mirada sin sorpresa alguna.

—No puedo ayudarte.

—¿No puedes o no quieres ayudarme? —inquirió poniéndose en pie.

Ella lo miró durante varios segundos.

—Están muertos —dijo con lentitud.

—¿Todos? —Teresa guardó silencio—. ¿Tu esposo fue uno de los asesinos de mi padre?

Ella lo estudió con la mirada.

—Sí. ¿Qué te contó la condesa de Altamira?

—Me contó lo poco que tú le revelaste. —Inspiró para controlarse —. ¿Qué sucedió esa noche, Teresa?

Ella también se irguió.

—¿Estás seguro de querer saberlo? —inquirió con renuencia.

—¿Te habría buscado sin descanso de no querer saber la verdad? —Ella se cruzó de brazos—. Te lo ruego, Teresa. Necesito saber lo que le ocurrió a mi padre —pidió con un gesto de súplica.

Ella le dio la espalda con la clara intención de esconderle su rostro. Tras unos segundos de reticente silencio comenzó a hablar.

—En aquellas reuniones había mujeres que acudían porque querían y otras que lo hacían obligadas por sus esposos. Entre estas, estábamos la condesa de Altamira y yo. —James fijó sus ojos en el suelo. Teresa debía ser muy joven entonces—. Aquella noche la reunión se celebraba en Rascafría; en una de las propiedades que mi esposo había adecuado para tales menesteres —aclaró—. Tu padre llegó con tu tío. Alguien les permitió la entrada porque llegaron acompañados de varias rameras con la falsa intención de unirse a la diversión. Catalina servía los licores en la fiesta. Y sí James, se prostituía, pero solo con quien ella escogía. Al menos disfrutaba de ese privilegio —agregó con cierta amargura en la voz—. Al reconocer a tu

padre se apartó de su vista. Sabía que él no era de la clase de hombres que asistían a ese tipo de fiestas y que su presencia allí desencadenaría problemas. —Calló unos segundos. James la escuchó tomar aire antes de continuar—. Mi esposo jamás me perdía de vista, ni siquiera cuando manteníamos relaciones con otras personas. Le gustaba compartirme, pero siempre bajo su vigilancia —explicó en voz baja—. Recuerdo que le dijo a uno de sus amigos que no se fiaba de la presencia del conde de Valdetorres, puesto que no había sido invitado y nunca había sabido de su comparecencia en reuniones de índole similar. Algunos más estuvieron de acuerdo con su recelo. —Teresa recuperó la fortaleza de su voz—. No consigo rememorar con exactitud quien fue el hombre que provocó a tu padre, pero sí escuché como decía que si ya se había cansado de su bonita esposa irlandesa bien podría compartirla con los demás en lugar de aparecer con fulanas. Cuando quise darme cuenta la pelea había comenzado. Tu padre y tu tío redujeron con facilidad a los primeros hombres que los golpearon. Entonces mi esposo se olvidó de mi existencia e intervino. Se acercó con dos copas de vino, se excusó por el comportamiento de sus invitados y los instó a olvidar el incidente y divertirse con las mujeres. Tu padre y tu tío bebieron de las copas simulando aceptar, cogieron a sus rameras y caminaron hacia una de las habitaciones. Ese fue su error. —James continuó escuchándola con atención—. Mi esposo jamás se quitaba del dedo anular un solitario que podía abrirse. Contenía algunas sustancias en polvo. Las utilizaba para anular la voluntad de las mujeres que se resistían de alguna forma —explicó con voz neutra. Una sensación de asco recorrió el cuerpo de James—. Lo vi adulterar el vino de las copas que les dio de beber a tu padre y tu tío. Unos quince minutos más tarde él y seis hombres de su confianza entraron en la habitación, echaron a las fulanas y los incitaron a marcharse. Las sustancias habían comenzado a surtir efecto, de modo que les resultó sencillo escoltarlos hacia la salida sin llamar la atención del resto de invitados. Nadie sospechó nada extraño, puesto que abandonaron la casa por su propio pie, en aparente calma y sin formar escándalo alguno. Catalina y yo los seguimos con cautela. Los llevaron a la parte trasera de la finca, los

obligaron a entrar en los establos y los golpearon en el estómago, en la espalda y en las piernas mientras los imprecaban tratando de averiguar el motivo de su presencia en aquella reunión. —James cerró los ojos con rabia mientras seguía escuchando—. Ninguno habló, pero tanto tu padre como tu tío insultaron su hombría por la utilización de narcóticos para enfrentarse a ellos. Eso los enfureció. Los golpearon con más fuerza hasta que perdieron el conocimiento. Había comenzado a llover con fuerza, de modo que mi esposo sugirió simular un accidente para deshacerse de ellos. El resto estuvo de acuerdo. —El dolor inundó a James ante las palabras de Teresa—. Tu padre era un hombre admirado y respetado en los altos círculos sociales. Pensaron que descubriría sus perniciosas actividades ante la sociedad y que eso los afectaría de forma económica. No podían permitir algo así. Debían impedir que se conociera la existencia y la naturaleza de aquellas fiestas así como la identidad de las personas que participaban en ellas. En ese momento Catalina me instó a volver a la casa. Estaba muy asustada y convencida de que también se desharían de nosotras si nos descubrían allí. —Teresa tomó aire—. Al regreso a la casa, entramos por la parte trasera de la cocina, evitamos el salón principal y nos dirigimos a la habitación más apartada pensando que estaba desocupada. Nuestras ropas estaban mojadas y necesitábamos cambiarnos cuanto antes. En los armarios de cada habitación siempre había ropa interior y batas de seda, cuyo objeto no era otro que el de satisfacer las fantasías de los hombres que lo desearan. Mi esposo también se aseguraba de que no faltase el alcohol, el rapé, el opio y sustancias similares. Fue una mera casualidad que encontráramos a la condesa de Altamira allí. Estaba ebria. Cuando balbuceó que estaba esperando que el irlandés que le había robado la felicidad la rescatara comenzamos a tirarle de la lengua. Fue sencillo hacerla hablar y atar cabos. Lo siento, James. Las muertes de tu padre y tu tío fueron un sinsentido —concluyó ella volviéndose.

Entonces fue James quien le dio la espalda. Sentía una fuerte opresión en la garganta, las ganas de gritar de cólera oprimieron su pecho. Comenzó a temblar de impotencia. Cerró con firmeza los puños de sus manos tratando de controlar su turbación. Sí, sus muertes

habían sido un sinsentido. Un terrible e incomprensible sinsentido. Rugió de rabia y golpeó la pared con fuerza. Una vez. Dos. Tantas veces, con tanta rabia y con tanta desesperación que ni siquiera percibió el dolor en sus manos cuando se lastimó.

Teresa permaneció en silencio mientras lo veía descargar su furia. La puerta se abrió. James no fue consciente de la muda mirada que ella intercambió con el hombre ni del gesto que le hizo para que volviera a marcharse. Se sentó, fijó la mirada en la espalda de James y esperó que recuperara la calma. Tras varios minutos en los que James apoyó la frente en la pared al tiempo que respiraba con celeridad para tranquilizarse, se volvió.

—¡Sus nombres, Teresa! —exigió con brutalidad.

Ella enfrentó la ira de su reacción con templanza.

—Están muertos, James —repitió con lentitud.

—¿Todos? ¡¿Te encargaste de todos?! —bramó con gesto alterado.

«De todos los que me tocaron contra mi voluntad».

—Por lo que recuerdo, tuvieron la desgracia de fallecer en fatales accidentes —señaló Teresa sin reconocer su implicación.

No hizo falta. James supo que se había vengado de los hombres que habían abusado de ella, su esposo incluido. Entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Todos los hombres que intervinieron en el asesinato de mi padre están muertos? —siseó con los labios apretados.

Ella guardó silencio sin desviar la vista de la suya.

—Excepto uno.

—Su nombre —exigió acercándose de forma intimidatoria.

Ella suspiró.

—No te he mantenido a salvo durante estas semanas para enviarte a la muerte, James —dijo con seriedad.

—Eso es asunto mío. Su nombre —repitió con gesto amenazante. James volvió a gritar de frustración ante su silencio—. ¡Maldita seas,

Teresa! ¡Habla! ¡Sabes que lo averiguaré tarde o temprano! —gritó con exasperación.

—Para entonces confío en que haya muerto.

—Mis asuntos no son de tu incumbencia —siseó respirando con fuerza.

Ella respiró con paciencia.

—Alonso te tiene aprecio y Catalina también —murmuró con serenidad.

—¡Deja a Alonso y Catalina fuera de esto! ¡Dímelo! —vociferó—. ¡Era mi padre, Teresa! ¡Mi padre! —gritó con inmenso dolor mientras el brillo de la humedad anegaba sus ojos.

—Estás dolido y furioso, James. Y entiendo que lo estés —apuntó ella—, pero no es tu estilo proceder gobernado por la ira —agregó estudiando el escaso control que ejercía sobre sus emociones en ese instante—. Si te lo dijera te estaría enviando a una muerte segura.

—¡Soy yo quien debe tomar esa decisión! —bramó restregándose los ojos. Entonces la miró con determinación—. Te sacaré del país con tu fortuna intacta. Sabes que puedo hacerlo y que dispongo de los medios y de los contactos para lograrlo.

Ella lo contempló sopesando su propuesta. Era una propuesta nada desdeñable viniendo de James.

—No podrás sacarme del país con las garantías que me ofreces si estás muerto —repuso ella con viva inteligencia.

Él se pasó las manos por el cabello con inquietud.

—Una vez en la frontera me dirás su nombre —siseó con el rostro contrariado.

—Tengo que meditar la conveniencia de tu propuesta —dijo poniéndose en pie—. Te daré una respuesta antes del amanecer, y en caso de que aceptara, esas garantías se harán bajo mis condiciones —continuó dirigiéndose hacia la salida—. Esta es la última noche que permaneceréis aquí. Todo está preparado para que Carlos os localice mañana por la mañana —anunció abriendo la puerta.

—¡Teresa! —Ella volvió la vista—. Juro que te sacaré del país.

Me conoces. Sabes que cumpliré mi palabra —agregó con tormentosa seriedad.

Teresa lo contempló unos segundos. Después asintió con la vista y salió.

***

Madeline deslizó las manos por sus mejillas para eliminar el rastro de las lágrimas. Fue inútil. Sus ojos continuaron derramándolas. Había escuchado a James. Había escuchado su dolor, la furia de sus golpes en la pared, la desesperación de su voz exigiendo nombres. Durante los interminables minutos que él había golpeado la pared expresando de esa forma su sufrimiento, ella había permanecido apoyada al otro lado con los ojos cerrados. No solo lo había escuchado, sino que su insospechado arrebato de pena la había conmovido de un modo irracional. Cuando la puerta se abrió, volvió a deslizar las manos por sus mejillas para retirar la humedad de su rostro, aunque le resultó imposible controlar la congoja que sentía.

Catalina apoyó su hombro en el marco y la observó con detenimiento. Ella mantuvo la vista apartada con la esperanza de que se marchara sin decir nada.

—¿Por qué llora? —Madeline permaneció en silencio—. ¿Por él? —Suspiró—. Todas las personas a este lado de la casa han escuchado sus gritos —murmuró con voz queda.

Madeline inspiró antes de afrontar su mirada.

—¿Qué quiere, Catalina? —inquirió con gesto afligido.

—Nada. Solo venía para cerciorarme de que estaba bien.

—Estoy bien —señaló con calma.

Entonces Catalina se bajó el pañuelo. Al contemplar por primera vez los atractivos rasgos de su rostro Madeline se sintió insulsa, insignificante y falta de gracia a su lado. Ahora podía entender que James hubiese caído a los pies de su belleza.

—Ya no tiene sentido seguir ocultándome —dijo desanudando el

pañuelo—. ¿Sabe lo que le ayudaría a James en este momento? —Ella no respondió—. Sexo. Descontrolado, duro, fuerte y rápido. —Madeline la miró con asombro—. Es viuda. Sabe de lo que hablo. ¿Podría proporcionárselo?

Madeline inspiró antes de soltar la respiración.

—No, pero estoy convencida de que usted sí —contestó simulando indiferencia.

Catalina rio por lo bajo.

—Desde luego… si él quisiera —añadió con una mueca de fastidio—. Fui su primera mujer, él mi tercer hombre. —Sonrió apenas —. A pesar de su inicial inexperiencia me hizo gozar más que los dos anteriores —puntualizó—. Me encantaría comprobar cuánto ha perfeccionado su habilidad a lo largo de los años. Y ese cuerpo. —Suspiró de forma audible—. Me tienta con tan solo observarlo. Me abrasa por dentro.

Madeline la miró con un gesto de seriedad.

—¿Le produce satisfacción contarme eso?

Catalina rio por lo bajo.

—Sí. ¿Es tan timorata como aparenta? —preguntó con sequedad.

Madeline se soliviantó poniéndose en pie.

—No me conoce ni conoce mi vida. ¿Con qué derecho osa juzgarme? —inquirió con irritación.

—Juzgo lo que veo.

—El tipo de relación que quiera mantener con el conde de Valdetorres es asunto mío. ¿Le queda claro? —inquirió cruzándose de brazos.

Catalina imitó su cruce de brazos.

—Pero si resulta que tiene garras —murmuró con burla—. Es usted más tonta de lo que imaginaba. No merece la atención de James. Él necesita una mujer —aseveró—. ¿Sabe ser una mujer?

Madeline inspiró con fuerza.

—¿Cómo usted?

Catalina la observó con arrogancia.

—Sí. Una mujer que no tema sentir, que desee sin pudor sus caricias en la alcoba, que lo haga disfrutar y a su vez se atreva a disfrutar.

Madeline tragó saliva con la boca cerrada.

—¿Por qué me dice eso?

Catalina entrecerró los ojos mirándola con fijeza durante unos segundos.

—Mi excusa para dejar escapar a un hombre como él es que era joven, egoísta, estúpida y demasiado ambiciosa para mi propio bien. ¿Cuál es la suya?

Madeline agrandó los ojos con aturdimiento.

—Basta, Catalina —dijo la marquesa de Santaella entrando en la habitación. Catalina desvió la mirada de su figura con desgana—. Esta noche dormirá en esta habitación. Mis hombres le traerán un colchón —anunció con determinación mirando a Madeline.

Ella negó con la cabeza.

—Si se me permite me gustaría ir con él —murmuró sin ser consciente de la súplica que se adivinaba tras sus ojos.

—¿Le proporcionará consuelo? —inquirió con sarcasmo Catalina.

Teresa la amonestó con la mirada. Catalina resopló. Madeline bajó la vista.

—James necesita privacidad esta noche, señorita Esterly. Estoy convencida de que entiende el motivo —agregó Teresa observándola con atención.

—Por favor —musitó Madeline fijando sus ojos en los de la marquesa.

Teresa la estudió con deliberada calma.

—Si James solicita su compañía la llevaremos con él —prometió con lentitud.

—Gracias —susurró Madeline con agradecimiento.

Teresa asintió con condescendencia antes de salir de la

habitación seguida de Catalina.

Ambas mujeres se miraron tras unos segundos de silencio mientras avanzaban por el corredor.

—¿Qué creías estar haciendo? —susurró Teresa.

Catalina se encogió de hombros.

—Provocarla.

—¿En detrimento de tus posibilidades? —preguntó Teresa en voz baja sin dejar de caminar por el corredor.

Catalina compuso una mueca de fastidio.

—Ambas sabemos que no tengo ninguna posibilidad con James. Él la desea. ¿Por qué no empujar un poco a la mojigata de la inglesita en su dirección?

Teresa elevó la vista.

—Ni siquiera voy a tratar de entender tu forma de actuar. —Suspiró—. Creía que la mojigata de la inglesita te desagradaba —agregó alzando una ceja.

—Y me desagrada —apuntó con una tenue sonrisa sin dejar de caminar junto a ella—. ¿Cómo está James? —preguntó con más seriedad una vez llegaron a la habitación de la marquesa.

Teresa la miró.

—Jodido —contestó sin dilación.

Catalina soltó la respiración con irritación.

—Nunca debió descubrir la forma en la que falleció su padre —siseó con enojo—. ¿Por qué no pudo la maldita condesa de Altamira mantener la boca cerrada? ¡Prometió llevarse el secreto a la tumba!

Teresa se cruzó de brazos.

—Estoy segura de que se lo habría llevado a la tumba de no tener a su cargo al niño —murmuró con tranquilidad.

Catalina rio con ironía.

—Probablemente ese niño ni siquiera sea su nieto —masculló con fastidio.

—Sea o no su nieto, lo quiere como tal. —Teresa comenzó a pasear por la estancia—. Puede que después de todo esta situación nos beneficie.

Catalina la miró con extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

Teresa la miró con gesto pensativo antes de responder.

—Nuestro estimado conde se ha ofrecido a ayudarnos a salir del país a cambio de la identidad del hombre que continúa con vida.

Catalina empalideció.

—No puedes decírselo, Teresa. ¡Lo matarán! —protestó con alarma.

Teresa inspiró y soltó la respiración con un gesto de tedio.

—Lo sé… Reúne a los hombres. Tenemos algunos cabos que atar antes de marcharnos —ordenó con firmeza.

***

James no levantó la vista cuando Madeline entró escoltada por la propia Teresa. Habían transcurrido varias horas desde que ella saliera de la habitación y él experimentara una absoluta y total incapacidad para controlar sus emociones. Había gritado, había golpeado la pared, y más tarde, había llorado como un niño al recordar a su padre. Se sentía exhausto, quizá más calmado, aunque devastado.

Escuchó cerrarse la puerta tras la silenciosa marcha de Teresa.

—Intenta descansar, Madeline. No soy una buena compañía esta noche —dijo en voz baja con la mirada clavada en el suelo.

Él corazón de Madeline latió con suma tristeza al observarlo. Estaba sentado sobre el suelo debajo de la ventana. Se había desprendido de la camisa y permanecía con las piernas flexionadas y la cabeza gacha. Los codos sobre las rodillas. Observó con inquietud las magulladuras de sus manos.

«¿Qué te has hecho, James?», pensó con pesadumbre.

Caminó, se arrodilló frente a él, abrió el tarro con el ungüento que la marquesa le había entregado y comenzó a extenderlo sobre las lesiones de su mano derecha sin decir nada.

James contempló el cuidado y la delicadeza con la que sus dedos extendían el bálsamo. En algún momento cruzaron una mirada, pero ella rompió el contacto visual comenzando a extender el bálsamo sobre las heridas de su mano izquierda. Él no se quejó, a pesar del escozor que notó sobre las lesiones. Una vez finalizada la tarea ella se levantó, dejó el tarro sobre la mesa y apagó el candil.

James la escuchó desabotonarse la blusa y quitarse la falda en la penumbra. Cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de luz la vio posar ambas prendas sobre el respaldo de una silla. Luego pareció titubear, pero a continuación se desprendió de las enaguas y del corsé que también colocó sobre la silla. No estaba haciendo nada que no hubiese hecho las noches anteriores para combatir la calor antes de dormir, excepto por el pequeño detalle de que era la primera vez que se desvestía frente a su mirada. Después avanzó y se sentó junto a él.

—Lo siento, James —musitó tras un instante de duda.

Él apoyó la cabeza en la pared y suspiró cerrando los ojos.

—¿Me has escuchado? —inquirió en voz baja.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí —musitó al percatarse que él no había visto su gesto.

James permaneció callado varios minutos más.

—Cuando comencé a buscar a Teresa ya sabía que mi padre había sido asesinado, aunque me resistía a creerlo. Necesitaba encontrarla para descubrir si era cierto, así como los motivos y la identidad de sus asesinos —explicó con brevedad.

Madeline tragó saliva con desasosiego.

—¿Conoces sus nombres?

—Están muertos —contestó él con sequedad—. Pero si no lo estuvieran los habría matado con mis propias manos por la cobardía con la que acabaron con las vidas de mi padre y mi tío.

Madeline soltó el aire con lentitud y alivio. Había temido que él buscara venganza. Había temido que algo le sucediera al hacerlo. No supo cuán preocupada había estado ante aquella posibilidad hasta ese momento. Cientos de preguntas se agolparon en su mente, sin embargo no expresó ninguna. No quería saber más de lo que James quisiera desvelarle. Lo miró de soslayo. Sentía la enorme necesidad de consolarlo, pero no sabía cómo hacerlo o si él apreciaría el gesto. ¿Preferiría estar a solas? Era probable. Sin embargo, la marquesa la había acompañado a la habitación, aunque ella no se había atrevido a solicitar de nuevo que la llevaran con James...

—Es nuestra última noche aquí. Carlos llegará mañana por la mañana —musitó él en voz muy baja.

El estómago de Madeline se contrajo con ansiedad. Su última noche. Su última noche en aquella habitación. Su última noche con él. No habían permanecido más que unas cuantas noches juntos y a ella le parecía haber dormido toda una vida a su lado. Un huracán de contradictorias emociones la invadieron. Regresaría a la monotonía de su existencia. A sus noches sola. A sus amaneceres abrazando la almohada en lugar de abrazar a James. Madeline cerró los ojos negándose a cuestionar el pesado desconsuelo que la recorrió. Quisiese o no debía regresar a su vida. Volvería a su sombrerería, ocuparía las horas del día con el trabajo y disfrutaría de su escasa vida social alguna que otra noche. En definitiva, continuaría con su sencilla y tranquila rutina. ¿Por qué no se sentía todo lo dichosa que debería por dejar aquel detestable cautiverio atrás?

—Bien —musitó sin saber qué más agregar.

—Ve a la cama, Madeline. Mañana todo habrá finalizado —agregó James con un suspiro.

El estómago de Madeline se contrajo de nuevo. No quería apartarse de él, no quería ir a la cama sin él... Tras pensarlo un instante Madeline se levantó, se dirigió a la cama y tiró el colchón al suelo. Después lo arrastró hasta los pies de James.

—Solo túmbate a mi lado. Por favor, James —musitó arrodillándose sobre el colchón.

Madeline esperó con desasosiego hasta que él se levantó y se tumbó en el colchón sin decir nada. Ella se tumbó a su lado. Su última noche. En esa ocasión no le incomodó sentir el roce de su piel, de hecho cerró los ojos memorizando cada una de las sensaciones que le provocaba su contacto.

James permaneció con la vista clavada en el techo. De alguna forma saber que ella lo había escuchado perder los nervios de una forma tan desmedida le avergonzaba. Por lo general, solía ejercer un férreo control sobre sus emociones, ni siquiera las dejaba entrever ante sus familiares o amigos. Cerró los ojos con brevedad.

«Excepto en una ocasión», se recordó.

La noche que recibió la noticia del fallecimiento de su padre se encontraba en la Academia de Caballería de Valladolid. Tras salir del despacho del general que se lo había comunicado con extrema frialdad, buscó a los mayores contrabandistas de la academia; Carlos Álvarez-Narváez, el escocés, y Alonso Melgar de Alcázar, primogénitos del marqués de Uriño y del marqués de Andrada, respectivamente. El escocés era de carácter extrovertido y se relacionaba con todos los cadetes, pero Alonso solo lo hacía con sus compinches de contrabando. Su mutua rivalidad se había iniciado durante las clases de esgrima y se había afianzado en el transcurso de los meses. No había nada que alguno de los dos no pudieran conseguir a espaldas de los oficiales; diversos licores, puros, cigarros, condones, estampas de mujeres desnudas, libros con explícitas ilustraciones sexuales, perfumes, diferentes obsequios con los que agasajar a las mujeres… traficaban con diversos materiales y proveían a los cadetes de cualquier objeto que precisaran obtener.

Recordó haber buscado en primer lugar a Carlos, pero al no hallarlo con la premura requerida, había dirigido sus pasos hacia la habitación de Alonso entrado sin llamar.

—Licor —exigió con el rostro desfigurado al tiempo que arrojaba una buena cantidad de reales a los pies de la cama—. El que sea.

Alonso, que permanecía sobre su cama con un libro entre las manos, entrecerró los ojos con suma irritación ante sus formas.

—Cierra la puerta. Y no se te ocurra volver a cruzarla sin llamar —ordenó levantándose con seriedad—. En esta ocasión no lo tendré en cuenta porque es la primera vez que acudes a mí.

James apretó los puños.

—Entrégame el maldito licor y me marcharé —siseó cerrando la puerta.

Entonces Alonso movió la cama, desplazó varias losas del suelo y rebuscó en el profundo hueco.

—¿Whisky escocés? —preguntó mirándolo.

James asintió con un gesto de la cabeza.

Alonso sacó la botella y vertió una buena cantidad en un vaso que le ofreció.

—Quiero la botella.

Alonso lo estudió en silencio.

—No sé lo que te sucede, Armendáriz, pero si quieres unos tragos, cállate, siéntate, coge el condenado vaso y bebe. La botella no se mueve de aquí —dijo retándolo con la mirada.

James tomó el vaso a regañadientes, se sentó en el suelo y comenzó a beber ignorándolo. Cuando lo vació se lo entregó para que lo rellenara de nuevo.

Alonso lo hizo sin dejar de observarlo con intriga. Entonces, sin previo aviso, el escocés entró en la habitación sin llamar. Los contempló con manifiesta sorpresa, cerró la puerta y se sentó junto a Alonso en la cama.

—Invítame a un trago, Alonso —dijo Carlos sin apartar la vista del irlandés—. Mis condolencias, Armendáriz —continuó en voz baja.

James lo miró con unos rebosantes ojos de lágrimas antes de llevarse el vaso a la boca y asentir. Alonso miró de forma interrogante a uno y otro.

—Mi padre ha fallecido en un accidente de coche —murmuró

apartando la vista.

Alonso se pasó la mano por el cabello con incomodidad, luego le entregó el vaso al escocés, se sirvió otro a sí mismo y se sentó en el suelo a la derecha del irlandés.

—Lo siento. Mis condolencias —susurró con sinceridad.

James asintió con congoja.

Entonces el escocés se sentó a su izquierda y bebieron en silencio hasta que él se levantó y se marchó a su propia habitación sin decir nada más. Preparó una pequeña maleta y esperó que lo avisaran para emprender el viaje a Madrid. Fue durante el trayecto, resguardado tras las cuatro paredes del coche, cuando se permitió llorar con desconsuelo por la inesperada pérdida de su padre.

James ladeó el rostro y miró a Madeline. Estaba recibiendo el mismo callado consuelo que tantos años atrás recibiera de sus amigos. El vínculo que se había establecido entre ellos esa aciaga noche había pervivido contra todo pronóstico durante los años, y aunque nunca les había expresado su agradecimiento, esperaba que ambos supieran lo importante que había sido para él su compañía. Le resultó extraño que ella actuara de un modo similar al de Carlos y Alonso en el pasado. En silencio, pero a su lado.

James había advertido sus ojos hinchados cuando ella le había aplicado la crema en las manos. ¿Por qué había llorado? ¿Quién la había hecho llorar?

—Madeline.

—¿Si?

—¿Has estado llorando? —preguntó.

Ella permaneció con la vista fija en el techo.

—Sí —musitó tras unos segundos.

—¿Por qué?

Madeline titubeó.

—Por ti… yo… —tragó con dificultad a causa del nerviosismo—, quería estar contigo, ofrecerte consuelo, pero ahora no sé cómo hacerlo. Ni siquiera si lo quieres —confesó en voz muy baja—. Cuando perdí a mi bebé tú permaneciste a mi lado y… nunca te agradecí que no me dejaras sola, a pesar de las veces que te pedí que te marcharas.

James contempló el techo. Escucharla reconocer que había derramado sus lágrimas por él lo conmovió. James nunca le había pedido consuelo a nadie. Tampoco sabía cómo hacerlo. Ni siquiera cómo recibirlo.

—Lo necesito —susurró ladeando el rostro de nuevo.

—¿Qué? —dijo ella ladeando también el suyo.

Se miraron.

—Necesito y quiero tu consuelo, Madeline —musitó recostándose sobre su costado.

El corazón de ella comenzó a palpitar de forma descontrolada.

—No sé como…

—Solo abrázame —pidió él antes de que finalizara la frase.

Madeline se tumbó de lado. Pareció vacilar, pero solo un instante antes de que acercara su cuerpo, apoyara la mejilla junto a la suya y rodeara su espalda con fuerza. James aspiró el aroma a flores que aún se desprendía de su cabello y rodeó su cuerpo con los brazos. Cerró los ojos. Notaba el acelerado latir del corazón de Madeline. Escuchaba el apresurado latir del suyo. Poco a poco la tensión del cuerpo femenino comenzó a desaparecer. Incluso se acomodó junto al suyo. Entonces a James no le importó mancharla con el ungüento de sus manos. Posó una sobre su cintura y la otra sobre su hombro sujetándola con fuerza junto a él. Luego escondió el rostro en su cuello. Sentir la calidez del abrazo de Madeline era una sensación… reconfortante. Condenadamente reconfortante.

—No me sueltes —pidió en voz baja—. No esta noche, Madeline.

Ella lo sostuvo con mayor firmeza durante unos segundos.

—No lo haré, James —prometió en un susurro al tiempo que

enterraba su mano en su cabello y comenzaba a acariciarlo con ternura.

***

James observó la leve claridad que anunciaba el próximo amanecer. Hacía un buen rato que se había desprendido de los brazos y la pierna de Madeline con cuidado de no despertarla para sentarse en una de las sillas a la espera de la decisión de Teresa. Fijó sus ojos en la figura dormida de la mujer. En ese momento abrazaba la almohada. Esbozó una tenue sonrisa al sentir envidia de la prenda. Se restregó los ojos con la mano derecha. Le dolía al mover los dedos, pero al menos el bálsamo había hecho su trabajo y estaba menos inflamada. También se sentía más sereno y descansado, aunque solo había dormitado unas escasas horas.

No distinguió el sonido de los pasos, pero sí el sutil sonido del cerrojo. La puerta se abrió sin apenas hacer ruido. Teresa recorrió su figura con la mirada antes de observar a Madeline. James advirtió la humildad de la indumentaria que continuaba utilizando con el objeto de no atraer la atención sobre su rango social, aunque su belleza le dificultaría pasar desapercibida tal y como pretendía.

Ella se apoyó en el marco de la puerta cruzándose de brazos.

—Acepto tu propuesta. Cuando lo tenga todo dispuesto me pondré en contacto contigo —susurró.

James la miró sin expresar su alivio.

—Gracias, Teresa —murmuró en cambio con seriedad.

Ella sonrió con ironía.

—No lo hago por ti, sino por mí, James —señaló en voz baja.

Él la observó con curiosidad.

—Alonso tenía razón —susurró de repente.

Ella apartó la vista unos segundos.

—¿Sobre qué? —inquirió simulando indiferencia.

—Eres más fiable de lo que aparentas —contestó con lentitud.

Ella resopló.

—Si no tienes cuidado con tus palabras conseguirás que me ruborice, James —musitó con sarcasmo.

James compuso una mueca.

—Que piense que eres más fiable de lo que creía antes no implica que piense que seas buena persona —contraatacó con ironía.

Ella sonrió con diversión.

—Que gusto ver al James de siempre. Has estado a punto de causarme un pasmo a causa de la impresión. —James arqueó una ceja —. Carlos aparecerá en unas horas. ¿Harías algo por mí? Cerrad todas las puertas antes de partir. Nos veremos pronto —dijo con la intención de marcharse.

—Teresa. —Ella lo miró—. Siento todo lo que te sucedió a manos de tu esposo.

Ella inspiró con fuerza.

—Es innecesario que lo sientas… —Entrecerró los ojos—. ¿Te lo dijo, Alonso?

—Si yo lo supe fue por la condesa de Altamira, no por Alonso.

Teresa desvió la vista hacia el suelo con el objeto de ocultar sus propias emociones. Después elevó la vista con firmeza.

—Mantenlo fuera de nuestros asuntos, James —ordenó en un suave susurro.

Él asintió.

—Desde luego.

Entonces Teresa contempló la silueta de Madeline.

—Me has hecho perder una buena suma de reales —murmuró. Luego cabeceó—. Aposté a favor de tu encanto en contra del recato de la señorita Esterly —dijo con sorna.

James la miró con curiosidad.

—¿Qué dije bajo los efectos de los narcóticos para que la trajeras? —inquirió.

Ella compuso un fingido gesto de sorpresa.

—Si te lo dijera, ¿qué diversión obtendría de todo esto? —Sonrió ante la severa mirada de James—. Adiós, James.

—Cumple tu palabra, Teresa —musitó con rapidez.

Ella asintió con brevedad antes de cerrar la puerta y marcharse con el mismo sigilo con el que había llegado.

Capítulo Once

Domingo, 11 de junio de 1876

Afueras de Córdoba

James finalizó su aseo sin hacer ruido. Se secó con la toalla, se humedeció el cabello, lo peinó con los dedos y se enjuagó la boca con el bicarbonato de sodio. Después se puso la camisa y lanzó el agua de la jofaina por la ventana. Contempló a Madeline. A pesar de haber tenido cuidado de no despertarla, no habría sido necesario. Ella tenía el sueño pesado. Observó sus piernas embutidas en las finas medias de seda. Eran muy níveas, pero bonitas y bien torneadas. No poseía caderas pronunciadas, pero sí un trasero redondeado y respingón que prendía todos y cada uno de sus anhelos. Más aún cuando podía observarlo desde cualquier ángulo. Seguía abrazada a la almohada con un gesto de relajación en el rostro, pero aunque le gustaba observarla dormir, había llegado el momento de despertarla. Comenzaba a amanecer y la idea de que Carlos, o cualquier otro hombre, pudiera verla en ropa interior no le agradaba demasiado. Volvió a recorrer su figura memorizando cada curva. Tal vez jamás volviera a disfrutar de ese placer. Dejó la jofaina en el aguamanil y se arrodilló junto a ella.

—Madeline, despierta —dijo en voz baja. Ante su falta de respuesta, James apretó su hombro, en ese momento cubierto por la banda de encaje de la manga de su camisa—. Madeline —insistió.

Ella abrió sus azules ojos con pereza. En un primer instante de somnolencia sonrió al verlo arrodillado frente a ella. A continuación, cuando la consciencia se abrió paso, enrojeció y se abrazó con más fuerza de la necesaria a la almohada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó sin embargo con preocupación a pesar de la turbación que la asaltó.

James tenía aspecto cansado, los ojos enrojecidos y un rictus de tensión en el rostro.

—Bien. Vístete —dijo mientras le daba la espalda y se apoyaba en el quicio de la ventana mientras miraba el mar de olivos del

exterior.

Madeline lo observó con agradecimiento. Era absurdo pretender que no la había visto en ropa interior esa mañana o cualquier otra de las anteriores, pero continuaba otorgándole aquellos momentos de intimidad que ella tanto valoraba mientras se aseaba y se vestía. Lo contempló percatándose de que él ya estaba ataviado. ¿A qué hora habría despertado? ¿Habría conseguido dormir? ¿Habría logrado descansar algunas horas?

Madeline se levantó, se aseó con rapidez, se cepilló los dientes con los dedos utilizando el bicarbonato, rehizo su maltrecho moño y se vistió mientras contemplaba la figura imperturbable de James junto a la ventana. La noche anterior su cuerpo había envuelto el suyo, sus brazos habían rodeado su espalda, sus manos se habían perdido en su cabello y su mejilla había acariciado la barbuda mejilla masculina... No obstante la intimidad, la complicidad e incluso la confianza que habían compartido durante esos días estaba a punto de finalizar. Se observó en el espejo del aguamanil. Tenía que mantener la entereza. Inspiró con firmeza y exhaló el aire con sumo silencio. Cuanto antes aceptara que aquella situación llegaba a su fin antes podría someter las irreverentes emociones que la asaltaban sin previo aviso.

—Ya puedes volverte, James —dijo pasando las manos por la falda de su traje con cierto decoro.

James se volvió. Sí, ahí estaba de nuevo. La señorita Esterly había regresado en todo su esplendor. Se agachó, arrastró el colchón y lo subió a la cama. Después la contempló con fijeza, sintiéndose molesto con la distante imagen que Madeline ofrecía de nuevo ante él. Ella lo miró a su vez. Luego apartó la mirada mientras entrelazaba sus manos con remilgo.

Madeline bajó la vista hacia el suelo sintiendo una súbita intranquilidad. ¿Por qué se sentía tan perturbada? ¿Por qué el ambiente se había cargado de aquella extraña tensión de golpe? ¿Por qué la había mirado James de esa forma? Tras unos segundos de incómodo silencio se atrevió a levantar la vista. Los ojos de James la atraparon de nuevo. Tragó saliva con los labios cerrados. Volvió a

tragar saliva una segunda vez cuando fue incapaz de apartar la vista de sus ojos grises. Él se acercó sin romper el contacto visual y ella comenzó a retroceder por instinto hasta que su espalda chocó contra la pared. Se sobresaltó. Él se detuvo frente a ella. Sus ojos miraron su boca. Madeline pasó la lengua por sus labios resecos sin ser consciente de la provocación de su gesto. Los ojos de James volaron hacia los suyos. Colocó una mano en su nuca y con la otra rodeó su cintura. La sujetó junto a su cuerpo sin que sus ojos se separaran de los suyos. Ella entreabrió los labios por la sorpresa. James capturó su boca y lamió su labio inferior sin otorgarle la oportunidad de protestar. De la garganta de Madeline brotó un inesperado jadeo. Ella sabía bien. Condenadamente bien. James deseó mucho más. Introdujo su lengua y comenzó a besarla de una forma descarnada mientras saboreaba cada recoveco. No quería alarmarla, no tenía la intención de asustarla, pero fue incapaz de dominarse. Lo que en un principio pretendió que fuera un beso dulce, lento y suave, de pronto se convirtió en un beso arrollador, sublime, en exceso carnal. Él mismo emitió un ronco gemido cuando ella respondió con pasión a las caricias de su lengua abandonando su cuerpo al suyo mientras clavaba los dedos en su espalda.

Madeline se agarró a la espalda de James. Él estaba besándola. James estaba devorando su boca. Y de una forma tan maravillosa que no podía pensar. De un modo tan lascivo que echó por tierra su sentido común. Con una intensidad tan indomable que no pudo negarse. Se ahogó en la dureza de aquella boca. Él dominaba cada movimiento de sus labios, cada movimiento de sus cabezas cuando cambiaban de posición, cada choque de dientes, marcaba el ritmo en el que sus lenguas danzaban, el momento en el que debían tomar aire… La doblegó por completo a su control. Madeline se sintió avasallada por la masculinidad de aquel hombre que poseía su boca con ferocidad. Se hizo adicta a su sabor, a la humedad de sus labios, al sonido de su acelerada respiración, al roce de su barba...

—¡James! ¿Dónde estás? ¿Señorita Esterly? ¡James!

El rugido de la voz de Carlos llamándolos precipitó el abrupto

final. James dejó de besarla al instante. La soltó y se apartó sin dejar de observar el desconcierto del rostro femenino. Ella comenzó a respirar con rapidez, como si hubiese estado corriendo, mientras se llevaba la mano a sus labios con asombro. No se ruborizó y James supo que era a causa de la impresión.

Madeline notó la dureza de la pared a su espalda. Un segundo antes había abandonado su cuerpo a la solidez y calidez del de James, pero ahora se apoyaba en la fría pared. Le temblaba el cuerpo, pero sobre todo, le temblaban las piernas. Lo miró con ojos exaltados. De hecho, tardó unos segundos en enfocar la vista antes de llevarse los dedos a su boca. James no parecía tan afectado. Lo contempló tomar aire un par de veces y dirigirse hacia la mesa con paso firme.

—¿Estás bien? —inquirió con voz ronca fijando su atención en ella de nuevo.

Madeline asintió sin poder articular palabra alguna.

—¡Aquí Carlos! —gritó sin desviar la vista de la suya.

—¿James?

—¡Al fondo! —vociferó mientras ella tragaba saliva y se separaba con dificultad de la pared.

—¿Señorita Esterly?

Ella quiso contestar, pero no pudo. Sin ser consciente de estar haciéndolo le pidió ayuda a James con la mirada.

—¡Está conmigo! ¡Abre la puerta de una puñetera vez, Carlos! ¡Al fondo! —bramó con impaciencia.

Unos apresurados pasos se escucharon en el corredor. Un momento después un acelerado Carlos abría la puerta empuñando su arma junto a varios de sus hombres.

—¿Os encontráis bien? —preguntó alternando la mirada entre uno y otro.

James asintió. Madeline también.

A continuación entró Martín portando su maletín.

—¡Martín! —exclamó Madeline lanzándose a sus brazos al verlo.

James observó la escena sin parpadear. Verla correr hacia la seguridad de los brazos de otro hombre le dolió. Un instante antes ella había permanecido entre sus brazos devolviendo sus besos con la misma necesidad e incluso desesperación que él… James apartó la vista.

—Mis hombres también están recluidos. Es posible que estén sedados —murmuró con sequedad.

Carlos dio la orden a sus hombres de buscarlos. Luego bajó su arma, se acercó y lo abrazó con brevedad expresando de esa forma su alivio al encontrarlo a salvo y en buenas condiciones mientras Martín intercambiaba una interrogante mirada con él con preocupación.

—¿Qué te ha sucedido en las manos? —inquirió el galeno.

—Nada —dijo él con reticencia.

—¿Golpear la pared como un demonio no es nada? —inquirió Carlos de repente.

James lo miró con suspicacia.

—¿Cómo lo sabes?

—Teresa —reconoció Carlos a regañadientes.

James cruzó las manos a su espalda.

—¿Cuándo? —preguntó con frialdad.

—Anoche —respondió Carlos intercambiando una extraña mirada con Martín de la que James se percató de inmediato.

James miró a Martín. Madeline ya no se hallaba entre sus brazos, pero el galeno rodeaba sus hombros en un gesto de protección, de consuelo o quizá de apoyo. No lo supo con certeza. Le molestaba. James era sabedor de su amistad. A su vez era sabedor de la amistad que había surgido entre Malena y ella. Por último, sabía que Martín estaba enamorado de su esposa. ¿Por qué sentía aquel firme y desenfrenado impulso de arrancarle la cabeza?

James inspiró y expiró para serenarse.

—¿Anoche? —James entrecerró los ojos centrándose en Carlos. Conocía a Carlos. Lo conocía muy bien. Era preferible fijar su atención y sus convulsas emociones en él—. ¿Desde cuándo sabes que estoy aquí?

El escocés resopló con un deje de fastidio al tiempo que posaba su arma sobre la mesa.

James lo estudió sin apenas pestañear.

—Más de una semana —respondió con reticencia.

—¿Más de una semana? —inquirió con aparente sosiego.

—Así es…

El inesperado puñetazo de James contra la mandíbula de su amigo casi lo derribó.

Madeline contuvo un grito de desconcierto llevándose la mano a la boca.

Martín cabeceó con resignación.

Carlos se irguió con enfado antes de quitarse la chaqueta y arrojarla al suelo con un evidente gesto de rabia.

—Eso ha dolido, irlandés. Apuesto a que a tu maltrecha mano también —agregó quitándose la corbata con rapidez.

—¡¿Sabías que ella estaba aquí?! —bramó James.

Carlos asintió desabotonando los primeros botones de su camisa.

James apretó la mandíbula con una mirada asesina.

—Vamos —dijo Carlos incitándolo a la pelea—. Lo quieres, lo necesitas y lo estás deseando.

James apretó los puños. Luego se arremangó la camisa con pulcra lentitud.

—Llévatela de aquí, Martín —ordenó sin mirarlo.

Madeline los observó como si hubieran enloquecido. El escocés tan solo era unos centímetros más alto que James, pero mucho más corpulento. James no tenía ninguna posibilidad ante él. Además, tenía

las manos magulladas.

—Vamos, Madeline —dijo Martín en voz baja instándola a caminar.

—¡No! ¿Habéis perdido el juicio? —inquirió con confusión observando a los tres hombres—. ¡James! —gritó llamando su atención.

—Vaya con el doctor Melgar, señorita Esterly —ordenó con severidad sin dignarse a mirarla.

¿Señorita Esterly? Que él utilizara el trato formal con aquella pasmosa indiferencia fue como recibir una bofetada en toda regla. Una bofetada de dura realidad.

Madeline lo miró con evidente dolor antes de volver sus ojos hacia Martín.

—¿Vas a permitir que peleen? —preguntó con incredulidad en voz baja.

Martín se encogió de hombros.

Madeline salió sin más de la habitación seguida de Martín.

James arremetió contra Carlos, pero en esa ocasión, el escocés estaba preparado y esperándolo.

***

James jadeó con cansancio mirando a Carlos. Había sabido que no tenía nada que hacer frente al escocés en una confrontación cuerpo a cuerpo, pero aquella pelea había sido lo más gratificante que le había sucedido en las últimas semanas. Eso. Y besar a Madeline.

Carlos lo contempló con franca seriedad. Había recibido algunos buenos golpes del irlandés, pero James había recibido más. Bastantes más. Se pasó la mano por el mentón. Le latía de dolor por el último puñetazo recibido. James golpeaba con dureza, sin embargo la única razón de que él no lo hubiese aniquilado se debía a su amistad.

Asimismo, entendía la frustración que sin lugar a dudas habría acumulado durante las semanas de encierro, sin mencionar la preocupación que habría sufrido tanto por la integridad física como por el bienestar de la señorita Esterly. James no solía actuar de aquella forma, de modo que Carlos supo que una pelea era justo lo que necesitaba para calmar sus ánimos desde que arremetiera contra él. Permitió que lo utilizara para descargar tensiones, aunque continuaba sorprendiéndole su actitud. Él jamás perdía el control de aquella forma. Jamás.

—¿Más tranquilo? ¿O necesitas más?

—Vete al infierno, escocés —siseó James con orgullo percibiendo el sabor ferroso de su sangre en los labios.

Carlos resopló y tomó asiento en una silla.

—Siéntate —ordenó indicando otra silla con su mano.

—No me des órdenes —masculló James con fastidio.

Se tenía por un hombre bastante razonable. Además, Carlos le había ayudado a apaciguar sus tumultuosas emociones. Bien podría tener cierta deferencia con él. Entonces se acercó y se dejó caer sobre el asiento.

Carlos cabeceó suspirando.

—La mañana que la señorita Esterly desapareció, un joven solicitó los servicios de Martín con la excusa de precisar asistencia médica para su abuela enferma. Cuando Martín llegó a la dirección a la que el joven lo condujo no encontró a una anciana postrada en la cama sino a una saludable Teresa. Escoltada por cuatro hombres —puntualizó—. Teresa le desveló que te tenía preso, que esa mañana había secuestrado a la señorita Esterly con el objeto de mantenerte controlado y le sugirió que me avisara de la situación, ya que en días siguientes, se pondría en contacto conmigo. Por último, le advirtió que dejara al margen de aquel asunto a Alonso por vuestro propio bien. —James pasó la lengua por la herida de su labio—. Imagina el desasosiego de Martín, a pesar de que Teresa le aseguró que no corríais peligro.

—¿Alonso y Charlotte saben algo? —inquirió James con interés.

Carlos compuso una mueca de disgusto.

—No. Martín, su esposa y yo hemos hecho lo imposible para impedir que sospecharan algo, en especial con la señorita Esterly. En cuanto a ti, creen que sigues en Alburquerque como así lo creía yo —señaló amonestándolo de forma soterrada.

—Bien.

Carlos cabeceó.

—¿Bien? Alonso nos despellejará cuando descubra que lo hemos dejado a un lado.

James hizo una mueca de dolor al abrir y cerrar la mano.

—No si no lo descubre —apuntó con calma—. Me has destrozado la mano, Carlos —murmuró quejándose.

Carlos sonrió con desgana cruzándose de brazos.

—La próxima vez que los celos hacia Martín te asalten, golpéalo a él en lugar de a mí —señaló con sarcasmo.

James resopló con un gesto de incredulidad.

—Condenado escocés —masculló por lo bajo.

Carlos rio.

—¿Has comprometido a la señorita Esterly? —inquirió en voz baja.

James detuvo su mirada en él con fastidio.

—Si no te hubiese golpeado ya lo haría en este momento por dudar de mi honorabilidad. —Carlos sonrió con despreocupación—. ¿Seguimos en Córdoba? —preguntó con súbita curiosidad.

Carlos asintió con la mirada.

—En una finca perdida de la mano de Dios. Hace dos días recibí una misiva de Teresa con el nombre y la dirección de una taberna que también hace las veces de hospedería a las afueras de la ciudad —explicó con rapidez—. Anoche, tuvo la amabilidad de sentarse a mi

mesa acompañada por toda una cuadrilla de hombres que no me quitaron un ojo de encima.

—¿Qué te dijo?

—Ya la conoces. No es demasiado comunicativa —murmuró Carlos—. Me entregó las instrucciones para llegar a la finca y tuvo la gentileza de tranquilizarme diciendo que, aparte de las lesiones que te habías causado golpeando como un demonio la pared, estabas bien —agregó con ironía.

James cruzó una mirada con Carlos.

—Posee un humor algo retorcido —masculló sin más importancia —. ¿Algo más?

Carlos negó con la cabeza.

—Algunas amenazas, unas cuantas advertencias y otras tantas amenazas sobre lo que podría sucederos si no procedía como me había indicado —agregó.

James esbozó una vaga sonrisa sin humor.

—¿Y Martín?

—Se empeñó en acompañarme por si precisabais asistencia. Estaba tan preocupado como yo —reconoció a regañadientes.

James apartó la mirada con incomodidad. Luego carraspeó.

—¿Estaba contigo cuando Teresa apareció?

Carlos negó con su cabeza.

—Se había retirado a su habitación unos minutos antes, aunque estoy convencido de que estuvimos sometidos a vigilancia desde que llegamos a la taberna, incluso desde que llegamos a la ciudad —añadió echándose hacia delante mientras apoyaba los codos en sus rodillas.

—Es posible —murmuró James—. ¿Cómo se llama la taberna? —inquirió de pronto con curiosidad.

—La Bodeguita —contestó Carlos.

—Es la misma en la que mis hombres y yo nos hospedábamos.

Sospecho que los taberneros estaban compinchados con Teresa —señaló James—, y que fueron ellos quienes adulteraron la bebida o quizá la cena que nos sirvieron la noche que nos capturaron.

Carlos lo miró con una seriedad impropia de él al tiempo que entrelazaba sus manos.

—¿Por qué buscabas a Teresa, James?

James desvió la vista hacia el suelo.

—Es un asunto personal —murmuró en voz baja.

Carlos frunció el cejo.

—¿Ha finalizado ese asunto? —inquirió con severidad.

James mantuvo la vista apartada. Odiaba engañar a Carlos, pero no tenía alternativa. Solo a él le concernía el hacerle justicia a su padre. En cuanto al pasado de Teresa… No acostumbraba a meter las narices donde no le correspondía, aún menos airear o divulgar los trapos sucios de los demás. Lo que le había sucedido durante su matrimonio con su esposo le atañía solo a ella. Asimismo, era consciente de que la condesa de Altamira jamás le habría confesado las circunstancias del fallecimiento de su padre de no ser por su inquietud por el futuro bienestar de su nieto una vez faltara ella. Recordó el rostro del pequeño con brevedad. Él era un hombre de palabra. De hecho, había dispuesto que el tutor del niño fuese Carlos si algo llegaba a sucederle. Lo había dejado todo bien atado junto a varias misivas que su abogado debía entregar a diferentes destinatarios antes de partir hacia Córdoba.

Elevó la mirada sin vacilar.

—Sí. Se ha acabado —aseguró con sus ojos fijos en los de su amigo.

Carlos lo observó con suspicacia.

—¿Por completo? —insistió.

—Por completo —aseguró James sin titubear.

Carlos carraspeó.

—¿Debo esperar que Teresa reaparezca a espaldas de Alonso en algún otro momento?

James negó con la cabeza. Existían muchas personas que le debían favores, no obstante durante las próximas semanas, tendría que mover con suma discreción una considerable cantidad de hilos para asegurarse de que la marquesa de Santaella pudiera abandonar el país sin contratiempo alguno y con las garantías que estaba convencido que exigiría.

—No por mi causa —aseguró.

Carlos estudió a su amigo en silencio. Nunca había desconfiado de James… hasta ese momento.

—Entonces regresemos a Madrid —murmuró en cambio poniéndose en pie.

James se irguió con un deseo irrefrenable de abandonar aquella habitación. También con la constante sensación de haber envejecido diez años tras burlar la confianza de Carlos.

***

JAMES Y MADELINE

27 de febrero de 1876

Buenos días, señorita Esterly,

Confío en que sabrá disculpar que la trasladara a la residencia del doctor Melgar a la salida del teatro. Asimismo, espero que haya amanecido más recuperada.

J. A.

27 de febrero de 1876

Buenos días, ilustrísima,

Me temo que no he amanecido más recuperada, y aunque agradezco que solicitara los servicios del doctor Melgar, no era necesario que me trasladara a su residencia por un simple catarro.

M. E.

27 de febrero de 1876

Buenas tardes, señorita Esterly,

Lamento saber que su estado de salud no ha mejorado. ¿No se trataba de un simple catarro? Espero que, por el contrario, esta tarde sí se encuentre más recuperada.

No he podido dejar de advertir su agradecimiento porque la acompañara a la residencia del doctor Melgar, sin embargo no me absuelve de pecado alguno por hacerlo.

PD: ¿Sería contraproducente preguntar por qué?

J. A.

27 de febrero de 1876

Buenas tardes, ilustrísima,

Mi salud no ha mejorado ni un ápice esta tarde, en realidad ha empeorado. De hecho, mientras escribo estas líneas me encuentro en un avanzado estado febril. Quizá sea cierto que me haya precipitado al asegurar que se trataba de un simple catarro. Lo reconozco.

Una vez solucionada dicha cuestión, ¿es posible que ignorara con deliberación mi deseo de llegar a mi residencia cuanto antes? ¿O es obra de mi imaginación? Puesto que no es la primera vez que enfermo y, además, sé cuidarme sola, desde luego no pretendía ser una molestia en el

hogar de nadie cuando acepté su ofrecimiento.

PD: No solo tuve que enfrentarme a la oposición del doctor Melgar cuando intenté marcharme a mi hogar una vez me hubo reconocido, sino también a la de su esposa, que como estoy segura que sabe trabaja en mi sombrerería. Además, mis ropas desaparecieron misteriosamente, por lo que me es imposible abandonar la estancia en la que me han instalado, y por consiguiente, su residencia.

Disculpe, si mi gratitud por su consideración hacia mi salud es limitada en este momento.

M. E.

27 de febrero de 1876

Buenas noches, señorita Esterly,

Disculpas aceptadas. No se aflija.

Me desconsuela que su salud haya empeorado en las últimas horas así como su humor. No era mi intención agravar sus problemas de salud ignorando su petición de llevarla a su residencia sino todo lo contrario. En vista de su penosa situación, y preocupándome por todo lo que me ha revelado, me he tomado la libertad de averiguar a través del doctor Melgar si su presencia en su hogar es una molestia. Pierda cuidado, no lo es en absoluto. Asimismo, me consta que sus ropas serán encontradas por la esposa del doctor cuando ella lo crea conveniente. Es decir, cuando esté restablecida y en condiciones de volver a ocuparse de sí misma y de la sombrerería, de la que por cierto, ella se está haciendo cargo mientras tanto como estoy seguro que usted ya sabe.

Le aconsejo que descanse con mi deseo de que tenga una pronta y rápida recuperación.

PD: No obstante, si le parece intolerable permanecer en la residencia del doctor Melgar bajo sus cuidados o los de su esposa, por favor, hágamelo saber de inmediato. Iré a buscarla, la sacaré en ropa interior y la trasladaré a su casa cumpliendo así su deseo inicial.

J. A.

27 de febrero de 1876

Buenas noches, ilustrísima,

Tanto el doctor Melgar como su esposa son encantadores por acogerme en su hogar de una forma tan inesperada. Solo quería dejar constancia de mi malestar porque usted ignorara mi deseo de llevarme a mi propio hogar cuando, precisamente ese, fue su ofrecimiento.

PD: No es necesario que sea sarcástico. ¿Su humor no empeora cuando está enfermo? El mío, sí. Confío en que no me lo tenga en cuenta. Buenas noches.

M. E.

27 de febrero de 1876

Estimada señorita Esterly,

Me temo que lo que usted califica como sarcasmo no lo es en realidad. En este momento, y atendiendo su amable invitación, me encuentro cenando con el doctor Melgar, su esposa y las encantadoras gemelas en su acogedor salón. Justo debajo de la habitación en la que usted se halla degustando su propia cena, según me indican las niñas con cierto regocijo.

PD: Insisto, si quiere que enmiende mi error solo dígalo. La doncella esperará su respuesta.

J. A.

27 de febrero de 1876

Estimado señor,

Disfrute de la cena.

PD: Controversia zanjada. Queda absuelto.

M. E.

27 de febrero de 1876

Estimada señorita Esterly,

Espero que usted disfrute de la suya.

PD: Agradecido porque al fin me haya redimido.

J. A.

Capítulo Doce

Lunes, 19 de junio de 1876

Residencia de la señorita Esterly, Madrid

James ladeó el rostro para mirar a la mujer que caminaba a su lado. Su boca lucía una amplia sonrisa. Parecía feliz y su cariñoso gesto al sostenerla del talle mientras caminaban así lo revelaba. Ella dijo algo. Él asintió antes de murmurar algunas palabras junto a su oído con complicidad. Madeline no podía ver el rostro de la mujer, pero escuchó su seductora risa. Avanzó tras ellos con indecisión. En algún momento quiso continuar su propio camino, pero sus pasos se negaron a tomar otra dirección. Tras unos minutos de trayecto, él atrapó a su acompañante contra la pared y comenzó a besarla con una pasión feroz a plena luz del día. La mujer respondió a sus caricias con la misma ferocidad. Madeline los observó con desconcierto. ¿Por qué permanecía allí? ¿Por que no podía apartar la mirada? ¿Por qué le dolía observar la urgencia con la que James besaba a aquella extraña? Madeline intentó cerrar los ojos. No pudo. Trató de marcharse. Sus piernas no la obedecieron. De pronto, él abandonó su boca y comenzó a besar su cuello. El rostro de la mujer por fin quedó al descubierto de la vista de Madeline. Catalina rio con satisfacción antes de fijar sus ojos en ella.

—Te lo dije. Él necesita una mujer. Lo dejaste escapar y ahora es mío.

Catalina sonrió con altivez antes de esconder sus manos en el cabello de James y suspirar de placer ante sus besos.

Madeline despertó sobresaltada. Encendió el candil de su mesita de noche y se levantó de la cama. Respiraba con agitación. Se miró el camisón. Estaba sudada. La calor era insoportable esa noche. Se despojó de él con rabia y lo tiró al suelo. Inspiró con fuerza para tranquilizarse. ¿Por qué había soñado eso? ¿Por qué sentía aquellas horrorosas ganas de llorar? Se dirigió al armario, cogió otro camisón y cubrió la desnudez de su cuerpo. Tenía sed. Cogió el candil con la mano, bajó las escaleras y se dirigió a su sencilla cocina en la planta

baja. Posó el candil en la mesa y vertió agua fresca del botijo en un vaso. Tras beber, se sentó con inquietud y posó las manos en su frente al tiempo que cerraba los ojos.

Hacía una semana que había regresado a Madrid. Una semana en la que no había sabido nada de James ni lo había vuelto a ver. Una semana en la que se había esforzado en actuar como de costumbre frente a los demás y en la que había repetido, a cuanta persona hubiese mostrado interés por su salud, que se encontraba bien secundado de esa forma el rumor que Malena se había afanado en extender acerca de un fastidioso catarro con el fin de encubrir su prolongada ausencia de la tienda. Suspiró con desánimo. Una semana en la que la rutina de su vida se había vuelto asfixiante, en la que el trabajo en la sombrerería no había logrado distraerla de sus pensamientos y en la que sus anhelos más ocultos se habían reafirmado para su propia sorpresa.

Gimió con frustración.

El recuerdo del beso de James quemaba sus entrañas cada vez que lo rememoraba. Su boca. Solo había utilizado su boca, y en ocasiones, incluso podía cerrar los ojos y sentirla de nuevo. ¡Maldito fuera! ¿Por qué la había besado? ¿Por qué había tenido que prender ese fuego? ¿Por qué había tenido ella que devolver su beso?

Madeline emitió un gemido apoyando la frente en la madera de la mesa al tiempo que posaba las manos sobre su cabeza.

La decencia de su relación había aguantado relativamente bien durante su cautiverio. Ambos habían mantenido las formas a pesar de las circunstancias y se habían adaptado a la situación sin sobrepasar los límites establecidos… Madeline se puso en pie y comenzó a caminar de un lado al otro de la cocina. En realidad, no era tan ingenua, aunque simulara aparentarlo cuando le parecía conveniente. Nunca le había pasado desapercibida la atracción física que se generaba entre ella y James cuando se encontraban. Tampoco era una casta ignorante en cuanto a las relaciones de alcoba. Había advertido la lujuria de James durante las noches que habían dormido juntos. Ella había sido la amante de otro hombre. Las reacciones del cuerpo

masculino cuando se excitaba no le eran desconocidas. Era un hecho. Y James la deseaba. Ella lo deseaba. Eso era otro hecho indiscutible. Madeline emitió otro jadeo de frustración. ¡¿Por qué diantres había tenido que besarla?! ¡¿Por qué lo había complicado todo tanto ese dichoso beso dentro de ella?! ¡¿Por qué no podía olvidarlo?! ¡Por el amor de Dios, solo había sido un beso!

«En realidad fueron varios», se contradijo con impaciencia.

Madeline tomó asiento de nuevo y volvió a hundir la cabeza en la mesa. Debía reflexionar. Ella había negado aquella atracción desde el principio. James siempre había respetando las distancias marcadas. Ella no tenía la intención de cometer el mismo error dos veces. James nunca había insinuado que pretendiera tenerla en su cama, aunque hubiese reconocido las reacciones naturales de su cuerpo en su presencia. Además, ella era consciente de la fuerte presión a la que él había estado sometido. El descubrimiento de las circunstancias que habían rodeado el fallecimiento de su padre lo habían desestabilizado. Ella misma había sido testigo del descontrol de sus emociones la noche anterior a su liberación, así como de su dolorosa manifestación... Por consiguiente, aquellos besos no tenían importancia. No debía darles importancia. James seguramente ya los habría olvidado. Ella debía olvidarlos también. Tenía que ser sensata, tenía la obligación de reconducir sus propias emociones y tenía que entender las reacciones de James desde su perspectiva. Suspiró. Ella debía volver a ser la mujer que era antes del cautiverio porque en algún momento volverían a coincidir y entonces...

«Es usted más tonta de lo que imaginaba. No merece la atención de James. Él necesita una mujer. ¿Sabe ser una mujer?».

Las palabras de Catalina aparecieron en su cabeza hostigándola como si fueran un látigo.

Madeline inspiró con fuerza.

Volvió a servirse un vaso de agua.

«Una mujer que no tema sentir, que desee sin pudor sus caricias en la alcoba, que lo haga disfrutar y a su vez se atreva a disfrutar».

¿Por qué recordaba sus palabras? ¿Por qué las recordaba tan nítidamente? ¿Por qué la desasosegaban de aquella forma?

Madeline vació el vaso de un trago.

No tenía sentido seguir elucubrando al respecto. Había llegado a la conclusión de que James no daría importancia alguna a aquellos besos. ¿Por qué sí lo hacía ella? Jadeó con aturdimiento. Se cruzó de brazos y miró hacia el techo. Tenía mucho en lo que pensar.

***

—¿Señorita Esterly? Su ilustrísima la atenderá en unos minutos si tiene a bien esperar —anunció el mayordomo de James entrando en la sala de recibimiento.

Madeline asintió.

—Por supuesto.

—Sígame, por favor.

Madeline se levantó del sillón en el que había esperado la respuesta de James y siguió al joven mayordomo.

Solo había estado en su residencia en una ocasión. Había transcurrido un año desde entonces. No obstante, durante su breve entrevista con James, había estado tan alterada que apenas había prestado atención al lugar. Recordó que él había mostrado cierta sorpresa cuando la tuvo frente a sí. Sin duda, más debido a la hora de su visita que a su propia presencia. Tras cerrar su sombrerería al anochecer había alquilado un coche y se había dirigido a su mansión con la esperanza de hallarlo allí mientras portaba la caja de un sombrero por precaución. En aquella circunstancia, la razón de su inesperada visita había sido la inquietud por la seguridad de Martín. Y la caja del sombrero, una maniobra de despiste para solicitar su ayuda. De hecho, su preocupación por el bienestar del galeno había impedido que se dirigiese a él con la debida formalidad por primera y única vez antes de su cautiverio.

El mayordomo abrió una puerta invitándola a entrar con un ademán de la mano.

—Aguarde aquí, señorita —dijo con amabilidad.

—Gracias —murmuró ella con una pequeña sonrisa.

La puerta se cerró a su espalda. Era la segunda vez en su vida que aguardaba en el despacho de James.

Entonces Madeline soltó el aire. Apenas había descansado. Había permanecido gran parte de la noche pensando en él, pensando en ella y en conflicto con sus propios anhelos. Se había rendido a sus emociones casi al amanecer. Entonces se había aseado, había escogido uno de los vestidos más bonitos que poseía, había desayudado y había dirigido sus pasos hacia la residencia del conde de Valdetorres. Malena poseía otro juego de llaves de la sombrerería, por lo que no importaba que esa mañana se retrasara un poco. Necesitaba hablar con él. Necesitaba verlo. Necesitaba dejar de sentir aquella angustia que le habían generado sus besos.

Agarró su bolso con fuerza e inspiró hondo con la intención de darse valor. Aquella estancia olía a James. Observó la gran mesa con detenimiento, las elegantes butacas, el confortable sillón junto a una de las paredes, el mueble estantería, el armario de licores de madera de nogal minuciosamente tallada y las pesadas cortinas de color carmesí. La claridad natural del día entraba a través del gran ventanal iluminando toda la habitación, aunque a esa hora aún era tenue. Era una estancia muy masculina, incluso rígida.

Madeline hizo acopio de serenidad y tomó asiento en una de las butacas a la espera de la llegada de James.

***

James terminó de asearse con impaciencia. Cuando Germán, su mayordomo, lo había avisado de la llegada de Madeline casi se había caído de la cama. La noche anterior había llegado de madrugada. No

recordaba con exactitud la hora. Quizá las tres o las cuatro. Era irrelevante. En realidad, durante esa la última semana, había llegado de madrugada cada noche. Tenía muchos hilos que mover, personas con las que entrevistarse y favores que cobrar. Su urgencia no era otra que tenerlo todo solucionado cuando Teresa se pusiera en contacto con él. Asimismo, había tenido que fingir normalidad frente a Carlos, Alonso, y especialmente frente a su madre, quien había solicitado su visita en cuanto supo de su presencia en Madrid. Había sido una semana agotadora. Extraña. No solo por las variadas emociones que continuaban invadiéndolo sin previo aviso, sino por la añoranza que había experimentado por el cuerpo de Madeline enredado junto al suyo al amanecer.

Había sido desconcertante asumir el sentimiento de nostalgia que lo invadía al anochecer y durante las primeras horas del día. No obstante, tenía asuntos que resolver antes de invertir sus energías en Madeline. Ella había mantenido un férreo control durante los dos últimos años, y aunque el tiempo que habían permanecido juntos en cautividad, lo había ayudado a derribar algunas de sus defensas, él sabía que existían muchas más.

James se vistió con premura, se peinó, se observó en el espejo de su alcoba y bajó las escaleras con rapidez. Ella esperaba en su despacho desde hacía unos quince minutos. La única vez que Madeline había acudido a su residencia había sido con el único propósito de solicitar su ayuda hacia Martín. Cierta intranquilidad se apoderó de él. ¿Habría sucedido algo? No se le ocurría ningún otro motivo que explicara su presencia en su hogar a una hora tan temprana. Llegó a su despacho e inspiró con profundidad. Percibió cierta inquietud en su estómago ante la inminencia de volverla a ver, ya que tras su pelea con Carlos, este había dispuesto que Martín y ella partieran hacia Madrid escoltados por sus hombres. Después de que él se cerciorara de que sus propios hombres se encontraban bien, todos habían partido una hora después. Había transcurrido una semana desde entonces. Una semana sin que hubiese vuelto a ver a Madeline.

James abrió la puerta con firmeza.

Madeline volvió el rostro de inmediato. Se irguió. Se miraron. Durante varios segundos. En silencio. El ambiente se cargó de tensión. Ninguno de los dos dijo nada con los labios. A continuación, James cerró la puerta a su espalda y se encaminó hacia el otro lado de la mesa de su despacho.

—Señorita Esterly —dijo invitándola a tomar asiento de nuevo con un gesto de su mano.

—Ilustrísima —murmuró con la habitual distancia con la que solía hacerlo antes de sentarse.

James la devoró con la vista. Estaba preciosa. Y ojerosa. También más calmada de lo que cabría esperar. Le intrigó que devolviera su mirada con similar franqueza. Lucía un refinado vestido de color verde con motivos dorados que se ajustaba a sus formas de un modo encantador, un recogido más elaborado de lo que acostumbraba y un elegante sombrero a juego tanto con su indumentaria como con su bolso.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó sin más preámbulos.

Madeline no podía dejar de observar al conde de Valdetorres porque, desde luego, aquel no era el James con el que había permanecido confinada. Se había afeitado y su atuendo volvía a ser tan distinguido como siempre. Adecuado a su rango. Exudaba poder. Rezumaba clase. Y eso la intimidaba más de lo que se atrevía a reconocer. Contempló su rostro. Parecía cansado y era obvio que lo había sacado de la cama. Advirtió que algunas hebras de su cabello estaban húmedas. No pudo dejar de desear hundir sus manos en aquella cabellera para despeinarla con sus dedos. Quizá así se pareciera más al James con el que había convivido por las noches y menos al inalcanzable conde que tenía frente a sus ojos.

Apartó la mirada, se quitó los guantes y los guardó en su bolso para disponer de un poco más de tiempo.

—No… —musitó con la vista en su regazo. Entonces levantó la vista con valor—. En realidad, sí.

James la contempló con impasibilidad.

—¿Qué precisa, señorita Esterly?

Madeline soltó la respiración.

—Aún no lo sé —murmuró casi para sí. En ese momento el trato formal comenzó a incomodarla. Decidió obviarlo para entablar cierta cercanía con él—. ¿Me responderías a una pregunta con sinceridad?

James arqueó una ceja con curiosidad percatándose de la inesperada relajación de su trato. ¿Estaba la señorita Esterly dando un pequeño paso hacia él por voluntad propia? Insólito.

—Siempre lo he sido —contestó. Entonces entrelazó las manos sobre la mesa. Ella advirtió que aún tenía magulladuras violáceas sobre los nudillos—. Responderé cualquier pregunta que desees hacerme con sinceridad, Madeline.

Ella tragó con los labios cerrados mientras él aguardaba con paciencia a que se decidiera a hablar.

—¿Por qué me besaste?

James no desvió sus ojos grises de los suyos ni un segundo.

—Porque te deseo, porque me moría por saborearte y porque quería descubrir hasta qué punto me deseabas tú a mí. —Ella agrandó los ojos—. ¿Te parezco lo suficientemente sincero?

Ella tomó aire y lo soltó.

—Sí.

—¿Puedo ayudarte en algo más, Madeline? —inquirió con un deje de condescendencia.

Ella desvió la vista unos segundos.

—Lo cierto es que sí —continuó con voz controlada.

James entrecerró los ojos con cierta sorpresa.

—Tú dirás —dijo con abierta curiosidad.

Madeline posó su bolso en la mesa. Entonces se irguió con evidente desasosiego. Después comenzó a respirar con creciente agitación. James supo que estaba tratando de permanecer calmada, pero los nervios parecieron acosarla sin ofrecerle tregua alguna. Su

curiosidad aumentó al descubrir el temblor de las manos femeninas mientras alisaba unas inexistentes arrugas de su falda.

Tras unos segundos de silencio ella enfrentó su mirada de nuevo.

—Quiero una noche contigo.

James pestañeó. Una vez. Se puso en pie y cruzó sus manos a la espalda. Madeline agarró la falda de su vestido con fuerza. Era más sencillo expresar su deseo con valentía cuando él estaba sentado. Sin embargo, erguido en toda su estatura, incluso le pareció una temeridad. Más cuando su mirada de repente se asemejó a la de un felino evaluando si atacar o no a su presa en ese momento.

—Siete —dijo con voz clara.

Ella lo miró con desconcierto. Se recompuso con rapidez.

—Una —insistió con un hilo de voz.

James negó con su mirada.

—Siete —repitió con lentitud.

—No puedo aceptar siete —protestó ella.

—No puedo aceptar una —apuntó él con seriedad.

¿Estaban regateando las noches como si se tratara del valor de un artículo en una compraventa? Madeline lo observó con indecisión.

—Tres —propuso con inquietud.

James se cruzó de brazos.

—Siete, Madeline. Siete por cada una de las que estuvimos juntos. Siete por cada una de las noches que tu cuerpo me torturó —continuó hablando sin apartar la vista de su rostro—, siete por cada una de las noches en las imaginé que te hacía mía mientras dormías con placidez sobre mí. Siete porque menos me parece insuficiente. —Madeline echó un paso atrás, aunque él no se había movido ni un ápice—. Tómalo o déjalo.

El rubor se extendió por todo el semblante femenino. James contuvo una sonrisa al reconocer su irritación cuando ella comenzó a pasear con sofoco con las manos en las caderas mientras él se

mantenía de brazos cruzados al tiempo que la observaba deliberar. La estaba presionando, quizá más de lo conveniente, pero las mujeres eran como los juegos de azar; para ganarlas había que apostar, aún a riesgo de perderlas.

Madeline le devolvió la mirada de forma airada tras unos minutos.

—Con condiciones —señaló con firmeza.

—Te escucho —murmuró él sin perder la entereza.

—Lo que suceda entre nosotros dos solo nos atañerá a nosotros.

—Obviamente —señaló él.

Ella tragó con inquietud.

—Después nuestra relación continuará siendo la habitual. —James asintió de forma imperturbable—. No quiero que pienses que…

—¿Que quieres yacer conmigo? —inquirió interrumpiéndola.

Madeline lo miró con cierta crispación.

—Que pretendo enredarte de algún modo o que quiero de ti más de lo que yo misma ofrezco —contestó con seguridad—. Solo tendremos un intercambio físico cada noche y no la pasaremos juntos —agregó con resolución imitando su cruce de brazos.

James sonrió con un atisbo de sorna.

El corazón de Madeline estuvo a punto de escapar por su boca.

—Serán varios intercambios físicos cada noche y desde luego que las pasaremos juntos. Todas y cada una de las siete noches —apuntó con serenidad acortando la distancia. Se detuvo a un paso de ella. Sus ojos grises ardían como ascuas—. Solo quieres sexo. Me parece bien. Te lo daré, Madeline. Lento y suave, rápido y fuerte, intenso y salvaje… Todo el sexo que desees. Como desees —señaló con arrogancia.

Madeline no podía pestañear, tampoco respirar. ¿Podía una mujer morir por combustión interna? Porque ella estaba convencida de morir abrasada bajo la mirada de James. ¡Y él ni siquiera la había

tocado! ¿Cómo podía pronunciar semejantes palabras con tamaña tranquilidad? La excitación la recorrió por completo. Su cuerpo permanecía a una distancia tan escasa del suyo que la afectó al punto de comenzar a percibir una presión sorda en los oídos.

—¿Sellamos el acuerdo con un beso? —murmuró él en voz baja —. Si no aceptas dímelo ahora porque es lo que pretendo hacer.

Madeline no pudo emitir sonido alguno, pero asintió con la mirada.

James rodeó su cintura con su brazo derecho atrayéndola hacia sí con una celeridad que la sobresaltó. Con la mano izquierda sujetó con suavidad su nuca. Sus labios rozaron los suyos con delicadeza, una vez, dos veces. Entonces deslizó la boca hacia su oído.

—¿Más? —susurró.

Madeline abrió los ojos. Respiraba con la misma rapidez con la que palpitaba su corazón. No respondió, pero deslizó las manos por el cuello de James, buscó su boca y acarició con la lengua la comisura de sus labios. Entonces James la estrechó con más fuerza, introdujo la lengua en su boca entrelazándola con la suya y comenzó a besarla sin prisa, saboreando con suma sutileza cada recoveco a la par que despertaba todos y cada uno de sus sentidos con una habilidad abrumadora. Madeline se derritió en sus brazos. Se rindió a aquella turbación cargada de tensión que solo él le despertaba. Disfrutó de la sensación de su propio cuerpo al cobrar vida con cada una de sus caricias. De su anhelo por sentirse mujer, de nuevo. Con él era plenamente consciente de su feminidad. Escuchó su apresurado corazón latiendo junto al suyo. Su respiración. El calor de sus labios quemaba. La humedad y el sabor de su boca la trastornaban. Solo existía él. Su olor, su piel, su aliento, la firmeza de su cuerpo sosteniendo el suyo, el fragor de su propia sangre recorriendo todas y cada una de sus venas. Entonces James finalizó el beso.

Madeline abrió los ojos a la vez que él con lentitud.

—Así debí besarte la primera vez —murmuró junto a su boca—. ¿Cuándo Madeline?

—¿Qué? —inquirió ella con aturdimiento.

James sonrió con cierto orgullo masculino antes de llevar sus labios a su oído.

—Nuestra primera noche. ¿Cuándo?

—Mañana —respondió con voz ahogada al sentir su lengua sobre su oreja.

—Hoy —dijo él con persuasión al tiempo que acariciaba su espalda con las manos.

Ella suspiró.

—Mañana —repitió con dificultad.

—¿Por qué? —preguntó deslizando los labios por su cuello.

Madeline emitió un gemido ante el contacto de su lengua presionando contra su piel. ¿Qué clase de poder ejercía James sobre ella para anular su capacidad de pensar con tanta facilidad? La estaba enloqueciendo. Perdió la noción del tiempo mientras él recorría sin descanso su cuello.

—Anoche no dormí —confesó con pudor en algún momento.

James dejó en libertad su cuello y la contempló.

—¿Pensando en mí? —inquirió con altanería.

Madeline esbozó una débil sonrisa recuperando parte de su voluntad. Cuando él dejaba de besarla era más sencillo gozar de un poco de lucidez.

—Pensando en mi propuesta.

—Acaba usted de patear mi orgullo, señorita Esterly —murmuró con una pizca de diversión en su voz—. ¿Hoy? —insistió. Ella negó con su mirada. Él suspiró—. De acuerdo —concedió con reticencia.

Madeline aprovechó esa tregua de sus labios para separarse de su figura, no sin cierta dificultad.

—Tengo que marcharme —murmuró.

Él la contempló con evidente frustración, pero ni por asomo tan

afectado como lo estaba ella, al menos en apariencia. Madeline aún sentía la debilidad en sus piernas.

—Lo organizaré todo y te enviaré una misiva con un lacayo —dijo con resolución.

Ella decidió dejarlo todo en sus manos. Desde luego James tendría más experiencia que ella en la organización de encuentros similares con la discreción requerida.

—Bien —concedió tomando su bolso.

—Madeline. —Ella se volvió sosteniendo la prenda con fuerza—. Si quisieras echarte atrás…

—No voy a echarme atrás —señaló interrumpiéndolo—. Lo he meditado durante toda la noche —señaló recordándoselo.

Él la observó con seriedad.

—Jamás te obligaría a cumplir con las siete noches si no quisieras. Lo sabes, ¿verdad?

Madeline asintió. Lo extraño era que era cierto. En su fuero interno sabía que él no exigiría tomar nada que ella no estuviese dispuesta a ofrecer.

—Lo sé —dijo ella con sinceridad. Entonces se acercó en un impulso, se colgó de su cuello y lo besó con rapidez—. Hasta mañana —susurró junto a su boca.

James la atrapó antes de que se alejara. Él pareció complacido con la naturalidad de aquel gesto, pues la retuvo entre sus brazos con una sonrisa cargada de satisfacción. Madeline elevó sus manos y despeinó su cabello con los dedos. James se dejó despeinar sin dejar de observarla.

—Déjate crecer la barba —pidió ella acariciando sus mejillas con las manos.

James rio por lo bajo antes de mordisquear la piel de una de sus muñecas con una mirada tan traviesa e impropia de él que ella lo contempló con fascinación.

—Es incómoda —protestó—. Pero me la dejaré crecer por ti —

prometió abalanzándose sobre su boca una vez más.

Madeline se agarró con firmeza a su cintura devolviendo el beso con intensidad.

—Debo marchar ya, James, por favor —gimió con voz suplicante.

Él la sujetó con firmeza contra sí.

—Vuelve a peinarme y te dejaré ir —ordenó con despreocupación.

Madeline resopló simulando fastidio antes de comenzar a colocar los mechones del cabello de un James que no dejó de mordisquear su boca mientras ella obedecía y sonreía al tiempo.

***

Madeline entró en la lujosa habitación del Hotel París que James había reservado. Tragó con dificultad a causa de los nervios. Luego soltó la respiración. Él aún no había llegado. Observó la estancia con aprehensión al descubrir unas puertas que comunicaban esa estancia con otra. Se dirigió al armario de licores. Descorchó una botella de vino de Jerez y se sirvió una pequeña cantidad en una de las finas copas del armario. Apenas había cenado y no acostumbraba a beber, pero esa noche necesitaba algo fuerte. Algo que la relajara. Algo que la ayudara a comportarse como la mujer adulta que era. Compartir algunos besos con James había sido intenso, enloquecedor, adictivo e incluso audaz. No obstante, esa noche estaba en aquella habitación para compartir algo más que unos cuantos besos. Un huracán de nervios se instaló en su estómago. Tomó un trago de vino.

La tarde anterior James había visitado la sombrerería. Su sola presencia casi le había provocado un pasmo mientras continuaba atendiendo a su clienta con toda la entereza que pudo mantener. Él se había comportado de una forma correcta e indiferente frente a las mujeres que lo saludaron con gesto educado. La misma Madeline

estuvo a punto de creerse su pose de aburrimiento a la par que esperaba su turno para ser atendido. Sin embargo, cuando Malena se prestó a hacerlo, James solicitó con amabilidad que fuera ella quien se encargara con la excusa de que conocía los gustos de su madre. Segundo pasmo. Madeline se había acercado a la parte del mostrador en la que él se encontraba, lo había saludado con formalidad, había escogido cuatro sombreros y los había enseñado con profesionalidad. James había aprovechado cada oportunidad que se le había presentado para rozar sus dedos al coger o dejar alguno de los sombreros sobre el mostrador. Tercer, cuarto y quinto pasmo. En realidad fueron muchos pequeños pasmos si contaba la forma en la que la había mirado un par de veces. Hasta que James no abandonó la sombrerería con el supuesto sombrero de su madre, ella no consiguió recobrar el aliento por completo. Malena había cruzado una significativa mirada con ella cuando estuvieron a solas, aunque no había dicho nada.

Además, esa misma mañana había provocado un encuentro en la calle y se había ofrecido a acompañarla a la sombrerería; mientras caminaban había rozado el dorso de su mano con el suyo con discreción en tres ocasiones antes de que se despidiera con sumo respeto frente a la puerta de la tienda. A medio día se las había ingeniado para simular un nuevo encuentro a la salida del Café Suizo, donde había tomado una tranquila taza de café con Charlotte. Gran pasmo cuando consiguió entrelazar sus dedos con los suyos durante unos breves segundos a espaldas de ella. Y a la entrada de su casa, algunas horas antes, la había interceptado para entregarle la caja del sombrero que había adquirido la tarde anterior sin decir ni una sola palabra. No había hecho falta, había tomado su mano para besarla con cortesía y le había guiñado un ojo antes de subir a su coche y alejarse en él. En ese instante, Madeline no había sufrido pasmo alguno, solo había estado a un paso de fallecer por asfixia cuando ese guiño le había cortado la respiración.

Madeline había entrado en su hogar y había abierto la caja con premura. Dentro había hallado una nota con las instrucciones que debía seguir. Un coche la esperaría frente a su casa a las once de la

noche para trasladarla al Hotel París. Una vez en recepción se presentaría ante el conserje como la señorita Graham y este le entregaría las llaves de una habitación. Él llegaría a dicha habitación media hora después. Debía llevar la caja con el sombrero.

Madeline volvió a beber de la copa de vino mientras observaba la caja con intriga. Esa última petición por parte de James carecía de sentido para ella, sin embargo la había llevado. Volvió a servirse otra pequeña cantidad de vino. El nudo de nervios continuaba apostado en su estómago, pero se sentía menos tensa. Gimió en su interior. ¡No era cierto! Vació la copa mientras observaba la cama. No tenía la intención de embriagarse, solo de tranquilizarse mientras aguardaba la llegada de James.

Se sentó en una esquina de la cama con una nueva copa. Apenas había cenado a causa de la ansiedad, pero se había aseado con ahínco en la tina, había perfumado el agua con esencia de jazmín y había lavado su cabello con insistencia. Después lo había secado mechón a mechón con cuidado antes de trenzarlo en un elaborado recogido. A continuación, había cubierto su silueta con la delicada ropa interior que había comprado el día anterior y había escogido uno de sus vestidos más elegantes. A la hora acordada, había subido al coche que James había alquilado, había llegado al hotel y allí estaba. En aquella fastuosa habitación. Tan nerviosa que no sabía cómo sobrevivir a aquella noche. Aún menos cómo podría sobrevivir a seis más.

¿Qué se hacía en esos casos? ¿Debía desnudarse un poco para parecer seductora? ¿Ouerría hacerlo él? ¿O le gustaría que ella lo hiciera frente a su vista? ¿Debía esperar recostada en la cama? ¿Debía permanecer en pie o sentada? ¡Por el amor de Dios, qué nerviosa estaba! El corazón se le iba a salir por la boca, le sudaban las manos y tenía calor. ¿Sería por el vino? Se sirvió otra copa. Decían que el vino relajaba los ánimos. ¡¿Por qué no relajaba un poco los suyos?! ¿Cuánto tiempo habría transcurrido? James era conocido por su puntualidad. Si había dicho que llegaría en media hora, llegaría en media hora. Se sirvió otra copa. Quizá para entonces, con un poco de suerte, ella pudiera recuperar parte de la compostura que la había

abandonado desde que cruzara la puerta de esa refinada estancia.

James se había mantenido estoico hasta que vio a Madeline llegar al hotel desde la ventana de su habitación. Desde ese instante, una acuciante inquietud se había adueñado de él. Se sentía desconcertado. El día anterior le había resultado imposible permanecer alejado de ella. El impulso de volver a verla había sido más firme que su propio raciocinio. La misma sensación lo había poseído en cuanto había despuntado el día. Sonrió cabeceando. Se había comportado como un adolescente incapaz de controlar sus anhelos, y ahora que el ansiado momento de hacerla suya había llegado, le preocupaba no cumplir las expectativas que ella pudiera concebir. Era absurdo. Era un buen amante. Lo sabía. Confiaba en su habilidad como hombre y en sus competencias amatorias. Nunca se permitía llegar a la culminación sin que su compañera de cama la hubiese alcanzado antes. Era concienzudo y generoso. El cuerpo de una mujer era para él como un instrumento que había explorar, tocar y afinar hasta que emitía la melodía apropiada. Suspiros, jadeos, gemidos e incluso gritos; sí, esa era la sonoridad que le gustaba escuchar en los labios de una mujer cuando la acariciaba durante el juego previo. Provocar la lascivia de las mujeres, excitarlas, llevarlas al límite era placentero y él lo consideraba indispensable para disfrutar del acto carnal.

James disfrutaba del sexo primitivo, intenso, sin emociones ni complicaciones. Cuando quería y como él quería. Sin ataduras de ningún tipo. Era la única parcela de su vida en la que se permitía cierto descontrol. Una necesidad física que le satisfacía cubrir con frecuencia. No obstante, Madeline era diferente, no solo porque le había suscitado y le suscitaba terribles erecciones, sino también porque le provocaba emociones. Se pasó las manos por el rostro. Ni siquiera recordaba la última vez que mantener relaciones con una mujer lo hubiese inquietado como hombre. Miró su reloj de bolsillo. Había transcurrido media hora desde que Madeline llegara a la habitación contigua. Por suerte, la cobardía no formaba parte del conjunto de sus defectos, aunque sí quizá el exceso de confianza.

Se encaminó hacia la puerta con resolución.

James sabía que, en su inexperiencia, ella había buscado un poco de afecto y consuelo la primera vez que se había entregado a un hombre, sin embargo solo había hallado sexo. Ahora, al parecer, buscaba solo sexo, pero obtendría mucho más. Sostuvo la fina manivela de la puerta con la mano y la abrió sin que le temblara la mano.

Madeline se puso en pie al verlo entrar a través de la puerta que comunicaba ambas estancias. Su ritmo cardíaco se triplicó. Él la observó en silencio antes de cerrar la puerta a su espalda y acercarse. A ella le pareció vislumbrar una pequeña sonrisa bailando en sus labios, pero no estuvo segura porque no podía apartar sus ojos de los suyos. Aquellos ojos grises la contemplaban con un ardor que la dejaban sin sentido. James cogió el vaso de su mano. La simple caricia de sus dedos sobre los suyos le provocó una repentina flojera en las piernas y dificultó el ritmo de su respiración.

—¿Te sirvo otra? —preguntó en voz baja. Madeline negó tragando saliva en silencio—. ¿Te importa que yo me sirva una? —Madeline volvió a negar entrelazando sus manos. James sirvió una pequeña cantidad de jerez en su propia copa y bebió sin dejar de observarla—. Relájate, Madeline.

—Eso intentaba —reconoció con un hilo de voz.

—Sin mucho éxito por lo que veo —apuntó con serenidad.

Ella se soliviantó.

—No sé porqué estoy tan nerviosa, no es como si fuese la primera vez…

Madeline apretó los labios. Se arrepintió de sus palabras en cuanto las hubo pronunciado. Si la tierra se hubiese abierto en ese instante y se la hubiera tragado no le habría importado demasiado. El corazón se le contrajo de vergüenza. ¿Por qué diablos había dicho algo así? Él sabía que había mantenido relaciones con otro hombre. Mencionarlo en ese momento era cuanto menos contraproducente por su parte.

James vació su copa de un trago y la dejó sobre el armario de los licores. Entonces, acortó la pequeña distancia que los separaba. Sus brazos rodearon su cintura y la pegó a su cuerpo.

—Es la primera vez... conmigo —susurró junto a su oído con calidez.

Madeline se quedó petrificada. Sí, sin duda ese era el problema.

—¿Te importa? —susurró ella echando la cabeza hacia atrás para poder ver sus ojos.

—No —respondió él sin titubear—. ¿Y a ti? —preguntó con un deje de sorna.

«No, excepto cuando tus antiguas amantes se te insinúan frente a mí», pensó al recordar a Catalina.

—No —musitó.

—Bien —murmuró James acercando su boca a la suya.

Madeline esperó el beso tensa como una cuerda. Cuando él la besó, ella imaginó que la intensidad y la inusitada lujuria que sentía hacia James se desataría en su interior como había sucedido en las ocasiones anteriores. No fue así, aunque estaba convencida de que podría haber sido así de no saber que el sexo sería inminente. Al fin y al cabo para eso estaban allí. ¡Por el amor de Dios¡ ¡No estaba devolviendo el beso! ¡Ni siquiera había cerrado los ojos mientras él la besaba!

James apartó su boca tras detectar su pasividad.

—¿Qué sucede, Madeline?

Ella soltó la respiración.

—No lo sé —confesó, y después se humedeció los labios.

«¡Relájate, Madeline! ¡Lo has hecho antes! ¡Relájate!», se ordenó con frustración.

—Si no estás segura…

—Estoy segura —dijo interrumpiéndolo—. Estoy nerviosa. Lo siento —murmuró rodeando su cuello con los brazos—. Intentémoslo

de nuevo.

James inclinó su rostro, la apretó contra su cuerpo, deslizó una de sus manos hacia su nuca y comenzó a besarla con más insistencia. Madeline trató de devolverle el beso con pasión, pero no podía respirar.

James suspiró junto a su boca, apoyó la frente en la suya y después se apartó.

Madeline apretó los labios mientras el bochorno la ahogaba. ¿Qué diantres le sucedía?

—¿Qué ocurre? —preguntó James con paciencia.

Madeline cabeceó mientras el rubor se adueñaba de sus mejillas.

—Tal vez no sea una buena idea. Lo siento. Lo siento, de veras —dijo ella con inquietud.

James la observó sin pestañear. No con seriedad, pero sí con evidente curiosidad. El silencio se tornó tan incómodo que Madeline se cruzó de brazos y buscó su bolso con la mirada desviándola de la figura masculina. Una huida sería humillante, no obstante era lo único en lo que podía pensar en ese momento. Sí. Escapar. Quizá con un poco de elegancia. Después de todo James era un caballero. Le ofrecería la alternativa de salir de aquella habitación con cierto decoro.

—¿Con cuántos hombres has yacido?

Madeline lo miró con asombro. No podía creer que aquellas palabras hubiesen salido de su boca. ¡No podía creer que le hubiese preguntado aquello! ¿Realmente quería saber con cuantos hombres se había encamado? ¿Había escuchado bien? La indignación la recorrió. ¡Nunca lo hubiese esperado de él!

—Con uno —siseó a la defensiva, sintiéndose casi insultada.

—Yo con doce. Mujeres —señaló con calma—. Creo, sin miedo a equivocarme y sin ánimo de alardear, que acumulo más experiencia que tú en estos menesteres.

Madeline parpadeó varias veces con aturdimiento. En primer

lugar por su pregunta, en segundo lugar por su contestación y en tercer lugar porque no lo creyó.

«¿Solo doce? ¿Un hombre con un aspecto como el tuyo? ¿Con tu clase? ¿Con tu poder?», pensó con incredulidad.

James suspiró.

—No me crees. —Ella se encogió de hombros—. Me gusta el sexo, Madeline. Con honestidad, lo disfruto mucho. Me fascina practicarlo —apuntó. Ella se ruborizó hasta la raíz del cabello. A veces su exceso de franqueza era incómodo—. Sin embargo, no me considero un libertino ni un calavera. ¿Creías que lo era? —Ella asintió con la mirada—. He entablado relaciones puramente carnales que se han alargado en el tiempo, en mayor o menor medida, con doce mujeres desde Catalina. Relaciones consensuadas, aceptadas y deseadas por ambas partes. —Colocó las manos en sus caderas—. Te deseo, pero no va a suceder nada entre nosotros que no quieras que suceda. ¿De acuerdo? Dijiste que confiabas en mí —murmuró recordándoselo.

El corazón de Madeline latía de forma desenfrenada. Inspiró con firmeza. No llegaba a comprender porqué, pero James anulaba su capacidad de pensar cuando la miraba de aquel modo y hablaba con tamaña sinceridad al tiempo.

—Confío en ti —susurró.

—Bien. —En un abrir y cerrar de ojos James le dio la vuelta buscando la forma de quitarle el vestido. Madeline se olvidó de respirar—. ¿Dónde están los botones, Madeline? —preguntó en voz baja.

La saliva se negó a descender por la garganta de ella. Sentía las manos de James palpando e inspeccionando toda su espalda. La inesperada excitación que se adueñó de su cuerpo ante la dominación de su comportamiento, la consternó.

—En el costado —contestó con debilidad.

—No voy a ver nada que no haya visto antes y tú tampoco —murmuró junto a su oído comenzando a mordisquear su oreja.

Madeline contuvo un gemido a duras penas ante el cosquilleo que sintió entre sus piernas. Su cuello y sus orejas eran zonas altamente sensibles al tacto de su boca y él parecía saberlo, pues su ataque fue tan suave como voraz.

Los hábiles dedos de James encontraron los escondidos ojales con facilidad. Tiró de las mangas de su vestido y después lo bajó hasta sus pies ante la perpleja mirada azul. Se deshizo del polisón, de las enaguas, del cubrecorsé y cuando el dorso de sus manos rozaron sus senos para abrir el primer broche del corsé, ella jadeó con sorpresa al percibir cómo se endurecían. James fijó la vista en sus ojos al tiempo que continuaba despojándola de la prenda con agónica lentitud. Una vez hubo finalizado la dejó caer al suelo. Recorrió su figura con una expresión de franca lujuria. Madeline se humedeció los labios. Los tenía secos. A continuación él se desprendió de la chaqueta, del chaleco, la corbata y la camisa sin desviar la vista de su rostro ni un instante. Madeline siguió cada uno de sus movimientos con avidez. El ambiente se caldeó.

—Volvemos a estar en las mismas condiciones. ¿Incómoda? —preguntó con voz ronca.

Entonces ella entendió que se refería a las mismas condiciones antes de irse a la cama durante su cautiverio.

—No —musitó.

En realidad, volvía a sentir la imperiosa, aunque contenida atracción de entonces.

—¿Cuántas copas de vino has bebido?

Ella parpadeó con confusión.

—Cinco —musitó.

—¿Sigues sobria? —Madeline asintió con la vista—. Porque voy a necesitar que lo estés durante el resto de la noche.

Una sensación ardiente y abrumadora la arrolló por completo cuando James apagó las lámparas que iluminaban la habitación. Las sombras la rodearon, pero la tenue claridad que proyectaba la luna a

través del ventanal le permitió seguir con los ojos los movimientos de la silueta masculina. Él se dirigió a la enorme cama, cogió la caja del sombrero y la posó en el suelo, a un lado. Después se acercó, se inclinó y comenzó a besar su cuello con lentitud al tiempo que la rodeaba con los brazos. Madeline ladeó el cuello permitiéndoselo. Comenzó a respirar de forma entrecortada cuando las manos de James comenzaron a acariciar la piel desnuda de su espalda bajo la camisa. Sus besos eran tiernos y cálidos y conseguían que una creciente sensación de sofoco la recorriera. Cuando sus dedos delinearon su cintura subiendo hacia sus costados sin llegar a tocar sus senos, Madeline tuvo la impresión de perder la estabilidad mientras se agarraba a la cintura de James. Entonces él apresó su trasero con ambas manos y la pegó contra sus caderas para que percibiera su erección. Su tremenda erección. Madeline sintió que perdía el equilibrio. Acto seguido, sus labios buscaron los suyos de nuevo… y esa vez, cuando la besó, Madeline se sintió desfallecer. Sus manos se sujetaron con fuerza a la espalda de James mientras aplastaba sus senos contra su torso y devolvía los besos con pasión. El ardiente placer se intensificó mezclándose con su ansiedad por obtener más. Los suspiros se sucedieron entre beso y beso. En algún momento, James la tomó en brazos y ella rodeó sus caderas con las piernas de forma natural mientras caminaba sosteniéndola, sin dejar de besarla o acariciarla con su lengua. De repente, se vio presa entre la firmeza de su cuerpo y la pared, con su erección presionando junto a su entrepierna con insistencia. Madeline acarició sus hombros y deslizó las manos por su pecho hasta llegar a su torso mientras sentía el espasmódico temblor de sus músculos bajo sus dedos. James jadeó y la besó con más ardor al tiempo que se bebía sus gemidos. Tras unos minutos de desenfreno apartó la boca. Madeline respiraba de forma entrecortada. Él también.

—James —susurró con la voz cargada de deseo.

«No te detengas», pensó con lujuria.

—¿Quieres más? —murmuró con voz ronca.

—Sí —dijo apretando sus caderas con las piernas—. Llévame a la

cama —pidió con una voz tan seductora que incluso a ella le sonó extraña.

James suspiró enterrando la cabeza en su cuello.

—Estaba pensando en tomarte contra la pared —reconoció mordiendo su piel de un modo que la hizo suspirar.

El pecho de Madeline comenzó a subir y bajar con alteración. ¿Contra la pared? ¿Había dicho contra la pared? ¿De pie? Jamás había mantenido relaciones de esa forma. Ni siquiera sabía cómo hacerlo o cómo moverse.

—Nunca he mantenido relaciones así —confesó en voz baja.

James movió sus caderas contra ella al tiempo que la dureza de su miembro rozaba su centro. Madeline se agarró con más fuerza a su espalda mientas besaba la piel de su cuello. Él jadeó al sentir sus dientes, su lengua y las uñas de sus manos en su espalda.

—Pues tendremos que remediarlo… en otro momento —señaló sosteniéndola en brazos hasta llegar a los pies de la cama.

Entonces James se inclinó y la dejó sobre la mullida colcha. Se descalzó, se bajó los pantalones y los calzoncillos con rapidez y se arrodilló entre sus piernas. Sus manos tiraron del borde de la camisa interior de Madeline. Ella levantó los brazos para permitir que se la quitara. Una vez lo hubo hecho, lanzó la camisa al suelo y sujetó sus muñecas sobre su cabeza. Quería tocarla, explorar cada rincón de su sedoso cuerpo, reducir su capacidad de pensar al mínimo, volverla loca de placer.

—No te muevas, Madeline —ordenó en voz baja.

Madeline lo observó al tiempo que la soltaba y cada una de sus manos abarcaba sus senos con posesividad, masajeándolos, presionando levemente. Madeline se mordió los labios al tiempo que arqueaba su espalda. Entonces él capturó uno de sus senos con la boca que saboreó con insistencia antes de proseguir con el siguiente. La humedad de su lengua delineando el contorno de sus pezones antes de chuparlos y succionar a placer la abrasó por dentro. Acto seguido, él paseó la boca por su vientre, desabrochó sus calzones y tiró hacia

abajo con las manos. Madeline echó la cabeza hacia atrás elevando el trasero hasta que se los quitó con agilidad. Entonces James deslizó las manos por sus piernas despojándola de las finas medias con lentitud antes de descalzarla. Ahora estaba desnuda. Tan desnuda como él. Si habitualmente se sentía vulnerable ante la presencia de James, en aquella posición se sentía indefensa por completo; las manos sobre su cabeza, las piernas ligeramente abiertas. Expuesta. Escuchó el suspiro de satisfacción de James antes de que una de sus manos se internara entre los rizos de su entrepierna. Madeline jadeó y apretó las piernas por instinto. Entonces los hábiles dedos de James comenzaron a introducirse en la humedad de su centro, explorando cada pliegue a la par que tomaba su boca y comenzaba a devorarla sin delicadeza, sin piedad, sin control.

Madeline no sabía que se podía experimentar tal ardor ni tal ansia por el contacto de los dedos de otra persona. Estaba tan húmeda que sus piernas se aflojaron y liberaron su mano pidiendo más. Los dedos masculinos siguieron torturándola hasta que ella estuvo convencida de no poder aguantar la tensión que le provocaba. Sus caderas se elevaban, se movían, se mecían una y otra vez, pero la mano de James marcaba su propio ritmo al frotar aquella desconocida protuberancia de su sexo. Lo rodeaba con los dedos, lo acariciaba de un lado a otro, de arriba a abajo, haciendo círculos, presionando lento, fuerte, suave, pausado, fuerte otra vez. Cada vez que creía llegar al límite, él la elevaba más alto, y la dejaba ahí, al borde del precipicio hasta que sus dedos volvían a llevarla a un nueva escala de placer.

—James, por favor… —jadeó tomando aire.

Él continuaba besando su boca y su cuello mientras su mano la atormentaba sin cesar.

—Por favor, ¿qué? —preguntó apresando su labio inferior con los dientes.

Madeline jadeó. Quería acariciarlo, quería recorrer su cuerpo con las manos, pero él solo permitía que lo besara.

—Quiero tocarte —reconoció capturando sus labios.

Su lengua se enredó con la suya con fervor.

—Aún no —dijo sujetando sus muñecas con la otra mano.

James estaba convencido de no poder seguir conteniéndose si ella lo tocara. Antes de que eso sucediera quería escucharla gritar, gemir o verla contraerse de gozo. Era tan apasionada y receptiva a sus caricias que descubrirlo lo estaba desequilibrando de una forma desconcertante, demoledora, desproporcionada.

Madeline sabía que podía soltarse con facilidad, pero mantuvo sus manos sobre su cabeza mientras su cuerpo se retorcía bajo las caricias de James, a merced de su voluntad, a merced de su mano, sin embargo necesitaba que aquella tensión culminara de algún modo, necesitaba sentirlo, necesitaba… no sabía lo que necesitaba, pero James la estaba matando.

—Te quiero dentro —musitó.

—¿Así?

Él introdujo un dedo en su interior mientras seguía frotando aquella protuberancia con la palma de su mano. Madeline gimió con fuerza. Su vagina oprimió su dedo. Varias veces. Su hombría palpitó con ansia.

«¡Dios Santo!», pensó James al imaginar que era su miembro al que capturaba con tamaña fuerza.

Madeline estaba tan lubricada, excitada e hinchada que ardía en deseos por hundirse en el interior de su cuerpo.

—Quiero probarte —susurró.

El asalto de la lengua de James mientras sus manos mantenían sus piernas separadas enloqueció a Madeline. Se agarró a la colcha con fuerza y a duras penas consiguió detener el grito que surgió de su garganta. Se mordió el labio inferior. No sabía que los hombres hiciesen eso, no sabía que se podía hacer eso, no comprendía cómo podía permitir que James hiciera eso... ¡Virgen Santísima! ¡No sabía que pudiese alcanzarse semejante cota de placer físico! Madeline agitó la cabeza sobre la colcha. La locura amenazó con apoderarse de ella.

Sentía los pezones tan enhiestos que comenzaron a dolerle. Necesitaba alivio. No sabía con exactitud qué significaba aquello, sin embargo lo necesitaba. Lo necesitaba como el aire para respirar. James la estaba torturando de un modo que jamás habría imaginado posible, de un modo desconocido, impúdico, impensable... No supo con exactitud qué hizo él con la lengua, pero de repente, la indomable tensión que había ido acumulándose dentro de ella estalló de golpe. Su cuerpo se tensó, se arqueó y se estremeció sin control bajo el implacable asalto de la boca de James. El placer surgió desde lo más profundo de su ser y la rompió en mil pedazos. Dejó de ser consciente de las manos de él aferrando sus muslos para mantener sus piernas bien separadas al tiempo que continuaba saboreándola y provocaba una nueva e interminable oleada de espasmos que se prolongó durante varios minutos más. En algún momento sintió su lengua ascender por su vientre, paladear uno de sus senos y deslizarse hasta a su cuello. Su cuerpo permanecía sobre la cama laxo, satisfecho, sudoroso y exhausto. Madeline fue incapaz de abrir los ojos mientras recuperaba la respiración. Entonces escuchó la risa de James, sin embargo ella no pudo discernir el tiempo que transcurrió hasta que consiguió abrir los ojos. Se esforzó en fijar la vista en los ojos grises que la contemplaban con suma sensualidad a la par que una de sus manos acariciaba con suavidad su vientre. Madeline jamás había vivido una experiencia física tan intensa, completa y perturbadora. ¿Cómo habría podido sospechar que le provocaría semejante placer solo con su boca? ¿Un placer tan intenso que incluso le había robado la cordura sin que ni siquiera la hubiese poseído? ¿Un placer tan arrollador que la había obligado a gritar?

—Los franceses la llaman *la petite mort* —susurró James—. La pequeña muerte —aclaró con una sonrisa antes de capturar sus labios. Madeline paladeó su propio sabor en los labios de él. Si pudiera pensar con claridad, con algo de sensatez o juicio ese gesto le habría parecido terriblemente obsceno por su parte, pero no tenía la voluntad de pensar, solo de sentir—. Me declaro adicto a tu sabor. Ahora quiero mi pequeña propia muerte, Madeline —musitó colocándose entre sus piernas.

James la penetró con suavidad, centímetro a centrímetro, con lentitud, hasta el fondo. Emitió un ronco jadeo cuando toda su longitud estuvo dentro. Era tan estrecha. Estaba tan mojada y dispuesta. Su interior era puro terciopelo. Delicioso. Exquisito. Cautivador. Ella gimió ante la invasión. James permaneció inmóvil, enterrado en la caliente humedad mientras el cuerpo de Madeline lo recibía amoldándose a su tamaño. Sabía que había transcurrido mucho tiempo desde su última vez, por lo que no debía precipitarse. Paladeó uno de sus senos. Ella se retorció elevando las caderas. El movimiento desencadenó un profundo placer en ambos. Entonces, sin previo aviso el interior de Madeline lo oprimió con fuerza como había hecho con su dedo.

—¡Dios, Madeline! —jadeó sujetando sus manos de nuevo sobre su cabeza.

James comenzó a moverse con cuidado, penetrándola de forma rítmica, lenta, con firmeza, sin parar. Madeline comenzó a respirar con más fuerza. El placer aumentaba con cada embestida de un modo ensordecedor.

—Bésame, James —exigió ella.

James se inclinó y la besó al tiempo que enterraba todo su miembro en su interior. Ella gimió en su boca. Escuchar aquellos profundos gemidos lo enardecían. Lo extasiaban.

—¿Lo quieres más fuerte? ¿Más rápido? —inquirió junto a sus labios.

Ella elevó las caderas siguiendo el movimiento de las caderas de James. Se moría de ganas por sentir la fricción de su cuerpos a una mayor intensidad y celeridad.

—Sí —contestó con la voz teñida de pasión.

Él soltó sus manos, apoyó las suyas a ambos lados de su cabeza para descargar parte de su peso en los brazos y cambió de ángulo.

—Rodéame con las piernas —dijo.

Madeline obedeció al tiempo que también rodeaba su espalda con

las manos y mordía su cuello en un impulso. James jadeó al sentir sus dientes, al notar sus piernas apresándolo con fuerza, al percibir su ansia de más. Contenerse mientras penetraba a Madeline era una agonía. Una agonía demencial que lo estaba matando a la par que ponía a prueba todo su dominio sobre sí mismo. Comenzó a empujar con mayor fuerza, más rápido, más duro, más profundo, más, más, más... El placer comenzó a embargarlo por completo de un modo irracional. Los gemidos, los suspiros, los jadeos de Madeline llegaban a sus oídos de forma lejana mientras lo acogía tan húmeda, resbaladiza, caliente y apretada que solo podía empujar una y otra vez gobernado por una primitiva sensación de posesión.

Cuando el cuerpo de ella se arqueó bajo nuevas y múltiples convulsiones, James sintió cómo su interior se contraía subyugando su miembro sin piedad. Empujó una vez más y acto seguido, se derramó. Los espasmos del orgasmo recorrieron su cuerpo con tal brutalidad que gritó antes de caer sobre el cuerpo de Madeline exhausto y fascinado. No podía moverse. Literalmente. Sonrió. Sí. Su *petite mort* era colosal. Respiraba con agitación. Ella también. Tras unos minutos, Madeline comenzó a acariciar su espalda mientras besaba su cuello. Ambos estaban sudados, pero no importaba. Permaneció en su interior un poco más. Cuando recuperó algo de sus fuerzas intentó apartarse, pero ella se lo impidió.

—Aún no —susurró Madeline suspirando con satisfacción.

—Peso demasiado para ti —musitó apoyando la frente en la suya.

—Me gusta sentir tu peso —susurró abrazándolo mientras su aliento se entremezclaba con el suyo.

«Me gusta sentirte dentro», pensó al mismo tiempo.

Se miraron en silencio hasta que James sintió desaparecer su erección por completo. Entonces rodó a un lado apoyándose sobre su espalda. Entonces tiró de Madeline con suavidad hacia él. Ella cruzó la pierna sobre su cadera y acomodó la cabeza junto a su corazón. James rodeó su cintura al tiempo que percibía una cálida sensación expandiéndose por su pecho. Cerró los ojos. Nunca se había sentido así tras el sexo. Tan completo, satisfecho, relajado y… ¿feliz?

—James…

—Mmmm.

Él sintió como ella levantaba el rostro y apoyaba el mentón sobre su torso. No entendía la costumbre de las mujeres por hablar inmediatamente después de mantener relaciones. Él solo podía pensar en sostenerla junto a su cuerpo, descansar, recuperarse y volver a poseerla cuanto antes. En ese orden.

—¿Siempre es así?

James abrió los ojos y la miró.

«No», pensó.

—La mayoría de las veces —contestó en cambio.

Ella apoyó su mejilla sobre su pecho de nuevo mientras una de sus manos acariciaba su hombro. Le gustaba sentir las huellas de aquellos dedos sobre su piel. No. No le gustaba. Le fascinaba. Era asombroso experimentar aquella calidez ante el simple contacto de sus manos.

—James… —susurró de nuevo.

—¿Qué? —musitó él.

—¿Te he satisfecho? —preguntó con inseguridad.

James suspiró.

—Mírame, Madeline. —Ella elevó su rostro—. ¿No ha sido evidente? ¿Es necesario que responda? —inquirió con voz suave. Ella lo observó con incertidumbre—. He disfrutado mucho.

«Es posible que me mates cuando aprendas todo lo que puedes hacerme con tu cuerpo», pensó con ironía.

Ella volvió a apoyar la cabeza en su pecho. James percibió su sonrisa.

—Yo también —susurró en voz baja.

—Lo sé —dijo con presunción.

—Eres un presuntuoso, James —murmuró con una pizca de sorna

en su voz.

Él sonrió con regocijo.

—Madeline.

—¿Qué? —preguntó sin dejar de acariciar su hombro con los dedos.

—Bésame —ordenó en un susurro. Madeline se estiró y lo besó con lentitud. James sujetó su nuca con la mano mientras devolvía el beso. Luego, fijó los ojos en los suyos—. En cuanto me recupere te tomaré contra la pared. Y te haré gritar —prometió con aparente calma junto a su boca.

El ritmo cardíaco de Madeline se disparó.

Capítulo Trece

Miércoles, 21 de junio de 1876

Hotel París, Madrid

Madeline observó la caja abierta de su sombrero a la par que intentaba recobrar el aliento. Permanecía boca abajo con el rostro ligeramente apoyado en el borde del colchón. Agotada. Algunos mechones sueltos de su cabello colgaban hacia el suelo. James permanecía sobre su cuerpo. Tan exhausto como ella. Escuchaba el rápido palpitar de su corazón en su espalda. Notaba su aliento sobre su cuello. Esa última vez había tenido que morder el colchón para ahuecar la intensidad de sus propios gemidos. Era una mujer impúdica. Una pecadora insaciable. Una desvergonzada ávida de placer. Lo cierto era que no le importaba. Al menos, no en ese momento. ¿Qué había hecho James con ella? ¿En qué clase de mujer la había convertido? Apenas podía mantener las manos alejadas de él ni mantener a raya el deseo de que volviera a tocarla.

Aquella noche había sido una locura. El olor a sexo impregnaba sus fosas nasales. Sí, puro sexo. Tan exquisito y demencial que le costaba creer todo lo que James le había descubierto sobre sí misma y sobre su propio cuerpo. Él le había prometido placer y se lo había proporcionado. A raudales.

El recuerdo que tenía de las relaciones de alcoba apenas se asemejaba a lo vivido esa noche. Philip era un inepto. Un egoísta interesado en obtener su única y propia satisfacción. Nunca la había acariciado como James, nunca la había excitado hasta el punto de hacerla perder la cabeza o la noción del tiempo, nunca se había preocupado porque alcanzara aquel desconocido clímax, y desde luego, nunca le había hecho sentir ni un mínima parte de lo que le había hecho sentir James. Un simple roce de sus labios o de sus dedos la hacía arder en llamas. Había estimulado su cuerpo de tantas y variadas formas que clamaba de ansiedad y anticipación por sí mismo ante sus caricias.

Miró hacia la pared que estaba junto a la cama. James la había poseído en esa parte de la pared de madrugada. De un modo salvaje, dominante y estremecedor. De un modo que aún le aflojaba las piernas al rememorarlo. La culminación había sido tan delirante que la había despojado de toda fuerza o energía. Que él hubiese permanecido en pie empujando con semejante frenesí mientras la sostenía junto a la pared era todo un misterio para ella, que tras el clímax hubiese tenido el vigor necesario para llevarla en brazos a la cama, un auténtico enigma. Ambos se habían rendido al sueño casi de inmediato… hasta unas horas antes.

Sonrió contemplando el sombrero.

Él la había despertado a base de besos y algún que otro mordisco en la espalda. A continuación, le había ordenado que permaneciera inmóvil con los ojos cerrados. La nueva tortura se había iniciado con la suave caricia de una pluma en su cuello seguido de un beso húmedo de su boca. Madeline se había rendido a su voluntad sin presentar batalla alguna. Cada roce de la pluma había significado un nuevo beso húmedo, un concienzudo lametón, un suave mordisco, una leve caricia de sus dedos o un breve roce de sus labios… en cualquier parte de la anatomía de su cuerpo. James la había enloquecido haciendo que se estremeciera de ansiedad, expectación y gozo. La había hecho suplicar, y cuando lo hubo conseguido, la había poseído con una lentitud y ternura tan inesperada que su cuerpo aún temblaba con turbación bajo el suyo.

—James —musitó.

—Mmmmm.

—Has destrozado mi sombrero.

Él se movió y miró por encima de su hombro.

—Solo he arrancado unas cuantas plumas. Tiene más —agregó con indiferencia.

Madeline rio antes de darse la vuelta y quedar aprisionada entre su torso y sus brazos.

—¿Tienes idea del tiempo que invierto en colocar cada pluma

para que permanezca como quiero? —inquirió con diversión.

James arqueó una ceja.

—No, pero te compraré un sinfín de sombreros. Con muchas plumas —apuntó fingiendo seriedad.

—Me disgustaría que los compraras con el objeto de destrozarlos —continuó ella con sorna.

James simuló meditarlo.

—Entonces compraré una ingente cantidad de plumas.

Madeline volvió a reír.

—Eso me parece más aceptable —murmuró mientras pasaba los dedos por su cabello.

Él esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Le gusta despeinarme, señorita Esterly?

—Adoro despeinarlo, ilustrísima —contestó sin perder la sonrisa.

Entonces James acercó su boca a la suya.

—Buenos días —musitó junto a sus labios.

—Buenos días —susurró ella al tiempo que rodeaba su cuello.

—¿Te encuentras bien?

Le dolía todo el cuerpo. Cada leve movimiento de sus brazos o sus piernas le recordaba todo lo sucedido esa noche. Todo lo que había descubierto sobre aquellas sábanas, todo lo que había disfrutado ella, todo lo que había disfrutado él. Sí, estaba bien. Increíblemente bien.

—Sí —contestó esbozando una sonrisa.

—Me satisface escuchar eso —susurró él sonriendo con la mirada.

Ella suspiró.

—Pero me temo que tengo que marchar a trabajar —dijo acariciando su nuca—. Ya está amaneciendo.

Sin previo aviso, James se apartó, se levantó y la cogió en brazos con insospechada rapidez. Madeline emitió un pequeño grito de

sorpresa mientras se aferraba a él.

—Y yo me temo que llegarás tarde —murmuró mientas caminaba y abría la puerta del espacioso cuarto de aseo.

Madeline observó la estancia. El lujo se evidenciaba en cada detalle. En los níveos azulejos en forma de rombo que cubrían la mitad de las paredes, en la ovalada bañera exenta con patas y grifería en níquel y en el bidé del mismo material blanco.

Contempló el refinado aguamanil con espejo redondeado que se encontraba junto a un mueble de afeitado que contenía una pequeña lata de jabón, navajas de diferentes tamaños, brochas de afeitar con mangos de marfil desenroscables para permitir el uso de los recambios de las cerdas naturales y un fino paño de puntas bordadas para limpiar los restos de jabón del rostro. Al otro lado, y frente al enorme espejo que cubría gran parte de una de las paredes, se encontraba un tocador sobre el que se posaban variados utensilios para la higiene; diferentes cepillos para el cabello, suaves esponjas dentales que dañaban menos que los usuales cepillos de cerdas naturales, cajitas de polvos dentales blanqueadores y una pequeña escupidera de cerámica para después del enjuague bucal. Dos sillas talladas finamente, cuya mullida tapicería a rayas se repetía tanto en el respaldo como en el asiento, se situaban a cada lado del hermoso tocador.

Junto a la amplia ventana, por la que comenzaba a filtrarse la luz del alba, se hallaba un mueble estantería de dos baldas con puertas acristaladas. En el primer estante se divisaban diferentes esponjas de baño, botes de esencias, afeites y sales, además de olorosas y delgadas barras de jabón. En el segundo, diversas toallas dobladas con pulcritud se disponían según su tamaño.

Madeline observó otra puerta. Ella se había alojado en aquel hotel a su llegada a la ciudad por insistencia de Charlotte, por lo que sabía que tras esa puerta se hallaba una pila con agua corriente, conectada al retrete de porcelana por una grifería de cobre para desaguar en el mismo, que se utilizaba para llenar las palanganas. En la parte posterior del retrete había un objeto de cerámica destinado al guardado de papel de trapo, mucho más caro que el papel de

periódico que se utilizaba en los hogares más humildes, y una papelera. Asimismo, un pequeño armario destinado al guardado de frascos de cristal con pulverizador de diferentes aromas se situaba colgado en una de las paredes.

—Cierra los ojos —ordenó James.

Madeline los agrandó con sorpresa en lugar de cerrarlos.

—James no creo que pueda…

—Cierra los ojos, Madeline —repitió con condescendencia interrumpiéndola.

Ella obedeció tras unos segundos en los que lo observó con intriga. James caminó hacia la bañera y cuando sus pies se posaron sobre la sedosa alfombrilla del suelo, se inclinó y dejó caer el cuerpo de Madeline con lentitud. Ella jadeó ante el primer contacto de su piel con el agua, pero permaneció con los ojos cerrados. Una vez estuvo sentada y su cuerpo cubierto por el agua, él se arrodilló en la alfombrilla y apoyó sus brazos en el borde de la bañera con expectación.

—Ábrelos.

Madeline lo hizo con curiosidad.

—James… —susurró con aturdimiento al ver el centenar de pétalos de rosas rojas que flotaban sobre el agua—. ¿Cómo… cuándo has preparado esto? —preguntó con confusión.

Él sonrió con un ademán de travesura.

—Antes de despertarte con las plumas. Tienes un sueño muy pesado, Madeline —añadió arqueando una ceja.

Madeline lo miró con singular asombro. ¿Había preparado el baño para ella? ¿Se había molestado en colocar aquellos pétalos sobre el agua para sorprenderla? ¿Mientras dormía? Nadie había preparado nada para ella en toda su vida, excepto su madre. Algo muy cálido y profundo nació y se extendió por su pecho mientras lo contemplaba. No estaba acostumbrada a que se ocuparan de ella, ni a que cubrieran sus necesidades o la agasajaran. Se quedó muda cuando cierta

emoción estrujó su garganta manifestándose tras sus ojos sin que pudiera impedirlo.

—¿Te complace? —preguntó él en voz baja ante su silencio.

Madeline asintió con la cabeza. Entonces James se irguió al percatarse del brillo de su mirada. No quería hacerla llorar, de hecho su intención había sido justo la contraria. Se sintió desconcertado. No sabía con exactitud cómo debía reaccionar ante aquella situación. ¿Qué era lo que le había afectado? ¿El baño? ¿Las rosas? ¿Ambas cosas? ¿Sería desconsiderado preguntar qué le sucedía? ¿O lo sería en cambio ignorar las lágrimas que había visto brillar en el mar azul de sus ojos? ¿Debía concederle algo de privacidad para que se recuperara? ¿O lo interpretaría como una descortesía por su parte? Era extraño no saber cómo proceder.

Madeline lo observó dirigirse a la estantería, abrir las puertas acristaladas, coger una esponja, una toalla y buscar entre las barritas de jabón. Se lo veía cómodo paseando su desnudez ante su vista. De hecho, lo hacía con manifiesta despreocupación. Y ella adoró a aquel hombre impresionante que, además de obsequiarle una noche de pasión inolvidable, le había preparado un baño de ensueño.

—¿Jabón de violetas, rosas o flores de azahar? —inquirió ladeando el rostro.

Ella reprimió una sonrisa ante la cautela que adivinó en su expresión.

—Flores de azahar —susurró.

James cogió el jabón y lo posó junto a la esponja y la toalla sobre la mesita auxiliar de mármol que había junto a la bañera.

—Disfruta del baño —murmuró con suavidad inclinándose para rozar sus labios.

—James, ven aquí —musitó ella tirando de su cuello.

Él sonrió con un gesto de apuro.

—Pretendía otorgarte un poco de intimidad —dijo en voz baja encogiéndose de hombros.

Madeline fijó su mirada en la suya.

—Ven, por favor —pidió.

James se introdujo en la tina sentándose entre sus piernas, recostó la espalda sobre sus senos y la cabeza sobre su hombro derecho. Madeline lo abrazó apoyando su mentón junto a su sien. Luego, comenzó a acariciar su torso bajo el agua.

—Gracias —susurró con sinceridad—. Nadie había hecho algo así por mí. Nunca —reconoció en voz baja dejando un reguero de tiernos besos en su mejilla.

James sonrió recibiendo con satisfacción esa muestra de agradecimiento. Ahora entendía porqué se había emocionado de aquella forma tan inesperada. Algo se removió dentro de él. Madeline hacía mucho tiempo que se valía por sí misma, pero estaba sola. Vivía sola. Ni siquiera disponía de una doncella o una cocinera que la ayudaran con los quehaceres del hogar cuando cerraba la sombrerería.

—Ha sido un placer —dijo ladeando el rostro para contemplarla.

Madeline aprovechó el movimiento de su cabeza para robarle un beso que él le devolvió sonriendo al instante. Después permanecieron en silencio acariciándose de forma relajada. Tras varios minutos, James volvió a observarla de soslayo. La emoción aún brillaba en sus ojos. Quería hacerla reír o al menos, sonreír.

—Madeline.

—¿Qué?

—¿Recuerdas que me llamaste cavernícola?

Ella contuvo una pequeña sonrisa sin demasiado éxito.

—Sí…

—¿Recuerdas que te dije que te lo haría pagar? —preguntó con voz pausada.

Madeline entrecerró los ojos.

—¿Me lo harás pagar?

—No lo dudes ni por un instante —contestó acariciando su brazo.

Madeline sonrió, de nuevo.

—¿Debería preocuparme?

—Por supuesto —contestó él con convicción.

Madeline mordisqueó el lóbulo de su oreja.

—¿Mucho?

—Muchísimo —contestó él entrelazando una de sus manos con las suyas.

—¿Podría disuadirte de algún modo? —preguntó ella junto a su oído.

—No —contestó James con firmeza.

Madeline soltó una risita.

James sonrió al escucharla reír. Adoraba provocar su risa.

—¿Estás seguro?

—Podrías intentarlo —murmuró él con travesura—, pero aún así, te lo haré pagar esta noche —susurró acariciando una de sus piernas al tiempo que daba por sentado que volverían a verse—. Toda la noche —apuntó llevándose a la boca su mano para mordisquearla en una promesa cargada de intenciones.

El cuerpo de Madeline tembló reaccionando de ese modo a su velada promesa. Sí. Estaba segura. Convencida. No existía duda alguna. James la había pervertido. Le había bastado una única noche para corromper su moralidad, su honradez y su decencia para siempre. Y lo más curioso era que no le importaba lo más mínimo.

***

James encendió un cigarrillo. Después miró la hora de su reloj. Las ocho y diez de la noche. Lo guardó en el bolsillo de su chaleco y contempló la sala del local. Estaba abarrotada de gente, aunque aún podían observarse algunas mesas libres. En escasas horas eso sería imposible.

Esa mañana, tras abandonar el hotel una hora después de que lo hiciera Madeline, se había dirigido a su residencia. Ni siquiera había dispuesto de tiempo para subir a su dormitorio y cambiarse de traje cuando su mayordomo lo había interceptado para entregarle una misiva que, según le había informado, había llegado unos minutos antes que él. James había leído la escueta nota mientras subía las escaleras.

Café de Fornos. Esta noche. A las ocho.

No había reconocido la caligrafía ni la nota había sido firmada, pero estaba seguro de que procedía de Teresa.

James exhaló el humo de su cigarro mientras esperaba con impaciencia.

—Cuánto tiempo, condesito —dijo un robusto hombre deteniéndose frente a él.

James entrecerró los ojos contemplando el rostro del grandullón por primera vez. Era irónico. Su semblante era el de un hombre afable, bonachón y su mirada seguía siendo tan burlona como siempre. Reconocería aquellos ojos en cualquier lugar. A continuación, ofreció su mano para que la estrechara.

James estrechó su mano con firmeza invitándolo a tomar asiento con un gesto de la mirada.

—No tanto —señaló con voz fría.

El hombre sonrió tomando asiento.

—¿Cómo están sus manos?

James enarcó una ceja.

—Bien.

—¿Y la señorita Esterly?

La glacial mirada de James se clavó en los ojos del hombre de forma amenazante.

El grandullón rio con despreocupación.

—Tranquilo, condesito. Solo era una pregunta de cortesía —

murmuró en tono jocoso.

James entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó con seriedad.

—Lo mismo que usted —contestó encendiendo un cigarrillo que sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta.

James hizo un gesto a uno de los camareros que se acercó de inmediato.

—Un jerez para el caballero —dijo. El camarero asintió antes de alejarse—. La próxima vez que me llame condesito le estamparé el puño en la cara —agregó con sosiego—. Créame, no me faltan ganas. ¿Cómo se llama?

El hombre rio por lo bajo.

—Julio César. ¿Le vale? —agregó componiendo una sonrisa con diversión.

James se encogió de hombros.

—Me es indiferente. Solo lo quiero para dirigirme a usted. A menos que quiera que siga llamándole grandullón —apuntó.

—En ese caso, César. Me gusta cómo suena —dijo con desinterés.

El camarero se acercó y dejó el vaso de vino en la mesa.

—Bien, César. ¿A qué debo el honor de su presencia?

James lo observó beber un sorbo de su vaso de vino.

—La marquesa quiere saber cómo van sus asuntos para abandonar el país —expresó con calma.

—Todo se está desarrollando según lo planeado, pero necesito algunos días más. Aún hay deudas que debo cobrar para que su partida del país se realice con las pertinentes garantías —aclaró exhalando el humo de su cigarro.

—¿Cuántos días?

James fijó los ojos en los del hombre.

—Cinco, seis. Quizá una semana —agregó con voz pausada.

César asintió con la vista.

—De acuerdo —dijo entregándole un sobre cerrado que cogió del bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Qué es? —inquirió James guardando el sobre en el propio bolsillo interior de su chaqueta.

—Instrucciones con las garantías que solicita la marquesa. Deberá devolvérmela firmada y sellada con su escudo familiar. —James arqueó una ceja—. No es que dude de su palabra, pero prefiere tener por escrito su acuerdo.

James bebió de su vaso.

—Por supuesto. No esperaba menos de ella —dijo con sarcasmo.

—También me ha pedido que le recuerde la confidencialidad de los asuntos que comparten —añadió cogiendo su vaso.

—Soy plenamente consciente. Hágale saber que, por mi parte, la confidencialidad es absoluta —apuntó James con seriedad.

César sonrió.

—¿Sabe ya el modo en el que abandonará el país?

James asintió con la mirada.

—Partiremos desde Alburquerque. Yo mismo la escoltaré a la frontera con Portugal para asegurarme que no surge contratiempo alguno e incluso la acompañaré hasta Lisboa si así lo considera conveniente —apuntó sin titubear.

César cabeceó antes de soltar una risita.

—¡Condenada muchacha! —expresó con sorna—. He perdido unos buenos reales contra Catalina —aclaró con fastidio—. Vaticinó que escoltaría a la marquesa al país vecino desde Alburquerque. Muchacha lista. ¿No le parece? —inquirió.

James entrecerró los ojos.

—Poseo una propiedad allí y ella lo sabe —dijo restando importancia a la sagacidad de Catalina—. Sería absurdo desaprovechar un enclave tan próximo a la frontera teniendo en

cuenta que no existen muchas personas que puedan cuestionar mis motivos para viajar al país vecino. Será sencillo, una vez haya acordado con mis contactos el modo más acertado de hacerlo —agregó inhalando el humo de su cigarro.

César lo contempló con súbita perspicacia.

—No planeará traicionar a la marquesa, ¿verdad, condesito?

James mantuvo su mirada sobre el hombre sin parpadear.

—¿Qué le he dicho sobre su mal hábito de ignorar mi nombre para dirigirse a mí? —inquirió con suma severidad.

César se encogió de hombros con gesto burlón.

—Disculpe. La costumbre —murmuró en un falso intento por excusarse.

—Es la última vez que se lo advierto —dijo con aparente calma —. La marquesa y yo nos conocemos bien. Sabe que puede confiar en mi palabra, aunque yo no pueda decir lo mismo de la suya —señaló bebiendo de su vaso de vino.

César se soliviantó.

—¿Acaso no lo tratamos bien durante su estancia en Córdoba? ¿No tratamos bien a la señorita Esterly? Puesto que usted cumplió su palabra, ella cumplió la suya.

James lo contempló en silencio durante unos segundos.

—¿Qué le debe?

César carraspeó.

—No es asunto suyo —murmuró con incomodidad.

James apagó su cigarro en el cenicero de la mesa.

—No me sorprende que Teresa compre lealtades, sin embargo reconozco que me intriga cómo logra mantenerlas. ¿Cómo consiguió la suya?

César acomodó la espalda en su asiento.

—Tiene una imagen distorsionada de la marquesa —murmuró

con gesto reprobatorio—. Es una mujer fuerte, inteligente y admirable que se ha hecho a sí misma.

James arqueó una ceja.

—No me diga que está enamorado de ella.

César rio de repente con suma diversión.

—No sea necio. Podría ser su padre.

—Eso no sería impedimento alguno —apuntó James.

—Le concedo la razón —dijo apurando su vaso de vino.

—¿Otro jerez? —preguntó James mirando la hora de su reloj—. Puede disfrutar de mi compañía durante media hora más.

César mantuvo la mirada sobre él.

—No pretenderá embriagarme.

—En absoluto.

James hizo un gesto a uno de los camareros para que se acercara.

—Dos vinos más —dijo cuando el joven llegó a la mesa.

El camarero asintió marchándose.

—¿Cómo se ganó Teresa su lealtad? —inquirió intentándolo de nuevo.

César permaneció en silencio unos segundos antes de apagar su cigarro en el cenicero con indiferencia.

—Como le he dicho no es asunto suyo, condesito —apuntó con voz pausada.

James cruzó una tensa mirada con él al tiempo que el camarero volvía con los dos vasos de vino sobre su bandeja.

—Gracias —murmuró cuando el camarero posó los vasos sobre la mesa.

El joven asintió antes de marcharse.

—Le complace provocarme, ¿verdad? —preguntó James sin perder la entereza.

César rio.

—Lo cierto es que sí. ¿Para qué negar la evidencia? —inquirió con despreocupación—. No va a intentar golpearme en este local. Ambos lo sabemos —señaló tomando su vaso de vino—. Debería controlar su mal hábito de hacer preguntas que sabe que no voy a responder, condesito.

—¿Cuánto tiempo lleva a su servicio? No es una pregunta comprometedora —agregó James simulando desinterés.

—No es asunto suyo —repitió César con tranquilidad.

James cabeceó.

—Vamos, César. Confíe un poco en mí —dijo con seriedad.

—¿Por qué debería? Usted no necesita saber nada de mí y yo sé de usted todo cuanto preciso saber.

James le ofreció un nuevo cigarrillo que sacó de su pitillera de plata. A continuación, encendió uno para él.

—¿Qué sabe de mí?

César sonrió de mala gana.

—¿Qué pretende averiguar?

—No lo sé. Tengo el mal hábito de preguntar como bien ha señalado —dijo con sarcasmo.

César inhaló el humo de su cigarro.

—Sé que no es un cobarde. Otros en su situación se habrían cagado en los pantalones tras la primera paliza… y con razón —puntualizó—, pero usted continuaba buscando problemas. ¿Le es indiferente perder la vida?

James lo observó con perspicacia.

—No.

César sonrió.

—Pues parecía no importarle… hasta que llegó la señorita Esterly.

James lo amenazó con la mirada.

—Os habría arrancado la cabeza en ese momento —dijo con lentitud.

César mantuvo su mirada sin amilanarse.

—Lo sé, sin embargo supo mantener la compostura. Fue un ejercicio de control interesante, puesto que hasta ese momento no lo había demostrado —dijo exhalando el humo de su cigarro—. Precisamente, lo que más le extrañaba a la marquesa era la temeridad de su comportamiento.

James bebió de su vaso.

—¿De ahí que me narcotizarais?

César asintió.

—Ella quería respuestas sin violencia. La forma más fácil y veraz de conseguirlas era a través de los narcóticos, aunque a su favor diré que los aguantó bastante bien —señaló con un deje de admiración—. Se resistía a hablar, contestaba con sarcasmo e incluso trató de golpearnos cuando ni siquiera podía mantenerse en pie por sí mismo.

—¿Debería enorgullecerme? —preguntó.

César rio por lo bajo.

—Acabó cantando como los pajaritos —respondió con ironía.

James encajó la mandíbula con disgusto.

—¿Qué dije sobre la señorita Esterly?

César volvió a beber.

—¿Eso es lo único que le interesa saber de todo lo que le preguntamos?

—Sé lo que la marquesa quería saber. Porqué la buscaba, cómo la había encontrado y cuáles eran mis intenciones. En cualquier caso, la señorita Esterly era ajena a mis propósitos. Continúa siéndolo —apuntó—. ¿Qué preguntó Teresa para que la mencionara?

César cabeceó.

—No estoy autorizado a refrescarle la memoria, condesito. No es nada personal —agregó apagando su cigarro.

James sonrió con fastidio.

—Por supuesto —dijo mirando la hora de su reloj—. Me temo que tengo que marcharme. Termine su vaso de vino con tranquilidad. Invito yo —agregó apurando su propio vaso de vino.

—Agradecido —murmuró César con ironía—. Si le parece bien volveremos a encontrarnos aquí a la misma hora dentro de siete días.

—Me parece bien —añadió irguiéndose.

—No olvide entregarme la misiva con las instrucciones de la marquesa —dijo ofreciendo su mano para que la estrechara en un gesto de cordialidad.

James la estrechó más tiempo del necesario con suma firmeza.

—Hasta entonces, César.

—Adiós, condesito.

James se despidió del hombre con un ademán de la cabeza y salió del Fornos. Luego se dirigió a su coche y entró.

—Espere aquí, Fabián —murmuró dirigiéndose a su auriga.

—Como ordene, ilustrísima.

James clavó la vista en la puerta principal del Fornos hasta que vio salir a César quince minutos después. Entonces salió del coche y lo siguió con premura.

—César —dijo alcanzándolo.

El hombre se volvió con un gesto de desconfianza.

—Creía que se había marchado.

—Olvidé decirle algo —comentó James con calma.

—¿Qué?

James lo golpeó en el estómago de repente. César se dobló con sorpresa conteniendo un quejido de dolor.

—Le dije que no volviera a llamarme condesito. Espero que por

fin lo entienda de modo meridiano —señaló ofreciéndole la mano con seriedad.

César se incorporó con un gesto de enfado en el rostro, aunque a continuación sonrió y estrechó su mano con tanta fuerza que James tuvo que apretar los labios con incomodidad.

—Muy claro, James —dijo con un deje de nuevo respeto.

—Bien… y César. —Él lo observó con atención—. Sé cómo Teresa se ganó su lealtad.

César lo miró con cautela.

—¿Cómo dice?

—Ayudó a alguien muy querido por usted. Madre, hermana, esposa, quizá hija, ¿cierto?

César lo observó con evidente recelo al tiempo que se frotaba el estómago donde lo había golpeado.

—Baste decir que le estaré agradecido el resto de mis días —contestó tras pensarlo unos segundos.

James asintió.

—Lo imaginaba —dijo con voz queda.

César arrugó la frente.

—Los motivos de mi lealtad hacia la marquesa no son asunto suyo. Preocúpese por organizarlo todo para que pueda abandonar el país sin contratiempo alguno y obtendrá el nombre del hombre que asesinó a su padre —aseveró.

James entrecerró los ojos.

—Adiós, César —dijo alejándose.

—Siete días… James —murmuró con sequedad.

James se dirigió con paso firme a su coche sin volver la vista ni una sola vez.

—Al Hotel París, Fabián —dijo entrando.

—De inmediato, ilustrísima —murmuró el auriga.

Tras algunos minutos de trayecto el coche se detuvo frente al hotel.

—Hasta mañana, Fabián —dijo James descendiendo.

—¿Lo espero a la misma hora de hoy? —inquirió. James asintió con la vista—. Hasta mañana, ilustrísima.

James se despidió con un ademán de la cabeza, entró en el vestíbulo del hotel y se dirigió al mostrador de recepción.

—Buenas noches, ilustrísima.

—Buenas noches, Mauricio. ¿Está todo organizado?

—Por supuesto. Tal y como solicitó esta mañana —dijo entregándole la llave de su habitación.

—Gracias, Mauricio.

—A su disposición, ilustrísima.

James asintió antes de dirigir sus pasos a la habitación. Una vez estuvo dentro, abrió la puerta que comunicaba aquella estancia con la de Madeline. Sí, todo estaba dispuesto. Contempló la mesa con agrado. Entonces se acercó y destapó las bandejas. El olor que se desprendían de ellas era cuanto menos suculento. Volvió a colocar las tapas para que las viandas conservasen la temperatura. Pretendía impresionar a Madeline con aquella inesperada cena acompañada de excelente vino de Jerez, de Burdeos y Champaña, estos dos últimos bien frescos, y con un postre compuesto de los más delicados y exquisitos confites.

Durante su cautiverio las cenas habían significado un nuevo día a salvo y una nueva noche juntos. Con honestidad, la sencilla elaboración de los platos había carecido de importancia. Lo único relevante de aquellas cenas había sido la tranquilidad experimentada por ambos al compartirla en mutua compañía. Al rememorar aquellas cenas, le pareció que había transcurrido mucho más tiempo del que había transcurrido en realidad.

James alejó aquellos pensamientos de su cabeza y observó la puesta de la mesa que se había cuidado hasta el mínimo detalle; desde

la fina mantelería a la lujosa vajilla, el suntuoso juego de copas, la cubertería de plata, los finos candelabros y el pequeño centro de flores decorativo. Asimismo, había solicitado un servicio a la francesa que se componía de sopas, relevos, entradas, platos ligeros llamados por algunos ordubres, asados, intermedios y postres.

Era probable que Madeline hubiese cenado, pero tendría que reponer energías a lo largo de la madrugada. Sonrió para sí. Él se encargaría de eso. Miró su reloj de bolsillo. Las once. Ella llegaría en quince minutos. Guardó el reloj. La ansiedad por verla y tenerla entre sus brazos era avasalladora. Incluso se había percibido nervioso durante las horas del día en su afán porque llegara la noche cuanto antes. Entró en el baño y abrió las dos cajas ovaladas que había sobre el tocador. En una halló pétalos de rosas rojas y en la otra una buena cantidad de suaves plumas tal y como había indicado aquella mañana antes de marcharse. Volvió a la habitación, se sirvió una copa de vino y se acercó a la ventana. Esperó con impaciencia al tiempo que observaba la calle. A las once y cuarto la vio descender del coche que había dispuesto para que la trasladara desde su residencia. James dejó su copa vacía sobre la mesa, se posicionó junto a la puerta y, en cuanto Madeline entró, la sorprendió cogiéndola en brazos.

—¡James! —exclamó con sobresalto al tiempo que comenzaba a reír con regocijo.

—¿Ha pensado en mí, señorita Esterly? —preguntó antes de apoderarse de su boca con rapidez.

—Durante todo el día, ilustrísima —confesó ella tras devolver el beso con entusiasmo.

James sonrió.

—Yo también —reconoció posándola en el suelo—. Espero que tenga apetito —murmuró mostrándole la mesa. Después se acercó y destapó algunas de las bandejas.

Ella agrandó los ojos y miró a James con genuina extrañeza. Al amanecer la había sorprendido con un baño de ensueño y esa noche lo hacía con una majestuosa cena. Los platos desprendían un olor

exquisito y el aspecto de la mesa era inmejorable. Desconocía si él solía tratar de aquella forma a todas sus amantes y, probablemente, sería una equivocación sentirse especial, pero así la hacía sentirse James. Especial. Tragó saliva con los labios cerrados. Él no era consciente del abrumador torbellino de sensaciones que se desencadenaban en su interior ante aquellos sencillos gestos. Le hacía creer que disfrutaba de su compañía además de su cuerpo, le hacía desear muchas más noches de las siete acordadas y le hacía soñar con un futuro imposible... Tenía seis noches. James sería suyo durante seis noches más. Y la segunda acababa de comenzar.

—Lo cierto es que sí —contestó componiendo una leve sonrisa.

—¿Me haría el honor de cenar conmigo, señorita Esterly? —preguntó apartando la silla con galantería para que tomara asiento.

Madeline se acercó, dejó su bolso sobre la silla, cubrió las bandejas de las viandas con sus correspondientes tapas y empujó con suavidad a James hacia la cama.

—Estaré encantada de cenar con usted más tarde, ilustrísima —contestó desanudando su corbata. A continuación desabrochó los botones de su chaleco al tiempo que besaba su cuello.

James rio por lo bajo sin oponer resistencia alguna.

—Creí entender que tenía apetito —dijo él simulando desconcierto.

—Y lo tengo —aseguró ella con travesura mientras lo despojaba de la chaqueta y comenzaba a desabotonar su camisa con lentitud.

Capítulo Catorce

Lunes, 26 de junio de 1876

Hotel París, Madrid

Madeline supo lo que sucedía en cuanto abrió la puerta de la habitación del hotel. El enfado de la mirada de James mientras la observaba era evidente. Aquella era su última noche juntos y la primera que no se acercaba a besarla con celeridad. Permanecía en pie junto a la ventana con las manos a la espalda. Madeline apartó la vista unos segundos. Su corazón comenzó a palpitar con desasosiego. Tendría que enfrentar las consecuencias de sus actos. Lo sabía. Era inevitable. Sin embargo, no había esperado que fuese tan pronto. ¿Cómo podría resistir el desprecio de James? ¿Su ira? ¿Su decepción? ¿Sus recriminaciones?

Un tenso silencio los rodeó al tiempo que se observaban.

—Confiaba en ti —murmuró él con dureza.

Ella inspiró.

—Lo sé —musitó.

—Al menos tienes la decencia de no simular sorpresa. —Madeline lo contempló con inquietud—. ¿Por qué lo has hecho? —siseó James con los labios apretados.

Madeline apretó con fuerza su bolso entre las manos.

—Porque no podía soportar la idea de que te ocurriera algo —reconoció en voz baja.

James la observó con un gesto de acusación en el rostro.

—No tenías derecho alguno a inmiscuirte en mis asuntos ni a tomar decisiones que no te corresponden, Madeline —dijo increpándola.

Aquellas palabras la golpearon como una bofetada. No. No tenía derecho. Era cierto. Su aseveración era indiscutible. Ella solo era su

amante. La mujer con la que había compartido las últimas seis noches de su vida en un hotel. Nada más. Nada menos. En su fuero interno ella siempre lo había sabido, sin embargo era doloroso constatarlo. No debería importarle que James aclarara que no era nadie en su vida. Habían acordado siete noches de forma libre y, aunque ella no pretendía que ninguno de los dos fingiese querer más de lo que habían dado u obtenido, sus palabras la lastimaron sin que pudiera impedirlo.

—Dijiste que todos los asesinos de tu padre habían muerto.

James inspiró con fuerza.

—Que quiera hacerle justicia a mi padre no te incumbe ni a ti ni a nadie —señaló en voz tan baja como furiosa.

Madeline enfrentó su mirada con más valor del que sentía.

—Justicia y venganza no son lo mismo —dijo con firmeza.

James la contempló de forma imperturbable. En ese momento lo único que sabía era que ella lo había traicionado. Que había actuado a sus espaldas. Que había burlado su confianza. Que estaba enfadado. Dolido. Ofuscado. Y que necesitaba alejarse de su presencia para poder pensar con claridad antes de decir algo de lo pudiese arrepentirse. En el pasado nunca había precisado poner distancia con el objetivo de reflexionar con objetividad, no obstante, en ese momento, se le antojaba imperioso proceder de ese modo.

—Adiós, Madeline —murmuró con seriedad dirigiéndose a la puerta que comunicaba su habitación con la de ella.

Entonces ella corrió y se interpuso en la puerta.

—¡¿Qué querías que hiciera?! —gritó en un arrebato—. ¡¿Esperar de brazos cruzados que me llegara la noticia de tu muerte?! ¡¿No desesperar ante la posibilidad de no volver a verte?!

James encajó la mandíbula con fuerza. De alguna forma entendía que tras aquellas palabras había una declaración de sentimientos por parte de Madeline, sin embargo sus actos pesaban más. Y, en ese instante, su ira no le permitía querer entender ni siquiera intentar razonar su punto de vista.

—Esperaba que no me traicionaras —siseó.

Madeline lo miró con muda súplica.

—¿Estás tan enojado que no puedes comprender que lo he hecho para protegerte?

James agrandó los ojos.

—No tenías que protegerme. Ni inmiscuirte en algo que sabes que es importante para mí. Eras la única persona que conocía mis motivos para buscar a la marquesa de Santaella… —Tomó aire con la intención de contenerse—. Que hayamos compartido la cama no te da derecho a interferir en mi vida de ese modo.

Los ojos de Madeline brillaron de rabia.

—¡No me hables como si fuese tu querida! ¡O tu mantenida, James! ¡No lo soy! —aseveró elevando el mentón—. ¡Soy una mujer libre que acordó siete noches contigo y a la que además le preocupa lo que pueda sucederte! Ni pretendía entonces ni pretendo ahora ser nada más en tu vida, tampoco que tú seas nada más en la mía. —Él entrecerró los ojos al escucharla—. Sé que no tenía derecho a inmiscuirme y que he traicionado tu confianza. ¡Lo reconozco! ¡Y lo lamento, pero volvería a hacerlo! ¡Todas las veces que fuese menester! —exclamó con vehemencia—. ¿Crees que tu padre querría esto? ¿Que querría que vengaras su muerte a riesgo de encontrar la tuya? ¿Acaso no piensas en el dolor que le causaría a tu madre perderte? ¿A tu familia? ¿A tus amigos?

«¡¿A mí?!», gritó en su interior.

James se dirigió a la salida de la habitación sin mediar palabra.

—Yo sí pretendía que fueses algo más en mi vida —murmuró con voz firme antes de cerrar la puerta a su espalda.

Madeline se llevó una mano al corazón mientras observaba la puerta cerrada. Las lágrimas surgieron desde lo más profundo de su interior al tiempo que una sensación de ahogo oprimía su garganta. Entonces se echó sobre la cama y comenzó a llorar con infinito desconsuelo. Sabía que su relación con James finalizaría aquella

noche, pero no de esa forma ni con tamaña amargura. ¿Algo más? ¿Él había querido algo más? No podía creerlo. Ni siquiera soñarlo. Ella nunca podría ser ese *algo más* en la vida de James. James nunca podría ser ese *algo más* en la suya. Era un hecho incuestionable. Sin embargo, ser consciente no mitigaba la intensidad del sufrimiento que la embargaba en ese instante.

James apoyó la cabeza en la puerta al tiempo que escuchaba los sollozos de Madeline. Cerró los ojos con fuerza. La angustia que percibía en su llanto le afectaba, a pesar de su propio enfado y el desengaño que sentía por su deslealtad. ¿Lloraba por él? ¿Por lo que podrían haber tenido y ella había arruinado? ¿O porque la había descubierto?

«¿Por qué me has hecho esto, Madeline? ¡Era mi decisión! ¡Era mi padre!», pensó con rabia.

Entonces introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y cogió la carta que había recibido apenas una hora antes en su hogar.

Córdoba, 26 de junio de 1876

Estimado James,

Esta noche embarcaré desde Huelva. Imagino que recibirás esta misiva antes de la media noche, puesto que el hombre al que le he ordenado entregártela, partirá de inmediato hacia Madrid con el propósito de llegar a la ciudad lo antes posible.

Imagino tu sorpresa al leer estas líneas. Imagina la mía cuando nuestro querido marqués de Andrada exigió entrevistarse conmigo ayer. Me consta que no has incumplido tu palabra, que tenías previsto escoltarme hasta Lisboa y que no has sido tú quien le ha desvelado a Alonso nuestro acuerdo. Solo debido a eso yo tampoco incumpliré mi palabra. Podrás hallar a César en La Bodeguita. He dejado dispuesto que

te revele cuanto precises saber.

Hasta siempre,

T. V.

James volvió a guardar la misiva en el bolsillo de su chaqueta y se encaminó por el corredor. Apostaría su cabeza a que Carlos había acompañado a Alonso. Hacía varios días que no sabía nada de ninguno de los dos. Cabeceó con disgusto. Con honestidad, había estado tan ocupado preparando el viaje de Teresa durante esos días y tan fascinado por Madeline durante las noche que no había prestado demasiada atención al inusitado silencio de sus amigos.

Resopló con rabia.

En un primer momento de aturdimiento tras leer la carta, había achacado a Carlos su interferencia al recordar su renuencia a mantener a Alonso al margen de lo sucedido semanas atrás, pero entonces había sido consciente de que la única persona que conocía sus motivos para buscar a la marquesa de Santaella era Madeline. James había luchado con incredulidad ante ese hecho. Cómo había averiguado ella del acuerdo al que había llegado con Teresa para salir del país a cambio de la identidad del único asesino de su padre aún con vida era un misterio. La única conclusión a la que había llegado en el trayecto hacia el hotel era que la mañana de su liberación Madeline hubiese fingido dormir durante su conversación con Teresa antes del amanecer. James encajó la mandíbula. No importaba. Fuese como fuese, Madeline lo había traicionado. No solo eso, sino que al poner sobre aviso a sus amigos, además de ponerlos en peligro a ellos por su causa también había puesto en peligro la información que precisaba obtener de Teresa. Esa mujer era una serpiente. No se podía saber ni medir cuánto se podía confiar en ella, aún menos cuándo podría revolverse y atacar en su propio beneficio.

Llegó hacia el mostrador de recepción.

—¿Se marcha, ilustrísima?

James asintió con gesto adusto.

—Las habitaciones están pagadas hasta mañana. La señorita Graham puede abandonar la suya cuando desee. Asegúrese de que haya un coche disponible a su servicio cuando se marche. —El conserje asintió—. Buenas noches, Mauricio —agregó despidiéndose.

—Buenas noches, ilustrísima.

James salió del hotel y se dirigió a su coche con paso firme.

—A casa, Fabián —ordenó antes de subir.

El coche se puso en movimiento tras unos pocos segundos. James sentía unas tremendas ganas de estrangular a Carlos y Alonso por intervenir de aquella forma a sus espaldas. Por suerte, había una distancia de medio país entre ellos en ese instante. Miró hacia el exterior sin ver la calle en realidad. Antes de dirigirse al hotel había dispuesto que los mozos de las cuadras preparasen dos de sus caballos más veloces. Tenía previsto cabalgar hacia Córdoba durante toda la noche para encontrarse con César al día siguiente. Tal vez fuese una trampa, pero la única forma de averiguarlo era presentándose en «La Bodeguita». Solo. Sin sus hombres. Sin sus amigos. Sin nadie que pudiese entorpecer la conversación que necesitaba mantener con el grandullón. Cerró los ojos unos segundos. La imagen del rostro de Madeline se instaló en su mente de improviso. Quizá estaba equivocado, quizá se hubiese equivocado desde el principio, quizá había esperado más de lo que ella estaba dispuesta a dar, quizá había errado al creer que había comenzado a sentir algo más que deseo físico por él, quizá la había juzgado con demasiada premura, tal vez con extremada dureza, quizá él hubiese actuado de una forma similar de estar en su lugar, quizá le dolía tan intensamente su traición porque sentía por ella mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir... Entonces su corazón se retorció. No lo sabía. Estaba confundido. Precisaba tiempo. Precisaba distancia. Precisaba soledad. Precisaba vengar a su padre para que la fiera culpa que lo atenazaba dejara de latir por dentro.

***

Cinco días antes

Hotel París, Madrid

MADELINE

Madeline salió de la habitación con un inmensa sonrisa en los labios y con el corazón a punto de estallar de dicha.

James había insistido en que desayunara con él después de aquel maravilloso baño con pétalos de rosas con el que la había sorprendido. Se había anudado una toalla a las caderas, la había liado a ella en otra y se la había echado al hombro como si fuera un bárbaro. Ante su divertido grito él había simulado una risita malvada, y a continuación, la había echado sobre la cama atrapándola con todo su cuerpo al tiempo que ella despeinaba su cabello con los dedos hasta que una discreta llamada en la puerta lo había obligado a dejarla en libertad escasos segundos después.

Habían desayunado sobre la cama café, tostadas de crujiente pan con variadas confituras y fruta del tiempo entre besos, cómplices miradas y algún que otro indiscreto mordisco. Tras finalizar el desayuno, Madeline había conseguido reunir su ropa y escapar hacia el baño para orinar, lavarse los dientes y vestirse. Al regresar a la habitación completamente ataviada y peinada había encontrado a James tomando una segunda taza de café mientras se apoyaba en el quicio de la ventana en una postura relajada. Madeline lo había observado fascinada. Los incipientes rayos de sol resaltando el color cobrizo de algunos de los mechones de su cabello. Su impresionante espalda, sus brazos fibrosos, el trasero que se delineaba oculto tras la toalla blanca y sus perfectas piernas. Se había acercado a él como una abeja atraída por la miel, había rodeado su cintura y había besado su espalda con ternura. James se había vuelto con una sonrisa antes de besarla y despedirse de ella con cierta reticencia.

La dicha que la invadía mientras caminaba era extraña, incluso

tuvo que refrenar el impulso de desandar sus pasos para volver a la habitación con él. Apenas había descansado unas horas y le dolían partes del cuerpo que no sabía que podían doler, sin embargo se sentía llena de energía mientras una apabullante necesidad de reír la asaltaba sin cesar. Nunca se había sentido así. Nunca había sentido lo que James le hacía sentir. No quería pensar en nada que no fuese él y las seis noches que aún le restaban por compartir. Y no lo haría. Iba a disfrutar aquel momento. Quizá el único verdaderamente feliz que había experimentado desde que llegara a Madrid. Quizá el único que viviría en mucho tiempo. Llegó al vestíbulo de recepción, el conserje la saludó con un gesto cortés, ella se lo devolvió con una sonrisa y dirigió sus pasos a la salida. El auriga que la había trasladado la noche anterior al hotel esperaba a unos metros de la entrada.

—Buenos días, señorita Esterly.

El sonido de aquella voz cuando se disponía a dirigirse al coche la paralizó.

Se volvió ocultando su sorpresa.

—¿Qué quiere?

—Conversar. Respire antes de que pierda todo el color de la cara. Ni que hubiese visto un espíritu —dijo con socarronería Catalina.

Madeline inspiró con fuerza al tiempo que la observaba. Vestía un traje de paseo muy elegante. Su aspecto era el de una mujer joven, hermosa y saludable que jamás pasaría desapercibida a los ojos de los hombres. De súbito, volvió a sentirse insípida al lado de la exuberancia y la seguridad que ostentaba aquella mujer.

—¿Sobre qué?

Catalina sonrió.

—Sobre James. ¿Sobre quién si no?

—No tengo nada que conversar con usted, Catalina —murmuró con la intención de alejarse de ella.

—Por el bien de él le conviene escucharme —señaló Catalina con severidad.

Madeline titubeó unos segundos. Debería alejarse de ella tal y como James siempre le había advertido. No tenían nada que departir. No debía confiar en ella, en sus palabras, aún menos en sus intenciones.

—Conversemos en el coche —sugirió con resolución.

Catalina asintió con la mirada. Ambas caminaron en silencio. Una vez llegaron junto al coche, Madeline murmuró la dirección de su casa al auriga y entró seguida de Catalina. Esta se sentó frente a ella. Se miraron con recelo hasta que el coche comenzó a rodar.

—Usted dirá —murmuró Madeline.

Catalina sonrió con levedad.

—Se ha convertido en su amante.

No era una pregunta, sino una afirmación cargada de ironía. Madeline mantuvo la entereza con cierta dificultad mientras tragaba saliva con la boca cerrada.

—Una vez le dije a la marquesa de Santaella que la naturaleza de mi relación con el conde de Valdetorres no era de su incumbencia. Ahora se lo repito a usted —dijo simulando calma.

Catalina rio por lo bajo.

—No se ponga tan digna conmigo, señorita Esterly. Al final se ha abierto de piernas. Como todas —señaló. Madeline se envaró ante sus palabras—. No se ofusque. La entiendo —agregó con sorna—. Es difícil dejar de pasar la oportunidad de probar a un hombre como James, y a juzgar por la sonrisa de gata satisfecha que le vi al salir del hotel, le ha merecido la pena descender a los bajos fondos de la indecencia. Confieso que me corroe la envidia —añadió con sus ojos fijos en los suyos.

Madeline inspiró con rabia. Más por la impotencia de no poder desmentir sus palabras que por experimentar arrepentimiento alguno por compartir la cama de James.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

Catalina soltó la respiración con fuerza.

—Que intente salvarlo —contestó con sequedad.

Madeline parpadeó con desconcierto.

—¿Qué quiere decir?

—James ha acordado con la marquesa ayudarla a salir del país a cambio del nombre del único asesino de su padre que aún vive.

Madeline respiró con agitación. No podía ser cierto. James le había dicho que todos esos hombres habían perecido… Una abrumadora sensación de pánico se asentó en su estómago ante la posibilidad de que no fuese así.

—Miente.

Catalina se cruzó de brazos.

—No lo hago. Esta noche se reunirá con uno de los hombres de la marquesa para concertar la forma de hacerlo.

Madeline apartó la vista con angustia.

—¿Por qué me lo dice?

—Escuche, Madeline —dijo Catalina esperando que le devolviera la mirada—. Estoy traicionando la confianza de la marquesa al contarle esto. Me arriesgo a su ira y al abandono de su protección —agregó con seriedad—. Usted sabe lo que puede hacer para impedir que James cometa una estupidez, así que hágalo.

Madeline sopesó aquellas palabras con desconfianza.

—¿Por qué querría usted salvar su vida?

—Repitiendo sus palabras mis motivos no son de su incumbencia. Baste decir que me arrepentí de mi codicia en todas y cada una de las ocasiones en las que me tuve que encamar con hombres que no le llegaban a James ni a la suela de los zapatos. —Madeline agrandó los ojos con sorpresa, aunque permaneció en silencio—. Cometí un error imperdonable. Le hice daño al abandonarlo sin una palabra y eché a perder mi propia vida. Es lo menos que puedo hacer por él. —Suspiró —. ¿Ha oído hablar de la Partida de la Porra[xiv]?

Madeline negó con la cabeza.

—No —musitó.

—Son un grupo de hombres violentos que apoyaron la subida de Amadeo de Saboya al trono, y aunque actualmente secundan al rey Alfonso, en el pasado arremetieron con dureza contra carlistas, moderados y alfonsinos. El asesino del padre de James formó parte de este grupo en sus inicios durante la revolución del sesenta y ocho. —Madeline la miró con confusión—. Cuando echamos a la madre del rey del país —aclaró Catalina ante su aturdimiento—. Se trata de un empresario acaudalado. Propietario de diversos teatros y cafés en el sur. De forma soterrada dueño también de varios burdeles, casas de juegos y locales en los que se venden alcohol y diversas sustancias de contrabando. Prestamista de la clase alta y usurero de la baja. Intocable y despiadado. Si James le supusiera una molestia ordenaría su muerte sin que le temblara la mano. Sin escándalos, por supuesto. Algo accidental. Nunca ha dejado huellas que pudieran incriminarlo de sus actos delictivos. Es temido y respetado a partes iguales. —Catalina tomó aire—. En el caso de que James consiguiese vengar el asesinato de su padre, los hijos de este hombre no descansarían hasta acabar con él. Son unos desalmados. Peores que su padre. Créame —agregó con inquietud.

Madeline la observó con los ojos muy abiertos.

—No me mienta en algo así, se lo ruego —dijo con un hilo de voz.

Catalina la miró con suma gravedad.

—¿Le parece que mentiría en algo así? —inquirió con irritación —. Sé que entre sus amistades se encuentra la marquesa de Andrada. Su esposo es un hombre con poder y recursos. Cuéntele lo sucedido. Él sabrá que hacer —aseveró mirándola con intensidad.

Madeline la miró con aturdimiento.

—Me odiará si acudo al marqués de Andrada. Me detestará si traiciono su confianza —musitó casi para sí.

—¿Y qué prefiere, Madeline? ¿Que James fallezca? ¿O que la odie?

Madeline cerró los ojos con angustia. A continuación, respiró hondo y miró a Catalina con decisión.

—Dígame todo lo que deba saber el marqués de Andrada —murmuró con un tono de voz firme.

***

Alonso permaneció en silencio mientras Madeline intercambiaba una insegura mirada con Carlos. Después, ambos salieron de su despacho por petición de su esposa.

Charlotte esperó unos segundos para tomar la palabra. Alonso estaba enfadado. Mucho. Ella también lo estaba. Su esposo con su tío Martín y con Carlos por mantenerlo al margen de una situación tan complicada para James. Ella con Madeline y Malena por la misma razón, aunque a su propio enfado debía agregar una inmensa preocupación por la nueva intromisión de la marquesa de Santaella en sus vidas. No obstante, y pesar de todo, ella podía entender las razones que habían motivado el silencio de sus amigos, aunque su esposo se negara a comprenderlas o aceptarlas en ese momento.

Alonso la observó con suma tensión. Un pesado silencio los rodeaba. Charlotte desvió los ojos del rostro de su esposo con desasosiego.

—Haz lo que debas hacer —dijo ella con cierta entereza.

Alonso se levantó, se dirigió hacia su esposa y tomó asiento a su lado.

—Teniendo en cuenta lo relatado por Carlos y Madeline no dispongo de mucho tiempo. Debo partir de inmediato, Charlotte —murmuró en voz baja.

Charlotte inspiró con fuerza con el objetivo de mantener la compostura. Sabía que Alonso esperaba que ella expresara de alguna forma su consentimiento para marchar lo antes posible con la tranquilidad de su aprobación, pero le costaba asumir que su esposo se

alejara de su hogar para afrontar una coyuntura cuanto menos peligrosa sin ningún tipo de reticencia.

—Alonso, por favor, no podría soportar…

—No va a sucederme nada —dijo con convicción interrumpiéndola— Sé cómo debo manejar esta situación.

Charlotte asintió con la vista gacha.

—¿Sabes dónde hallar a Teresa? —inquirió con inquietud.

—Creo que sé dónde puedo hallarla —reconoció con seriedad.

Charlotte soltó la respiración.

—¿Confías en esa mujer? ¿En sus intenciones? —Alonso asintió con los ojos—. ¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—No es algo que sepa con seguridad, pero sin embargo estoy convencido de que no hará nada contra mí —agregó con gesto adusto.

—¿Y si lo hiciera? —inquirió ella con incertidumbre.

Alonso pasó un brazo sobre los hombros de su esposa y la acercó a su cuerpo con la intención de tranquilizar su temor.

—No lo hará —aseveró—. La sacaré del país y en unos días regresaré junto a ti y las niñas —prometió con seriedad.

Charlotte abrazó a su esposo.

—No quiero que nada le suceda a James, pero no puedo evitar sentir miedo por ti —confesó en voz baja al tiempo que elevaba el rostro para mirarlo.

Alonso tomó su mentón y la besó con brevedad.

—En unos días Teresa habrá abandonado el país. Confía en mí —pidió con sus ojos de color ámbar fijos en los de ella.

Charlotte asintió con la mirada.

—Confío en ti —murmuró—. ¿Algún día disfrutaremos de una vida familiar sin sobresaltos? —inquirió quejándose de repente.

Alonso sonrió con gravedad.

—Ya no soy agente —apuntó como si necesitase recordárselo.

Ella resopló.

—Creí que cuando dejaras de serlo también dejarías de exponerte al peligro —comentó Charlotte con sarcasmo mientras se erguía.

—No estoy en peligro —murmuró él con estudiada calma antes de ponerse en pie.

Charlotte lo miró con los brazos en jarras. El desasosiego que experimentaba su esposa era evidente en las facciones de su rostro. Alonso sabía que debía permitir que ella exteriorizara su preocupación, su disgusto e incluso su recelo ante la circunstancia de que él volviera a encontrarse con su antigua amante, no solo su amante, sino la mujer con la que había pretendido contraer nupcias en el pasado. Era consciente de que aquella situación no era agradable para su esposa. En realidad, tampoco para él.

—¡No puedes saberlo! ¡Y no intentes convencerme de lo contrario! ¡Ni restar importancia a mi preocupación! —gritó en voz baja. Alonso se cruzó de brazos al tiempo que ella caminaba por la estancia con intranquilidad—. Ayuda a James, pero como se te ocurra… —Alonso impidió que continuara hablando tomando su boca sin previo aviso.

Charlotte le devolvió el beso con reserva.

—Nada me impedirá regresar junto a mi mujer y mis hijas. Nada ni nadie —prometió con vehemencia en un susurró junto a sus labios.

Charlotte apoyó la frente sobre la suya claudicando.

—Ten cuidado, Alonso, por favor. Te lo ruego —musitó en un ahogada súplica.

Alonso sostuvo su rostro con ambas manos.

—Te doy mi palabra de que mediré las consecuencias de cada uno de mis pasos —dijo con seriedad—. James siempre ha estado a nuestro lado cuando lo hemos necesitado. Carlos y yo debemos hacer esto por él. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió respirando con fuerza.

—Lo sé. —Entonces Charlotte tomó una de sus manos, la entrelazó con la suya y tiró de él hacia la puerta con suavidad—. Prepara la maleta mientras hablo con Madeline y marchad de una vez —dijo recuperando la compostura solo en apariencia.

Alonso apretó su mano con firmeza.

—Gracias por facilitarme la partida —murmuró con agradecimiento.

—Regresa cuanto antes —murmuró ella mirándolo con intensidad.

Alonso asintió. A continuación, abrió la puerta y ambos salieron del despacho para dirigirse a la sala de recibimiento.

Carlos y Madeline se pusieron en pie al verlos entrar.

—¿Vienes conmigo? —inquirió Carlos con gravedad.

—En cuanto guarde algunas ropas en la maleta. Acompáñame —exigió antes de besar la mano de su esposa y salir de la estancia.

Madeline intercambió una mirada de alivio con Carlos antes de que este siguiera a Alonso sin mediar palabra alguna.

—No teníamos la intención de involucrar a Alonso. Créeme —dijo con énfasis enfrentando a Charlotte.

Charlotte se acercó y la instó a tomar asiento a su lado en el sofá.

—Lo sé, Madeline. Sé que de poder hacerlo lo habríais evitado —murmuró aquietándola—. Me desagrada y… me preocupa —reconoció tras unos segundos—, que mi esposo vuelva a encontrarse con la marquesa de Santaella. No se trata de desconfianza hacia él sino hacia ella —aclaró en voz baja.

Madeline la contempló comprendiendo su tesitura.

—Durante nuestro cautiverio nos dispensaron un buen trato. Las condiciones podrían haber sido muy diferentes para los dos si ella así lo hubiese dispuesto —agregó en voz baja.

Charlotte entrecerró los ojos.

—¿Que piensas de ella ahora que la conoces?

Madeline lo pensó un instante.

—Es una mujer impredecible. Ni Carlos ni James se fían de sus intenciones, pero en cambio, sí Martín. —Madeline calló de forma abrupta—. Yo también pienso que se puede confiar en ella mientras no se la traicione —confesó mirándola.

Charlotte asintió.

—Alonso también se fía de ella —suspiró con fastidio—, aunque me disguste.

Madeline permaneció en silencio unos segundos.

—¿Crees que tu esposo la encontrará a tiempo? —preguntó sin poder ocultar la inquietud que empañó su voz.

Charlotte la observó con curiosidad.

—Estoy convencida. —Se cruzó de brazos en un gesto reprobatorio que no pasó desapercibido a Madeline—. Cuéntame toda la verdad, Madeline —murmuró con seriedad.

Ella desvió la vista.

—Os hemos contado todo lo sucedido —dijo entrelazando las manos sobre su regazo.

Charlotte resopló.

—Madeline… ¿James te ha comprometido de algún modo? —preguntó con sorprendido interés.

—¡No! —exclamó ella con rapidez.

—¿Compartisteis la cama?

—Sí —musitó con voz ahogada—. Pero no de la forma que crees —agregó con firmeza defendiendo tanto su reputación como el honor de James.

—¿Sucedió algo entre vosotros?

—No —contestó sin apartar sus ojos de los de Charlotte—. El comportamiento de su ilustrísima fue intachable en todo momento.

Era cierto que no había ocurrido nada entre ellos durante su

cautiverio. Al menos no mentía sobre lo sucedido en dichas circunstancias lo que le permitía contestar con cierta vehemencia y rotundidad. Inspiró para mantener la entereza. Había obviado mencionar dónde la había abordado Catalina al amanecer por lo que todos habían creído que su encuentro se había producido al salir de su hogar camino a la sombrerería. Desde luego, ella no había intentado desmentirlo.

Charlotte la observó con fijeza.

—¿Sientes algo por él?

Madeline tragó saliva con los labios cerrados.

—Me preocupa lo que pueda sucederle —respondió con sinceridad.

Charlotte cabeceó con condescendencia.

—Oh, Madeline —musitó tomando su mano para apretarla en un ademán de consuelo.

Entonces Madeline supo que no había engañado a su amiga ni por un instante.

—Estoy bien, Charlotte —murmuró apretando su mano.

—¿Crees que cuando todo se solucione querré arrancarle la cabeza a pesar del afecto que le profeso? —inquirió con suavidad.

Madeline sonrió con levedad.

—No. —Tomó aire antes de proseguir—. Él no es responsable de lo que yo pueda sentir. Lo único que me preocupa es saberlo fuera de peligro —declaró con férrea convicción—. Y a salvo de sí mismo —agregó con pesadumbre.

—Alonso se ocupará —murmuró con seguridad Charlotte.

Madeline asintió con la cabeza.

—Cuando descubra que he traicionado su confianza me odiará —dijo en voz baja desviando la mirada.

Charlotte suspiró.

—James nunca pierde las formas por muy enfadado que pueda

estar. Es un hombre inteligente. Sabrá entender. No te odiará —auguró su amiga.

Madeline permaneció en silencio sopesando las palabras de Charlotte. No, James no solía perder los nervios, ni la entereza, ni los modales, ni la calma. Eso era cierto... Incluso habría estado de acuerdo con Charlotte de no haber sido testigo de la pérdida del control de sus emociones semanas atrás. No, quizá él no llegara a odiarla, pero Madeline sabía que jamás la perdonaría.

Capítulo Quince

Domingo, 25 de junio de 1876

Córdoba

Carlos le hizo un gesto con la mirada a Alonso cuando vio entrar a Teresa escoltada por seis hombres.

Alonso cogió su vaso de vino y tomó un trago simulando indiferencia.

—¿Qué hace? —preguntó al dejar el vaso sobre la mesa de nuevo.

Carlos encendió un cigarro con fingida despreocupación.

—Se ha sentado en la mesa más alejada de la taberna. Atrás, a tu derecha —aclaró—. Sus secuaces se han sentado en la mesa de al lado.

—¿Ha mirado hacia aquí? —inquirió Alonso.

—Ni una sola vez —contestó Carlos.

—Bien. Espera aquí —dijo Alonso con gesto adusto.

—¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe? —preguntó Carlos exhalando el humo de su cigarro.

—Esto es ente ella y yo —contestó negando con su cabeza.

Carlos asintió al tiempo que él se levantaba y se dirigía hacia la mesa de la marquesa de Santaella con paso firme. Tomó asiento frente a ella con resolución.

—Teresa —dijo con voz queda.

—Alonso —murmuró ella con seriedad.

Alonso la contempló con detenimiento. No había cambiado. Continuaba siendo una de las mujeres más hermosas que hubiese conocido nunca a pesar de la sencillez de su indumentaria. También una de las más peligrosas.

—Estaba convencido de que no volveríamos a vernos —señaló al tiempo que la tabernera dejaba sobre la mesa una jarra de vino y dos vasos.

Teresa cogió la jarra y sirvió una pequeña cantidad en cada vaso.

—Yo también —murmuró clavando la vista en la suya mientras le ofrecía un vaso.

Alonso tomó el vaso.

—Las damas primero —dijo arqueando una ceja.

Ella lo miró con diversión.

—¿Crees que pretendo envenenarte?

Alonso simuló sorpresa.

—En absoluto. Simple cortesía —apuntó con inocencia.

Teresa sonrió bebiendo de su vaso en primer lugar. A continuación, Alonso bebió del suyo mientras fruncía el cejo al reconocer a uno de los hombres que permanecían sentados al lado de la mesa. No perdía de vista ni uno solo de sus movimientos. La última vez que había visto a ese hombre, este lo había dejado inconsciente de un golpe. El susodicho lo saludó elevando con socarronería su vaso de vino. Alonso entrecerró los ojos ante su gesto.

—No le guardes rencor. Se le fue un poco la mano, pero no tenía la intención de matarte, solo de reducirte —dijo Teresa con voz pausada.

—No me cabe duda alguna —musitó con sarcasmo. Entonces carraspeó—. Aquí estoy, Teresa. Justo donde querías. ¿Tendrías la amabilidad de explicarme para qué querías verme?

Teresa rio.

—En realidad no quería verte, querido.

Alonso sonrió.

—No insultes mi inteligencia. Tu empeño por mantenerme apartado de los asuntos de James perseguía justamente lo contrario.

Teresa bebió de su vaso.

—Yo no fui quien buscó a James sino él a mí —repuso con un

gesto de inocencia.

—Te lo concedo, pero durante su cautiverio has dispuesto de suficiente tiempo para hacer planes sobre la marcha. ¿Me equivoco? ¿Dónde encajo yo en esos planes?

Teresa lo observó con severidad mientras tamborileaba los dedos sobre la mesa. Luego, sonrió sin humor.

—No dejas de sorprenderme —apuntó con ironía.

—Te conozco bien. Tanto como tú a mí —agregó Alonso con calma.

—Mal que nos pese, ¿verdad?

Alonso sostuvo su mirada con firmeza.

—Ahora que hemos aclarado tu interés de mi presencia aquí. ¿Qué puedo hacer por ti, Teresa? —preguntó a bocajarro.

Ella ignoró su pregunta sacando una pitillera de plata de su bolso. La abrió, cogió un cigarillo y lo encendió.

Alonso arqueó una ceja. Nunca la había visto fumar.

—¿Quieres uno? —preguntó ofreciéndole la pitillera.

—¿Por qué no? —dijo él tomando un cigarro—. No sabía que fumaras —agregó encendiéndolo.

—Nunca fumé frente a ti —murmuró ella guardando la pitillera en su bolso.

—Había muchas cosas que no hacías de frente —comentó Alonso con ironía.

Teresa inhaló y exhaló el humo de su cigarro mientras lo contemplaba con serenidad.

—Al igual que tú —apuntó ella.

—No en lo referente a ti —señaló él.

Teresa rio por lo bajo.

—Te creía felizmente casado. ¿Acaso no es así, Alonso? —inquirió ella con curiosidad.

Alonso sonrió.

—No te confundas, Teresa. Solo hacía una apreciación de tu comportamiento. Estoy enamorado de mi esposa. Felizmente —señaló sin apartar la vista de la suya—. ¿Piensas decirme de una vez que hago aquí?

Ella lo observó con sorna.

—¿Qué sabes de los asuntos de James?

—Solo lo que tú te has preocupado por hacerme llegar a través de Carlos y de la señorita Esterly.

Teresa compuso una mueca simulando pesadumbre.

—Oh sí, la señorita Esterly. Sospecho que James no le perdonará con facilidad tu presencia aquí cuando lo descubra. De alguna forma me siento responsable, sobre todo, teniendo en cuenta la inestabilidad emocional de nuestro querido conde en estos instantes —apuntó con intención.

Alonso exhaló el humo de su cigarro.

—No te apures por la señorita Esterly. ¿A qué te refieres cuando hablas de la inestabilidad emocional de James?

Teresa exhaló el humo de su cigarro.

—¿Carlos no te ha comentado la cierta dificultad que experimenta para dominar su temperamento?

Alonso echó la ceniza del cigarro en el pintoresco cenicero de cerámica.

—Me resulta extraño que James sea incapaz de dominarse, pero sí, Carlos me ha hablado de su eventual falta de control —reconoció a regañadientes.

—Me temo que no siente demasiado apego por su vida —dijo ella tomando su vaso.

Alonso esperó que bebiera y volviese a dejar el vaso sobre la mesa para tomar la palabra.

—No voy a preguntar sobre la circunstancias que rodearon la muerte del padre de James o sobre tu implicación en dicho asunto…

—No estuve implicada. Fui mera espectadora —señaló ella

interrumpiéndolo—. James quiere venganza y yo salir del país bajo ciertas garantías. Ambos hemos llegado a un acuerdo beneficioso. Acuerdo que puedo olvidar si me ofrecieras condiciones más… —Simuló pensarlo unos segundos—. Favorables —puntualizó—. No dudo de la habilidad, recursos y contactos de James, pero confío más en los tuyos. Por escrito —exigió con severidad.

Alonso la contempló con gesto impasible.

—¿Quieres mi ayuda por escrito?

—Por supuesto —dijo ella de inmediato.

—Imposible —apuntó él.

—Entonces tendré que aceptar la oferta de James y a cambio le revelaré la identidad del asesino de su padre tal y como prometí. —Alonso apagó el cigarro en el cenicero sin apartar sus ojos de los suyos —. Aunque consiguiese vengar su muerte, igualmente sería un suicidio para nuestro querido conde. Los hijos del susodicho irán a por él. Esa familia es mala hierba. —Apagó su cigarro en el cenicero—. Pensaba que le tenías aprecio a James. Creo recordar que eso dijiste la última vez que nos vimos —señaló con sequedad.

Alonso se cruzó de brazos.

—De hecho, utilicé esa misma expresión —apuntó con serenidad —. Sabes que no puedo ofrecerte por escrito las garantías de tu marcha. Tendremos que actuar como siempre lo hemos hecho, Teresa. Tú confías en mi palabra y yo en la tuya. Sin más —agregó Alonso con dureza.

Teresa entrecerró los ojos.

—No hay acuerdo —murmuró modulando cada palabra.

Alonso resopló.

—Te has tomado demasiadas molestias para desperdiciar ahora la oportunidad de salir del país bajo mi protección, Teresa. Ambos lo sabemos.

Teresa se enfrentó a él con la mirada.

—Creía que la vida de James tenía más valor para ti —dijo poniéndose en pie con la intención de marcharse—. Ya veo que no es

así.

Alonso se irguió tomándola del brazo. Todos los hombres sentados a la mesa de al lado se irguieron a su vez.

—Y la tiene. Lo sabes y esa es tu baza en esta partida —masculló con celeridad con los labios apretados—. También me importa lo que pueda sucederte a ti. Te lo dije la última vez que nos vimos y lo reitero, pero si desprecias mi ayuda para enviar a James a una muerte segura, tal y como tú misma has señalado, juro que jamás te lo perdonaré —siseó con evidente rabia.

Teresa se soltó y apoyó ambas manos en la mesa midiéndose en silencio con Alonso.

Tras unos interminables minutos volvió a tomar asiento simulando una actitud más relajada. Alonso la imitó. Los hombres de Teresa tomaron asiento. La tensión del ambiente era tan desmesurada que casi podía palparse.

—Sugiérele a Carlos que se tranquilice. Ha estado a punto de cometer una estupidez con el arma que guarda bajo la chaqueta —murmuró con severidad.

Alonso se volvió. Carlos permanecía en pie, con la vista fija en ellos, en alerta y con una expresión tan fiera que Alonso supo que Teresa decía la verdad. Si había algo que el escocés odiaba eran las amenazas. Además, la superioridad numérica no ayudaba a que los ánimos se calmaran. Tampoco la preocupación y la tensión vivida durante las últimas semanas. El escocés estaba a punto de estallar. Y si Carlos estallaba Alonso sabía que no podría detenerlo. Entonces sí tendrían problemas.

Alonso caminó hacia su amigo con celeridad.

—Siéntate y cálmate —musitó mirándolo con intensidad.

—Te han apuntado con sus armas —siseó el escocés sin dejar de mirar a los hombres de Teresa.

—Lo sé. Deberías saber que es una táctica de intimidación. No vuelvas a interferir, Carlos. Necesito negociar con ella a mi manera —apuntó con rapidez.

Carlos desvió la vista hacia Alonso unos segundos antes tomar asiento con recelo.

—Que no vuelvan a apuntarte —murmuró mientras encendía un cigarro y clavaba la mirada en los hombres.

Alonso le dio la espalda y regresó a la mesa de Teresa.

—No he hecho nada que merezca que tus hombres me amenacen con sus armas —dijo con fastidio al tiempo que tomaba asiento frente a ella.

Teresa se encogió de hombros.

—Se han puesto nerviosos cuando me has cogido del brazo.

—Carlos también cuando me han apuntado. Sujeta a tus perros, Teresa —exigió con voz dura—. No voy armado.

Ella intercambió una mirada con el hombre más corpulento de la mesa. Alonso lo vio asentir en silencio ante la muda orden.

—¿Crees que me importa lo que pienses de mí? —inquirió ella con despreocupación.

—Sí —afirmó Alonso con rotundidad.

Teresa apretó los labios. Luego, entrelazó ambas manos sobre la mesa.

—No me importa lo que puedas pensar de mí, sin embargo sí me importa perder a un buen aliado. —Alonso ni siquiera parpadeó ante su tajante declaración—. Quiero las mejores garantías, Alonso.

—Puedo dártelas de palabra, pero no por escrito —repitió con firmeza—. Sabes que no puedo comprometerme de ese modo. Sabes que no te traicionaré. Y por último, sabes que no me habrías traído aquí si no confiaras en mi palabra.

Teresa lo miró con rabia contenida.

—Y tú sabes que siempre guardo una jugada bajo la manga. Si osas traicionarme o entregarme a las autoridades habrá consecuencias, Alonso —recalcó con énfasis.

Alonso se mantuvo imperturbable ante su amenaza.

—¿Hay acuerdo? —preguntó.

Teresa inspiró hondo.

—Hay acuerdo.

Alonso asintió con la mirada.

—Prepara el equipaje. Nos dirigiremos a Huelva —anunció—. Envié varios telegramas antes de partir desde Madrid. Todo está organizado a la espera de nuestra llegada a la ciudad. La discreción de mis contactos es máxima, pero debemos llegar hoy.

Teresa asintió poniéndose en pie de nuevo. En esta ocasión Alonso no trató de impedir su marcha. Sin embargo, ella se volvió y lo miró con súbito interés.

—¿Cómo sabías que me avisarían de tu llegada en este lugar?

Alonso se llevó una mano al bolsillo interior de su chaqueta. Teresa elevó la mano instando a la calma a sus hombres. Entonces él le entregó una estampa desgastada. Teresa leyó la consigna escrita bajo el nombre de «La Bodeguita»:

"La taberna lo mismo que el amor dulce, entrega cuanto contiene sus ubres rojas o verdes de sus racimos, el vino para sus amantes. Ella es hija natural de la cultura hedonista o del placer, nosotros sus descendientes, clientes y herederos; los amigos de esa copa vital, siempre la misma y siempre diferente".

En el reverso leyó la dirección de la taberna.

—La encontré en el bolsillo interior de mi chaqueta la última vez que tuvimos el placer de encontrarnos —murmuró Alonso con sarcasmo.

Teresa sonrió.

—No estaba segura de que la encontraras, ni siquiera de que entendieras su significado —apuntó.

—Ya ves que sí —dijo con gesto adusto—. Carlos y yo esperaremos aquí. No te demores demasiado.

Teresa asintió de nuevo devolviéndole la estampa. A continuación salió de la taberna seguida de sus hombres.

Carlos se acercó de inmediato a su mesa.

—¿Todo solucionado? —preguntó con gesto hosco.

—Sí. En unas horas partimos hacia Huelva.

Carlos soltó la respiración con alivio.

—¿Les sirvo algo caballeros? —preguntó la tabernera desde la barra.

Carlos la miró.

—Un desayuno contundente. Y traiga más vino —dijo elevando la voz, ya que eran los únicos clientes del local. Alonso cabeceó con desconcierto—. ¿Qué? Este tipo de situaciones me abren el apetito —explicó relajándose sobre el asiento—. Espero que no te equivoques con Teresa —apuntó con cierta desconfianza.

Alonso suspiró.

—No me equivoco.

Carlos encendió un cigarillo.

—James no nos perdonará inmiscuirnos de esta forma —dijo de golpe.

Alonso resopló.

—Podemos lidiar con un James vivo, pero no con uno muerto —masculló.

Carlos exhaló el humo de su cigarro.

—Cierto.

Alonso encendió un nuevo cigarro con inquietud.

—Tienes razón —concedió—. James no nos perdonará con facilidad esta intromisión —murmuró con preocupación.

Carlos intercambió una mirada con él.

—Lo sé —murmuró con el mismo gesto de desasosiego en el rostro que exhibía Alonso.

***

Martes, 27 de junio de 1876

JAMES

James miró hacia atrás cuando la tabernera le hizo un gesto con la mirada. Entonces cogió la jarra de vino y dos nuevos vasos que la mujer le ofreció antes de dirigirse a la mesa en la que César había tomado asiento.

—¿Dónde diablos estaba? Llevo todo el día aguardando que aparezca —siseó con impaciencia sentándose frente a él.

César entrecerró los ojos.

—He tenido que solucionar una serie de asuntos que reclamaban mi atención —murmuró—. Yo también me alegro de verlo —agregó con sarcasmo mientras James servía el vino.

James lo miró con gesto hosco.

—Hable, César —ordenó—. La marquesa me prometió el nombre del asesino de mi padre. Estoy convencido de que sabe que no he sido yo quien ha incumplido el acuerdo al que llegamos —apuntó con sequedad.

César tomó el vaso de vino y bebió.

—Sus amigos estuvieron sentados a esta misma mesa antes de ayer. —James lo contempló sin apartar los ojos de los suyos—. El marqués de Andrada no me tiene mucha estima. Con honestidad, yo tampoco siento demasiada hacia él, sin embargo con usted es diferente. He llegado a tomarle aprecio —apuntó alzando una ceja—. ¿Está seguro de querer saber?

James continuó mirándolo sin parpadear.

—Hable —repitió con severidad.

César lo contempló con seriedad antes de cabecear.

—Es propietario de varios teatros y cafés, unos más respetables que otros —aclaró—. También de varias casas de juegos y burdeles en Sevilla y en Córdoba. Usurero de ricos y pobres. Contrabandista de

licor y toda clase de sustancias a lo largo del Guadalquivir. —James escuchaba con atención—. Dirige con mano de hierro todos sus negocios, aunque en los últimos años ha comenzado a delegar el funcionamiento de algunos de sus burdeles y casas de juego en sus cinco hijos varones. Estos son harina de otro costal. De la peor calaña —señaló con gesto adusto—. No siguen ningún código de honor ni temen represalia alguna por ser hijos de quien son. Cuando su padre falte las cosas se pondrán muy feas para los que continúen haciendo negocios con ellos o tengan cuentas pendientes.

Si César pretendía amedrentarlo con aquel relato, se equivocaba.

—Su nombre, César —exigió James.

César suspiró.

—Ignacio Belmonte Torres —dijo.

James asintió encajando su mandíbula al tiempo que memorizaba el nombre.

—¿Dónde puedo hallarlo?

César encendió un cigarro.

—En alguno de sus burdeles de Sevilla —contestó tras exhalar el humo—. No es sencillo acercarse a él a menos que se forme parte de su círculo de amistades.

James lo miró con extrañeza.

—¿Se rodea de hombres que le protegen las espaldas?

César asintió.

—Los matones que lo acompañan son bastantes conocidos por estos lares. Primero golpean y después preguntan. También se encargan de las palizas a quienes no pagan a tiempo, ya sean mujeres u hombres, de clase alta o baja. He sabido de niñas que han sido obligadas a saldar las deudas de sus padres en los lupanares más sórdidos a cambio de perdonarles la vida. —James cabeceó con asco al escuchar las palabras de César—. Es un cabronazo sin corazón ni escrúpulos. Me consta.

James lo miró con extrañeza.

—¿Qué quiere decir?

—¿Recuerda que me preguntó cuál era la causa de mi lealtad hacia la marquesa? —James asintió—. La razón es mi hija. Mi única hija —puntualizó—. Entró a servir en una hacienda a las afueras de Sevilla a los dieciséis años. Se encamó con el señor de la casa. Casado y con siete hijos —explicó con desdén—. Pasados unos meses le ordenó que preparara las maletas para trasladarla a un apartamento que había arrendado en la ciudad, según le dijo para poder verse sin temor a ser descubiertos por su esposa. —Le ofreció un cigarro a James que este tomó—. La narcotizó y la llevó a una de las fiestas que Belmonte solía organizar para los hombres con posibles. El muy hijo de puta quería saldar una deuda de juego ofeciéndole mi hija al fiador al que debía dinero. Mi hija era joven, guapa y a la mañana siguiente no recordaría demasiado de lo ocurrido. —Respiró con fuerza—. La marquesa fue consciente de lo que sucedía en cuanto se percató del estado de vulnerabilidad en el que llegó mi hija. No pudo impedir que el fiador abusara de ella, pero sí que otros hombres lo hicieran. En cuanto ese hijo de puta hubo saciado sus bajos instintos salió de la habitación en busca de licor y quizá otras distracciones. Catalina también se encontraba en esa fiesta. —James desvió la mirada—. Aprovechó que mi hija estaba a solas para sacarla por la ventana y ocultarla en la despensa de la cocina bajo llave. Cuando el fiador regresó a la habitación creyó que había escapado de la hacienda. Él y algunos hombres la buscaron durante unas horas creyendo que no podría haberse alejado demasiado debido a su estado, pero al no encontrarla se olvidaron de ella. A la mañana siguiente, la marquesa dispuso que un lacayo de confianza trasladara a mi hija con discreción a Córdoba escoltada por Catalina. —César bebió y carraspeó—. He vivido de los trapicheos durante toda mi vida, he robado más veces de las que recuerdo y estafado a todo incauto que se cruzara en mi camino, pero siempre he respetado a las mujeres empezando por la madre que me parió. La madre de mi hija era prostituta. Falleció dos años después de darla a luz. Desde ese instante, su tía materna se hizo cargo de ella con la ayuda económica que yo le proporcionaba cada mes. No puede decirse que sea un buen hombre, pero no he sido mal

padre —reconoció componiendo una mueca—. Mi hija no era la misma cuando regresó. Supe que algo le había sucedido en cuanto mis ojos se posaron en ella, pero no conseguí que me revelara lo ocurrido hasta dos meses más tarde. Entonces inicié las pertinentes pesquisas para ponerme en contacto con la marquesa. —Tomó aire—. Nunca le estaré lo suficientemente agradecido por lo que hizo esa noche por mi hija. Aquellos hijos de perra pudieron haberla destrozado para siempre —declaró con vehemencia.

James asintió entendiendo.

—¿Cómo está su hija?

—Bien. Casó hace algunos años y se afincó en Granada. Es madre de cuatro niños que visito al menos una vez al mes.

—¿Qué fue del hombre con el que se encamó?

—Murió —dijo con indiferencia.

—¿Lo mató usted?

César clavó su mirada en él exhalando el humo de su cigarro.

—Esa era mi intención, pero cuando llegué a Sevilla el muy hijo de perra había fallecido. Una fatal caída tras una borrachera —aclaró.

—¿Qué sucedió con el hombre que abusó de su hija?

César apagó el cigarro en el cenicero.

—Murió a causa de las contusiones de la paliza que le di. Era un pervertido que gustaba de yacer con niñas empobrecidas e indefensas. Nunca he lamentado ser el causante de su muerte —dijo encogiéndose de hombros.

—No seré yo quien juzgue sus actos —dijo James con serenidad —. Yo habría hecho lo mismo de estar en su lugar —reconoció en voz baja.

César esbozó una pequeña sonrisa.

—Si está dispuesto a suicidarse por vengar la muerte de su padre. ¿Qué no haría por desagraviar a una hija?

James tomó su vaso y lo elevó. César chocó su vaso con el suyo en un silencioso brindis. A continuación ambos bebieron.

—¿Qué ha sido de Catalina? —inquirió James de repente.

César rellenó los vasos.

—Creía que le interesaba la señorita Esterly —murmuró con voz queda.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de James al recordar a Madeline. No podía permitirse pensar en ella ni por un solo instante. Debía mantener la cabeza fría.

—Mis intereses no son de tu incumbencia, César —dijo con cierta ironía.

César sonrió apenas.

—Ha marchado con la marquesa. Quería comenzar una nueva vida en otro lugar.

—Bien —murmuró James.

—¿Le preocupa?

James se encogió de hombros.

—No, sin embargo no puedo evitar sentirme responsable por la clase de vida que ha llevado.

César bebió de su vaso.

—Por lo que tengo entendido usted habría cumplido con ella a riesgo de ser desheredado. Además se ocupó de que partiera de su finca con unos buenos cuartos cuando descubrió que pretendía abandonarlo. No se sienta culpable. Las decisiones que ha tomado en su vida, hayan sido o no acertadas, las ha tomado ella. Tampoco se compadezca. Catalina es una mujer fuerte, lista y con arrestos. Conseguirá la vida que desee tener —agregó con seguridad.

James bebió de su vaso con gesto impasible.

—Supongo que sí… Preciso un último favor, César. Los nombres de los burdeles de Sevilla donde puedo hallar a Belmonte.

César lo miró con seriedad.

—¿Por qué no lo piensa mejor? ¿Por qué no regresa a Madrid, corteja a la señorita Esterly como es debido y se olvida de todo esto?

James lo observó en silencio durante unos segundos.

—¿Va a facilitarme los nombres de los burdeles? ¿Sí o no? —inquirió con impaciencia.

César elevó las manos dándose por vencido.

—Al menos cenemos algo mientras lo pongo al tanto —dijo llamando la atención de la tabernera—. ¿Le vale comer cualquier cosa? —preguntó con cierta sorna.

James asintió.

—Pida lo que quiera —contestó llevándose el vaso a los labios mientras la tabernera se acercaba a la mesa.

***

Sábado, 1 de julio de 1876

Café del Turco, Sevilla

James miró de soslayo a Belmonte mientras César conversaba de forma cómplice con la mujer que había tomado asiento entre sus piernas escasos minutos antes.

Las dos últimas noches Belmonte había visitado uno de los cafés cantantes situados junto al puente de Triana, sin embargo esa noche se hallaba en un Café ubicado en pleno centro de Sevilla, a dos pasos de la calle Sierpes, lindando con una celebrada taberna llamada «La Campanilla», y en las proximidades de una calle oscura, tétrica y vergonzante por los obscenos sonidos que se escapaban de ella. Una callejuela donde se ocultaban todos los vicios y que, por contraste irónico, era conocida como «La Purísima». Por sus tenebrosas encrucijadas se perdían muchos de los espectadores del café cantante cuando daba término la sección de alguna función con el objeto de dar rienda suelta a sus instintos. Instintos de macho, como había escuchado decir a los hombres más jóvenes del local. Los más escandalosos a causa de la euforia motivada por el vino, el ambiente festivo y las mujeres.

Era un local curioso repleto de gentes de pueblo, impacientes por mitigar sus necesidades con cualquier hembra que estuviera disponible, de militares, de hombres de alcurnia que, desde sus palcos principales, se sumaban al ambiente rocambolesco y prostitutas que, tras sus disfraces de cigarreras y floreras, se paseaban por las mesas con sus blusas entreabiertas, sus llamativas faldas y sus flores en el cabello ofreciendo sus servicios a quienes estuvieran dispuestos a pagarlos a la par que vendían los productos que exhibían en sus grandes cestas. También observó que algunas de las artistas se reunían en los palcos con los caballeros tras sus actuaciones, bien por iniciativa propia o para atender alguna invitación.

James bebió de su vaso de vino mientas volvía a contemplar con prudencia a Belmonte. En ese momento, una de las bailaoras que había finalizado su actuación minutos antes, permanecía sentada en su regazo al tiempo que sonreía y conversaba con él con franca animación. Esa noche dos de sus hijos se habían unido al palco, además de sus incondicionales matones. Siete, si no había contado mal. Dos más que las noches anteriores.

—¿Quién es tu amigo, César? —preguntó la mujer devorándolo con los ojos.

—Nadie que te interese, Macarena —respondió palmeando su trasero con suavidad—. Ve a por esa botella de la que hemos hablado —ordenó entregándole unos reales—. Y vuelve con una amiga fogosa para mí —agregó guiñándole un ojo.

La mujer sonrió volviendo a contemplar a James con descaro. Era una belleza morena de rasgados ojos oscuros y figura sinuosa, que en otro momento habría llamado su atención de inmediato.

—Por supuesto —murmuró ella saliendo del palco.

—Sonría un poco más. Se supone que se está divirtiendo —dijo César—. Debería enredarse con ella cuando vuelva. Para mantener las apariencias —añadió con sarcasmo.

James lo miró con sorna.

—¿Su nombre real es César?

César rio por lo bajo.

—Voy a dejarlo con la intriga —contestó encendiendo un cigarro —. Macarena es de fiar. Cumplirá su cometido. Esa bailaora conseguirá llevarlo a una de las habitaciones.

James volvió a observar a Belmonte de soslayo. En ese momento la bailaora y él se besaban sin reparo alguno.

—¿Es ella?

—Sí, aunque después de esta actuación se unirá la otra. Le aseguro que entre las dos lograrán enredar a Belmonte. Con dinero todo se compra como le dije esta mañana —comentó sonriendo.

James bebió de su vaso.

—¿Estás seguro de que podemos confiar en ellas?

—Son del círculo de confianza de Macarena y yo confío en su criterio. Cumplirán con lo pactado —aseguró con indiferencia.

James asintió.

—Agradezco su ayuda, César —musitó clavando sus ojos en los suyos.

—Aún está a tiempo de echarse a atrás.

James rio por lo bajo.

—¿No se cansa de aconsejar lo mismo cada noche? —inquirió con un deje de diversión en la mirada.

César sonrió, aunque después lo contempló con seriedad.

—En el momento en el que abandone este palco estará solo.

—Lo sé —dijo con despreocupación—. No obstante, le agradezco su colaboración igualmente. Yo habría necesitado de varias semanas para localizar a la gente apropiada, y aún así, no habría estado seguro de no ser traicionado o delatado ante Belmonte.

César chasqueó la lengua.

—Hágame caso. Piénselo bien —insistió—. Si lo mata y alguien lo descubre antes de que pueda abandonar el Café, sus hijos irán a por usted. Y no se conformarán solo con su muerte —dijo alzando una ceja—. ¿Merece la pena poner en peligro a toda su familia? ¿Estaría su

padre conforme con su proceder?

James desvió la mirada en silencio.

En ese momento Macarena entró en el palco portando una botella de vino de Jerez seguida de otra mujer morena que se sentó sobre César sin titubear. A continuación, ella se sentó sobre él y rodeó su cuello con los brazos acercando la boca a su oído.

—Las habitaciones ya están preparadas, pero mientras tanto no hay razón para que no nos divirtamos un poco —susurró lamiendo su oreja.

James cerró los ojos unos segundos al tiempo que ella se dedicaba a su cuello con suma destreza. El contacto de una mujer siempre era agradable… Tragó saliva con la boca cerrada cuando la súbita sensación de estar traicionando a Madeline lo embargó. Trató de relajarse, pero los labios de esa mujer no eran comparables a los de Madeline, ni el roce de sus manos, ni el olor de su piel... Abrió los ojos con la intención de detenerla cuando esta comenzó a acariciar su hombría sobre el pantalón. Miró de soslayo hacia el palco de Belmonte, entonces vio a uno de sus matones mirando hacia allí. James tomó el rostro de Macarena y comenzó a besarla simulando un deseo que no experimentaba. Trató de centrarse en sus besos. Su sabor no despertaba su pasión como lo hacía el sabor de Madeline, ni las ganas de explorar su cuerpo o la inquietud de poseerla. No, definitivamente no sentía por esa mujer nada parecido a lo que sentía por Madeline, a lo que experimentaba con su sola proximidad. Tras unos minutos en los que Macarena lo besó sin tregua mientras él se dejaba besar, volvió a mirar hacia el palco del Belmonte. El matón parecía estar ocupado con una de las cigarreras que había subido. James colocó a Macarena a horcajadas sobre él para poder tener una mayor visibilidad. Otra de las bailaoras se había situado al lado de Belmonte. Este besaba indistintamente a una y otra al tiempo que ellas lo acariciaban sobre sus ropas.

—Qué lástima —musitó Macarena de repente junto a su boca.

—¿Qué? —dijo él sin mirarla.

—Ni siquiera me besa. Podríamos disfrutar si quisiera, pero no

quiere —apuntó—. ¿Otra mujer?

—Sí —contestó él sin más.

Macarena suspiró, se levantó, sirvió dos vasos de vino y se acercó a él.

—¿A qué lado me siento para que pueda ver mejor? —preguntó ofreciéndole uno de los vasos.

—A la derecha —contestó James mientras cogía el vaso.

Macarena se sentó muy cerca de él y apoyó la mejilla en la suya en un gesto que podía parecer íntimo al tiempo que enterraba su mano en su cabello desde la nuca.

James encajó la mandíbula al recordar cómo le gustaba a Madeline despeinarlo con sus dedos. Cabeceó sacándosela de la cabeza.

—Al menos finja interés por mí o cualquiera que nos observe pensará que es un invertido —musitó junto a su oreja.

James acercó su boca a la oreja de la mujer.

—¿Te lo parezco?

Macarena lo observó con suspicacia.

—No, pero como digo es una pena —susurró cerca de su boca—. Aún está a tiempo de demostrármelo —sugirió con picardía.

James sonrió sin humor.

—Eres una mujer preciosa y en otras circunstancias ya estaría enterrado entre tus piernas. —Los ojos de Macarena brillaron con deseo—. Pero si lo hiciera le sería infiel a mi mujer.

Macarena arrugó la frente.

—César me dijo que no era casado.

—Y no lo estoy —dijo llevándose el vaso a los labios al tiempo que miraba a César. Este parecía muy entregado a los favores de la mujer que permanecía a horcajadas sobre él—. Aún —señaló.

Macarena rio con socarronería.

—Espere a contraer nupcias para guardar fidelidad —murmuró buscando su boca de nuevo.

James apartó el rostro comenzando a besar su cuello. Macarena suspiró con fastidio, aunque ladeó el cuello para facilitarle el acceso.

—Lo siento, pero no —musitó James observando a Belmonte con discreción al tiempo que paseaba los labios por el sedoso cuello de la mujer.

Belmonte era un hombre delgado, de facciones duras y, aunque peinaba varias canas, un hombre de movimientos ágiles. Además tenía un gran apetito por las mujeres como había podido observar durante las últimas noches. En ese momento se hallaba en un estado de evidente excitación, incluso colocó la mano de una de las bailaoras bajo su pantalón al tiempo que besaba a la otra con rotundidad. El resto de hombres del palco estaban tan ocupados como Belmonte con otras mujeres.

James acercó los labios a la oreja de Macarena.

—¿Todas las mujeres del Café...? — titubeó mientras trataba de encontrar una definición de su oficio que no pareciera insultante.

—¿Somos fulanas? —inquirió Macarena bebiendo de su vaso al tiempo que buscaba sus ojos. James asintió con la mirada—. Casi todas. Este Café es un burdel encubierto en el centro de la ciudad. Están las que por diversos motivos trabajan para Belmonte, las que trabajan para chulos que le pagan a Belmonte cada semana para que sus chicas puedan pasearse por las mesas buscando clientela, las que como yo evitamos intermediarios y pagamos directamente por tener la oportunidad de trabajar solo con los caballeros de los palcos y las que esperan en los callejones para satisfacer las necesidades de los menos acaudalados.

James entrecerró los ojos.

—¿Por qué has aceptado ayudarme si le pagas a Belmonte por trabajar en su… Café?

Macarena besó su mentón.

—No le debo nada a ese cerdo —susurró con desdén junto a su oído—. Le pago una buena cantidad para no acabar siendo una de las que esperan en la calle y porque de este modo soy yo quien escoge al

cliente. Mi belleza algún día se marchitará, debo aprovechar el momento, aunque no pretendo morir siendo una puta —apuntó fijando sus ojos en los suyos—. La suma que nos ha entregado César por ayudarlo no es nada desdeñable —continuó en voz baja—. Aunque de haber sabido el aspecto que tendría —dijo capturando su labio inferior—, no lo habríamos pensado tanto.

James se liberó con audacia escondiendo el rostro en su cuello.

—Me siento halagado —musitó mirando hacia el palco de Belmonte. La mano de la bailaora se movía rítmicamente bajo el pantalón mientras él se entregaba al éxtasis. James suspiró con fastidio. Si aquella mujer continuaba acariciándolo de esa forma se derramaría allí mismo. Entonces no habría necesidad de ir a otro lugar —. ¿Tus amigas saben que deben llevarlo a una habitación?

Macarena miró hacia el palco con discreción.

—Lo llevarán. Saben hacer su trabajo. No se inquiete —dijo bebiendo de su vaso mientras se desabotonaba su blusa.

James contempló la porción de senos expuesta con deliberación a sus ojos.

—No es necesario que hagas eso —murmuró.

Macarena rio.

—Al menos deje que intente tentarle —protestó con una sonrisa.

—Macarena, es la hora —dijo de pronto la mujer que estaba sobre César mientras bebía del vaso que él sostenía sonriendo.

—Vamos —murmuró ella tomándolo de la mano al tiempo que se mordía el labio en un ademán de suma lascivia.

James intercambió una rápida mirada con César al tiempo que se erguía y caminaba tras ella. Una vez fuera del palco, Macarena se abrazó a su cintura mientras avanzaban.

—¿La hora de qué? —musitó James.

—De ir a la habitación que le he reservado. Coral, una de mis amigas —aclaró—, ha dejado la flor de su pelo sobre la mesa. Es la seña que acordamos para que supiera que llevan a Belmonte a la habitación.

—¿Cómo sabes que las habitaciones que habéis reservado estarán desocupadas?

Macarena rio por lo bajo.

—No quiera saber todos mis secretos —contestó con sorna mientras lo conducía por unos corredores vagamente iluminados. Un minuto después se detuvo junto a una puerta—. Ahora, béseme. Si lo prefiere, imagine que soy esa mujer que tiene en la cabeza. Llegarán pronto —susurró.

James la acorraló junto a la pared y comenzó a besarla con fingida pasión al tiempo que ella lo abrazaba con fuerza. Unos minutos más tarde escuchó algunas risas femeninas acercándose.

—Caballero, para fornicar como Dios manda vaya a las habitaciones. No quiero a mis chicas en los pasillos —dijo Belmonte con sarcasmo al pasar junto a él.

Las mujeres que lo acompañaban rieron ante sus palabras.

James continuó besando a Macarena hasta que escuchó el sonido de una puerta al cerrarse. Entonces ella puso los dedos sobre sus labios, abrió la puerta situada a su lado y entró tirando de él.

—La de Belmonte es la de este lado —susurró ella señalando la pared de la derecha. James asintió—. Suerte —dijo con la intención de marcharse.

—Macarena —musitó. Ella lo miró—. Si salgo de esta y tú y tus amigas queréis cambiar de vida buscad a César. Él sabrá cómo localizarme —dijo en voz baja.

Macarena esbozó una leve sonrisa.

—Espere aquí hasta que mis amigas lo agoten. Una vez hayan acabado le harán una señal —murmuró abriendo la puerta—. Adiós.

—Adiós —musitó James.

Entonces ella se marchó y él apoyó la espalda en la puerta aguardando la señal con tensa calma. Buscó su arma y la cogió. Fijó la mirada en la cama que había frente a él. Una vez cruzara esa puerta todo finalizaría. Sostuvo el arma en su mano con firmeza. No temía a la muerte, sin embargo las palabras de César continuaban merodeando

por su cabeza.

«Si lo mata y alguien lo descubre antes de que pueda abandonar el Café, sus hijos irán a por usted. Y no se conformarán solo con su muerte. ¿Merece la pena poner en peligro a toda su familia? ¿Estaría su padre conforme con su proceder?».

Las palabras de Madeline también acudieron de súbito a su mente.

«¿Crees que tu padre querría esto? ¿Que querría que vengaras su muerte a riesgo de encontrar la tuya? ¿Acaso no piensas en el dolor que le causaría a tu madre perderte? ¿A tu familia? ¿A tus amigos?».

James cerró los ojos y apoyó la cabeza en la dura madera de la puerta. Se sentía dividido, en conflicto consigo mismo. La necesidad de vengar el asesinato de su padre lo consumía por dentro. Había permanecido enfadado con su progenitor durante mucho tiempo. Enfadado porque le había descubierto la falsa cara de Catalina cuando se creía erróneamente todo un hombre, enfadado porque le había demostrado que no era tan inteligente como pensaba que era, enfadado porque había añorado sus consejos durante su instrucción en la Academia de Caballería, porque había fallecido dejándole una pesada carga sobre los hombros; el bienestar de su madre, la educación de sus hermanas, el control y manejo de las propiedades, la administración de la economía de la que dependía su familia, así como las familias de las personas que trabajaban para él, los posteriores enlaces de sus hermanas… Suspiró con rabia. Enfadado porque lo había perdido sin que pudiera decirle cuánto lo quería. James bajó su arma. Había vivido rodeado de tantas responsabilidades a una edad tan temprana que se había olvidado de sí mismo.

Recordó que antes de conocer a Catalina había sido un joven alegre, a pesar de que nunca hubiese sonreído con demasiada frecuencia, de trato jovial, despreocupado y cercano. Desde la pérdida de su padre se había vuelto un hombre distante, severo consigo mismo, en ocasiones altivo y austero en la manifestación de sus afectos. Había dejado a un lado sus deseos e inquietudes en su afán por convertirse en la clase de hombre del que su padre hubiese podido

sentirse orgulloso, al menos en la clase de hombre que él creía que debía ser… en el transcurso de los años había menospreciado su propio bienestar. A menudo, la seriedad de su carácter incluso le molestaba a sí mismo.

El recuerdo de la cariñosa sonrisa de Madeline mientras lo despeinaba se interpuso de nuevo en su mente. Con ella se sentía bien. Con ella las ganas de sonreír lo asaltaban sin previo aviso. Con ella había podido expresar sus emociones, incluso en sus momentos más vulnerables. Con ella había sentido el deseo de tener algo más que sexo. Con ella se había sentido completo. Extrañamente feliz.

«¿Crees que tu padre querría esto? ¿Que querría que vengaras su muerte a riesgo de encontrar la tuya?».

«No, Madeline. Mi padre no habría querido esto», pensó.

¿Qué debía hacer? Gritó en silencio con desesperación. Había llegado muy lejos para echarse a atrás. No era un cobarde, pero quizá no había medido las consecuencias que sus actos podrían causar en su familia. Ni siquiera en sus hermanos de vida: Carlos y Alonso. Los conocía. Sabía que ellos no permanecerían de brazos cruzados si él falleciera esa noche. Perseguirían a sus asesinos, aún a costa de perder su propia vida. Quizá su deseo de venganza desatara una guerra que en realidad no quería desatar en los demás por su causa.

Tal vez pudiese obtener la satisfacción que su cabeza le gritaba y su corazón le exigía propiciando la ruina de Belmonte, quizá obteniendo pruebas de sus actos delictivos que pudieran incriminarlo para encarcelarlo. Desde luego no sería una venganza rápida, pero sí efectiva. Esa nueva alternativa prendió con fuerza en su cabeza. Durante los últimos meses había estado tan sumido en el dolor y ofuscado en su idea de matar a los asesinos de su padre que no había llegado a pensar en dicha posibilidad con suficiente claridad. Observó el arma que sostenía en su mano. Nunca se había manchado las manos de sangre de aquella forma.

En todas las ocasiones en las que había herido a alguien lo había hecho para defender su propia vida, pero jamás había disparado a matar. Sí para reducir o neutralizar a sus atacantes, ya que su puntería

era excepcional, pero nunca para matar. Asesinar a Belmonte a traición no lo haría mejor hombre ni lo haría sentirse mejor hijo… James prestó atención a su alrededor con recelo. Los ocasionales gemidos que había escuchado procedentes de la habitación de Belmonte habían cesado hacía algunos minutos. Se acercó a la pared para intentar escuchar con mayor precisión… La puerta se abrió de súbito. James apuntó al instante. La mujer jadeó con alarma llevándose la mano a la boca para sofocar su grito.

—Debe regresar al palco —musitó con celeridad.

—Debemos machar ya —dijo la otra mujer apareciendo junto a la puerta.

James se apresuró a salir, se dirigió a la habitación de Belmonte y abrió la puerta con precaución. El hombre permanecía desnudo sobre la cama, con la mirada perdida y algunas convulsiones. Cerró la puerta, guardó su arma y pasó los brazos por los hombros de las fulanas mientras caminaban con ligereza por el corredor. Ambas habían cambiado su indumentaria y se habían recogido el cabello de diferente forma.

—¿Veneno? —preguntó en voz baja.

—Arsénico —susurró una de las mujeres mientras escondía el rostro en su cuello al divisar las siluetas de un hombre y una mujer que se besaban junto a la pared.

James posó la mano abierta en el rostro de la otra mujer para ocultarlo cuando pasaron junto a la pareja. Echó la vista atrás para cerciorarse que continuaban besándose ajenos a su presencia. Entonces las bailaoras lo condujeron con rapidez por otro corredor simulando besarlo mientras se abrazaban a él para esconder sus rostros.

—Siga por aquí. El palco en el que César lo aguarda está al final —murmuró una de las mujeres—. Nosotras debemos partir al instante.

James asintió viendo como se escabullían con celeridad por otro de los oscuros corredores. Inspiró hondo y caminó hacia el palco. Entró con inusitada calma, se sentó y se sirvió un nuevo vaso de vino mientras fingía observar el espectáculo con interés.

César ignoró su presencia al tiempo que continuaba besándose con la mujer que había acompañado a Macarena una hora antes. Al cabo de unos minutos, ella se levantó de su regazo y salió dibujando una sonrisa.

James rellenó el vaso de vino de César con gesto relajado.

—¿Qué será de ellas? —preguntó refiriéndose a las bailaoras.

César carraspeó, cogió su vaso y bebió.

—Había un coche esperándolas a la salida con su equipaje. Ya estarán camino de Cádiz para embarcar en el vapor que parte a primera hora hacia Cuba —explicó con sosiego.

—¿Por qué lo han hecho?

—Porque las dos tenían cuentas pendientes con ese hijo de puta —contestó sonriendo—. Al esposo de Coral lo mataron de una paliza hace cuatro años por retrasarse en el pago de una pequeña deuda de juego por orden de Belmonte. Ella aún no ha superado su pérdida. No dudó en ofrecerse para realizar el trabajo en cuanto supo que podría escapar de inmediato y con una buena suma en las manos. —Bebió de su vaso de nuevo—. La historia de Lola es diferente, también más trágica desde mi perspectiva. Belmonte la obligó a trabajar en el Café como bailaora para pagar la deuda que había contraído con él su difunto padre. En este caso, el fallecimiento del susodicho fue por causas naturales. Una vez aceptó trabajar en el Café, le exigió que se prostituyera en los palcos para pagar con más rapidez o de lo contrario mandaría a sus matones a abusar de sus hermanas pequeñas. Lo irónico de su historia es que toda su familia le dio la espalda cuando estuvo al corriente de que se prostituía. Es una buena chica y mejor cocinera —agregó—. Las dos estuvieron de acuerdo en comenzar una nueva vida en Cuba o en cualquier otro lugar tras el trabajo siempre y cuando se les pagara bien.

James le ofreció un cigarro antes de encender uno para sí mismo.

—¿Y Macarena?

César rio.

—Más cerca de lo que imagina —contestó con diversión—.

Cualquiera que haya mirado hacia aquí habrá podido verlo salir con ella para satisfacer sus necesidades de una forma más íntima. Una vez cubiertas, usted ha regresado y ella se ha dirigido a otro palco para ofrecer sus servicios. Como hace cada noche —dijo señalando con su mirada hacia uno de los palcos de enfrente—. Nadie podrá relacionarlo con la muerte de Belmonte. Ni a usted ni a Macarena. Hay un sinfín de testigos —agregó dando una calada a su cigarro.

James miró hacia los palcos con disimulo. Localizó con la vista a Macarena. Estaba sentada sobre el regazo de un caballero de mediana edad que estaba muy ocupado besando su cuello mientras acariciaba uno de sus senos bajo el escote. Permaneció en silencio mientras clavaba la vista en César.

—Maldito hijo de perra —musitó de repente.

—Tranquilo, condesito. Relájese y disfrute del espectáculo —dijo esbozando una sonrisa satisfecha—. No creo que tarden demasiado en descubrir el cadáver de Belmonte. La cosa se pondrá un poco fea, pero como digo nadie podrá relacionarlo. La responsabilidad recaerá sobre las bailaoras en cuanto sean incapaces de localizarlas.

James rio sin humor.

—Cuando salgamos de aquí le romperé la cara, César —dijo frotándose los nudillos con deliberación—. La marquesa lo ha orquestado todo, ¿verdad? —musitó antes de llevarse su vaso a los labios.

César rio.

—Todo. Su liberación, la traición de la señorita Esterly, la intromisión del marqués de Andrada y la muerte de Belmonte si yo no conseguía disuadirlo.

James se acomodó en el asiento.

—¿Desde cuándo? —inquirió mirando hacia el escenario como si le interesara escuchar a la cantaora que actuaba en ese instante.

César lo imitó.

—Desde la noche que perdió los estribos y le ofreció salir del país a cambio de la identidad del asesino de su padre —contestó. James

inhaló el humo de su cigarro escuchando con atención—. El día de su liberación la marquesa viajó a Sevilla y se puso en contacto con Macarena. Ella fue quien sugirió que Coral y Lola realizaran el trabajo bajo las pertinentes medidas de seguridad.

—Cuando vuelva a hablar con Macarena, recuérdele la sinceridad de mi ofrecimiento —dijo mirándolo.

César lo observó con intriga.

—¿Qué ofrecimiento?

—Si en algún momento desea cambiar de vida le proporcionaré los medios para lograrlo. —César asintió con la mirada—. ¿Por qué se ha tomado la marquesa tantas molestias con mis asuntos? —inquirió llevándose el vaso a los labios.

César se encogió de hombros.

—Le inquietaba su muerte.

James rio con sarcasmo.

—Inténtelo de nuevo, César —murmuró mirándolo de soslayo.

César sonrió con su característico gesto burlón.

—Usted representaba una oportunidad nada desdeñable de abandonar el país bajo la protección del marqués de Andrada, y al parecer, Andrada le tiene aprecio.

James sonrió.

—¿Esa es la causa?

—Es la que la marquesa me dio —contestó César con honestidad.

James lo pensó unos instantes.

—Supongo que esta excusa es más razonable —musitó casi para sí.

César apagó el cigarro en el cenicero de la mesa.

—Nuestro particular espectáculo está a punto de comenzar, condesito —comentó advirtiendo apresurados movimientos en el palco de Belmonte.

—Así es —dijo James con tranquilidad. Después alzó su vaso en un brindis—. Por Belmonte. Porque se pudra eternamente en el

infierno por todas y cada una de las vidas que ha destrozado o segado durante la suya.

César chocó su vaso con el suyo.

—Amén —murmuró con socarronería.

Capítulo Dieciséis

Viernes, 28 de julio de 1876

Madrid

MADELINE

Madeline cerró con llave la puerta de su casa. Sin embargo, esa mañana no se dirigiría a la sombrerería. Su vida se había convertido en una constante rutina que la ahogaba. Una rutina con la que se había sentido satisfecha en el pasado, pero que había llegado a detestar en los últimos tiempos. Cada día más que el anterior si cabe. Tras meditarlo con detenimiento durante la última semana había tomado una determinación. Difícil y dolorosa, aunque albergaba la esperanza de que en un futuro se tornara sanadora. Se apartó para dejarle paso a una joven doncella que caminaba portando una cesta. Entonces se fijó en un hombre que caminaba de espaldas al otro lado de la calle. El corazón le dio un repentino vuelco. Caminó con rapidez para alcanzarlo. Después de algunos minutos, él se detuvo para mirar la hora de su reloj de bolsillo y Madeline pudo ver el perfil de su rostro al pasar a su lado. No era James. Había sabido que no era él tras fijarse en su forma de caminar, pero aún así había necesitado cerciorarse. Las lágrimas acudieron a sus ojos como solía suceder siempre que su imagen se instalaba en su mente. Sabía que estaba bien, que había regresado ileso a Madrid varios días después de que lo hicieran Carlos y Alonso, que había vuelto a marcharse tras entrevistarse con ellos con brevedad y que nada se sabía de su actual destino.

Madeline tragó saliva en silencio.

La angustia acabaría por volverla loca. No podía vivir así. No podía seguir sintiendo aquella ansiedad cada vez que confundía la figura de algún hombre con la de James. No podía continuar aguardando con quietud. No lo resistiría. Sabía que él no le debía nada, ni una palabra, ni una mínima explicación, aún menos, justificación alguna de su forma de proceder, sin embargo no había esperado aquel demoledor silencio por su parte. Había estado

preparada para recibir su enojo, su desprecio, incluso su odio, pero no ese silencio que la estaba matando día tras día. Madeline inspiró para contener el volcán de sus emociones. ¡Él ni siquiera había tratado de buscarla! ¡Ni de verla! ¡Y ella no había tenido más remedio que acatar su decisión! ¡Sin más alternativa que esperar en silencio que algún día se dignara a regresar!

Introdujo la mano en el bolsillo de su falda y tomó la misiva que había perdido una clienta en un descuido la tarde anterior. Ella se había percatado del papel en el suelo justo unos instantes después de que la joven saliera de la tienda mientras portaba la caja con el sombrero adquirido. Madeline lo había cogido con la intención de llamar su atención y devolvérselo, sin embargo, el coche en el que la joven había subido, se encontraba a una considerable distancia cuando lo localizó con la vista al salir.

Madeline desdobló el papel.

Madrid, 27 de julio de 1876

Virginia:

Para mostrarme su desprecio o, cuanto menos, su real indiferencia, no era preciso el transparente disfraz de tan cumplido discurso ni tampoco la serie de «razones» tan poco sinceras como convincentes que me escribe. Bastaba con decírmelo. De esta manera entiendo lo mismo, pero me duele más. Si prefiere a mí al muchacho con el que festeja, y al que naturalmente quiere mucho, ¿cómo puedo yo tomármelo a mal?

Virginia, puede preferir a quien quiera: no tiene la obligación -creo yo- de amarme ni realmente la necesidad (a no ser que quiera divertirse) de fingir que me ama. Quien verdaderamente ama no escribe cartas que parecen requerimientos notariales. El amor no estudia tanto las cosas ni trata a los demás como a reos a los que hay que «apretar las tuercas».

¿Por qué no es franca conmigo? ¿Qué empeño tiene en hacer sufrir a quien no ha hecho daño alguno -ni a usted ni a nadie-, a quien carga ya bastante con el peso y el dolor de una vida aislada y triste, y que no se merece que vengan a aumentárselos dándole falsas esperanzas,

mostrándole afectos fingidos, y ello sin que se entienda su interés, incluso como diversión, o con qué provecho, aún de burla? Reconozco que todo esto resulta cómico, y que la parte más cómica de todo esto soy yo.

Yo mismo le vería la gracia si no la amase tanto y si tuviera tiempo para pensar en otra cosa que no fuese el sufrimiento que usted se place en infligirme y que yo, salvo por el hecho de amarla, me tenga merecido, y creo de veras que amarla no es motivo suficiente para merecérmelo. En fin… Le adjunto el «documento escrito» que me pide.

Reconoce mi firma el notario Eugenio Silva.

Madeline dobló la misiva y la guardó en el bolsillo de su falda.

No entendía con certeza porqué las palabras de aquel hombre la habían afectado de un modo tan desmesurado. Tal vez fuese porque ella misma se reconocía en el sufrimiento que él expresaba a través de aquellas palabras, quizá porque le sorprendía que la destinataria pudiera jugar con sus sentimientos de una forma tan cruenta, pero ¿quién era ella para juzgar las razones que pudiera tener la joven para tales requerimientos? Sin embargo, como él mismo decía, el amor no debía estudiar tanto las cosas ni a las personas…

Suspiró mientras comenzaba a caminar con premura.

Ella nunca había pretendido que James sintiera nada más que la simple atracción que le había manifestado. Tampoco ella había pretendido sentir nada más por él. Habían llegado a un acuerdo que ambos habían aceptado de forma libre y consensuada. No obstante, durante el último mes, ella había anhelando con intensidad ese «algo más» que nunca había esperado. Ese «algo más» que James había pronunciado la última vez que se vieran y con el que se había negado a soñar. Ese «algo más» que se había instalado en su recuerdo provocando que cada noche se durmiera abrazada a la almohada mientras lloraba con desconsuelo pensando en lo que jamás podrían ser. Ese «algo más» que le había partido el corazón.

«Yo sí pretendía que fueses algo más en mi vida».

Había rememorado aquella frase todos y cada uno de los días desde que él se marchara del hotel. A ella no le importaba el título que ostentaba, ni las propiedades o la fortuna que poseyera. Ella no se había enamorado del conde de Valdetorres, se había enamorado de James. Se había enamorado del hombre que la había ayudado en el momento más difícil de su vida cuando eran unos desconocidos, del hombre que siempre había estado pendiente de su bienestar en las sombras como Martín le había confesado días atrás, del hombre que la había reconfortado durante su cautiverio con su sola presencia, que la había respetado en todo momento, que la había hecho sentirse mujer y además, le había expresado su afecto a través de cautelosos gestos. No, ella no quería al conde de Valdetorres, quería al hombre que había tras ese título. Quería a James… pero James se había marchado abandonándola sin una sola palabra.

«Nadie más que tú puede librar las batallas de tu corazón, pero me entristece ver como te apagas como una vela».

Aquella frase pronunciada por Charlotte la semana anterior la había instado a reaccionar sin que ella fuese consciente. Era cierto, se estaba consumiendo como una vela. En silencio, sin presentar resistencia contra las reglas establecidas entre ellos, a las normas decretadas por ella misma o a las diferencias impuestas por la sociedad. Inspiró con fuerza. No. Nunca más iba a resignarse a las circunstancias que la rodearan en detrimento de su bienestar. Madeline cruzó la esquina y llegó a la residencia de los marqueses de Andrada. Entonces tiró de la campana. Unos segundos más tarde el mayordomo abrió la puerta.

—Buenos días, señorita Esterly. La están esperando en el despacho. Ya conoce el camino —murmuró Julio con un ademán de simpatía.

—Gracias, Julio. Buenos días —dijo al tiempo que encaminaba sus pasos hacia el despacho del marqués.

Llamó a la puerta. La voz de Alonso permitiendo el paso llegó a sus oídos de inmediato. Madeline entró y los observó. Alonso esperaba en pie tras la mesa. Charlotte y Malena permanecían sentadas en el

sofá. Martín sobre una de las butacas frente a la mesa.

—Buenos días. Gracias por aceptar reuniros conmigo tan temprano —murmuró cerrando la puerta a su espalda.

Charlotte la miró con incertidumbre.

—¿Qué sucede, Madeline?

La emoción brilló en sus ojos antes de responder.

—Me marcho de Madrid. En realidad, del país. Tomaré el tren esta tarde hacia Santander —confesó con voz ahogada, aunque rotunda.

—¿Cómo? ¡No! ¿Por qué? ¿Adónde? —inquirió Charlotte poniéndose en pie con agitación.

—Charlotte. Déjala hablar —dijo Alonso con gesto estoico.

Charlotte colocó las manos en sus caderas con inquietud, Malena desvió la vista hacia el suelo con seriedad y Martín la observó con atención.

Madeline se acercó y tomó asiento junto a Malena.

—Me gustaría que aceptaras el traspaso de la sombrerería —dijo tomando sus manos con cariño—. Tu esposo y yo cerramos la venta ayer ante notario. No quería venderla a otra persona que no fueras tú.

Malena la observó con asombro antes de amonestar a Martín con la mirada.

—Prometí guardar el secreto —murmuró él disculpándose.

—¿Cómo voy a dirigir la sombrerería sin que tú estés allí? —inquirió Malena con emoción al tiempo que apretaba sus manos.

Madeline sonrió conteniendo la emoción con cierta dificultad.

—Ya has dirigido una sombrerería antes —repuso—. Las chicas seguirán trabajando a tus órdenes y tú seguirás confeccionando sombreros espectaculares. No será ningún problema que yo no esté para que la tienda continúe funcionando —dijo en voz baja.

—Te echaré de menos, Madeline —dijo Malena con voz ahogada mientras la abrazaba.

—Yo también —murmuró con congoja devolviendo el abrazo.

Después, Madeline se irguió y se dirigió a Charlotte. Esta le dio la espalda al tiempo que las lágrimas corrían por sus mejillas.

—No.

—Charlotte…

—¡No! No acepto tu marcha —siseó volviéndose—. ¿Adónde irás? Nosotros somos tu familia, Madeline. ¿Por qué te marchas? ¿Por qué? —inquirió en voz baja—. ¿Es por James? Juro que lo mataré. ¡Lo despedazaré con mis propias manos! —masculló con rabia.

Las lágrimas acabaron por escapar de los ojos de Madeline.

—No es por James, sino por mí —murmuró tomando sus manos —. Llegué a Madrid siguiendo tus pasos, siguiendo el camino que tú habías tomado. Y te agradezco desde lo más profundo de mi corazón la inmensa ayuda que me prestaste. Lo sabes —apuntó apretando sus manos—, pero no era mi camino. —Charlotte desvió la vista mientras lloraba en silencio—. Me has proporcionado los recursos y las armas que precisaba para ser una mujer independiente y autosuficiente, Charlotte. Jamás tendré vida para agradecerte eso, pero ha llegado el momento de que salga del caparazón en el que me he resguardado durante este tiempo y recorra mi propio camino.

—Madeline —susurró Charlotte abrazándola con fuerza—. Acabaré con James —susurró con rebeldía junto a su oído.

Ella rio y lloró a la vez ante su comentario al tiempo que se desprendía de su abrazo con dificultad. Se acercó a Martín. Él desvió la mirada componiendo una sonrisa con tristeza.

—No sé qué decirte. Fuiste mi médico, luego mi apoyo y finalmente mi amigo. Gracias por todo lo que hiciste por mí, Martín — dijo abrazándolo con firmeza.

—Te extrañaré, Madeline —murmuró Martín con ojos brillantes.

Madeline asintió secándose las lágrimas con el dorso de la mano. Por último, se volvió hacia Alonso. Este la miró con una sonrisa apesadumbrada.

—Siento el retraso —dijo Carlos entrando en el despacho con ligereza—. ¿Por qué tenéis todos esos rostros de velatorio? ¿Qué sucede? ¿Se ha muerto alguien? —preguntó con alarma.

—Madeline se marcha del país —dijo Alonso.

—¿Cómo? —inquirió con sorpresa—. Eso no es posible —dijo cruzándose de brazos.

Madeline parpadeó con desconcierto.

—Tomo el tren esta tarde.

Carlos negó con su cabeza.

—No sin mí —afirmó con rotundidad.

Alonso entrecerró los ojos mirándolo con suspicacia.

—¿Sabes dónde está James y no me lo has dicho?

Carlos se encogió de hombros.

—Me hago una idea de dónde puede hallarse que no es lo mismo. —Miró a Madeline con seriedad—. No puedes marcharte, pero si lo haces te acompañaré a donde vayas. O te seguiré. Me es indiferente —agregó con resolución.

Madeline volvió a parpadear con confusión.

—¿Has perdido el juicio, Carlos?

—En absoluto —contestó—. James me pidió que no te perdiera de vista hasta que regresara y no pienso hacerlo.

El corazón de Madeline comenzó a galopar. Tanto que tuvo que apoyar la cadera en la mesa de Alonso para mantenerse.

—¿Por qué?

Carlos se encogió de hombros.

—No me dio razones —contestó.

—No te dio razones —musitó Madeline casi para sí—. ¡Pues si no quiere perderme de vista que se encargue él mismo! —exclamó con indignación dirigiéndose a la salida.

Martín ocultó una sonrisa tras su mano, Alonso arqueó una ceja

con diversión ante su arrebato de genio y Charlotte y Malena intercambiaron una mirada esperanzadora.

Entonces Madeline se volvió junto a la puerta y los miró.

—Os quiero a todos. Adiós —murmuró saliendo con rapidez.

—Carlos, la estás perdiendo de vista —señaló Alonso con ironía.

El escocés entornó los ojos antes de apresurarse a salir tras los pasos de Madeline.

***

Jueves, 17 de agosto de 1876

Galway, Irlanda

Carlos ordenó al auriga que se detuviera mientras miraba con asombro hacia el exterior. Parpadeó. Varias veces. Sí, sus ojos le revelaron la misma imagen. Frunció el cejo. No era posible.

—Mira a este lado del carruaje, Madeline —murmuró con asombro.

Ella obedeció con extrañeza.

Su corazón dejó de latir unos segundos para comenzar a palpitar con tanta fuerza que temió que Carlos lo escuchara.

James.

Se acercó tanto a la ventanilla para poder contemplarlo mejor que casi sacó la cabeza por ella.

Sí, era él. No cabía duda.

Notó cómo sus manos comenzaban a transpirar con nerviosismo.

En la distancia escuchó su risa mientras corría por aquel frondoso valle al lado del camino. Fingía atacar a un niño con una espada de esgrima que empuñaba en la mano derecha mientras lo perseguía. Se había desprendido de la chaqueta, también de la corbata, tenía la camisa blanca entreabierta y el cabello alborotado. Además, se había

dejado crecer la barba.

Madeline se agarró con fuerza a la falda mientras sus ojos lo seguían sin descanso. En algún momento fue consciente de la insistente mirada de Carlos sobe ella, pero ni entonces fue capaz de despegar la vista de la figura del hombre y del niño que jugaban y reían ajenos a su presencia en el camino.

Carlos carraspeó con el fin de llamar su atención.

—Sus aficiones cuando estábamos en la Academia de Caballería, más que de niño, parecían de hombre —murmuró—. Lo que más me extrañaba siempre de él era su carácter reservado, sobre todo, su carácter siempre igual. Nunca perdía la compostura, manifestaba un extremado respeto ante todos, fuera quien fuese, y ejercía una desmedida disciplina sobre sí mismo. —Carlos desvió la vista hacia James de nuevo—. Es la primera vez que lo veo reír de una forma tan alegre y despreocupada —apuntó esbozando una leve sonrisa—. Su mayor cualidad siempre fue su calma reflexiva. En las clases de esgrima sobresalía gracias a dicha cualidad. A pesar de ser yo físicamente más fuerte, en cambio, bien fuera por ligereza o arrebato, recibía sendos botonazos de su ágil muñeca, siempre dirigida por su serena cabeza. No logré tocarlo en ninguna de las ocasiones en las que nos medimos.

Madeline tragó saliva con la boca cerrada. Se fijó en James. Se fijó en el niño. Este reía con entusiasmo cuando conseguía tocar a James con la punta roma de su espada. Vestía de forma similar a él. Camisa clara, pantalones oscuros y botas de montar. También observó dos monturas que pastaban caminando por el valle con lentitud. A lo lejos. A una distancia aún más considerable un rebaño de ovejas pacía con tranquilidad.

—¿Crees que se trata de su hijo? —inquirió en voz baja.

Carlos entrecerró los ojos.

—No lo sé, Madeline. Si es su hijo, nos ha ocultado su existencia a todos —reconoció con seriedad.

Ella inhaló y exhaló aire fuerza.

—No deberíamos estar aquí. No debí permitir que me convencieras —musitó con agitación.

Carlos tomó sus manos.

—Madeline —dijo fijando sus ojos en los suyos—, solo nos hemos desviado un poco de tu camino. Si así lo dispones partiremos esta misma tarde, pero ya que hemos llegado hasta aquí me gustaría saludarlo y descubrir quién es el pequeño.

Madeline asintió volviendo a mirar hacia el exterior.

—No digas nada de mí, por favor. —Lo miró con insistencia cuando él permaneció en silencio—. ¡Carlos! ¡Me diste tu palabra si aceptaba venir a Galway! —exclamó ella.

Él resopló.

—Prometo que no pronunciaré tu nombre —musitó a regañadientes—. Aguarda aquí.

Madeline asintió mientras él salía del coche. Sus ojos azules volvieron a posarse en James con ansiedad. Al menos podría atesorar aquella imagen de él. De aquel hombre que se divertía al tiempo que jugaba con un niño comportándose como tal.

—¡James!

James se volvió con sorpresa al escuchar la conocida voz. A cierta distancia, Carlos bajaba la ladera del camino. Se inquietó al verlo, aunque lo ocultó con rapidez sonriendo al niño.

—Vamos, Álvaro —dijo posando una mano sobre su hombro.

—¿Quién es el señor?

—Un buen amigo —contestó—. Si sigues practicando, algún día le ganarás como suelo hacer yo —dijo con sorna.

El niño abrió los ojos con asombro.

—Es muy grande —musitó.

James sonrió.

—En la esgrima no gana el más grande ni el más fuerte sino el más ágil y astuto —murmuró con arrogancia.

Álvaro asintió observando al hombre que se acercaba. Era grande y a él también le parecía ágil por la premura con la que avanzaba hacia ellos.

—La espada —dijo James agachándose para que el niño subiera a sus hombros.

Álvaro le entregó su espada antes de trepar a sus hombros y agarrarse a su cuello. James comenzó a caminar observando el gesto de estupefacción que exhibía el semblante de Carlos mientras se aproximaba. Cabeceó sonriendo. Todas las conjeturas que pudiera hacer su amigo en ese instante eran erróneas, por supuesto, no obstante, le divertía la perplejidad que no hacía intento alguno por ocultar mientras sus ojos se posaban en él y en el niño alternativamente.

—Hola, James —dijo el escocés extendiendo su mano al llegar frente a ellos.

—Hola —musitó estrechando su mano con rapidez—. ¿Ha sucedido algo?

—Todo está bien —dijo Carlos aquietando el nerviosismo que detectó en su mirada—. ¿Y este caballero? —inquirió observando al niño con ojo crítico—. Creo que no tenemos el placer de conocernos.

James sonrió.

—Álvaro, este señor es don Carlos Álvarez-Naváez, futuro marqués de Uriño. Carlos, este pequeño caballero es don Álvaro Medina de la Vega, nieto de la viuda de Altamira —agregó con intención.

Carlos intercambió una rápida mirada con James entendiendo que el niño era un bastardo. Su presentación como nieto de la viuda de Altamira, en lugar de como hijo del anterior conde de Altamira, por lo que recordaba fallecido algunos años antes sin esposa e hijos, así lo revelaba. Sin embargo, continuaba sin comprender la relación de aquel niño con James.

—Un placer conocerlo, señor Medina —dijo Carlos extendiendo su mano.

El niño la estrechó con una tímida sonrisa.

—¿Cómo sabías que estaba en Galway? —preguntó James con curiosidad.

—Intuición —dijo encogiéndose de hombros. James arqueó una ceja con sarcasmo—. Me encontré con tu madre en la ópera y le sonsaqué la información sin que se percatara de que lo hacía —reconoció sonriendo—. Me dirigía a Edimburgo, pero convencí a mi acompañante de la conveniencia de desviarnos hacia aquí. Aguarda mi regreso en el coche —dijo mirándolo con intensidad.

James miró hacia el camino.

—¿Qué coche? —preguntó con desconcierto.

Carlos se volvió de inmediato.

—¡Joder! —exclamó con alarma—. ¡Se ha marchado!

—¿Quién? —preguntó James con súbito nerviosismo.

—Cierta señorita que ha vendido su sombrerería de Madrid para comenzar una nueva vida. ¡Más te vale que le des alcance, James! —dijo cogiendo al niño para posarlo sobre sus propios hombros con premura.

James empalideció antes de silbar con los dedos para llamar a sus caballos. Los animales obedecieron y comenzaron a trotar hacia ellos. Aún así, James echó a correr con rapidez seguido de Carlos. Álvaro comenzó a reír con diversión mientras Carlos lo agarraba con sus manos para que no cayera al suelo.

—¡Te dije que no la perdieras de vista! —siseó James sin dejar de correr.

—¡Y no lo he hecho, pero desde este momento te paso el testigo! —masculló Carlos con fastidio a la par que mantenía la ligereza de su avance.

—¡¿Por qué no me lo has dicho en cuanto has llegado?! ¡Dios! ¡Juro que te haría pedazos, Carlos!

—¡Deja de blasfemar y apresúrate! —exclamó él comenzando a reír a causa tanto de la carrera como de la contagiosa risa del niño sentado a sus hombros.

Los caballos se detuvieron frente ellos. James cogió las riendas de su caballo y montó con agilidad mientras Carlos posaba al niño sobre la montura del otro.

—¿Hacia dónde me dirijo? —inquirió con inquietud.

—Hacia una posada que se encuentra cerca de los arcos de la muralla de la ciudad —contestó montando tras el niño—. Agárrese bien, don Álvaro —agregó mientras tomaba las riendas y rodeaba la cintura del niño con su brazo antes de comenzar a cabalgar tras un James que había partido a todo galope dejándolos atrás.

***

Madeline volvió a comprobar que su equipaje estaba bien cerrado. Se acercó a la ventana con inquietud. Tendría que pasar la noche en la habitación que Carlos había reservado ya que, según la posadera, ningún otro barco tenía previsto partir de la ciudad hasta la mañana siguiente. Se separó de la ventana. También podía tomar una diligencia para hacer parte del trayecto por tierra hasta poder embarcar en la ciudad costera más cercana a Galway, pero marcharse de aquel modo le parecía un acto de cobardía, peor, que pudiera interpretarse como un acto de culpabilidad. Desde luego, el remordimiento por traicionar la confianza de James podría dar esa impresión, pero lo cierto era que no se arrepentía… Se sentó con nerviosismo mientras cruzaba las manos sobre su regazo. Esperaba que Carlos hubiese cumplido su palabra, aunque no confiaba demasiado en que lo hiciera. Seguramente estaría molesto, pues había partido en el coche en lugar de esperar su regreso como habían acordado, no obstante el pavor se había apoderado de ella. No había podido continuar observando a James mientras sostenía sobre los hombros a… su hijo. Se puso en pie al tiempo que comenzaba a caminar por la estancia con las manos en las caderas. Había llegado a Galway furiosa con él, indignada por su silencio y dispuesta a decirle algunas cosas antes de marcharse para proseguir su camino. Ahora, además, se sentía dolida y traicionada. Sin embargo, era consciente de

que no tenía derecho alguno a sentirse así. James no era nada suyo. Ni siquiera podía decirse que, en ese momento de sus vidas, compartieran una relación cordial, teniendo en cuenta su último encuentro. Él no le debía nada. Ella no era quien para recriminarle su actitud. Suspiró con impaciencia. Lidiar contra su corazón cuando su cabeza razonaba de una forma tan opuesta era una locura… La puerta de la habitación se abrió de golpe.

Madeline se sobresaltó.

James cerró la puerta tras él con evidente agitación. Se miraron; él mientras respiraba con fuerza, ella mientras trataba de respirar de nuevo.

—Has hecho un largo camino para partir de nuevo sin pronunciar palabra alguna —dijo clavando sus ojos en los suyos.

Madeline lo miró con resentimiento.

—Tú te marchaste de Madrid sin pronunciar una sola palabra —apuntó con gesto enfadado—. ¿Por qué no habría de hacerlo yo?

James se cruzó de brazos sin dejar de respirar con fuerza. La carrera a caballo había sido demencial, pero había llegado a tiempo de impedir que se marchara sin que lo escuchara.

—Pensé que no querrías verme —confesó con gesto contrito.

Ella pestañeó con incredulidad.

—¡¿Cómo pudiste pensar que no querría verte?! ¡Estaba enferma de preocupación! ¡Durante semanas, James! —apuntó gritando—. ¡Y después regresaste y ni siquiera tuviste la deferencia de hacerme saber que estabas bien por ti mismo antes de desaparecer de nuevo! ¡No quería nada más! —Tomó aire durante unos segundos controlando sus alocadas emociones—. Solo saber que estabas bien —agregó en voz baja. Entonces apartó la mirada de su rostro—. Ahora que lo sé, que veo que es así y que te has tomado la molestia de honrarme con tu presencia, ¿podrías marcharte, por favor?

James la observó con cautela.

—Cásate conmigo —dijo con voz firme ignorando su petición.

Madeline elevó la vista y lo contempló con los ojos muy abiertos. A continuación, se sentó sobre la cama, tragó saliva con los labios cerrados y negó con su cabeza.

—Ya sabes lo que pienso del matrimonio —musitó recuperando el dominio sobre su voz.

James encajó la mandíbula con gesto serio.

—¿Estás rechazando mi proposición?

—Sí —contestó con ojos brillantes—. Y más que una proposición ha parecido una orden —señaló sin dejar de mirarlo con reprobación.

James se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo con fingida serenidad—. Carlos me ha dicho que has vendido la sombrerería.

Madeline frunció el cejo ante su cambio de actitud.

—Así es.

—Trabajaste mucho para que se convirtiera en una de las sombrererías más populares de Madrid.

Ella lo miró en silencio antes de contestar.

«Buena parte de mi clientela llegó por recomendación tuya. En gran medida fuiste el responsable de su popularidad», pensó con hosquedad.

—Puedo abrir una nueva sombrerería en cualquier otro lugar —murmuró en cambio.

James se apoyó con indiferencia en la puerta.

—¿Se la has vendido a Malena?

—En realidad a Martín. Como estoy segura de que sabes, no podía vendérsela directamente a ella sin la firma y el consentimiento de su esposo, aunque Martín ha cedido por escrito el control de la tienda, así como las ganancias que se obtengan a Malena. De hecho, lo hizo en mi presencia ante notario tras la transacción de la venta.

—Propio de Martín —murmuró James—. ¿Adónde irás?

Madeline meditó si debía responder.

—A Edimburgo.

James alzó una ceja.

—¿Edimburgo? ¿Tienes familia en la ciudad?

Madeline rechinó los dientes. James sabía de sobra que no tenía familiares allí ni en ningún otro lugar. Al menos familiares de sangre que pudiera considerar como tal.

—No —contestó con calma.

James la miró simulando extrañeza.

—¿Qué hay en Edimburgo que te haya incitado a abandonar Madrid con semejante ligereza?

Madeline se puso en pie y se cruzó de brazos imitando su postura.

—Me parece un buen lugar para comenzar de nuevo —contestó con gesto serio.

—Y alejado —apuntó James.

—Sí, alejado —repitió ella.

—Creía que habías comenzado de nuevo hace dos años en Madrid —agregó con fingido desinterés.

Madeline inspiró.

—He devuelto con creces la ayuda que se me dispensó entonces. —James arqueó una ceja—. Ahora que dispongo de los recursos para hacerlo quiero comenzar en otro lugar por mí misma.

James carraspeó.

—Por lo que sé, Charlotte jamás te exigió la devolución económica que te proporcionó, pagaste los servicios de Martín y yo no lo hice esperando compensación alguna a cambio.

Madeline enfrentó su mirada con arrojo.

—A lo largo de estos años le he reembolsado a Charlotte el préstamo tal y como acordamos al principio, ya que de otro modo

jamás lo habría aceptado —aclaró antes de proseguir—, pagué los servicios de Martín como habría pagado los de cualquier otro médico y en cuanto a ti, a pesar de que no esperabas ninguna compensación, creo haberte devuelto el favor —dijo con resolución.

James entrecerró los ojos.

—¿Traicionar la confianza que había depositado en ti puede considerarse devolverme el favor?

El dolor brilló en los ojos de Madeline.

—Lo fue intentar mantenerte a salvo a través de la única forma que estaba a mi alcance —siseó con rabia—. Nada que no hubieses hecho tú mismo por cualquiera de las personas que gozan de tu estima —masculló levantando el mentón.

James la observó sin moverse. Entonces se acercó a ella. Madeline apretó las manos manteniéndose en su lugar al tiempo que luchaba contra la inclinación de volver a poner distancia entre ellos.

—Tienes razón —dijo él a unos pasos de ella.

Madeline compuso un gesto de sorpresa.

—Sí, la tengo —murmuró en voz baja.

James permaneció a un paso de distancia de ella. Tan cerca que Madeline comenzó a transpirar. Las ganas de abrazarlo y besarlo eran tan avasalladoras que temió que él se percatara del esfuerzo que hacía por mantener bajo control sus impulsos.

—Estaba demasiado ofuscado para comprenderlo en ese momento —reconoció.

—Lo sé.

—Debí buscarte y decírtelo cuando volví a Madrid.

Madeline mantuvo cierta entereza.

—Sí, debiste hacerlo.

—Te pido disculpas por mi desconsideración —dijo. Madeline desvió la vista para tomar aire—. ¿Estás tan enfadada conmigo por cometer tamaña torpeza que incluso has vendido tu sombrerería para

trasladarte de país y no volver a tener que verme nunca?

Madeline tragó saliva con los labios cerrados. A continuación enfrentó su mirada.

—Estoy furiosa contigo por tu forma de proceder, pero no eres la razón de mi traslado —aseguró con orgullo.

James sonrió con levedad.

—No subestimes mi inteligencia, Madeline.

—Y tú no trates de analizar mi forma de pensar o mis motivos para marchar —contraatacó con rapidez.

—Cásate conmigo —repitió en voz baja.

El estómago de Madeline la golpeó con fuerza. A diferencia de la primera vez, en esa ocasión, se trataba de una petición que se evidenció en su mirada acerada.

Madeline se armó de valor.

—Me siento honrada por tu petición, pero no puedo aceptar —dijo con voz ahogada mientras notaba cómo su corazón estallaba en mil pedazos dentro de su ser.

Estaba rechazando al hombre que amaba por segunda vez. Mantener la compostura en su presencia sencillamente se tornó imposible.

James permaneció en silencio observando su flaqueza durante unos interminables segundos.

—No te importuno más —dijo con voz serena—. Buen viaje, Madeline.

Ella asintió con la emoción brillando en sus ojos azules.

—Hasta siempre, James.

Entonces él se volvió y salió de la habitación.

Capítulo Diecisiete

Galway, Irlanda

Un minuto después…

James se apoyó en la pared del pasillo junto a la puerta de la habitación en la que se hallaba Madeline y respiró hondo para contener sus emociones. Lo había rechazado. En dos ocasiones. No podía creer que lo hubiese rechazado… El rechazo escocía. Enormemente. ¿En realidad la mujer que amaba no quería contraer nupcias con él? Sobraba decir que no se daría por vencido con tamaña facilidad.

Abrió la puerta y entró de nuevo para desconsuelo de Madeline, quien se volvió con rapidez para tratar de ocultar las silenciosas lágrimas que descendían por sus mejillas.

—Recuerdo todos los motivos que mencionaste para negarte al matrimonio, pero no me has dado ni uno solo que justifique tu negación a casarte conmigo.

James esperó unos segundos hasta que ella se limpió las lágrimas y decidió enfrentarlo.

—Somos de mundos diferentes —dijo con voz queda.

Entonces él se acercó con rapidez. Madeline caminó hacia atrás. Cuando chocó contra la pared James posó cada una de sus manos a un lado de su cabeza.

—Esa no es una buena razón. Piensa en algo más convincente, Madeline —murmuró fijando la mirada en sus labios.

Madeline tragó saliva.

—No me hagas esto, James —suplicó.

—Ni siquiera te estoy rozando —dijo defendiéndose—. Ofréceme alguna razón por la cual no quieras ser mi esposa.

—¡Ya te lo he dicho! —siseó—. Además de las razones que ya conoces.

—Alguna razón que mi cabeza pueda entender y mi orgullo pueda aceptar —apuntó con celeridad—. No me importa que seamos de clases diferentes ni creo haberte dado nunca motivo alguno que te haga pensar que sí —agregó con serenidad.

Ella lo miró con angustia.

—A mí sí me importa —masculló—. No quiero renunciar a mi autonomía ni a mi libertad —agregó mirándolo con los ojos cargados de lágrimas.

James la contempló con seriedad mientras estudiaba el dolor que veía en su mirada azul mientras le mentía.

—Me insulta que creas que te haría renunciar a tu autonomía o que trataría de oprimirte de algún modo.

Ella jadeó con frustración.

—¡Basta, James! ¡No soy la mujer adecuada! ¡¿No lo ves?! —preguntó con súbito enfado—. No tengo la educación, la clase ni los modales que se esperarían de una mujer desposada con un hombre de tu rango. Tu estilo de vida es opuesto al mío. ¡Me sentiría encorsetada, no sabría desenvolverme en las veladas ni en esas elegantes fiestas de salón! —masculló con vehemencia—. Me gusta trabajar, sentirme útil y tener una función que desempeñar durante el día. ¿Aceptarías una esposa así?

James la besó. No fue necesario que utilizara sus manos para reducir su voluntad al mínimo. Solo precisaba de su boca para lograrlo. Solo su boca. Siempre había sido así. Madeline se agarró con desesperación a su falda al tiempo que bebía de sus labios con la misma urgencia que lo hacía él después de tanto tiempo. Sentir de nuevo aquellos labios sobre los suyos, su respiración, su sabor… Madeline sostuvo con fuerza la tela entre sus manos para dominar el arrollador deseo de abrazarse a él que la embargó.

James finalizó el beso al tiempo que respiraba con rapidez.

—Tienes más educación, clase y modales que muchas de las damas de los salones que frecuento —aseveró mirándola con intensidad—. Aprenderás todo lo que necesites saber para desempeñar tus responsabilidades como condesa. Yo siempre estaré a tu lado para guiarte hasta que puedas desenvolverte sola —prometió—. Y si quieres trabajar no te lo impediré —prometió con honestidad.

Madeline resopló.

—¿Una condesa vendiendo sombreros? ¿Una condesa que ha vendido una multitud de sombreros a la mitad de las señoras de Madrid?

James lo meditó unos segundos. En ese punto ella tenía razón.

—Hallaremos una solución.

—La sociedad te dará de lado —insistió.

—No me inquieta.

—No soy una mujer casta —dijo en voz baja.

—Yo tampoco —apuntó él con celeridad.

—James…

—Madeline —dijo interrumpiéndola—. Dime que no sientes lo mismo que yo. Lo mismo que yo siento aquí —señaló tomando una de sus manos para posarla sobre su corazón—, y renunciaré a ti.

Madeline comenzó a sollozar mientras apoyaba la frente en su hombro y percibía el desenfrenado palpitar de su corazón bajo sus dedos.

—James… —susurró con angustia.

Él le permitió llorar durante unos largos segundos antes de tomar la palabra.

—Cásate conmigo —dijo por tercera vez con voz suave.

Madeline negó con la cabeza.

—No puedo casarme contigo —musitó con voz ahogada.

—¿Es posible que me equivoque tanto? ¿Que crea que me quieres

cuando no es cierto? ¿Que piense que tu corazón late con la sinceridad con la que late el mío es un error? —inquirió con gravedad—. ¿Es un error, Madeline?

Madeline negó con su cabeza sin poder hablar. Tenía un nudo demasiado grande en la garganta que se lo impedía. No podía negar sus sentimientos. No tenía el valor de hacerlo en su presencia.

James suspiró con impaciencia.

—¿Entonces por qué? —insistió elevando su rostro con las manos —. ¿Por qué? —exigió presionándola—. Si me quieres tus razones me resultan absurdas y banales.

Era cierto. Ninguna de las razones expresadas por ella eran lo suficientemente poderosas. Ninguna de ellas justificaba su rechazo cuando existían esa clase de sentimientos entre ellos. Al menos le debía sinceridad, por dolorosa que pudiera resultar.

—Está bien, James —musitó—. Necesito un poco de espacio, por favor —dijo limpiándose las lágrimas con el dorso de las manos.

Él se separó de ella dando unos pasos atrás con expresión herida. Entonces Madeline se sentó en la cama y lo invitó a sentarse a su lado con un ademán. James tomó asiento junto a ella observándola con suma tensión.

Madeline inspiró para darse valor.

—Martín me explicó que tal vez no pudiera volver a concebir. No lo aseguró, pero la posibilidad está ahí. —James apartó la mirada de su rostro con seriedad al tiempo que exhalaba el aire con fuerza—. Es probable que no pueda darte hijos, que no pueda proporcionarte un heredero.

James tomó una de sus manos y entrelazó los dedos con los suyos.

—No me importa —dijo con afectación.

Madeline lo observó con detenimiento. Era evidente que no era así, aunque él se estuviera esforzando por restarle importancia. Sonrió con tristeza.

—Quizá no ahora, pero en un futuro querrás tener hijos, James —murmuró con pesadumbre—. Hijos legítimos. No puedo casarme contigo negándote la posibilidad de ser padre en un futuro. Sobre todo después... —Calló sin atreverse a sugerir que aquel niño fuese su hijo, puesto que él no lo había mencionado—. Después de haberte visto esta mañana.

James cabeceó suspirando.

—No es mi hijo, Madeline. —Ella lo miró con sorpresa—. Soy su tutor. Pero necesita un padre y una madre que se ocupen de él —aseveró mirándola con intensidad—. En algún momento te contaré todos los detalles con más sosiego, pero nuestro cautiverio está relacionado con la existencia de Álvaro. —Ella lo miraba con atención —. Le prometí a su abuela, la viuda condesa de Altamira, que me haría cargo de su tutela cuando falleciera a cambio del nombre de la persona que conocía la identidad de los asesinos de mi padre y mi tío. La condesa tenía el mal de la tuberculosis —aclaró—. Antes de marchar a Córdoba dejé dispuesto que Carlos se hiciera cargo de la tutela del niño si yo no regresaba. —Madeline apretó su mano con fuerza ante aquellas palabras—. Álvaro es un bastardo. Su madre se lo entregó con un escaso año de edad a su abuela a cambio de una considerable suma y marchó a París. Su padre, único hijo de la condesa, falleció hace algunos años. Jamás lo reconoció ni se ocupó de él.

Madeline respiró hondo.

—¿Qué edad tiene?

—Seis años —contestó—. Unos días después de regresar a Madrid supe que la condesa había fallecido, de modo que me dispuse a hacerme cargo de él como le había prometido. —Se mantuvo en silencio unos segundos sopesando su forma de proseguir—. Sé que obré mal, que debí buscarte y que mi comportamiento hacia ti cuanto menos fue egoísta, incluso cobarde. —Suspiró—. No tengo excusa, pero necesitaba espacio. Necesitaba alejarme una temporada para asimilar todo lo ocurrido y volver a encontrarme a mí mismo antes de regresar a Madrid para confesarte mis sentimientos y cortejarte ante la

sociedad como mereces. —Buscó la mirada de Madeline mientras la suya expresaba todo el remordimiento que sentía—. Traer al niño conmigo a Galway para tratar de conocernos y establecer un vínculo de confianza me pareció una buena idea. Él precisaba tanto como yo un poco de tiempo. —Madeline lo observó en silencio—. Es cierto que creí que no querrías verme después del modo en el que me marché del hotel —confesó en voz baja.

Madeline asintió con gesto contrariado.

—Agradezco la sinceridad de tus palabras —musitó.

Ambos volvieron a permanecer en silencio unos segundos.

—Madeline, no quiero casarme contigo con el objeto de engendrar hijos, sino porque te quiero. —Ella apoyó la cabeza en su hombro mientas su corazón palpitaba sin control—. Acepta casarte conmigo. Acepta que intentemos ser felices. Tú, yo y Álvaro. No necesitamos nada más.

Madeline cerró los ojos con fuerza. Ella, él y el niño. La idea de dejase llevar y aceptar era sumamente tentadora, pero mayor aún era su temor. Temor a que, pasados algunos años, el deseo de engendrar sus propios hijos instara a James a buscar a otras mujeres. Pensar en esa posibilidad la destrozaba por dentro. Una posibilidad muy real, una posibilidad utilizada con frecuencia para resguardar patrimonios en acaudaladas ramas familiares o como táctica para conservar títulos nobiliarios. Era habitual que los hombres de su clase tuvieran amantes y engendraran hijos ilegítimos para hacerlos pasar como legítimos en el caso de que el vientre de sus esposas estuviera yermo; una práctica soterrada, aunque socialmente aceptada siempre que se realizara con la discreción requerida. No. No podía casarse con él. No soportaría que James la observara con menosprecio en el futuro cuando su deseo de tener un heredero se interpusiera entre los dos. No soportaría su indiferencia, aún menos su pena. Y ella no estaba dispuesta a permitir que en su relación existieran amantes. Él le había confesado haberlas tenido siempre. ¿Querría volver a tenerlas cuando la pasión se extinguiera entre ellos? Madeline era consciente de que no se resignaría a ser una sufridora esposa, una esposa que mirara hacia

otro lado en callado silencio. Tampoco toleraría infidelidades puntuales si llegara a descubrirlas, de cualquier modo serían dolorosas.

Durante la época que había servido como doncella había visto y oído incontables historias sobre los nobles. Hombres que vivían sus vidas a su antojo sin que les preocupara lo que se pudiese murmurar sobre sus esposas a la espalda. Mujeres que toleraban humillaciones en la privacidad del hogar para mantener las apariencias ante los demás. Matrimonios de personas que vivían bajo el mismo techo como extraños o en techos separados durante la mayor parte del año ante la imposibilidad de una convivencia en común.

Desvió la mirada hacia sus dedos entrelazados mientras él esperaba con expectación su respuesta.

Ella sabía que James era un buen hombre. Uno que tenía derecho a intentar tenerlo todo; una mujer a quien poder querer y unos hijos a los que poder amar. Quizá una vida feliz. Ella podría ofrecerle lo primero durante algún tiempo, pero tal vez no lo segundo. La felicidad simplemente sería inviable cuando la brecha de la paternidad acabara por aparecer entre ellos. Una brecha que podría lastimarlos de variadas y diferentes formas, que los distanciaría sin remedio y acabaría con el amor que ahora se profesaban... Lo apropiado en ese momento era que cada uno continuara su camino por muy dura que pudiera resultar la despedida.

Se soltó de su mano y se irguió con lentitud.

James supo al instante lo que ese gesto significaba. Él también se puso en pie con gesto contrariado.

—No me odies, James —suplicó con los ojos brillantes de lágrimas.

James inspiró con fuerza.

—No puedo odiar a quien amo. —Madeline miró hacia el suelo para evitar que él viera las lágrimas que se esforzaba por mantener tras sus ojos—. Me estás condenando a la desdicha, Madeline —dijo con seriedad—, pero si así lo decides lo respeto —agregó saliendo de

la habitación antes de que lo viera derrumbarse.

James recorrió con premura el corredor y bajó las escaleras hasta el salón de la posada. Intercambió una rápida mirada con Carlos negando con rapidez. Este frunció el cejo con incredulidad a la par que se percataba del extraño brillo en sus ojos.

—¿Estás bien?

James negó imperceptiblemente.

—¿Podrías ocuparte de Álvaro durante unas horas? —inquirió observando como este mordisqueaba una de las pastas que la posadera le había servido en un pequeño plato junto a un vaso de leche.

Carlos asintió con preocupación.

—Por supuesto.

James sonrió al niño para que no percibiera su estado de ánimo.

—Tengo que solucionar unos asuntos, Álvaro —dijo mintiendo mientras controlaba la emoción que estrujaba su garganta—. Don Carlos cuidará de ti hasta que regrese. —El niño asintió con gesto serio. Era un niño tímido, obediente y demasiado responsable para su edad. James sabía que estaría cuidado con Carlos, sin embargo no quería que tuviese la sensación de que lo abandonaba con él—. ¿Qué te parece si os traigo las espadas y practicáis un poco de esgrima durante mi ausencia?

Álvaro asintió con rapidez.

Carlos sonrió encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no?

—Están en las alforjas de mi montura. Regreso en un instante —dijo cruzando una mirada con Carlos.

James fue consciente de la preocupación que nublaba la mirada de Carlos antes de que se volviera para salir del salón de la posada.

—¿Te ha dicho don James que cuando éramos más jóvenes mi espada siempre vencía a la suya?

James sonrió sin humor mientras salía de la posada. Recibió con

agrado la brisa marina que azotó su rostro. Necesitaba estar solo unas horas para tratar de aceptar y asimilar la decisión de Madeline. Caminó hacia los establos, localizó su caballo y tomó las espadas. Entonces se tomó varios minutos. Respiró con fuerza y dominó la emoción que lo embargaba. Una vez se sintió seguro de poder aparentar calma desanduvo sus pasos con pesadumbre.

Entró en la posada. Entonces se quedó paralizado junto a la puerta del salón.

Madeline permanecía sentada frente a Álvaro mientras conversaba con él y mordisqueaba una de sus pastas. El niño parecía incómodo, aunque respondía sus preguntas con educación. Un sentimiento de protección se originó en su interior. Al fin y al cabo, tanto Madeline como Carlos eran unos desconocidos. Entonces este se percató de su presencia. Le hizo un gesto para que no se acercara. Fue difícil no hacerlo. Se apoyó en el quicio de la entrada y cogió aire sin despegar los ojos de los ademanes que manifestaban tanto la mujer que amaba como el niño al que había decidido adoptar como hijo. En algún momento de la conversación, Madeline rio y el niño sonrió al tiempo que Carlos intervenía con una expresión de diversión, aunque a esa distancia él no escuchaba nada de lo que decían.

—¿Qué le sirvo, caballero?

James miró hacia la posadera que se acercó al extremo de la barra a unos metros de la entrada.

—Nada, gracias. Me marcho enseguida.

La posadera asintió alejándose. James volvió a mirar hacia la mesa a tiempo de ver como Álvaro sonreía con franca alegría al verlo mientras lo señalaba con una de sus manos. Madeline intercambió una nerviosa mirada con él cuando comenzó a caminar hacia la mesa.

—Aquí están las espadas —murmuró sentándose junto a ella a la vez que las posaba sobre la mesa—. No olvides practicar con don Carlos los pasos que te he enseñado hoy —dijo concentrándose en el niño.

Álvaro asintió.

—Doña Madeline dice que don Carlos me ha tomado el pelo —dijo con los ojos muy abiertos.

—¿Sobre qué? —preguntó con curiosidad.

—Sobre que siempre le ganaba a usted.

James sonrió.

—¿Eso ha dicho don Carlos? —inquirió mirando con una ceja alzada al susodicho.

El niño sonrió con travesura.

—Sí, pero doña Madeline dice que eso no es cierto, que usted es mejor espadachín.

James miró a Madeline. Ella eludió sus ojos de inmediato.

—Doña Madeline tiene razón —aseveró.

Carlos bufó con sorna y se agachó para hablarle al oído al niño.

—Aunque doña Madeline apueste por don James, yo soy más grande y fuerte —susurró con voz clara—. ¿Apuestas tú por mí? —preguntó.

El niño asintió de inmediato.

James rio con asombro ante la rápida e inesperada traición de su pupilo.

—Es más grande —musitó Álvaro excusándose ante él.

—¿Cuántos reales apuestas? —preguntó Carlos.

—Uno —dijo el niño con inseguridad.

—¿Solo apuestas un real por mi habilidad como espadachín? —preguntó Carlos simulando sorpresa.

El niño rio ante su fingido mohín.

Entonces Madeline abrió su bolso y puso algunos reales junto a la mano del niño con un guiño de ojo.

El niño le sonrió con timidez, los tomó y los contó.

—¡Cinco reales por usted, don Carlos! —gritó con voz triunfal.

—Entonces veamos quien derrota a quien. Estoy convencido de que doña Madeline está dispuesta a apostar otros cinco reales por don James. ¿Verdad, señorita Esterly? —preguntó observándola con intensidad.

Madeline asintió.

—Por supuesto. Cinco reales más por don James —musitó sin atreverse a mirarlo mientras hablaba.

El niño sonrió con alegría.

—Álvaro, el vaso de leche —dijo James indicándolo con la vista.

El niño obedeció bebiéndose el resto de la leche con rapidez.

—Yo iré contigo en tu caballo y la señorita Esterly con don James —murmuró Carlos levantándose de inmediato—. Llegaremos antes que ellos al valle. ¡Corre! —exclamó tirando de la mano del niño.

El niño se agarró de su gran mano y corrió junto a él sin mirar atrás al tiempo que reía con diversión.

Entonces Madeline se aventuró a observar a James. Él la contemplaba con gesto derrotado.

—¿Vienes conmigo para ver si ganas la apuesta?

Ella tomó aire antes de asentir con la mirada.

James se levantó cediéndole el paso con galantería. Caminaron en silencio mientras salían del salón de la posada y llegaban a los establos. A cierta distancia vieron la figura de Carlos y Álvaro alejándose al trote por el camino de tierra .

—Así que soy mejor espadachín —murmuró desatando las riendas para dirigir al caballo fuera del establo.

Madeline esbozó una leve sonrisa.

—Alguien me dijo una vez que eras uno de los mejores espadachines que conocería jamás —musitó repitiendo las palabras que él mismo había pronunciado.

James sonrió al recordar.

—Alguien me dijo una vez que era presuntuoso por mi parte

afirmar eso. Supongo que tendré que demostrárselo —dijo con un deje de arrogancia.

James sostuvo al caballo para que ella montara mientras acariciaba su grupa .

Madeline titubeó.

—Nunca he montado —confesó con apuro.

James volvió el rostro.

—¿Nunca? ¿Estás segura? —preguntó contemplándola de una forma que la hizo arder por dentro.

Madeline enrojeció hasta la raíz. Sí que había montado. A él, pero nunca a caballo. Entonces James dibujó una pequeña sonrisa y ella fue consciente de que él sabía que había entendido la doble intención de su pregunta.

—Nunca —aseveró con turbación.

—Pues tendremos que remediarlo —murmuró James con lentitud.

Ambos se observaron rememorando esa primera noche juntos en el hotel.

—Sí, tendremos que remediarlo —dijo ella con valentía.

Una llama de esperanza prendió en la mirada de James.

—Pon el pie en el estribo y yo te alzaré para que puedas subir. Es un animal muy tranquilo, Madeline. No temas —agregó observando su indecisión.

Madeline se acercó al caballo e hizo lo que él indicaba. En menos de cinco minutos estaba sentada de lado, James la rodeaba con los brazos y avanzaban por el camino de tierra a un suave y silencioso trote.

Madeline tragó saliva observándolo de soslayo.

—Cuando salí a buscarte ya no estabas en la posada. —James la miró, sin embargo no dijo nada—. Carlos me dijo que habías ido a buscar las espadas y regresarías pronto —continuó Madeline. Él siguió

en silencio. Ella suspiró—. Sería un detalle que hablaras conmigo —musitó con inquietud.

James volvió a mirarla.

—Estoy esperando que digas lo que quieras decir sin interrumpirte —dijo con aparente calma—. ¿Por qué saliste a buscarme?

—Porque… quería enmendar un error —dijo mirándolo con nerviosismo—. ¿No vas a preguntarme cuál? —insistió cuando él permaneció a la espera.

—Estoy aguardando que me lo digas —murmuró con fingida calma.

Madeline resopló en su interior. No le estaba facilitando rectificar. El antiguo James lo habría hecho, pero aquel ya no era el James de antaño.

—He rechazado tu oferta de matrimonio en las tres ocasiones en las que me lo has propuesto.

James la miró de soslayo.

—Así es —murmuró desviando la vista hacia el camino.

Madeline posó la mano en su mejilla para instarlo a mirarla.

—Cásate conmigo —susurró con evidente inquietud.

James fingió seriedad a pesar de que su corazón estalló de dicha.

—Tras tres rechazos, me temo que debo pensarlo… pero mientras tanto no me importaría que me besara, señorita Esterly —agregó sonriendo.

Madeline le devolvió la sonrisa con alivio al tiempo que sus ojos se empañaban.

—Estamos a caballo en mitad de un camino a plena luz del día. No sería decoroso. Alguien podría vernos, ilustrísima —dijo con fingido remilgo.

James miró en todas direcciones antes de capturar su boca al tiempo que ella reía y lloraba.

—No me está facilitando la tarea de besarla, señorita Esterly —murmuró ensanchando su propia sonrisa.

Madeline enterró los dedos en su corta barba.

—Te has dejado crecer la barba.

—A cierta mujer parecía gustarle —dijo contemplándola con gesto alegre.

—James —susurró limpiándose las lágrimas con las manos—. ¿Te he dicho que te quiero?

Él rio por lo bajo.

—Justo después de rechazarme por tercera vez, aunque no con palabras —agregó con más seriedad.

—Te quiero —musitó abrazándolo—. ¿Estás seguro de querer casarte conmigo a pesar de todo? —preguntó sin poder ocultar su temor.

—Te quiero y quiero casarme contigo a pesar de todo —dijo besando su frente—. Desde hace tiempo, Madeline —confesó en un murmullo.

Ella elevó el rostro para mirarlo y él aprovechó para robarle un rápido beso.

—¿Desde cuándo?

James volvió a sonreír.

—Desde que nos encontramos en el teatro Variedades. —Ella lo contempló con inusitada sorpresa—. Esa misma noche, en cuanto te dejé al cuidado de Martín y acompañé a mi madre a su casa, rompí la relación con mi amante —dijo con honestidad.

El rostro de Madeline se ensombreció.

—James, no toleraré amantes ni infidelidades.

—Me complace que coincidamos en ese punto —dijo sonriéndole con la mirada—. Eres la única mujer a la que quiero besar durante el resto de mi vida, Madeline —dijo volviendo a robar un pequeño beso de sus labios. Entonces James la miró con súbita gravedad—. Hay algo

que debo contarte, pero has de prometer que me dejarás hablar hasta el final. —Madeline lo observó con cautela antes de asentir—. He besado a otra mujer.

Madeline lo miró sin parpadear, se soltó de su cintura, se cruzó de brazos y lo asesinó con sus ojos azules. En ese orden, no obstante permaneció a la espera de su explicación con gesto hosco.

James le relató todo lo sucedido tras su marcha del hotel París. Le habló de la nota enviada por Teresa, de su encuentro con César en Córdoba, de su persecución de Belmonte por los cafés cantantes de Sevilla, del plan urdido con César con la ayuda de algunas bailaoras para que pudiese acercarse a él sin levantar sospechas, de Macarena y, por último, de la muerte de Belmonte a manos de Coral y Lola para satisfacer su propia venganza.

—Todo orquestado por Teresa la noche antes de que nos liberara —dijo finalizando el relato—. Incluso tu encuentro con Catalina y su salida del país bajo la protección de Alonso —agregó con gesto serio.

Madeline permaneció en silencio durante mucho tiempo. Demasiado. James comenzó a transpirar ante su falta de respuesta.

—Madeline, no significó nada para mí —musitó con preocupación.

Ella lo miró.

—Si esas mujeres no hubiesen intervenido, ¿lo habrías hecho? ¿Habrías matado a Belmonte a riesgo de poner en peligro tu vida? —preguntó con incertidumbre.

James suspiró.

—No.

—¡James! —exclamó ella.

—¡No, no lo habría hecho! —exclamó con honestidad—. En el último momento entendí que no quería mancharme las manos de sangre de una forma así. Pensé en ti, en mi familia, en mis amigos… pensé en mi padre. —Suspiró—. No lo habría hecho, pero me alegro de su muerte. Quizá arda en el infierno, pero es la verdad. El

desgraciado de Belmonte destrozó un sinfín de vidas de personas inocentes que únicamente tuvieron la desgracia de cruzarse en su camino. Se lo merecía —susurró.

Madeline soltó la respiración sosteniendo su rostro con ambas manos.

—Nunca sabrás el tormento que padecí hasta que te supe a salvo de regreso en Madrid. No vuelvas a hacer nada parecido, James. Prométemelo —dijo con una muda súplica en la mirada.

—No puedo prometer eso, Madeline. Sé que lo haría si me viera en la tesitura de que alguien te dañara a ti o a cualquier miembro de mi familia, ya sea de sangre o de corazón —dijo con gravedad—. Pero sí puedo prometerte y te prometo que me alejaré de los problemas.

Madeline meditó su respuesta y asintió con la mirada.

—James —dijo ella entrecerrando los ojos. Él la observó con recelo—. Si se te ocurriera volver a besar a otra mujer y yo lo descubriera no me importarían las circunstancias. —Posó la mirada de forma significativa sobre su entrepierna—. Harías bien en despedirte de ella.

James agrandó los ojos con sorpresa, después la miró con diversión.

—¿Quién eres tú y dónde está mi señorita Esterly? —preguntó con socarronería con la intención de besarla.

Madeline eludió su beso.

—Sigo enfadada contigo —dijo con resolución.

James rio por lo bajo.

—Madeline, en ningún momento hubo por mi parte la intención de besar a otra mujer —murmuró buscando su mirada.

—Única vez, James —dijo ella con gesto irritado.

—Única vez —prometió con solemnidad.

—Más te vale —murmuró volviendo a rodear su cintura con los brazos.

James sonrió con alivio.

—Madeline —susurró.

—¿Qué?

—¿Cuándo te enamoraste de mí?

Ella elevó el rostro y lo observó con seriedad.

—No estoy segura. —James frunció el cejo—. El día que Catalina te frotó la espalda os habría ahogado a los dos. —James rio, aunque calló cuando ella lo amonestó con la mirada—. Entonces fui consciente de que sentía por ti algo más fuerte de lo que quería admitir. Pero la mañana que me regalaste el baño de rosas supe que te amaba sin remedio —agregó suavizando el tono de su voz—. ¿Por qué yo, James? —preguntó capturando su mirada con la suya.

—¿Por qué yo, Madeline? —musitó él acercando sus labios a los suyos al tiempo que tomaba su mano y la posaba sobre su corazón. Madeline percibió los acelerados latidos bajo sus dedos—. Él te escogió y yo estuve de acuerdo. ¿Sigues enfadada?

—Sí —musitó con rapidez.

—¿Tanto como para negar un beso de tus labios a este pobre hombre que muere por ellos?

Madeline claudicó y sonrió.

—No tanto —contestó tirando de su cuello para besarlo.

***

—¡No! —gritó Álvaro llevándose las manos a la cabeza cuando James tocó a Carlos con su espada por tercera vez.

Madeline sonrió. El niño estaba sentado a su lado, sobre el suave césped, a una distancia prudencial de los contrincantes, cuyas espadas blandían con pericia desde hacía un buen rato.

—¿Te das por vencido? —preguntó James con su espada en alto.

—No —masculló Carlos con fastidio.

—No me has tocado ni una sola vez —dijo acicateándolo con arrogancia.

Entonces para sorpresa de James, Carlos se puso las manos en las caderas con desinterés.

—Tienes razón. Has ganado —dijo encogiéndose de hombros.

James soltó una carcajada.

—¿Debería preocuparme tu falta de competitividad?

Carlos sonrió.

—La competitividad siempre fue un asunto entre Alonso y tú —dijo con despreocupación—. Yo prefería invertir mis energías en asuntos más divertidos —agregó con socarronería.

James rio. Sí, recordaba los asuntos a los que se refería Carlos. Mujeres. Todas le gustaban, y según él, todas tenían algo digno de admirar. Su debilidad por ellas era legendaria y el arte de la conquista uno de sus entretenimientos favoritos. No conocía a nadie que invirtiera tanto tiempo en la conquista, aunque hubiese sido rechazado por la dama en cuestión en un principio. De hecho, James sabía que el rechazo aumentaba el interés de Carlos por una mujer. Interés que comenzaba a mermar cuando conseguía los favores de la dama en cuestión. Su coto de caza por excelencia se encontraba entre las viudas. Mujeres con experiencia, que sabían lo que se traían entre manos si aceptaban enredarse con él y que no esperaban compromiso alguno por su parte, excepto el de la satisfacción en la cama. Sí, Carlos había descubierto la conveniencia de conquistar a las viudas siendo un cadete, y a lo largo de los años, había perfeccionado su habilidad con dichas señoras.

—Algún día una mujer te echará la soga sin que sepas cómo ha ocurrido y tus días de gloria entre las viudas acabarán.

Carlos rio acercándose a él.

—No lo creo, pero si llegara a suceder te aseguro que no echaré a correr como hizo Alonso o como has hecho tú mismo —contestó con

fingida inocencia mientras palmeaba su hombro.

«Condenado escocés», pensó James.

—Touché —siseó sabiéndose tocado.

—¡Don Carlos! ¡Le ha derrotado! ¡Hemos perdido los cinco reales! —exclamó Álvaro acercándose a ellos corriendo.

James rio con sorna mientras Carlos se agachaba a la altura del niño.

—He permitido que don James me venciera para que impresionara a doña Madeline. Cuando seas mayor tú también querrás impresionar a una dama y lo comprenderás —apuntó con fingida solemnidad.

—Ya soy mayor, don Carlos —murmuró el niño con los ojos muy abiertos.

—Entonces debes saber que entre caballeros nos permitimos este tipo de licencias cuando queremos cortejar a una dama —explicó con simulada seriedad.

Álvaro miró a James con extrañeza.

—¿Quiere cortejar a doña Madeline?

James asintió.

—Me temo que sí.

—¿Para qué? —preguntó con confusión.

—Para que acepte casarse conmigo —contestó.

—¿Por qué? —preguntó el niño con más confusión aún.

—Porque estoy enamorado de ella —dijo James.

Entonces el niño se encogió de hombros.

—¿Cuando yo sea viejo también querré casarme?

Carlos soltó una sonora carcajada.

James cabeceó.

—Supongo que sí, pero ahora no debes preocuparte por eso —dijo James conteniendo la risa.

El niño asintió.

—¿Usted también, don Carlos? —preguntó con intriga.

Carlos puso los ojos en blanco.

—Yo aún no soy tan viejo como don James —apuntó con ironía mirando a James.

Entonces el niño miró a uno y otro.

—Aaaah… entiendo —dijo Álvaro.

Entonces James se agachó y le dijo algo al oído.

El niño arrugó la frente, pero asintió.

Carlos se cruzó de brazos sonriendo tras escuchar las palabras de James. Entonces también se agachó y le dijo algo al niño. James rio por lo bajo y tomó la mano de Álvaro para dirigirse hacia Madeline. Ella los observaba a cierta distancia, aún sentada sobre el césped y con las manos entrelazadas sobre su regazo. El corazón de James se ensanchó de alegría mientras se acercaba.

Madeline se puso en pie antes de que James y el niño llegaran. James sonreía mirándola de una forma que hacía que su corazón palpitara con afectación, pero Álvaro la miraba con inusitada extrañeza. Observó su avance con expectación. Una vez estuvieron frente a ella, James apoyó la punta de la espada en el suelo al tiempo que clavaba una rodilla.

Madeline abrió la boca con sorpresa.

—Y así es como un hombre debe pedirle matrimonio a la mujer a la que quiere —murmuró junto al oído del niño con voz clara. A continuación miró a Madeline—. ¿Me haría el gran honor de casarse conmigo, señorita Esterly? —preguntó mirándola con intensidad.

Ella lo observaba con ojos brillantes de emoción.

—Doña Madeline diga que sí. Don Carlos se ha dejado ganar para que don James la impresione —dijo Álvaro con rapidez.

James y Madeline se sonrieron. Entonces Madeline asintió con la cabeza.

—Desde luego que sí —dijo ensanchando aún más su sonrisa.

—¡Ha dicho que sí, don Carlos! —gritó el niño echando la vista atrás—. ¿Ahora que sabe que usted ha perdido aposta puedo pedirle los cinco reales? —vociferó.

Carlos asintió riendo en la distancia.

—¡Y recuerda que vamos a medias en las ganancias! —dijo elevando la voz.

—Doña Madeline, me debe los cinco reales —dijo el niño con resolución.

Madeline cogió cinco reales del bolso y se los entregó.

El niño sonrió mirando el dinero en su mano.

—¿Puedo repartirlos con Don Carlos? —preguntó mirando a James.

James asintió soltando su mano.

El niño corrió al encuentro de Carlos riendo con alegría.

James miró a Madeline aún con la rodilla clavada en el suelo.

—He necesitado tres peticiones de matrimonio fallidas para darme cuenta de que no lo estaba haciendo como debe hacerse —murmuró con un guiño.

Madeline sonrió con la emoción reflejada en su rostro.

—En esta ocasión lo ha hecho como corresponde, ilustrísima —dijo sin dejar de sonreír.

James se levantó, tomó su rostro entre sus manos y la besó.

—¡Don James! ¡Don Carlos dice que está comprometiendo a doña Madeline! ¡Que haga el favor de comportarse como un caballero!

James y Madeline comenzaron a reír.

—Voy a matar a ese escocés —masculló con sarcasmo.

—El escocés tiene razón. Compórtese hasta que nos casemos, ilustrísima —murmuró Madeline con fingido recato.

James suspiró tomando su mano para besar su dorso.

—Entonces nos casaremos de inmediato.

Epílogo

Jueves, 15 de marzo de 1877

Residencia de los marqueses de Andrada, Madrid

JAMES Y MADELINE

James atrapó a Madeline junto a la estantería de libros en cuanto cerró la puerta de la biblioteca.

—Seis meses, Madeline —murmuró capturando su boca con rapidez—. Seis meses sin poder tocarte y besarte como deseo.

Madeline devolvió su beso con la misma urgencia mientras rodeaba su cuello y apretaba todo su cuerpo al suyo.

—Solo un día más, James —susurró junto a su boca.

—La espera es una tortura —dijo capturando sus labios con apremio.

La puerta se abrió de golpe.

Madeline se sobresaltó.

Alonso se apostó en el quicio de la puerta con gesto severo.

James lo asesinó con la mirada.

—Lárgate, Alonso —masculló con fastidio.

Alonso se cruzó de brazos.

—Esta es mi casa y la señorita Esterly mi invitada. Hay que mantener la formas. No tendría que recordártelo, James —apuntó arqueando una ceja con inocencia.

—¿Crees que a Charlotte le importaría que lo estrangulara? —preguntó a Madeline en voz baja.

Madeline rio escondiendo su rostro en su hombro con arrobo ante

la presencia de Alonso.

—Ya te respondo yo. Sí. De hecho, si me estrangularas ella te estrangularía a ti —dijo Alonso desde la puerta—. Ahora aparta las manos de nuestra invitada y regresa al salón.

—Es mi prometida —siseó.

—Y tu esposa pasado mañana, pero hoy sigue estando bajo mi techo y mi tutela. Al salón, James —dijo con calma.

—Estás disfrutando, ¿verdad?

Alonso lo miró simulando perplejidad.

—¿Viendo cómo te desespera la espera? —Sonrió con gesto perverso—. ¿Acaso lo dudas? Podría jurar que durante el último medio año te he visto merodeando por mi hogar más que a mi propia esposa —señaló con sorna.

James resopló.

Madeline ahogó una carcajada.

—Visitaba a mi prometida —masculló con irritación.

—Me consta. Cada día —apuntó Alonso con ironía.

—¿Los has encontrado? —preguntó Carlos asomando la cabeza por la puerta.

James tomó aire y elevó la vista al techo.

—No gracias a ti. Te dije que no los perdieras de vista mientras hablaba con Pepe —dijo Alonso simulando irritación.

Carlos se encogió de hombros.

—No seas tan severo con el pobre irlandés. ¿No ves lo alterado que lo tiene el noviazgo? Están a punto de contraer nupcias. ¿Qué podría hacer en cinco minutos? —preguntó con socarronería—. Madeline, si James es capaz de comprometerte en cinco minutos no te cases con él —apuntó simulando un gesto de advertencia.

—Fuera de aquí. Los dos —siseó James con impaciencia.

—¿Han aparecido ya? —preguntó Martín acercándose por el

pasillo—. Charlotte quiere tu cabeza, James —dijo asomándose—. Según su carné eres su próxima pareja de baile.

James los asesinó a todos con la mirada.

—¿Podríais otorgarme unos minutos a solas con mi futura esposa, por favor? —inquirió a regañadientes.

Alonso fingió meditarlo al tiempo que Carlos y Martín se miraban con diversión.

—Unos pocos minutos —apuntó Alonso—, y estaremos esperando fuera, James.

Alonso cerró la puerta.

Entonces Madeline tiró de su cuello para besarlo.

—Carlos tiene razón —dijo tras finalizar el beso—. Si necesito solo cinco minutos no te cases conmigo —apuntó besando su cuello mientras descendía hasta la parte expuesta de sus senos.

Ella soltó una risita.

—¿Tan alterado te tiene el noviazgo?

—Me tiene alterado la continencia. Seis meses, Madeline —apuntó mirándola con fijeza—. ¿Te he dicho que estás preciosa?

Madeline negó con la mirada.

—Me has dicho que me has arrancado este vestido en tu mente hasta en cinco ocasiones mientras cenábamos, pero no que estaba preciosa.

James sonrió con travesura.

—Pues lo sigo pensando —dijo abalanzándose sobre su escote.

—¡James! Si Alonso abre esa puerta moriré de vergüenza —masculló con diversión—. Vuelve al salón para bailar con Charlotte —dijo con sensatez—. Se ha tomado muchas molestias con el baile. No merece que se lo estropeemos provocando un escándalo a un día de nuestra boda.

James jadeó con frustración.

—De acuerdo. ¿Te he dicho que te quiero?

Madeline rio por lo bajo.

—Todos los días —dijo ella con una mirada cargada de dicha—. ¿Cómo está, Álvaro?

—Tan nervioso como yo porque por fin vengas a vivir con nosotros —respondió sin dejar de rodear su cintura con los brazos.

—Solo un día —dijo abrazándolo con fuerza.

Entonces la puerta se abrió tras un toque que ellos ignoraron.

Alonso resopló.

—Madeline, compórtate y suelta a mi amigo para que pueda bailar con mi esposa. La orquesta comenzará a tocar en un par de minutos —masculló con sorna.

Madeline lo soltó riendo.

—Ve —musitó con una sonrisa tan enorme que las ganas de James de volver a abrazarla lo inundaron por completo.

James asintió y caminó hacia la salida.

—¡James! —dijo Madeline alcanzándolo antes de que saliera—. Te quiero y estoy ansiosa por ser tu esposa —susurró colgándose de su cuello para besarlo con fuerza.

Alonso carraspeó.

James rio con alegría.

—Solo un día —dijo James.

—Solo un día —repitió ella junto a sus labios antes de soltarlo—. Llévatelo, Alonso.

—Vamos, irlandés —dijo Alonso palmeando su espalda.

James la miró una última vez antes de cerrar la puerta de la biblioteca y marchar con Alonso para evitar murmuraciones.

Madeline cerró los ojos. Un día. Le parecía increíble que al fin solo faltara un día. A su regreso de Galway, Madeline se había instalado como invitada en el hogar de los marqueses de Andrada, ya

que su condición de mujer “viuda”, pero sin familiares en la ciudad, no le permitía recibir las visitas de James sin que hubiera desagradables rumores, por lo que el anuncio de su compromiso ante la sociedad madrileña no podía producirse en tales circunstancias. La madre de James había propuesto un año de noviazgo, James lo había acortado a la mitad. Durante aquellos meses la había cortejado de un modo galante y respetuoso frente a la sociedad. Paseos a media tarde por el Retiro siempre acompañados por alguna doncella, invitaciones al teatro y la ópera escoltados por su madre, visitas en el salón de recepción de los marqueses de Andrada bajo la atenta vigilancia de Julio o Charlotte y veladas de música o bailes en los que una multitud de personas observaban la corrección de su trato prestos a cualquier equivocación que desataran las murmuraciones… aún más.

Sí, habían sido seis meses muy largos, en los que había tenido que aprender ciertos modales y gestos de cortesía que se daban entre la nobleza, a bailar bajo la rigurosa instrucción de Charlotte mientras utilizaban a Alonso, Carlos o el propio James como parejas de baile, en los que había tenido que memorizar el uso de los diferentes cubiertos que se servían a la mesa e incluso la forma de tomar ciertos alimentos, de frecuentes visitas a las modistas más prestigiosas de la ciudad para renovar su vestuario con uno más acorde al nuevo rango que ostentaría como condesa.

Seis meses en los que había aprendido a desenvolverse con cierta soltura en las conversaciones de las cenas bajo el continuo sostén de James y en los que había tenido que renunciar a trabajar, aunque lo hiciera de forma privada confeccionando sombreros que Malena le compraba para venderlos en la sombrerería. Un nuevo acuerdo provechoso para ambas, ya que Malena recibía un tanto por ciento del beneficio de dichas ventas y ella seguía obteniendo ganancias de forma independiente, a pesar de que James había insistido en ocuparse de todos sus gastos. Ofrecimientos que ella había rechazado en numerosas ocasiones hasta que contrajeran nupcias. Sonrió. Excepto el pago de su vestido de novia. En ese punto, James no había dado su brazo a torcer. Los gastos corrían de su cuenta e incluso se había puesto en contacto con madame Petibon a sus espaldas.

Seis meses de besos robados, roces de dedos a escondidas, miradas ardientes, sonrisas llenas de promesas y anhelos frustrados. Seis meses de conversaciones interminables en los que se lo habían contado todo el uno al otro, seis meses en los que habían hablado de su futuro, en los que habían pasado tiempo junto a Álvaro y en los que se había establecido un importante vínculo entre los tres. Seis meses en los que su amor se había afianzado. Sí, su amor. Madeline sonrió llevándose la mano al corazón. Seis meses en los que se había preparado para contraer nupcias con el conde de Valdetorres. Un día para casarse con James. Solo un día.

***

—James. James, escúchame. ¿Por quién harías cualquier cosa?

James intentó abrir los ojos. La voz de esa mujer le resultaba conocida, pero no lograba recordar quién era. Intentó reflexionar, pero no podía. La verdad era que no quería. Tenía la mente nublada. Percibía una agradable flojera en todas las extremidades de su cuerpo. Sonrió. Quería que lo dejaran en paz. Solo escuchaba preguntas y más preguntas que no llegaba a entender y ni siquiera tenía la voluntad de razonar.

—James. Abre lo ojos. Escúchame. —Él abrió los ojos con esfuerzo. No, no sabía quién era, aunque la sensación de que le era conocida estaba ahí. Enfocó la mirada en ella, pero no podía ver su rostro, solo sus ojos y su cabello oscuro—. Eso es. Responde. ¿Por quién serías capaz de dar tu vida?

Esa pregunta era sencilla. No tenía que pensar.

—Mi madre —contestó con dificultad cerrando los ojos de nuevo.

Notaba una gran pesadez en la lengua… ¿Había respondido la pregunta? Tenía la sensación de que así era. Alguien le palmeó la mejilla con suavidad. Él protestó. Quería que lo dejaran en paz. Quería dormir. ¿Por qué no se lo permitían?

—Ha dicho lo que precisaba saber. El motivo real por el que la

buscaba. Está agotado. Hoy no podrá sonsacarle nada más —dijo alguien más en la habitación.

¿Un hombre? ¿Lo había escuchado antes? La voz le resultaba desconocida. ¿Sonsacar? ¿Información? ¿Qué información? ¿Secretos de Estado? ¿Agotado? Sí. Quería dormir. Solo dormir.

—James. Despierta. Escucha con atención. ¡James! —La mujer pareció impacientarse. Abrió los ojos de nuevo—. ¿Qué te parece si te permito descansar cuando respondas? ¿Quieres descansar? —Él asintió con lentitud—. ¿Amas a alguien?

Él arrugó la frente. Intentaba pensar con claridad, pero no podía. ¿Debía responder? ¿Amor? Estaba exhausto. ¿Amar? ¿Amaba a alguien? El rostro de la señorita Esterly apareció en su cabeza. Era una imagen bonita. Sonrió. Rubia. Ojos azules. Sin formas exuberantes, pero le atraía. ¿Por qué le atraía tanto? Le preocupaba su bienestar. Le inquietaba la tristeza de sus gestos. Le molestaba la distancia con la que lo trataba. El rostro del doctor Melgar apareció de golpe en su cabeza. Frunció el cejo. ¿Había sido él quien le había pedido a Martín que la visitase? ¿Qué vigilara su salud? ¿Que lo tuviera al tanto de su evolución? No conseguía recordarlo. Ella era orgullosa. No quería ayuda. Él se empeñaba en dársela. ¿Por qué se empeñaba? Ella no quería nada de él.

—¿Amor? —preguntó.

—Sí, James, amor. ¿Amas a alguna mujer? ¿A tu actual amante?

Él volvió a cerrar los ojos. Amor. Sí. En el pasado. Mucho tiempo atrás. No recordaba su nombre. No recordaba su rostro. Amor. Dolor. Le había hecho daño. No conseguía rememorar porqué. Amor. Madeline. Bonita. Tristeza. Él esperaba. ¿Qué esperaba? El momento adecuado. ¿Adecuado para qué? ¿Para acercarse? Ella le importaba. ¿Amor? Ella le importaba. Dentro. Muy dentro. Quería verla sonreír. Feliz. ¿Con él? Sí, con él.

—Sí —musitó.

—Pregúntele el nombre —dijo otra mujer.

¿Otra mujer? ¿Cuántas mujeres había? Aquella voz. ¿Quién era? ¿Aquella voz significaba algo para él? No estaba seguro. Qué cansado

estaba.

—¿De quién? ¿De tu amante?

¿Amante? Sí, había tenido amantes. Sexo. Rápido. Primitivo. Satisfactorio. Sin emociones. Sin complicaciones. Sexo controlado. Consensuado. Libre. Respeto. Él sentía respeto por las mujeres. Su padre. Dolor. Intenso. Desgarrador. Profundo. Recuerdos en su memoria. Tormenta. Una tarde lluviosa. Su madre y sus hermanas en el salón privado. Labores. Las pequeñas jugaban. Hablaban. Sonreían. Paz. Felicidad. Su padre las observaba desde la puerta. Ellas no lo habían visto. Él sí. Su padre sonrió. Le hizo un gesto de silencio. Continuó observándolas. Amor. Amor en su mirada. Familia. Dolor. Ausencia. Añoranza. Amor. Respeto. Todo se mezclaba en su cabeza. Su padre le había inculcado respeto. Quería tener lo que sus padres habían tenido. Amor.

—¡James! Responde. ¿Amas a tu amante?

—No.

—¿A quién amas?

Madeline. En su cabeza. Siempre. Sombreros. ¿Por qué compraba sombreros? Excusas para verla. Recelo en sus ojos azules. Deseo. Tensión. Distancia. Él quería acercarse, pero respetaba. La observaba. Café Suizo. Cada semana. Se marchaba. Él esperaba. Sonreía. Ella había comenzado a sonreír. Cordialidad. Muro. Ella no le permitía avanzar. No le permitía acercarse. ¿Por qué? Enfado. Martín. Él sí podía. Celos. Injustificados. ¿Martín? Amistad. Martín. Malena. Amor. Cena. Gemelas. Nora. Verborrea. Valeria. Timidez. Serenidad. Sonrisas. Tranquilidad. Dicha. Miradas cómplices. Madeline. Enferma. Preocupación. Amor. Su mujer. Madeline.

—Madeline —musitó.

—¡James! Su apellido. —Palmadas en su rostro. Una mano sostuvo su mandíbula con firmeza—. ¡James, su apellido!

¿El apellido de Madeline? Esterly. Su señorita Esterly. Distante. Desconfiada. Remilgada.

—Esterly —dijo en voz baja.

—¿Madeline Esterly? Háblame de ella.

Madeline. Sombreros. Tienda.

—Sombrerería.

—¿Es sombrerera? ¡James! Abre los ojos. Mírame. ¿Es sombrerera? —Él asintió con la cabeza—. ¿Dónde?

Sombrerería. Pasaje de Murga. No. Antes. Ahora Barrio de Salamanca. Nueva sombrerería. Más grande. Más elegante. Más clientela. Empleadas. Negocio próspero.

—Barrio de Salamanca —murmuró.

—¿Madeline te importa? —Él asintió—. ¿Qué serías capaz de hacer por ella?

Pregunta sencilla. Fácil de responder. No tenía que pensar.

—Todo.

—¿Todo? ¡James! Escucha. Te dejaré descansar. Responde una última pregunta. ¿Quién es Madeline?

Su mujer. Cortejo. Acercamiento. Derribar el muro. Matrimonio. Amor. Sonrisas. Para él. Su esposa.

—Mi mujer —dijo.

—James no estás casado. Escucha bien. ¿Quién es Madeline?

James frunció el cejo. ¿No estaba casado? Su mujer. Madeline era su mujer.

—Mi mujer —repitió.

James despertó sobresaltado. Respiró con fuerza mirando a su alrededor. Estaba en su aposento. Transpiraba. Se levantó de la cama y miró por la ventana. Fuera llovía. Una suave llovizna. Encendió una lámpara y miró el reloj de su mesita de noche. Las seis menos cuarto de la madrugada. Volvió a respirar tranquilizándose. Al fin había recordado. Maldita Teresa. No podía negar que, de alguna forma, su intervención había acelerado los acontecimientos entre él y Madeline. Entonces sonrió. Su mujer. Ya entonces lo era en su corazón. Un día.

Solo tenía que esperar un día para que Madeline fuese su esposa. Su mujer ante Dios y la sociedad. Al fin. El corazón le palpitó con fuerza. Habían sido seis meses eternos de cortejo público, correcto e intachable. La clase de cortejo que ella merecía. Miró la invitación de boda que había sobre su mesita fijándose en la fecha. 17 de marzo de 1887. El día de su boda con Madeline. Solo debía aguardar un día más para que ella ocupara el lugar que le correspondía no solo en su corazón, sino en su hogar, en su vida y en su cama.

Nota de la autora

La información sobre los movimientos políticos de los *alfonsinos* durante los años previos a la proclamación del príncipe Alfonso como rey de España, quien se convertiría en Alfonso XII, se han extraído de las *Memorias del conde de Benalúa,* quien relató en primera persona las vicisitudes acaecidas en el entorno del príncipe hasta que llegó a ser rey, aportando un sinfín de detalles sociales, culturales e históricos de dicha época, así como sus vivencias, pensamientos, reflexiones.

El testimonio del conde de Benalúa, huérfano de padres a la edad de diez años, me ha resultado de extraordinaria relevancia, ya que su tutor y padrino, José Osorio y Silva, duque de Sesto, fue el principal instigador junto al político Antonio Cánovas del Castillo, de la Restauración borbónica en la figura del príncipe Alfonso.

Así comienzan sus memorias que os transcribo brevemente:

«Memorias. La palabra lo dice. Para escribir unas memorias, lo primero es tener memoria, y cuando ya está uno en el duodécimo lustro de la existencia, es difícil recordar tanto y tanto como se ha vivido y tanto y tanto como se ha visto y oído. Pero, en fin, si para algo pudiese servir de ilustración o de mera curiosidad, y en muchas ocasiones de lección para los que en lo futuro me leyesen (y vivan en la Corte), haré un esfuerzo y trataré de recordar aquellos sucesos que en mi vida considere yo más interesantes, no por ser míos, sino por tener relación con mi época y con la vida política de la Restauración de la casa de Borbón en España, después de la famosa revolución del 68, que los progresistas llamaron La Gloriosa.

Nací el año de gracia de 1857. Me bautizaron en la misma pila que a la Patti, calle de la Montera, Parroquia de San Luis. Con tres apellidos castellanos netos y el cuarto, o sea el segundo de mi madre, irlandés.

Quédeme huérfano a la edad de diez años. Mis padres, los condes de Benalúa, murieron en el intervalo de un año en Granada, adonde habíamos ido toda la familia a pasar una temporada, y me nombraron tutor y curador a mi tío el Marqués de Alcañices, más conocido en España

entera por el título de Duque de Sexto.

Al morir mi padre (ya viudo de mi madre), me recogió mi abuelo materno, que cumpliendo la voluntad de mis padres me entregó a mi padrino y tutor, que desde entonces fue para mí como un padre y cuya memoria venero, no sólo por el respeto que siempre me infundió aquel gran señor, sino además por el cariño sin límite que durante su vida me demostró, a pesar de algunos disgustos y sinsabores que le proporcionó mi carácter vivo, independiente y bravío en mis mocedades.

Mi tutor, primo hermano de mi padre, llamábase José Osorio y Silva (nacido en 1825), Duque de Sexto, Duque de Alburquerque y Duque de Algete, Marqués de Alcañices, Montaos, Conde de Huelma, etc., etc., catorce títulos y siete veces Grande de España, con una fortuna enorme, efecto de la reunión de tantos mayorazgos.

Era el hombre más sencillo, más afable y más igual de carácter que nadie ha conocido. Era al mismo tiempo favorecido por la naturaleza; de salud sin límite, elegancia natural y un buen juicio y sentido práctico de la vida y conocedor de los hombres y del corazón humano. Sobre todo una popularidad en Madrid, raramente por nadie alcanzada.

Había sido Alcalde-Corregidor con D. Leopoldo O'Donnell, a los veintiocho años, y también había sido Gobernador Civil de Madrid el mismo año que yo nací, siendo padrino y testigo de mi bautizo.

He oído contar muy muchas buenas aventuras suyas, y éxitos, y de todos he sabido que había sido siempre mimado por la suerte. Nacimiento, fortuna, entendimiento, adorado de sus padres y con un atractivo extraordinario, no sólo para el bello sexo, sino que además poseía el don de la simpatía y tenía en grado máximo lo que en español llamamos tener ángel.

Como he dicho, me llevaron a Madrid, no ya a mi casa, en la que yo nací, en la calle de las Torres, esquina a la calle de las Infantas, sino a la casa palacio de mi tío y tutor, que estaba en la calle de Alcalá, esquina al Prado de San Fermín, enfrente del Ministerio de la Guerra, en el mismo sitio y solar en que luego se edificó el actual Banco de España, cuando mi tío vendió su palacio el año 1882 para pagar las enormes obligaciones que había contraído durante la Revolución.

Recuerdo mi impresión al llegar a Madrid y saber que habían muerto mis tíos-abuelos (mi tío Nicolás, hermano de mi abuela paterna y mi tía Inés de Silva), los padres de mi tutor, y cuya memoria tenía yo de niño por aquellos cariños de la infancia que nunca se olvidan. Y esto me hizo mirar aún con mayor simpatía e instintivo afecto a aquel hombre vestido de negro que desde aquel día iba a ser mi padre».

Algunos de los sucesos mencionados en la novela alrededor de la figura de Alfonso XII mientras se planeaba su regreso al país han sido rescatados directamente de las memorias; los desplantes al rey Amadeo I y su esposa durante su breve reinado, la flor de lis que la marquesa de la Torrecilla junto a la duquesa de Sesto inventaron como apoyo silencioso a la casa de Borbón, el importante papel que desempeñó esta última, al igual que su esposo, en la Restauración borbónica con sus tertulias culturales, veladas y fiestas en las que se mostraba su poder social, y cuyo objetivo, también era la recaudación de dinero para sostener la causa además de ser la secretaria de otro personaje de gran importancia en esta labor como fue Antonio Cánovas del Castillo. Real fue también el enfrentamiento existente entre los duques de Sesto y los duques de la Torre que compartían vivienda en la misma acera de la calle Alcalá, cuyas riñas entre lacayos y cocheros de una y otra casa, se daban con frecuencia en las noches de tertulia, el arresto del duque de Sesto en la estación de tren de Madrid a su regreso de Inglaterra tras dejar instalado al príncipe Alfonso en el colegio militar de Sandhurst, donde este debía comenzar su instrucción militar, y la oportuna intervención del marqués de Salamanca que se escabulló con el maletín que portaba importantes documentos evitando de esa forma una segura y prolongada encarcelación del duque.

El episodio de la bomba, que en realidad no lo fue, es el único suceso que he adaptado a conveniencia de la novela, ya que no se produjo en casa de los duques de la Torre, sino en la de los duques de Sesto en el año 1871. El día 2 de enero del mencionado año el nuevo Rey Don Amadeo de Saboya llegaba a la estación de Atocha. Su primer deber al bajar del tren fue rezar ante el cadáver de D. Juan

Prim, duque de los Castillejos, depositado en la antigua Basílica de Atocha y desde allí se dirigió al Ministerio de la Guerra para cumplir otro deber, no menor, el de saludar y dar el pésame a la viuda, la duquesa, que había quedado sumida en el dolor con sus dos hijos, Juan e Isabel.

El duque de Sesto había llegado a Madrid con poderes de D. Alfonso y de la Reina Doña Isabel, junto con cartas para algunas personas de las más leales familias, cuya adhesión era notoria, como los duques de Alba, Medinaceli, Ahumada, etc.; marqueses de la Torrecilla, Castelar, marquesa de Miraflores, etc.; condes de Heredia Spínola, Oñate, Santa Coloma, etc, etc. Después de varias juntas y reuniones celebradas en su casa, en las que se lamentó la ausencia de aquellas otras familias que por su abolengo eran carlistas, además se decidió emplear el procedimiento del aislamiento a la nueva Corte del Rey y la indiferencia más absoluta, haciendo política en la calle y en todos los actos posibles de considerar al Rey como un extranjero.

Los duquesa de Sesto recibía todas las noches tertulia íntima, y los sábados, bastaba ser alfonsino para poder presentarse en aquella casa manantial de la política y conspiraciones a favor de la Restauración. El nuevo Rey, Amadeo, debía pasar por delante de su casa para hacer su visita a la viuda del hombre a quien debía el Trono. Se convino, tanto en casa del duque de Sesto como en casa del Marqués de la Torrecilla, como en la Oñate, por donde debía pasar el Rey en su marcha a Palacio, que todos los balcones estuviesen solitarios y cerrados, no sólo sus vidrieras, sino hasta las maderas en claro desprecio.

La noche del 2 de enero de 1871 y haciéndome eco de las palabras del conde de Benalúa:

«Aquella misma noche se produjo en casa la primera amenaza por medio de un anónimo que recibió mi tía, en que se le decía que si no cesaban nuestras tertulias alfonsinas, volaría nuestra casa con bomba, y efectivamente, quince días más tarde, un martes, noches en que solía recibir a los Diplomáticos acreditados, estalló una bomba o petardo enorme, colocado en una reja del piso bajo de las ventanas que daban al

paseo del Prado».

Los años previos a la proclamación de Alfonso como rey (el 14 de enero de 1875, día que llegaba a Madrid para ser proclamado rey en las Cortes), e incluso después, ya que la guerra carlista se prolongó hasta el 28 de febrero de 1876, fue un periodo muy convulso para el país en el que se sucedieron distintas formas de gobierno: el Gobierno Provisional (1868-1870), la monarquía democrática de Amadeo I (1870-1873) y la I República (1873-1874).

Además, aparecieron y se organizaron grupos violentos por la geografía española como el de *La Partida de la Porra* en Madrid con propósitos represivos.

En cuanto a la prostitución hay que señalar que durante todo el siglo XIX se vivió en el país una doble moralidad, ya que aunque se trató de regular en varias ocasiones, durante dicho siglo el *vicio social* como gustaba de ser llamado por los tratadistas de la época, estaba integrado en los hábitos de las diferentes clases, se extendía de diferentes formas, era socialmente aceptado y plenamente practicado, ya fuese por los colectivos masculinos desprovistos de pareja estable, los jóvenes solteros con o sin novia, los viudos o también los casados más o menos frustrados sexualmente por su pareja, incluso si la oprobia y el estigma tradicionales hacia las prostitutas (de la que testimonia con creces el lenguaje coloquial) seguían particularmente vivos en la sociedad española. No cabe duda de que la institución social del noviazgo largo junto con la alta valoración social de la virginidad femenina y el culto de la virilidad (el famoso machismo hispánico), favorecieron indudablemente las prácticas prostitucionales, en particular como forma de iniciación sexual para los jóvenes varones.

La reglamentación del viejo oficio fue asumida durante el siglo XIX por las autoridades locales y provinciales. La vigilancia sobre aquel colectivo se extendió con particular énfasis a partir de la Restauración. Control médico y policial que no dejaban de ser una forma de disciplinar a la mujer. La prostituta se configuraba así como

una construcción social del poder. Se pretendía generalizar los principios higienistas, mantener el orden y la decencia en las calles, defender a las menores de edad y evitar «la sodomía, el adulterio y la seducción de las mujeres honestas», así como hacer frente a los avances de la sífilis que minaba el vigor de una población considerada como factor económico y estratégico, esencialmente trabajadores y militares. Vender su cuerpo fue para muchas mujeres la única opción frente a la miseria. Género y clase se dieron la mano en esta explotación.

La iniciación más común se producía entre las mujeres, que tras ser arrojadas del servicio doméstico, no encontraban otra forma digna de mantenerse, otras se veían empujadas a la prostitución tras ser seducidas por los hijos de familias acaudaladas o por los militares, en especial las mujeres que se relacionaban en función de las necesidades de las tropas: lavanderas, costureras y planchadoras. Nunca faltaba la propia iniciativa, a tenor del ambiente moral que implicaban esos contactos. De hecho, los nacimientos naturales desbancaron con holgura al promedio de hijos legítimos.

La razón más reiterada, y en la que acaban confluyendo todas las demás, es de raíz económica: la mala educación, la falta de trabajos lucrativos y la insuficiencia de los salarios. Los estudios realizados sobre el inicio a la prostitución denotan justamente esa precariedad: criadas, costureras, lavanderas, planchadoras y floristas. Unas trabajaban en su domicilio —para tiendas y particulares—, otras en pequeños establecimientos o en las casas de la burguesía, que fueron una puerta abierta —de par en par— a la mala vida. En todos los casos la retribución era mínima y el trabajo penoso. La prostitución se alimentaba también de obreras sin trabajo, presas cumplidas, huérfanas y viudas sin arrimo ni consejo. Mujeres enfrentadas a la miseria y, según las circunstancias, a la carencia de amor paterno o al abandono conyugal. En definitiva, las «hijas no cualificadas de las clases no cualificadas».

La geografía urbana de la prostitución se tradujo en la evolución de los hábitos, la mentalidad y la realidad social. El desenlace de los deseos de una mayor discreción frente a la oferta popular y de la

solicitud de casas de superior categoría dieron lugar a la existencia de dos modalidades dentro de la tercería tolerada: el prostíbulo y el domicilio particular.

El burdel tolerado con huéspedas fijas se convirtió en un espacio específico de sociabilidad masculina de la España de finales del siglo XIX. Para los clientes masculinos el rito de la visita colectiva a la «casa de putas» así como el de acudir al «salón» del prostíbulo, que se entendía como un espacio de recreo, era algo habitual que no estaba mal visto ni se le consideraba como tal. La sociabilidad masculina y la prostitución estaba íntimamente relacionada.

Centrándome en la prostitución en Sevilla, Andrés Moreno Mengíbar y Francisco Vázquez García proponían analizar en 1990 el espacio de la «casa tolerada» como forma de sociabilidad masculina que se habría visto cuestionada por los reformistas españoles desde fines del siglo XIX al extenderse un nuevo discurso sobre el papel civilizador que debía desempeñar la familia. En su libro publicado en 1996, síntesis y ampliación de varios de sus trabajos anteriores, *Poder y prostitución en Sevilla*, ambos autores demostraban claramente a propósito de la topografía de la prostitución hispalense, mapa de la ciudad en mano, la elevada concordancia entre espacio prostitucional y espacio festivo, concluyendo:

«Definitivamente, las sociabilidades festivas masculinas y el meretricio formaban parte de un mismo decorado. El tiempo del ocio, cuando se invierten las rutinas de las labores y los días, y el del sexo venal, cuando se transgreden los roles conyugales, venían a encontrarse en los mismos enclaves».

En unas Jornadas sobre los espacios de sociabilidad sevillana verificadas en 1997, Francisco Vázquez García intentaba analizar también el burdel como medio de sociabilidad femenina, siempre a propósito del caso sevillano, a la vez que insistía de nuevo sobre la cuestión de la topografía prostitucional y su larga estabilidad desde la segunda mitad del siglo XIX. La reglamentación de la prostitución, en sus dos dimensiones (higiénica y policial), formaba parte del dispositivo social construido a partir de la época isabelina. Se trataba

de una real operación de limpieza urbana paralela a la que también se realizaba entonces con los pobres y los «vagos» para construir nuevos espacios de sociabilidad urbana. En vez de encerrar a la prostituta en una casa de corrección o de expulsarla de la ciudad como se venía haciendo desde tiempos atrás, se la recluía en una casa de prostitución limitando su libertad de circulación y controlando periódicamente su potencial capacidad de contagio venéreo.

Algunos prostíbulos de mayor categoría pretendían asimilarse más o menos a interiores burgueses. El autor anónimo de la comedia *La Tripona o la Casa de Trato*, publicada clandestinamente en 1850, sitúa por ejemplo la acción de la obra, ambientada en Cádiz, en el «salón decentemente amueblado de la casa de la Tripona» por el que desfilaban prostitutas y clientes. Fuese cual fuese el nivel social y sus gustos, el cliente podía llegar a sentirse pues en el burdel como en su casa, junto a amigos. No obstante, el burdel no significaba en efecto solamente un lugar de encuentros sexuales venales sino también un lugar de la sociabilidad local, como un café por ejemplo, y en donde, mediante el precio de alguna bebida, pero a veces ni eso, los hombres podían encontrarse en galante compañía sin sentirse obligados de «consumir» sexualmente.

Finalmente, la vinculación existente entre cafés cantantes y burdeles sevillanos en el mismo casco urbano de la capital andaluza era evidente en la figura de cigarreras, floreras, prostitutas clandestinas y «artistas» diversas (cupletistas, bailarinas, cantantes).

Práctica habitual de colectivos varoniles solteros (como los militares) o rito de iniciación sexual para los jóvenes (verdadero «rito de paso»), la visita a las casas de prostitución (el «ir de putas», como vulgarmente se suele decir) formaba parte integrante del espacio sexual de los varones hispánicos de la época, pero también se enmarcaba en sus espacios habituales de ocio y de sociabilidad dada la estrecha imbricación en el marco urbano entre espacios prostitucionales y espacios festivos (tabernas, cafés cantantes, salas de fiesta...). Establecimientos todos ellos característicos de la «vida nocturna».

La elección de la ciudad de Galway no ha sido al azar, ya que esta ciudad situada en la costa oeste de la isla, en el rincón noroccidental de la bahía de Galway, fue destino habitual de barcos españoles en los siglos XV y XVI, incluso en el antiguo muelle aún se conservan arcos, justo delante del *Spanish Parade*. El comercio del vino, el cual era el centro de casi todas las transacciones comerciales en Galway; la pesca del salmón, disputada entre franceses, portugueses, ingleses y españoles, los cuales se salieron con la suya cuando Felipe II accedió a pagar 1.000 libras por el derecho español a pescar, la lucha contra el protestantismo y la común aversión a Inglaterra propiciaron una gran cooperación. "Todo en esta ciudad tiene un aire a España." Cuando el viajero escocés Robert Graham visitó Galway en 1836, escribió que la soberbia, que según él era típica de la península Ibérica, definía a sus habitantes, y que en los callejones se podía percibir el ambiente de duelo e indolencia propio de latitudes más meridionales. Aunque sus afirmaciones pueden considerarse hoy algo desfasadas, es imposible negar que Galway todavía conserva su vocación de puerto español y —robándole los versos a José Agustín Goytisolo— el deseo de ser capital de los mares, albergue de extranjeros y patria de los valientes.

Bibliografía

QUESADA CAÑAVERAL Y PIÉDROLA, Julio, Conde de Benalúa (1857-1936). *Memorias del conde de Benalúa. Duque de San Pedro de Galatino*. Madrid: [s.n., 1924 (Imp. Blass)].

VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco y MORENO MENGÍBAR, Andrés: Poder y prostitución en Sevilla (Siglos XIV al XX). Tomo II. La edad contemporánea, Sevilla, Universidad de Sevilla (Colección de bolsillo, n° 145), 1996, p. 265.

VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco: «Tras la cancela»: Sevilla en la edad de oro del burdel (1860- 1936)», en Jornadas sobre los espacios de la sociabilidad sevillana. Sevilla, 7 al 9 de octubre de 1997, Sevilla, Fundación El Monte (Colección «Ciclos», n° 20), 1998, pp. 71-120.

MORENO MENGÍBAR, Andrés: «Crisis y transformación de la prostitución en Sevilla (1885- 1920)», Bulletin dHistoire Contemporaine de lEspagne, Aix-en-Provence, n° 25, Junio de 1997 [Prostitución y sociedad en España. Siglos XIX y XX], p. 126.

BLAS VEGA, José: Los cafés cantantes de Sevilla, Madrid, Editorial Cinterco, 1984, 102 p.; SALAÜN, Serge: «Sexo y canción (Prostitución y espectáculos en los siglos XIX y XX)», El Bosque, Zaragoza, n° 2, Mayo-Agosto de 1992, pp. 107-121; VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco y MORENO MENGÍBAR, Andrés: Poder y prostitución en Sevilla, op. cit., pp. 201-210.

Agradecimientos

Todo por ti ha sido la historia que, por circunstancias personales, más complicado me ha resultado finalizar. Siempre lo digo, pero es cierto, no habría podido lograrlo sin el apoyo de mi familia y de los amig@s que siempre están ahí cuando necesito que estén. Una vez que se comienza un proyecto nunca se sabe cuándo se le pondrá la palabra FIN. Son meses y meses de investigación, documentación y escritura con sus horas buenas y malas. Gracias por animarme cuando me desespero, por respetar mis silencios cuando la escritura me absorbe, por la paciencia y, por su puesto, por facilitarme el sentarme a escribir. No creo que seáis conscientes de lo importante que es para mí.

Por las distintas redes hay un grupo de personas (todas lectoras maravillosas) que sin saberlo, sin ser conscientes y sin sospecharlo siquiera me han arropado con sus comentarios en mis horas más bajas, me han sacado una sonrisa o simplemente me han alegrado el día (a veces la semana), así que independientemente de la opinión que os merezca esta novela si la leéis, gracias por la oportunidad que le habéis dado a alguna de mis anteriores novelas (e incluso a todas las publicadas hasta el momento). Gracias, Yolanda, Noemí, Carmen, Alejandra, Vero RG, Gloria, Vero, M.Teresa, Seshat, Paloma, Kimberly, Florita, Pepa, Iratxe, María, Iradai, Marisa, Aracely, Elena y Bárbara (disculpadme si me he olvidado de alguien). Si es así prometo resarciros en los agradecimientos de mi próxima novela ;)

Mis lectoras cero, que me guían, que me tiran de las orejas cuando algo les *chirría*, que se emocionan conmigo con alguna escena, que se entusiasman con los personajes, que me escuchan a deshoras, que me tranquilizan cuando me estanco, que me animan con sus locos correos mañaneros, que me ayudan a ver la historia desde el punto de vista lector y a crecer como escritora… Decir gracias me parece poco,

pero gracias, sabéis que vuestras impresiones son valiosísimas. Sois estupendas y yo afortunada por teneros al *otro lado del libro*.

Vosotros. Los lectores/as. Indispensables. Gracias por la oportunidad dada a James y Madeline, por dedicar horas de vuestro tiempo a esta novela, pero sobre todo, por esta escoger lectura. Sin palabras para expresar el honor que supone para mí. Muchísimas gracias.

La autora

Beatriz Manrique nació en Berja (Almería) un 25 de diciembre de 1980. Es la cuarta de cinco hermanos, cuatro niñas y un niño.

Amante de la lectura desde pequeña, la primera obra romántica le llegó de manos de una de sus hermanas mayores, convirtiéndose desde ese momento en una fiel lectora del género romántico y del romántico histórico, en especial.

Tras diplomarse en Biblioteconomía y Documentación y licenciarse en Documentación por la Universidad de Granada retomó la escritura, pero fue años más tarde, animada por familiares y amigos, cuando decidió presentar una de sus obras al III Premio Internacional de Novela Romántica Digital de la editorial Harlequin Ibérica. A raíz de la participación en dicho premio, en febrero de 2016, se publicaba “Un sombrero en el corazón”. Posteriormente, en octubre del mismo año, se publicaba “Hasta que llegaste a mi vida” con HarperCollins Ibérica. Ambas bajo el sello HQÑ.

Debido a su profesión como documentalista, a su gran afición a la historia y a la literatura histórica en general, disfruta mucho el proceso de investigación y documentación para la ambientación de sus novelas.

En la actualidad, compagina su trabajo con la escritura de nuevos proyectos.

Página web:

https://bmanriquemartin.wixsite.com/beatrizmanrique

También podéis seguirla a través de sus redes sociales:

Facebook

Instagram

Pinterest

Twitter

Si os ha gustado leer “Al abrigo del mar” y conocer la historia de Román y Astrid dejad una valoración. Vuestros comentarios son de gran ayuda para que otros lectores se animen a descubrirlos y también para que los escritores sigan escribiendo.

Muchas gracias.

Otras novelas de la autora

Hasta que llegaste a mi vida

La historia de dos corazones empujados por el orgullo a separar sus caminos.

Charlotte Gallagher se encuentra en un baile ante la mirada de los demás invitados y de la poca familia que le queda. Su hermanastro Edward quiere obligarla a Residenciarse con un hombre al que no ama mientras la presiona para que finja estar feliz ante su inminente compromiso con lord Sidmouth. Charlotte se siente sola y atrapada. No tiene a nadie a quien acudir y le horroriza la idea de contraer nupcias con un hombre al que desprecia. Desesperada, se aleja de la gente en busca de un respiro y, sin esperarlo, se encuentra con Alonso, un agente español al que no dudará en utilizar para alcanzar su ansiada libertad.

Una novela ambientada a finales de siglo XIX entre España y Estados Unidos, en la que se respira el ambiente del Madrid decimonónico y en la que el amor tendrá que luchar contra la desconfianza, el espionaje y los intereses personales.

Un sombrero en el corazón

La historia de dos corazones destinados a encontrarse.

Lena es una joven sombrerera heredera del oficio materno, que trabaja muy duro para sacar adelante a sus dos hermanas gemelas. Su vida da un giro inesperado la noche en que un extraño se adentra en su taller en busca de auxilio tras sufrir un ataque en el que resulta herido de gravedad. Lena no imagina quién puede ser ese hombre, pero a pesar de su desconfianza inicial, intenta salvar su vida.

Martín, el misterioso desconocido, es un prestigioso médico de la aristocracia madrileña que se disfraza para pasar desapercibido y tratar a aquellos que no pueden permitirse sus servicios. Tiene la mala

fortuna de encontrarse en el lugar inadecuado, en el momento inadecuado y escuchar algo que no debía escuchar...

Tras la agresión, Martín queda al cuidado de Lena, y no tarda en surgir entre ellos una inquietante atracción. ¿Quién podría querer asesinarlo? ¿Qué razón se oculta tras el ataque? ¿Por qué guarda Martín silencio al respecto? ¿Terminará todo cuando él se recupere o despertará entre ellos algo más que una pasajera atracción?

Al abrigo del mar

Un amor que nacerá bajo la complicidad del rumor de las olas.

Astrid Sell es una joven educada en un entorno refinado y acomodado. Una dama con clase que entiende lo que se espera de ella conforme a su posición.

Román Guirao es un joven humilde que trabaja desde su niñez en la taberna familiar. Un hombre que sabe que las mujeres como Astrid están vedadas a los hombres como él.

El periodo estival, un paseo por la costa de Mojácar y el vuelo de un sombrero provocarán el encuentro de estos dos jóvenes cuyo amor deberá enfrentar sus diferencias sociales así como diversas adversidades que pondrán a prueba la veracidad, la lealtad y la fortaleza de sus sentimientos.

Una novela enmarcada en la sociedad almeriense de la última década del siglo XIX, cuya riqueza derivada de la minería, se convertirá en el escenario de la historia de dos personas con unos orígenes tan alejados como diferentes.

[i]

El Café Suizo fue considerado el precursor de los cafés de tertulia en Madrid. Se inauguró el 3 de junio de 1845 por Pedro Fanconi y Francisco Matossi, súbditos suizos, cuya nacionalidad sugirió el nombre del local. Fue un local amplio con un aforo de 500 personas, con mesas de mármol y paredes de felpa color escarlata. Se podía contemplar el interior del café a través de seis ventanales, tres de ellos abiertos a la calle de Alcalá y los otros a la antigua calle Ancha de Peligros. La entrada se encontraba situada en la esquina entre las dos calles, e incluía en su servicio un restaurante capaz de ofrecer desayunos (a la carta), comidas y cenas. Dispuso de un "salón blanco", llamado así por estar adaptado y reservado a las damas respetables que se reunían en él y al que ningún hombre podía acceder. Fueron muy populares sus exquisitos chocolates a la taza, el ponche o el café 'Doña Mariquita'. También se servían bebidas de estación como el agraz, el agua de cebada o los sorbetes de diferentes sabores.

[ii] Alfonso XII de España, apodado «el Pacificador», nació en el Palacio Real de Madrid el 28 de noviembre de 1857 y falleció en El Pardo el 25 de noviembre de 1885. Fue rey de España entre 1874 y 1885; hijo de la reina Isabel II y, oficialmente, de su marido, Francisco de Asís de Borbón. El inicio de su reinado puso término a la Primera República y dio paso al período conocido como *Restauración*. Tras su prematura muerte a los veintisiete años, víctima de la tuberculosis, fue sucedido en el trono por su hijo póstumo, Alfonso XIII, cuya minoría de edad estuvo encabezada por la regencia de su madre, la reina viuda María Cristina.

[iii] Entre las modistas más afamadas del Madrid romántico destacaron sin lugar a dudas Madame Petibon y Madame Honorine. Madame Petibon, de nombre Celestina, tuvo su tienda en la calle de Preciados, nº 9, centro principal, aunque con anterioridad estuvo ubicada en la calle de Fuencarral, nº 4. Ofrecía una amplia variedad de géneros desde sombreros, abrigos, manteletas y guarniciones de flores y plumas. Entre la nómina de sus clientas aparece en primera línea la reina Isabel II, amén de otras ilustres damas de la familia real. Fue uno de los talleres más activo, singular y prestigioso. Celestina Petibon consiguió el título de proveedora real en 1874. Esta fecha confirma la prolongada actividad del taller, que presumiblemente estuvo funcionado desde 1830, si no antes.

[iv] En la década de los 60 del siglo XIX las condiciones para ser practicante o matrona eran "muy peculiares". Había una clara segregación por sexos. Los practicantes debían ser obligatoriamente varones, podían ser casados o solteros, tener un mínimo de 16 años y poseer un certificado de primera enseñanza de la Escuela normal de Maestros. Por su parte, las matronas eran forzosamente mujeres, de al menos 20 años de edad, casadas o viudas, con el certificado de primera enseñanza (como los practicantes), pero además debían aportar la licencia del marido, si era casada, o del padre o de la madre, si soltera, acompañada de una solicitud de dispensa por soltería y una certificación del párroco dando fe de sus buenas costumbres. El profesorado de practicantes y matronas estaba formado por médicos que impartían la enseñanza, en el caso de las matronas, a puerta cerrada y a distintas horas que los practicantes. En ambos casos debían cursar dos años de estudios en 4 semestres, que habían de aprobar para pasar al semestre siguiente y al finalizar este tiempo tenían que realizar, en la Facultad de Medicina, un examen de reválida teórico-práctico de una hora de duración ante tres catedráticos. Era público para los practicantes y reservado para las matronas. Obtenidos los títulos, el practicante ejercería la parte mecánica y subalterna de la cirugía y las matronas podrían asistir a partos y sobrepartos naturales. Poco antes de finalizar el siglo, con el título de practicante se podían realizar pequeñas intervenciones quirúrgicas, denominadas de *cirugía menor*, siempre que estuvieran ordenadas por un médico.

Asimismo podían ser ayudantes de las grandes operaciones.

[v] Café ubicado en la esquina Alcalá con la calle de la Virgen de los Peligros, frente al *Café Suizo*. Se inauguró el 21 de julio de 1870. Fue uno de los cafés más famosos y lujosos que existieron hasta comienzos del siglo XX en la ciudad. Allí se daban cita lo más elegante e interesante del Madrid de la época —aristócratas, dramaturgos, actores, críticos, tenores, toreros y algún político—, además fue foco de la culinaria madrileña, de las tertulias literarias y de la vida artística en general. Fue además, escenario de numerosas anécdotas y figuró en las guías de viajes internacionales a nivel europeo. Las crónicas posteriores narran variados banquetes, casi siempre reflejo de acontecimientos políticos o militares. En la planta inferior había numerosos reservados en los que se realizaban almuerzos políticos, cenas privadas, etc. Estos reservados se podían ampliar debido a la existencia de paredes móviles.

[vi] Situado actualmente en la calle de la Montera, número 33 y con salida a la calle de Tres Cruces, número 4 fue construido por Mateo de Murga y Michelena (1804-1857), quien formó parte de la junta de la Compañía General Española de Comercio; Sociedad para la que se abrió este pasaje, a cielo abierto, con el fin de instalar en él un gran bazar, aunque más tarde se convirtió en una vía peatonal y se instaló, entre las tiendas, un café que pronto fue uno de los mejores y más concurridos de la corte. El pasaje de Murga o del Comercio mereció todos los elogios de la prensa del momento por su innovación, ya que era el tercer pasaje comercial; tras el de Matheu y el de Iris, que se abría en Madrid a la moda europea.

[vii] El agraz (denominado también *mosto virgen* o *flor del mosto*) es una bebida no-alcohólica tomada en los cafés de Madrid desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Se trata de una bebida muy fría con ligeros cristales de hielo, de colores entre amarillo y verde pálido. Elaborado con zumo de uvas no maduras (*agraz*) lo que le da un ligero sabor ácido apagado por el contenido de azúcar. Fue muy popular en los meses de verano y se servía en botellas de cuello alargado muy características que llegaron a agradar a numerosos viajeros escritores de guías de viajes.

[viii] Francisco Serrano y Domínguez, duque de la Torre y conde consorte de San Antonio, fue un militar y político español que ocupó los puestos de regente, presidente del Consejo de Ministros y último presidente del Poder Ejecutivo de la Primera República Española vigente en España desde su proclamación por las Cortes el 11 de febrero de 1873 hasta el 29 de diciembre de 1874, cuando el pronunciamiento del general Martínez Campos dio comienzo a la Restauración de la monarquía borbónica. El primer intento republicano en la historia de España fue una experiencia corta, caracterizada por la inestabilidad política. En sus primeros once meses se sucedieron cuatro presidentes del Poder Ejecutivo, todos ellos del Partido Republicano Federal, hasta que el golpe de Estado del general Pavía del 3 de enero de 1874 puso fin a la república federal proclamada en junio de 1873 y dio paso a la instauración de una república unitaria bajo la dictadura del general Serrano, líder del conservador Partido Constitucional. El período estuvo marcado por tres conflictos armados simultáneos: la tercera guerra carlista, la sublevación cantonal y la Guerra de los Diez Años cubana. La Primera República se enmarca dentro del Sexenio Democrático que comenzó con la Revolución de 1868 y dio paso al reinado de Amadeo I de Saboya, al que siguió la República y terminó con el pronunciamiento de Martínez Campos en Sagunto.

[ix] Sofía Sergeïevna Troubetzkoy o Trubetskói fue una princesa de origen ruso que desempeñó junto a su segundo marido, José Osorio y Silva, duque de Sesto, un importante papel en la Restauración borbónica que permitió reinar a Alfonso XII de

España. Fue dama de la Orden de las Damas Nobles de la Reina María Concha y estuvo considerada como una de las mujeres más bellas y elegantes de la Europa del siglo XIX. Convertida en consorte del mentor del príncipe Alfonso durante su exilio, aprovechó su posición social para hacer política en favor de la familia Borbón y de la causa alfonsina, gastando al igual que su marido, gran parte de su fortuna en ello. Jugó con el emblema familiar, la flor de lis, creando el prendedor de pelo con este motivo, que tanto las damas de la aristocracia como el resto de mujeres del pueblo utilizaron. Además, instó a sus amigos y conocidos a llevarlo visible en la solapa, para mostrar su apoyo al futuro rey. Mientras que su marido se dedicaba a luchar políticamente por la causa alfonsina, la duquesa de Sesto ocupaba su tiempo en la organización de numerosas actividades en las que captar adeptos, como lo eran las tertulias culturales y las fiestas en las que mostraba su poder social. Aquellas celebraciones también tenían como objetivo la recaudación de dinero para sostener la causa. Además, era la secretaria de otro personaje de gran importancia en esta labor, Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros y máximo dirigente y fundador del Partido Conservador.

[x] José Isidro Osorio y Silva-Bazán, también conocido como *Pepe Osorio* o *Pepe Alcañices,* el gran Duque de Sesto, fue un aristócrata, político y militar español, destacado por el papel que jugó en la Restauración borbónica que tuvo como desenlace el ascenso al trono de Alfonso XII de España, empresa en la que gastó gran parte de su fortuna familiar. También fue su mentor y educador, y junto a su mujer, la princesa rusa Sofía Troubetzkoy, desarrolló socialmente la Restauración acercando a la nobleza española a su causa mientras que su amigo Antonio Cánovas del Castillo lo hacía políticamente.

[xi] La cárcel del Saladero, también denominada «cárcel de Villa», fue un presidio de la ciudad de Madrid. Se encontraba situado en la plaza de Santa Bárbara y debía su nombre al uso original del edificio, un saladero de tocino, construido por proyecto del arquitecto Ventura Rodríguez en el siglo XVIII, concretamente en 1768.

[xii] Antonio Cánovas del Castillo fue Presidente del Consejo de Ministros de España durante la mayor parte del último cuarto del siglo XIX, y una de las figuras más influyentes de la política española de la segunda mitad. Tras la Revolución de 1868 y el fin de la monarquía borbónica se encargó de preparar la vuelta del que sería Alfonso XII, hijo de Isabel II. Además de idear la Restauración, fue el redactor del Manifiesto de Sandhurst.

[xiii] Juan José Luján (Cuenca, 1831 - Badajoz, 1889), actor español y uno de los creadores del *teatro por horas* o *género chico*. Estaba especializado en papeles cómicos de sainetes y zarzuelas, estudiando tipos de la realidad que luego llevaba a la escena. Muy aficionado al teatro desde pequeño, debutó en el Teatro del Recreo en Madrid en 1865, pasando después al Teatro Variedades. En este permaneció veinte años, en el transcurso de los cuales se hizo muy popular interpretando *El memorialista*, *Trapisondas por bondad*, *Los pavos reales*, *La sombra de Torquemada*, *Los baños del Manzanares* y *La familia del tío Maroma*, entre otras muchas comedias. Cuando se encarecieron las entradas al teatro, ideó junto con los también actores Antonio Riquelme y José Vallés, reunidos en el Café Lozoya en 1867, dividir la tarde del Teatro del Recreo en cuatro partes a razón de una hora cada una, creando las llamadas "sesiones por horas", que apenas costaban un real y se escenificarían en modestos teatros. Así se mantendría la ocupación del teatro alta, pues la gente acudiría más debido a los precios bajos y no tendría que soportar las largas funciones completas de cuatro a cinco horas con entreactos, pudiéndose dispersar a otras atracciones. La novedad fue todo un éxito y los empresarios empezaron a copiar la idea: este fue el origen del llamado «teatro por horas», que engendró a su

vez el llamado «género chico». El *Teatro Variedades*, situado en el número 38 o 40 de la calle de la Magdalena de Madrid, se inauguró a mediados del siglo XIX y permaneció en funcionamiento hasta su incendio el 28 de enero de 1888. Tenía un aforo de 813 personas y se ha señalado que era «el local más populachero de finales del siglo XIX».

[xiv] *La Partida de la Porra* fue un grupo de agitadores violentos al servicio del Partido Progresista español, que surgió en Madrid al calor de la Revolución de 1868 para reprimir a la oposición del Gobierno Provisional y defender la candidatura de Amadeo de Saboya al trono de España. Estaba dirigida por el periodista y empresario teatral Felipe Ducazcal, y la formaban unos treinta individuos cuyo cometido era destrozar las redacciones de los periódicos de la prensa opositora (alfonsinos, moderados, carlistas), disolver las reuniones de los partidos políticos moderado y carlista cantando el *Trágala*, dar palizas a los líderes destacados de los mismos y amedrentar a los electores adversos, apedreando los cristales de sus casas o las farolas cercanas a ellas, entre otros procedimientos, a veces con la cooperación e incluso la anuencia callada de las autoridades civiles. A juicio de Ríos Rosas, la inspiraba el promotor de la candidatura de Amadeo de Saboya, el general Prim, y después de su muerte, Sagasta. Tras la abdicación de Amadeo en 1873, la partida pasó a apoyar las pretensiones del príncipe Alfonso, a cuyos partidarios había atacado hasta entonces. Algunos de los periódicos que fueron víctimas de la misma fueron *La Constancia*, *El Cascabel*, *El Combate* y *Don Quijote*, este último dirigido por Juan Rico y Amat quien, además, no pudo estrenar una zarzuela suya por la aguerrida oposición que ejerció dicha partida. Víctimas de la partida, además del citado, fueron el joven periodista Manuel Azcárraga, director del libelo carlista *El Papelito*, un hijo del marqués de Zafra y Saturnino Esteban Collantes. A semejanza de la Partida de la Porra madrileña surgieron otras en las ciudades más populosas de España, con idéntico propósito represivo.